FERNANDO DIAZ-PLAJA

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

DESDE 1500 HASTA NUESTROS DIAS

La Editorial Universitaria presenta una excursión por el pasado español..., pero no a través del solemne y un poco aburrido cuadro de reyes y batallas, sino por el de la vida diaria de nuestros abuelos. En las páginas que siguen el lector encontrará la descripción del hogar, desde el caserón del siglo XVI hasta el apartamento de hoy; la de la comida, desde la morcilla «¡oh, gran señora!», hasta el bocadillo de cafetería; y la del espectáculo favorito, desde el torneo a la antigua usanza hasta el fútbol.

Seguirá la evolución de la visita amistosa desde el estrado al guateque y la de la pelea desde el duelo a espada al puñetazo sin contemplaciones. Quizá se asombre al saber que en 1500 y 1600 las mujeres admiraban y comentaban la belleza de la pierna del galán, mientras éste tuvo que esperar hasta los tiempos cercanos a la minifalda para poder admirar públicamente las de ellas. Podrá seguir a viajeros de otras épocas en silla de postas, carroza, diligencia, tren, automóvil..., saber cómo se ha educado a los niños y cómo se ha bailado. Cómo se amó en los tiempos de los tercios de Flandes, de la decadencia, de la peluca empolvada y de la levita romántica. De cómo se rezaba y cómo se jugaba. Y que ya en 1500 decían las señoras del servicio que se había puesto imposible y que «no sé a dónde vamos a parar».

Utilizando como símbolo el cubrecabeza característico de cada época —gorrilla, chambergo, tricornio, sombrero de copa, flexible— el profesor universitario Fernando Díaz-Plaja, que había tocado ya en otros tomos de su abundante bibliografía la vida de los españoles de otros tiempos, nos da aquí una muestra de erudición puesta al servicio de una gran amenidad.

HESPERIA
Libros Hispánicos
ZARAGOZA

NUNC COGNOSCO EX PARTE
TRENT UNIVERSITY LIBRARY

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

(*Desde 1500 hasta nuestros días*)

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/lasociedadespano0000diaz

FERNANDO DIAZ-PLAJA
Profesor de la Universidad de California
Miembro C. de la Real Academia de la Historia

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

(Desde 1500 hasta nuestros días)

EDICIONES DE LA TORRE
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
SAN JUAN, 1968

DP 48 .D5

Depósito Legal: B. 7.490-1967

Printed in Spain Impreso en España

Imprime: M. PAREJA - Montaña, 16 - Barcelona

Dedicatoria:
A mi hermana
Aurora,
mujer fuerte
de la Biblia.

140799

LA GORRILLA
(Siglo XVI)

Las clases sociales están clara y perfectamente delimitadas. Fray Luis de León las define en pocas palabras. Hay quien trabaja la tierra, quien vive de tratos comerciales como intermediario y, en fin, los nobles que sacan sus rentas de vasallos o tierras. Para el fraile esta última es la peor porque estando ociosa es la más capaz de producir daños y males gravísimos.[1]

Aún siendo corriente la idea de que un noble se dedicase de lleno a las armas y al placer sin preocuparse de más, los intelectuales de la época no están de acuerdo y a veces en forma un tanto revolucionaria le incitan a ser útiles a la sociedad. Así Cristóbal de Villalón.

«Manos tienes y pies y ojos y voz, pues eres hombre, también tienes razón; enseña letras, doctrina a niños, mostrándolos a leer y a escribir, aprende el oficio de sastre, zapatero y otros mil oficios mecánicos que naturaleza nuestra madre nos enseñó que con la industria humana favorecen el vivir. Pero decir me has: ¡Oh señor, que dirán que mis antecesores nunca trabajaron ni vivieron de oficios de manos! ¡Qué dirán, sino que injurio y menoscabo la bondad y nobleza de mis mayores! ¿Por qué mis abuelos todos se emplearon en guarniciones y cortes llenando gajes del rey? A los cuales yo respondo que blasfemo de tu soberbia y vanidad porque menos injuria me parece que recibirás ganando de comer de tu sudor que no recibes de lanzarte el logrero a la cárcel no le queriendo pagar. Ni creo que en ninguna bajeza ni humildad de estado te será nunca tan importuna ni molesta como en oír esta agria palabra y dura a las orejas cuando el logrero dice: págame».[2]

Era mucho pedir al hombre que vivía del pasado glorioso de sus antepasados y se creía por ello exento de cualquier esfuerzo. Pasarán siglos hasta que el aristócrata considere que un trabajo manual no envilece a quien lleve un nombre ilustre, y aún hoy, no es verdad totalmente aceptada entre la aristocracia española.

Gutierre de Cetina se muestra sarcástico

«¿Qué hace un noble? ¿Qué quieres que sepa hacer? ¿Ha de ser mecánico un noble? No sabes que entre nosotros los nobles no saben hacer nada, no estudian, no aprenden nada. Antes lo tienen por cosa baja y plebeya; más estanse siempre ociosos y vanse a pasear cuando quieren; alguna vez van a caza...».[3]

Sí, el caballero tiene dos ocupaciones favoritas. Una es la guerra, la otra, substitutiva en tiempo de paz, es la caza. Con el Renacimiento y sus intentos de explicar el mundo lo que hasta entonces se consideró ocupación lógica es puesta en estudio. Así Gutierre de Cetina...

¿Qué aprovecha, señor, andar buscando
ora el puerco montés ceñudo y fiero
que aprovecha seguir ciervo ligero,
ni con yerba cruel andar tirando
que aprovecha Señor, ir remontando
la garza con halcón muy altanero
que aprovecha, Señor, tirar certero
allí una liebre, aquí un faisán matando
si va siempre tras vos vuestro cuidado,
si en alma lleváis el pensamiento
si estáis asido dél cuando más suelto
si traéis el pensar tan regalado
que donde estáis más libre y más contento
a las penas andáis con él envuelto?[4]

Sigamos la jornada usual del caballero...

«...y como los hombres parecen diferentes desnudos que vestidos, comenzó a tratarme como un rufián. Era necesario vestirme.»[5]

Habla Alonso de Contreras el fabuloso aventurero que al contar su vida parecía que inventaba cosas increíbles. En el caso mencionado se trata de una de sus aventuras amorosas, y quien así le trataba era marido o amante de su compañera de cuarto.

Los hombres parecen diferentes desnudos que vestidos, especialmente cuando el traje representa algo más que un cubrirse del calor o del frío o defender el natural pudor. El traje del español del siglo XVI es una muestra de su categoría humana, social,

militar. Los caballeros llevan jubón, ropillas... Los calzones son follados (huecos y arrugados como fuelles) y tan amplios que algunos, según un chismoso, los traen...

«Por ahorrarse de acémilas porque gustan de traer toda su recámara consigo dentro de las calzas... y no trae tantos fardeles y jarcias un navío de muchas toneladas».[6]

Los follados se prestan a cualquier chiste. Hay quien cuenta del que para abultarlos más los llenó de salvado, y habiéndose hecho un agujero con un clavo, empezó a perder el relleno de sus calzas con gran risa de los que estaban mirándole, risa que él atribuía a la gracia de sus gestos y al afán con que se movía de un lado a otro hasta que, avergonzado, lo descubrió. Y el que en la cárcel no veía segura a su hacienda dos sábanas dos tablas de manteles, cuatro camisas, escobilla, espejo, peines y tocadores, sino estaba almacenado en ese escondrijo secreto.

Si encima se llevaban ligas grandes, la sátira se afinaba:

Dan los de Alemaña y Flandes
la forma de los balones
y añade a sus pretensiones
el español ligas grandes,
muestra de sus hinchazones

Pues destos cuantos Guzmanes
tras su deseo perdidos
con gallardos ademanes
los que no por los vestidos
son por las ligas galanes.

Que como la pava hermosa
va con rueda briosa
sus sucios pies encubriendo
van estos tales cubriendo
su tuerta pierna nerviosa.[6 bis]

Cuando los calzones son acuchillados muestran por sus hendiduras el color de lo que se lleva debajo. La moda pasa a Francia y Enrique IV, gran enemigo político, es su partidario.

Pensez quel beau spectacle, un corps de satin noir
coupé all'espagnole, ou des déchiquetures
sorteaient des pansements et des blanches tirures.[7]

En la cabeza la gorra. Hay que saber llevarla con gracia, no basta ponérsela por las buenas. Si se extraña —la gorra— la Cabeza le dará las explicaciones pertinentes:

«*Gorra*: ¿A qué propósito me has puesto sobre el ojo izquierdo dejando toda la parte derecha de la cabeza descubierta?

«*Cabeza*: ¿No ves cuanta mayor gracia da esta manera de llevarte que la otra? Mira como parece bien esta sombra que hace sobre el izquierdo lado a las damas que parecen por las ventanas, y el ojo mismo muestra cierta fuerza más atractiva que el derecho que va descubierto».[8]

Ahora los guantes, ¡Ah! eso es algo más que cubremanos. Los guantes son cuidadosamente escogidos por el color y la calidad, pero, además, lo bonito es llevarlos adobados, es decir, perfumados. Y hasta el «Galateo español» que repugna de los perfumes en los hombres admite que «podría usar algunas veces de esta curiosidad con unos buenos guantes traídos al descuido.[9] Antonio de Guevara se indigna si pasan de cierto precio: «...comprar unos guantes adobados por seis ducados maldígolo, porque guantes de tres reales para arriba nadie los compra por necesidad, sino por curiosidad o liviandad...».[10]

El perfume es siempre necesario teniendo en cuenta que «esto del baño es bueno a los que lo tienen en uso y en la tierra donde esto es costumbre, pero a los señores de España que nunca lo han usado no les será provechoso más de usarlo, les podrá venir daño...»[11]

Y un adorno muy masculino entonces: Una cadena que hay que mostrar acariciándola, tirando de ella, bajándola, alzándola...

Poco a poco, se ensombrecerá el vestido masculino y con Felipe II será ya totalmente negro... «ha llegado a tal extremo que ni un jubón de holanda se puede traer porque no se abre la puerta ni se precia en casa de ministros superiores sino el que va vestido de negro».[12]

Para vestirse el caballero ha necesitado a alguien que le proveyera de las diversas cosas que necesita. Este alguien es el criado, ser absolutamente imprescindible en la casa de un español de cierta categoría y aun del que aspira a tenerla. ¿No contrató el hidalgo a «Lazarillo»? Claro que no pensaba pagarle...

El criado —de criar, criarse en la casa del señor— es elemento

que juega todos los papeles. Leal, traidor, cómplice, enemigo, honrado, ladrón... Oigamos a Fernández de Oviedo.

«Yo podría ir desde esta isla española donde estoy hasta donde el Emperador nuestro señor está en Alemania y volver a esta fortaleza de Santo Domingo... si los mozos que me han servido (o mejor diciendo se me han ido) me volviesen lo que me han robado...»[13]

¡Todo lo contrario! se lamentan los servidores. Los amos son unos miserables que no dan de comer a sus fieles domésticos. ¿Qué remedio les queda a éstos, sino el que han utilizado todos los criados del mundo hasta la fecha?

> «—¿A cuánto llegó el gaudeamus de hoy?
> —A más de veintidós maravedís.
> —¡Que bien te das a ello! ¡Bendita sea la madre que te parió que tan bien te apañas a la sisa! Todo muchacho que sisa no puede dejar de ser muy honrado.»[14]

Bueno o malo vamos a la calle con él, y si es posible, con ellos. Un caballero no parece bien con sólo uno y llevaría veinte si le dejaran las leyes; porque el gobierno conociendo a sus súbditos ha imaginado que la ostentación traería ruina a más de una casa, y desde 1559, ha dictado previsoras medidas. Nadie, aun siendo señor de título o prelado, puede llevar más de dos hachas (los demás mortales una) y sólo hasta cuatro lacayos (hay también los esclavos que acostumbran a ser presa de guerra —turcos, berberiscos— o de comercio, como los negros de Guinea y que pueden valer hasta trescientos ducados).

Ya estamos en la calle; el paso reposado y gentil —ningún español de la época caminaría de prisa que es faltar a la gravedad— la mano apoyada en la empuñadura de la espada va el caballero admirando la bulliciosa animación de las gentes. Entre ellos ve acercarse a un conocido. Atención... Hay que saludarle, claro, pero en ese sencillo acto está envuelta nada menos que la honra de la persona. ¿Quién tiene que ser el primero en descubrirse?

«Honra —asegura Gutierre de Cetina— es quitar la gorra yo aquel o aquel a mí; y que esto sea verdad mira como a cada uno lo desea y huelga que se la quiten, tanto que algunos van mirando a las manos... como si fuesen cortabolsas, a ver si se quitan la gorra».[15]

No ha habido problema esta vez. Ambos se han observado, han visto que el otro insinuaba el gesto y han procedido simultáneamente a «la bonetada», el gesto rendido con que el brazo baja a lo largo del cuerpo con el gorro o bonete en la mano. Una vez superada esta prueba se colman mutuamente de cumplidos. Algunas de las fórmulas irritaban mucho a fray Antonio de Guevara:

«El estilo de la corte es decirse unos a otros: Beso las manos de Vuestra Merced. Otros dicen: Beso los pies a Vuestra Señoría... Lo que en este caso siento es que debía ser el que inventó esto algún hombre vano y liviano y aun mal cortesano: porque decir uno que besara las manos del otro es mucha torpedad, y decir que le besa los pies es grande suciedad.»[16]

No es raro que escritores de fama dediquen su esfuerzo al tema. La sociedad española vive pendiente de lo que debe o no debe hacerse. Algunas de las cosas que *El Galateo español* reprocha a los contemporáneos es fruta de su tiempo y las nuevas circunstancias hacen muy difícil que se reproduzcan ahora. Otros consejos en cambio, siguen vigentes.

«...es mala propiedad de los que, cuando estén con vos hablando os miran y os fijan tanto los ojos en el rostro que parece que ven alguna maravilla y hanse visto algunos que cuando están hablando con otro se le pegan tanto que le dan con el aliento en el rostro: pues es cierto que todos aborrecen al olfato de otros puesto (aunque) no sientan en él mal olor. Pues qué sería señores si este tal no tuviese buen olor de boca o salpicase cuando habla, como hacen algunos que salpican a todos los circunstantes.»

Pero hay causa de ofensa más indirecta. Por ejemplo, cuando uno canta «de lo que debe abstenerse si no tiene la voz buena o bien entonada, de lo cual hay pocos que se guarden, antes parece que, naturalmente, los que más malas voces tienen se percatan menos de esto.»

¿Y cómo se abstiene uno de bostezar mostrando con ello «que quería estar en otra parte antes de allí y que la conversación le desagrada»?, sencillamente distrayéndose porque «si tiene el pensamiento empleado en alguna cosa, sea de deleite o de otra clase, no bosteza porque no se acuerda de ello.»

Permítaseme añadir algo que raya en la grosería «algunos que suenan las narices con mucha fuerza y páranse delante de todos a mirar en el pañizuelo lo que han sonado, como si aquello por allí han purgado fuesen perlas o diamantes que le cayesen del cerebro.»

En cuanto a la posición en público no hay que revolverse en el asiento ni tener la pierna sobre otra (los hombres) y las mujeres, para que no les tiemblen las rodillas, deben tomarlas con las manos. Y tampoco hay que estar de codos en la mesa «ni en las sillas muy recalcados».

Pero Lucas Dantisco está en su gloria de observador al advertir a quien cuando habla «no le ha de estar dando con el codo o con la mano, como muchos suelen hacer a cada palabra diciendo que digo, ¿no es verdad?, oídme señor Fulano: y todavía les están sacudiendo con las manos en los pechos y asiéndolos de los botones. Y yo vi a uno que tenía tal maña en esto que desabrochaba a cuantos hablaba.»[17]

Sin embargo, Dantisco no cree que deba abandonarse la ceremonia sólo porque falte lógica a las expresiones. ¿Por qué no decir «beso las manos» si es el uso de la tierra? ¿Por qué ofender, innecesariamente, a quien está acostumbrado a ello? Y le irrita la costumbre de muchos que procuran eludir el tratamiento «regateándole la merced» con rodeos diciendo: «el señor fulano bien hará esto». Y hay personas que aun pasan adelante echándole un «vos» confitado para ver si le pueden pasar como píldora dorada, como un decir, señor mío, haced esto por amor a mí: y a veces con una falsa risa y una palmadilla que le dan al hombro se desmandan a echarle el «vos» a secas diciendo: A fe de quien soy que me habéis contentado mucho. Y todo son ardides de vanagloria.»

¿Cuál es el problema del trato? Que los «dones» se multiplicaron...

Es cosa de admiración
de que no poco me espanto
que ya por cada rincón
veréis un don y otro don
y no de Espíritu Santo.

Don que antes es desdén,
pues por él nada se dona
y aun según los dones son
ya podemos llamar don
desde hoy a cualquier mona.[18]

Esto, según Dantisco, obligaba a los señores a subirse a un grado o dos más arriba para poderse diferenciar. Y de ahí el cortesano que acusa a otro de saber muy poco de títulos cuando

emplea sólo «Muy magnífico señor» y el otro que le contesta dejándole en blanco el lugar del encabezamiento para que ponga lo que le apetezca. Dantisco, sin embargo, advierte que debe usarse de las fórmulas de cortesía sólo con quien las comprende, y cuenta de un caballero que en una casa que tenía en el campo se hacía servir de beber por seis criados que portaban la copa entre luces, y que un rústico se arrodilló al verlo creyendo que estaba ante el Santísimo Sacramento.

...Pero hay que tener cuidado. Felipe II, por ejemplo, no admite bromas en lo que respecta al protocolo y al caballero que le hacía un razonamiento con guante puesto, le dijo: «Quitaos el guante y venidme a ver mañana».[19]

¿Y si le cayera al rey su propio guante? ¿Hay que recogerlo y entregárselo? ¡Jamás!, advierte Fernández de Oviedo. Se toma del suelo e inclinándose, se entrega al principal señor que allí se halle (en línea de precedencia Arzobispo de Toledo, Duque de Medina Sidonia, Condestable, Mayordomo mayor) para que llegue a Su Majestad por la mano más caracterizada.[20]

Un título vale, a veces, mucho porque detrás de la vanidad está el reconocimiento de unos derechos. Este es el caso del bastardo Juan de Austria, que intenta en vano el tratamiento de Alteza que su hermano el rey le niega. «Tiénenos a vos y a mi —escribe Recasens a su soberano— por muy disculpados de que no le llamemos Alteza. Pero no podríades creer lo que le pesa de que se den estas órdenes y de que todos no se lo llamen y nunca le he podido acabar de persuadir que es esto insubstancial y que debía mandar a sus criados y a los súbditos que tiene en las galeras que guardasen la orden que el rey manda que guarden sus súbditos».[13] bis.

LA VANIDAD SOCIAL Y EL COCHE

Por las calles pasan algunos coches que todavía son una novedad. En tiempos del Emperador apareció en España la primera carroza, que provocó el asombro y la estupefacción que siglos después levantaría el primer automóvil. La gente se precipita hacia la nueva invención con tal entusiasmo que el gobierno tiene que tomar pronto medidas.

¿Qué ha ocurrido? Que la apariencia del coche iguala a todos y quien tiene dinero para ello pronto se pasea con la vanidad del más importante de los duques del reino. El tipo del nuevo

rico que consideramos relativamente moderno, existe ya en la España del siglo XVI, y lo sabemos a través de las quejas de los escritores a menudo nobles. Lope de Vega, en la seguridad de quien está arriba, dirá.

> *¡Ay Tello! La perdición*
> *de las repúblicas causa*
> *el querer hacer los hombres*
> *de sus estados mudanzas.*[21]

Así es, remacha Fernández de Oviedo «El día de hoy... el que tiene más dinero más puede que el que lo desea... A esos ricos se abren las puertas de los reyes y de los príncipes... así que este tener es hoy el que hace que algunos faltos de quilates de nobleza excedan y precedan a otros más generosos de sangre y de mejor prosapia»[22]

Esto parecía mal a muchos espirítus selectos. Cuando el gobierno del rey prohíbe la vanidad del carruaje a quien no lo merece por su cuna, gente tan amplia y comprensiva del valor de los hombres como Cervantes, aplaudirá la medida. Lo otro perjudicaba la perfecta escala social —cada uno en su sitio rigurosamente jerarquizado— que, según la mayoría, era la natural organización de un estado.

«¡Ay que linda cosa era el ir sentada en la popa de un coche, llenándolo de parte a parte dando rostro a quien y como cuando quería! Y en Dios y en mi ánimo te digo que cuando alguna vez me lo prestaban y me veía sentada en él con aquella autoridad, que me desvanecía tanto que creía, bien y verdaderamente, que era mujer principal y que más de cuatro señoras de título pudieron ser mis criadas.

»—Veis, doña Brígida, como tengo yo razón en decir que ha sido bien quitar los coches, siquiera por quitarnos a nosotros el pecado de la vanagloria? Y más que no era bien que un coche igualase a las no tales con las tales; pues viendo los ojos extranjeros a una persona en un coche, pomposa por galas, reluciente por joyas, echaría a perder la cortesía, haciéndosela a ella como si fuera una principal señora.»[23]

Echar a perder la cortesía... Pocas frases muestran más claramente lo delgado que se hilaba en estos asuntos. Y eran muchas veces humildes criados los más precisos en observar las reglas.

«*Lisandro*: Corre, baja, dale la mano, y dile que suba su merced.

Eubulo: No es mujer de tanta honra.

Lisandro: ¿Do consiste mi bien y mi remedio dices no ser señora de cuenta y de mucha honra? Señora mía... dame la mano que es agria la escalera.
Ayudarte he.

Celestina: A tan chico santo no tanta fiesta mi señor.»[24]

LA CALLE ESTA LLENA DE GENTE

En las esquinas ven manjar blanco, rosquillas, pastelillos... Si hace calor puede uno beber «aloja» hecho con miel, agua y especias bien fundidas y que quita la sed.

El paseante compra si es práctico, porque quien viaja por esta España del siglo XVI tiene problemas de cambio. La moneda tiene distintas y variadísimas equivalencias. Un ducado vale once reales; un escudo, trece; un doblón de a dos, veinte y seis reales y el doblón de a cuatro, cincuenta y dos reales. Un real vale treinta y cuatro maravedís...

Pero esto es en Castilla. Porque Valencia tiene su propia moneda y el real castellano vale allí 36 dineros y el escudo cincuenta y cuatro reales. Este mismo cambio se hace en Cataluña, pero el real vale 38 dineros en vez de 36. En Aragón, el real castellano sólo equivale a veinticuatro dineros.

¿Y los gastos? Subiendo continuamente. No sé a dónde vamos a parar con la carestía, dicen los procuradores de Cortes en 1598. Una vara de terciopelo que hace doce años valía tres ducados vale ahora 48 reales (por encima de cuatro), unos zapatos, cuatro reales y medio y ahora siete. El sustento de un estudiante en Salamanca, con un criado costaba sesenta escudos, y ahora más de ciento veinte; el jornal de un albañil costaba cuatro reales y el de un peón dos, y ahora cuesta el doble... todo vale tan caro que los ricos no sólo consumen sus haciendas, a muchos obliga a empeñarse y a los pobres necesitados a perecer de hambre, desnudez suya y de sus hijos. Ellos mismos, los procuradores, cobraban de dietas dos ducados diarios para trasladarse a Madrid.[25]

En 1584, Cervantes vende el privilegio de *La Galatea* que llevaba ya dos ediciones, es decir, cede sus derechos de autor por 1.336 reales, y el cómico Gaspar de Porres le compra por 40 ducados

los derechos de representación y edición de la *Confusa* y el *Trato de Constantinopla y Muerte de Selim*).

A LA IGLESIA

Todo español que tenga tiempo va a misa todos los días, aunque en general esta sea costumbre rutinaria (como lo es el llevar el rosario) muy lejos de la verdadera devoción. Para el hombre ocioso es una ocasión de ver a las mujeres que, por encerradas que las tenga el padre, hermano o marido, salen a la iglesia aunque sea acompañadas por una dueña y algún lacayo. El momento de ofrecer agua bendita que, dado su carácter religioso no puede excusarse ni rechazarse, es el de las miradas incendiarias, y la ocasión de entregarse billetes amorosos. A juzgar por los autores del tiempo, los idilios de la época nacen casi siempre al amparo de los altares.

Esta falta de respeto al lugar santo no se nota sólo en el hecho de aprovecharlo para satisfacer apetitos sensuales. La soberbia tanbién muestra sus galas donde debería ser suplantada por la humildad. El petulante cumple con su obligación externamente sin ninguna compunción interna. Claro que en esto le ayuda un clero deslumbrado por el nombre famoso.

«Llega el otro, desuellacaras, homicida, robador de los pobres, con mil pecados mortales que el menor de ellos escandaliza al aire, dice que se quiere confesar y que viene de prisa, que no puede detenerse; es menester que se despidan los que ha un mes que no hallan vez para confesarse, porque llega el señor don Fulano. Veréis al confesor echar gente menuda abajo, levantarse y salir del confesonario más hinchado que algún privado necio... llega el paje y pone la almohada en el suelo para que no se lastime. Hinca la rodilla como ballestero, persígnase a la media vuelta, que no sabréis si hace cruz o garabato y comienza a dar de dedo y a desgarrar pecados que hacen temblar las paredes de la celda con ellos, y si el confesor los afea sale con mil bellaquerías y dice que un hombre de sus prendas no ha de vivir como vive el fraile y parécele que todo le está bien. Al fin, sálese tan seco y tan sin jugo como entró y el desventurado muy contento como si Dios tuviese en cuenta con que desciende de los godos.»[26]

El fraile sale tan mal parado como el caballero en el comentario de Malón de Chaide, pero esto no indica nada contra la religiosi-

dad de la época. La gente de entonces disociaba claramente las dos personalidades de un religioso, y mientras admitía el posible amancebamiento o el pecado de gula veía al mismo pecador como auténtico y puro ministro de Dios en el acto de la consagración. Cuando los moralistas del tiempo critican al sacerdote que crea familia, lo hacen además de por el mal ejemplo que da a sus feligreses, porque el cuidado de la prole tiene que desviarle de su misión de cura de almas, encadenándole a pensamientos de negocios y prosperidad para los suyos.[27]

A la salida de la iglesia se agolpan los mendigos, los característicos mendigos españoles que han heredado de los musulmanes un orgullo increíble en su oficio, orgullo basado en la religión. Dar limosna es ganarse el camino del cielo; el pobre que la pide, pues, no hace más que favorecer a quien se la da. Algunos son ciegos, otros mudos... para que estos últimos no estén en desventaja piden tañendo unas tabletas que oídas de lejos permiten al paseante ir desatando la bolsa. Los ciegos, naturalmente, inspirán más compasión, y el que tuvo como criado al Lazarillo recibía a menudo una blanca o un maravedí antes que su criado aprendiera a trocársela por la media blanca que tenía preparada.[28]

También se ven por allí bulderos; las bulas permitirán al español comer manjar prohibido en tiempo de cuaresma. Todos los cristianos de cualquier nación que sean, si viven en Castilla, están obligados a tomar cada año la bula de la Santa Cruzada. Vale dos reales de plata y su producto va al Rey para ayudarle en su lucha contra los infieles. Con ella, gracias a permiso papal, puede tomarse leche y huevos en tiempo de cuaresma. Sin tenerla no se puede ganar indulgencia ni obtener la absolución en el confesonario.

Hay otra bula muy cómoda llamada «de composición». Si uno debe dinero y no sabe a ciencia cierta a quien, compra bula de a dos reales por cada cien que debe y tranquiliza con ello su conciencia turbada.[29]

EL BRAVO... EL MEDICO, LA HECHICERA...

Por la calle va el Bravo, el Guapo, el Chulo, el Desafiador. Su aspecto es «la voz grave y espantosa, la gorra sobre los ojos, el mirar bravo y de través, la espada caída a un lado y el andar siempre sobre el aviso apercibido».[30]

Cuando ese bravo explica sus aventuras no deja que la modestia enturbie su voz.

«Anteayer por salvar tu fama perdiese mi vida por confiar mucho en la virtud de mi espada: que como toro agrarrochado en el coso me vi entre siete que en ti pusieron lenguas: sino mira mi capa, espada y el broquel con trescientas picaduras, pero todavía mi blanca espada hizo lugar: los cuatro se me escaparon por pies: los tres dejé descalabrados: al uno de ellos si no trajese casquete de Calatayud con el poderío del golpe le hendiese la cabeza hasta los hombros, pero no le entró sino hasta la piamáter.» [31]

La ciencia de dar estos golpes se llama esgrima, y a fin de siglo saldrá el tratado más respetado sobre ella. Se llama *Libro de las Grandezas de la Espada* compuesto por Don Luis Pacheco de Narváez. (Madrid, 1600) y en sus páginas ayudándose con la geometría y usando de ángulos agudos, obtusos, curvas y esfera, el maestro explica lo que hace un buen espadachín.

«...Y en conclusión el brazo se ha de afirmar recto sin forzarle a que esté uñas abajo o arriba... y ninguna cosa ha de hacer con violencia ni tampoco doblar el brazo para dar la herida, que es lo que comúnmente hacen cuando tiran sus estocadas de puño pareciéndoles que por doblar el brazo y con gran fuerza volverlo a extender han de alcanzar más, engañándose en ello... pues en aquel punto que se encoge el brazo acortan la espada todo aquello que el brazo se dobla y la espada contraria en aquel punto podría llegar a ofender.

»De suerte que... en cualquier herida (golpe) y de cualquier especie que sea que participare de ángulo obtuso a agudo, entendáis que el recto (teniendo elegido medio y proporción) le será superior y vencerá siempre, por ser un tercio mayor aunque igual en la largura de las espadas: que con esta consideración y conocimiento teniendo el cuidado que se requiere será imposible ser herido... estando como está en vuestra mano el ofenderle cuando quisiereis, como quisiereis y con la herida que más gustareis.»

Esta preparación era naturalmente importantísima por el peligro a que se veía un hombre normalmente en las calles españolas: El duelo. Y esa costumbre no desaparece por mucho que se empeñe la justicia que, en general, condenaba al agresor a perder la mano derecha —como sucedió a un mancebo alcalaíno que se llamaba Miguel de Cervantes— y al destierro por varios años. (Cervantes huyó para evitar el castigo; volvió a los diez años y manco de la mano izquierda). A veces el ofendido se presentaba ante el escribano público y aseguraba que perdonaba al agresor de lo que le había hecho «por servicio de Nuestro Señor» dándose por terminado el caso.

Ahora pasa un médico con un sortijón, sus espejuelos, su aspecto grave y pedantón...

«Dios libre a cualquier hombre honrado de las enfermedades de España y de sus médicos, quería decir asnos, pues la primera medicina que harán es sangrar a una persona y sacarle tanta sangre del brazo como si no fuera hombre, sino un buey u otro animal grueso.»

Habla el barón Conrado de Bemelberg.[32] Bemelberg está en España en 1599, y todo le parece mal. Su juicio de los médicos, sin embargo, corresponde al que tienen todos los extranjeros y la mayor parte de los españoles. Zapata[33] menciona a un señor gordo al que le sacaron de una vez cuatro libras y media de sangre. Quizás en el caso del obeso —no cabía en las sillas ordinarias— estaba indicado el remedio, pero la lanceta era la primera cosa que los galenos del tiempo recordaban cuando se trataba de curar a alguien, hasta el punto que los procuradores de Cortes de 1548, pidieron al rey que mandase a médicos y cirujanos que «después que hubiesen visitado al doliente segunda vez de enfermedad alguna, no le pudiesen visitar la tercera sin que le amonestasen y se confesase porque se había visto por experiencia morir muchos sin confesión.»

Por lo demás la medicina estaba basada en conceptos bien sencillos. Según Huarte de San Juan, igual que hay cuatro elementos, hay cuatro humores distribuidos de la siguiente forma:

Elementos	*Humores*	*Características*	*Función*
Aire	Sangre	Caliente, húmedo	Caliente, humedece el organismo
Fuego	Cólera	Caliente, seco	Desarrolla las partes calientes y secas
Tierra	Melancolía	Frío, seco	Desarrolla los huesos
Agua	Flema	Frío húmedo	Desarrolla las partes frías y húmedas (cerebro, riñones)

Las enfermedades ocurren por tres causas: Destrucción de un humor normal por un calor excesivo y anormal. Descomposición

de un humor normal. Mezcla desequilibrada de los cuatro humores.

Los remedios son igual de simples. Para el primer caso, sangrías. Para el segundo, purgantes (ruibarbo para la cólera). Para el tercero, dieta.[34]

Otros doctores tienen gran confianza en el valor curativo de las piedras preciosas, porque ya se sabe que «toda piedra preciosa tiene la misma virtud contra el veneno, en especial, el jacinto, las perlas, mucho más las esmeraldas de la cual tomados nueve gramos resiste todo el veneno. Cuando llega cargamento precioso de las Indias el Rey manda que esmeraldas y alforjas se reserven para la botica «donde podrán ser de mucho alivio».[35]

A pesar de las sátiras los médicos tienen nombre y respeto muy por encima de los cirujanos y barberos que sirven sólo para sangrías. El engaño sobre ello basta, según el personaje de Cervantes, para divorciarse: «fui engañada cuando con él me casé porque él dijo que era médico de pulso y remaneció cirujano y hombre que hace ligaduras, que va a decir de esto a médico la mitad del justo precio.»[36]

Los médicos podrían ser ineficaces, pero quienes rehuían sus servicios tenían que aceptar los de otros con menos latines y peor intención. Los brujos y hechiceros ayudaban a curarse con medios tan diversos como originales, como el escribano y el clérigo que en 1538 escribían palabras cabalísticas en el pecho de las mujeres para que se les retirase la leche tras haber muerto sus hijos, o curaban tercias y cuartanas escribiendo en tres almendras —que había que pedir por amor a Dios en una tienda y nunca pagar por ellas— las palabras *agla, egla, eglota;* otro quitaba el sol de la cabeza pasando por ella un orinal lleno de agua y encendiendo una candela que, al reverberar dentro, decía que era el sol metido en la cabeza. La Doyagüe aplicaba emplastos de hierbabuena e incienso machacados con manteca de vaca, aceite, agua y vino. Para curar de la impotencia Leonor de Barzana, judía conversa, pedía uñas de pies y manos, pelos de diferentes partes del cuerpo, pedazo de pan mordido y un real para candelas de cera. El mal de ojo de los niños se curaba, según María de Medina, en 1538, echando en una escudilla granos de cebada, ruda y culantro seco, aceite de enebro y del candil. El sahumerio lo colocaba y removía en un plato de agua puesto sobre la cabeza del aojado diciendo mientras tanto.

Allá vayas, mal de la parte del mar
donde no canta gallo ni gallina,
que no pares en esta casa ni en este hogar.

Luego había que derramar el sahumerio en una encrucijada sin tocar los umbrales de la casa.

Las hechiceras eran, sobre todo, buscadas para conseguir el amor de algún reacio. María de Santaren, desnuda y descabellada, con escoba, candil a la espalda y nueve habas se dirigía a su propia sombra diciendo:

Sombra, señora
con vos me vengo a enamorar
haba que habéis de ir por fulano
y me lo habéis de traer
haba que quiero echar las suertes
haba que las quiero echar,
haba que si en vos cayere
haba que me lo habéis de traer...

Echaba las habas una a sí y otra a la sombra para que cayera en ella la postrera.

Ah, en vos cayó la sombra
Presto, presto,
traédmelo preso y atado,
presto en un crédito
y no me lo dejéis a la puerta,
sino traédmelo a mi cama.

Barría con la escoba, cerraba la puerta y se echaba en la cama.[37]

Pasa un estudiante... La amplia capa oscura lleva por encima la beca puesta en bandolera y llegando casi al tobillo. Los estudiantes tienen a gala usar la capa rota y vieja porque indica antigüedad en la Universidad que es lo importante. El ser novato tiene problemas, porque los veteranos se burlan de él, le tiran salivazos, y le obligan a invitarles.

Cuando están en las aulas se sientan en un banco y escriben en otro lleno de inscripciones a navaja. La silla-cátedra es un cofre de madera oscura en que el maestro encierra los textos cuando ha ter-

minado la lección. Hay un actuante al pie de la cátedra que es quien lee en voz alta los textos marcados por el profesor. A la salida, éste se apoyará en una columna «asiste al poste» para que los alumnos le pregunten.

El estudiante puede ser rico y llevar criados. Algunos de éstos son a su vez estudiantes. Otros pobres, están con Bachilleres de Pupilos que los alojan y alimentan sencillamente o casi nada como le ocurrió al «*Buscón*» de Quevedo. Si está enfermo le atienden gratuitamente en el Hospital, y si le persigue la policía puede refugiarse en el territorio exento de la Universidad y ser juzgado por su único jefe, el Maestresala o Canciller, que es también jefe de los Profesores. El Rector es más bien el Administrador.

Nada hay más presumido que un estudiante de Salamanca, la segunda Universidad del mundo (después de París) a la que los Papas comunican su elección y los reyes le piden los reconozcan... Cuando un monarca visita la Universidad, los profesores y doctores le reciben con la cabeza cubierta.

El estudiante toca la ciencia con una mano, la picaresca con la otra. Su obsesión es el dinero que tiene que llegar del padre. Su exorcismo para conseguirlo se llama *La Paulina* canto tradicional.

Al padre cruel y fiero
que al hijo que está estudiando
no envía de vez en cuando
el plus con el arriero,
para que volver no pueda
en sí de error semejante
la mano del estudiante
caiga sobre su moneda. (Todos: *Amén*)

Padre que no envía
la porción cuotidiana
padezca cada semana
nuestra hambre de cada día. (*Amén*)

Callos tenga luego
en lugar de sabañones
y así como estas razones
están ardiendo en este fuego (quema el papel)
por divina permisión
quiera el que todo lo cría

que el dinero que no envía
se le convierta en carbón.[38]

Los capigorristas o capigorrones llevan gorra en lugar del bonete cuadrado. Los sopistas comen la sopa a la puerta de los conventos.

A veces quien pasa es un condenado a muerte que ha confesado en el potro —cordeles que penetran hasta los huesos— el crimen cometido. Va vestido de paño blanco con un bonete azul, montado en un borrico, con las manos atadas y entre ellas un crucifijo. Dos religiosos van a los lados exhortándole a morir bien y delante dos pregoneros diciendo a voces la causa de su muerte. A veces el preso se indigna al oírle como le ocurrió a don Juan Bravo, el comunero.

—Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor por traidores.

—Traidores, no; mas celosos del bien público y defensores de las libertades del reino.

Detrás van el alguacil que le prendió y el escribano de la causa a caballo. En cada imagen santa que se encuentra —y en la España del siglo XVI las hay en muchas esquinas— les dejan rezar por un momento. Mientras tanto, se están ya diciendo misas por el alma del que van a ajusticiar porque el día anterior se pidieron para este fin limosnas por las calles. Los hermanos de la Misericordia, que son los encargados de este piadoso fin acompañan también al condenado en su último viaje.

Hay algo más grave y más festivo, al mismo tiempo, porque atrae a multitudes. Ha sido anunciado con tiempo y las ventanas están tan llenas que hay quien sube a los tejados para poder presenciar el espectáculo; es la procesión solemne de la Santa Inquisición. Entre filas de soldados y frailes los curiosos ven al delincuente vestido con el sambenito que es túnica sin mangas de color amarillo y dibujos simbólicos como lenguas de fuego, una coroza puntiaguda, un dogal al cuello y una cruz verde en la mano. Estos son los que se niegan a abjurar de sus errores y que por ello —judíos, musulmanes, protestantes— irán a la muerte. Los que se reconcilian con la Iglesia llevan, en vez de la cruz verde, una vela encendida.

La procesión se detiene en la plaza pública ante un tablado preparado al efecto. La ceremonia la inicia el mismo rey o miembros de su casa real en su ausencia. Luego sigue el sermón y la lectura

de la sentencia para cada uno de los penitentes. Los que abjuran son recibidos de nuevo en el seno de la Iglesia. Los otros entregados al brazo secular que procederá a quemarlos fuera de la ciudad y sin convocatoria de público.

A veces, pasa un entierro con sus blandones, sus clérigos y, elemento típico, las plañideras que los cristianos heredaron de los musulmanes y que son capaces de derramar abundantes lágrimas y gritos desgarradores ensalzando las virtudes de quien quizá no habían visto en su vida. La esposa del muerto va también cerca de la caja dirigiéndola suspiros y llantos. «Marido y señor mío, a donde os llevan, a la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca se come ni bebe», descripción tan exacta del lugar donde vive el Hidalgo del Lazarillo que, éste aterrado se vuelve corriendo y atranca a la puerta gritando a su amo: ¡«Señor que nos traen aquí un cadáver»!

Va un oficial levando gente. El Rey ha pedido hombres para cualquiera de sus empresas militares, contra el turco, contra el argelino, contra el francés, contra el protestante, contra el italiano. Va resonando una caja (tambor) y se levanta la bandera junto a un tosco banco y una silla: Los mozos, desconfiados por un lado, pero atraídos por el redoblar y la bizarría del oficial van acercándose poco a poco.

Sepa cualquiera que quisiere
salir de aquesta ciudad
como da su majestad
sueldo y paga al que viniere.
Al platico (práctico) si lo fuera
le darán cuatro ducados:
el bisoño tres, pagados
para cuando a Dios plugiere.[39]

Esta es la paga mensual corriente para el soldado menos técnico, el piquero. Los coseletes, cobraban un ducado más y los mosqueteros tres ducados de sobrepaga. Los aristócratas eran los artilleros cobrando un 265 por ciento más que un piquero. De este dinero había que deducir el alimento (tres ducados o sea 1.125 maravedís se reducen a 360 y encima hay que quitar un real mensual por hospital y botica.)[40]

Pero lo malo es que los 326 que quedaban para gastos particulares, entre los cuales estaba la obligada esposa o compañera, que

va con los soldados del tiempo a la guerra, se cobraban como ha dicho el poeta «cuando a Dios plugiere» y parecía que eso ocurría bastante esporádicamente.

...Lo cual no le impedía vestir con brillantez.

Lo curioso en esta calle donde todos se conocen por su uniforme —el médico, el estudiante, el profesor, el ganapán (mozo)— es que el único que va como quiere es el soldado. Quizá se distinga por su amor a los colores, a las plumas fantasiosas...

Púlense y engalanan los soldados
con cosas por sus puños adquiridas.
trofeos por sus manos alcanzadas
son sus despojos, plumas sus heridas.[41]

Cuando el soldado es rico no hay espectáculo como él... Cuando es pobre lleva los desgarros de un traje con el orgullo de una bandera que ha estado en demasiados combates. Así el de «La Guarda cuidadosa», que contesta las burlas del sacristán con el desprecio del hombre de acción por el togado.

«Vive Dios que te dé mil cuchilladas y que te haga la cabeza pedazos»:

Sacristán: Con las que cuelgan destas cabezas y con los dese vestido se podrá entretener sin que se meta con los de mi cabeza.

Soldado: El hábito no hace al monje; y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios».

El siglo XVI es el principio de la edad moderna, pero también es el final de la edad media de la que conserva todavía en tiempos del Emperador, muchas características. Por ejemplo, todavía puede verse en la primera mitad un torneo como se usaba en los siglos pasados, torneos que el mismo Carlos honró muchas veces con su presencia y acción. En 1544, el almirante de Castilla pregonaba un desafío a la vieja usanza.

«Yo, don Luis Enríquez, Almirante de Castilla, digo que el primer domingo de Cuaresma, con otros dos caballeros, mantendré un torneo a caballo delante del palacio de su alteza a todos los caballeros que quisiesen venir a combatir con nosotros... Al que per-

diese lanza no puede ganar precio (premio) si no fuere galán o de mejor invención; el que cayere del caballo no puede ganar precio sino de galán o de invención; mantendremos una carrera de lanza, y después golpes de hacha hasta que falte a uno de los caballeros y cuatro golpes de espada... El que mejor corriere la lanza le darán un diamante, y al que mejor con el hacha combatiere, una esmeralda... y al que mejor con la espada, una pluma de oro, y al más galán un rubí, y a la mejor invención, una medalla de oro... Todos los caballeros que vinieran a combatir han de traer escudos de armas, para que vean quienes son y han de entegar a los jueces para que ellos les manden para donde han de estar y los manden a correr como viniesen; no pueden combatir sin mostrar sus espadas a los jueces y ellos les mandarán dar lanzas y hachas.»[41]bis.

Todo un mundo caballeresco que se moría ahogado por la burocracia y la pólvora. En cierto modo su sustitución es el deporte.

Al juego de pelota estaba entregado Felipe el Hermoso antes de beber el jarro de agua fría que, según dicen, acabó con su vida. Un autor de la época hace vibrar el verso como a la pelota para describirlo.

Paráronse a mirar a coyuntura
que la pelota empieza su carrera,
uno la hiere con la pala dura
otro a tornar a herirla se acelera.
Cae en tierra y botando se apresura
segunda vez con muestra más ligera
corre a darla un gallardo mozo y luego
el sitio muda haciendo pasajuego.
El brazo vencedor dobla el partido
vuelve a salir el orbe rezumbando
de la abeja solícita el ruido
va su ligero curso acompañando.
En la pesada pala recibido
a su primer lugar tornó volando
sin que nadie alcanzarla se atreviese
aunque más en puntillas se pusiese.[41] *tris*

LA HORA DE LA COMIDA

Desde la Reina de España que es servida por tres damas puestas de rodillas, desde el Emperador que ve llegar el osero traído por el repostero de plaza que lo besa antes de entregárselo al maestresala que lo colocará respetuosamente junto a la persona real, para que éste pueda echar en él los huesos mondos...

...hasta el Lazarillo que pide de limosna unas uñas de vaca y empieza a comérsela en un rincón hasta que el hambriento de su amo le pide «para probarlas» y acaba devorando la mayor parte.

...los españoles del siglo XVI comen, cuando pueden, hacia las doce. Muchos lo hacen en plena calle, comprando en puestos que se colocan en las esquinas, cocinando a vista y paciencia de las autoridades, aunque está prohibido en la mayor parte del siglo. En las casas esta comida es mejor que la de la noche aunque Baltasar del Alcázar describiera su menú como cena.

...La ensalada y salpicón
hizo fin; ¿qué viene ahora?
La morcilla, oh, gran señora,
digna de veneración;
Que oronda viene y que bella,
que través y enjundia tiene

...como la traidora pica
tal debe tener especies
¡Qué llena está de piñones!

Probemos lo del pichel,
alto licor celestial
no es el aloquillo tal
ni tiene que ver con él

Mas el queso sale a plaza,
la moradilla va entrando
...pues la aceituna no es mala
bien puede bogar su remo[42]

Con el salpicón que es fiambre de carne picada con pimienta, sal, vinagre y cebolla (parecido al *hamburguer* americano de hoy) vino aloque (o de color de sangre) y bebiendo en la vasija de

estaño alta llamada pichel, el español de entonces probará duelos y quebrantos que son huevos con torreznos, Merced de Dios (los mismos en tortilla), pan pintado que así parecía de los moldes que se usaban al cocerlos con aceite y ajonjolí y las suplicaciones o barquillos. La aceituna acostumbraba a ser postre. La comida es cara para lo que se gana: Una gallina dos reales, una libra de carnero veinte maravedís, la de vaca catorce, la de tocino diecinueve.

La forma de comer es sin demasiado remilgo. Camilo Borghese, procedente de la refinada Italia, se asombrará en 1549, que se coma sin tenedor (no llegará hasta Felipe IV) y «con poca crianza». Y cuando el «Galateo español» advierte de lo que no se debe hacer evidentemente está mencionando lo que ocurre todos los días.

«No es bueno cuando están a la mesa rascarse; y débese el hombre en aquel tiempo guardar de escupir y si se hiciere, sea de buena manera disimuladamente... ni le conviene allí refregarse los dientes con la servilleta o con el dedo; ni enjuagarse la boca y escupir las enjuagaduras de ella de suerte que todos lo vean...»

El feo uso del escarbador de dientes era general, del rey abajo hasta el último español. Gracián Dantisco no lo critica como tal, sino como exhibición porque hay muchos en forma de joya que se llevaban continuamente. (El soldado de *La Guarda cuidadosa*, intenta dejarlo como prenda a cambio de los zapatos de su adorada).

«Y quien trae colgado al cuello el escarbador de dientes no lo acierta; porque allende de ser un extraño arnés para verle sacar del seno a un gentil hombre, es instrumento muy de sacamuelas y parecen hombres muy prevenidos para el servicio de la gula. Que según esto bien podría traer la cuchara al cuello».[43]

Baltasar del Alcázar ha mencionado el aloque. Otros españoles beberán San Martín Rivadavia, Membrilla, Alaexos, Malvasía en Cataluña. Al no tener uvas en Vizcaya —señala un viajero— hacen una bebida de manzanas que llaman sidra «razonable al gusto, pica y es dulce pero no muy provechosa para los que no están hechos a ella.»

La misma falta de costumbre puede impedir paladear una bebida que se está poniendo de moda. «De India traen unos polvos de especias mezcladas con las que hacen una bebida llamada chocolate y suelen tomarla por las mañanas en ayunas con agua caliente. Dicen que es muy provechosa a la salud, pero difícil de tomar a quien no la acostumbra de ordinario o no está hecho a ella por un olor muy agudo que tiene.»[44]

A los españoles no les gustan los vinos ligeros, dice Borghese. Por si alguien quisiera prepararlos de esta manera el Corregidor de Madrid prohíbe, en 1588, que haya agua en las tabernas. Los dueños de ellas protestaron de la medida con cierta lógica. Por un lado la higiene «en las casas que se vende vino es la limpieza lo principal que se suele tener en cuenta». Por el otro, el gusto de ciertos clientes... «muchos no querrían beber el vino, sino fuese aguado».[44]

Todavía quedan otras bebidas para quien tenga sed:

—¿Queréis agua de limón?
—Estas bebidas nos matan.
—¿Han puesto a enfriar cerveza?
¿querisla?
—Sí, que es más sana.[45]

No todos comían sazonado. El mismo Baltasar del Alcázar tiene una poesía en que un anciano come con dieta tan ligera como nutritiva.

Salido el sol por oriente
de rayos acompañado,
me dan un huevo pasado
por agua, blanco y caliente,
con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman vino
porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
toca en la meridional,
distando por un igual
del oriente y del ocaso,
me dan asada y cocida
de una gruesa y gentil ave,
con tres veces del suave
licor que alegra la vida.

Después que cayendo viene
a dar en el mar hesperio,
desamparando el imperio
que en este horizonte tiene,

me suelen dar de comer
unas tostadas en vino puro
que al enflaquecido pulso
restituyen a su ser.[42]

LA MUJER DEL SIGLO XVI...

Es muy dada a galas y fiestas en que pueda lucir su vestido. Y éste no basta que sea rico. Ha de ser importado. Siempre lo lejano ha atraído la señora que gusta de adornarse.

¿«Compran trenzaderas, randas de Flandes, Holanda, Cambray, hilo portugués»? —pregona un vendedor ambulante en *La Guarda cuidadosa* de Cervantes.

«Ya no les place tanto lo galano y hermoso como lo costoso y preciado y ha de venir la tela de no sé donde y el brocado de más alto y el ámbar que bañe el guante y aún hasta el zapato el cual ha de relucir en oro también como el tocado...[46]

Una mujer diz que honrada
mujer de pompa y arteo,
adoleció de deseo
de una saya verdugada
muy lozana,
a su parecer galana
que yendo a la iglesia vio.

Se entristece, se muestra fatigada. El marido inquieto llama al médico que receta.

Compradle sin más recelo
si la quisieras ver sana,
seis varas de fina grana
y cuatro de terciopelo carmesí
y póngaselos allí,
porque se alegre de verlas
y ciertas onzas de perlas,
lo demás dejadlo a mí.[47]

¿Quién diría que teñirse el cabello de color rojo es tan antiguo? Fray Luis de León ve en ello la seguridad de la condena eterna.

«Enrojas tus cabellos y en el mal agüero de lo que está por venir los comienzas a dar color semejante al del fuego... tú maldices las canas y abominas de lo blanco que es semejante a la cabeza de Dios.»

Complemento del atavío de una dama en su estrado, esperando la visita, es un perrillo faldero que, según el Guzmán de Alfarache, es tan esencial y propio que no puede pasarse sin ellos, resultando como un médico sin guantes y sortija, un boticario sin ajedrez o un barbero sin guitarra.

Otros opinan que esa costumbre no sólo es vanidad. Huarte advierte que tener un gozquecillo en el regazo cumple dos funciones. Una física: les dan calor y libran del mal de madre; y otra, que llamaríamos hoy sicológica: las sirven de regalillo a las manos y de juguete para estar ociosas.[48]

Y ahora el afeite, es decir el maquillaje. Como hoy el moralista de antaño se lamenta. Como hoy nadie le hace caso.

«¿Qué pretende la doncella con embadurnarse la cara con albayalde y arrebol? Si es por agradarse a sí misma es loca, y si es por agradar a los hombres es mala. Ruin vida te auguro si el marido viene a ti por el solo afeite; cuando te lo hubieres quitado, ¿cómo podrás serle grata?»

Evidentemente, se empleaba entonces también la preparación del cutis. Juan Luis Vives exagera un poco los resultados para impresionar a la lectora.

«La tez tierna se estraga precozmente y envejece todo el cuerpo, y el aliento hiede y se carian los dientes, y de todo su cuerpo sale una agrura de mal olor, así del albayalde como del azogue, como de las aguas destiladas y jaboncillos y unturillas con que se preparan la cara como un retablo para la pintura del día siguiente.»

(Algo habría de cierto en lo del olor cuando se cargaba la mano en el afeite. Cuando Brígida habla de su amiga dice: que «sepa que tiene las tetas como dos alforjas vacías y que no le huele muy bien el aliento porque se afeita mucho.» Al referir esta conversación a la interesada cambia: «También le dije como vas muy limpia, muy linda y agraciada y que toda eres ámbar, almizcle y algalia entre algodones. —Ya yo sé, amiga, que tienes muy buenas ausencias», contesta la otra.)[49]

Con la misma severidad, Vives ataca el uso de los pendientes.

«¿Por ventura en ningún tiempo quiso Dios que se infringieran heridas en las orejas con que se atormentase a la pobre niñez inocente? ¿Para qué sirven las orejas horadadas que enteras por

su ternilla creó la naturaleza? ¿Y por qué la madre... no ha de agujerear las narices también?».[50]

La obra de Vives es de 1523. En 1589 fray Luis de León volverá sobre el tema con un cierto temor de perder el tiempo e intenta aplicar algo poco relacionado con la moda: la lógica.

«Y si no es la suciedad, ¿por qué venida la noche se le quitan y lavan la cara con su diligencia, y ya que han servido al engaño del día quieren pasar la noche limpias?... Cierto es que la hermosura no consiste tanto en el escogido color, cuanto en que las facciones sean bien figuradas cada una por sí y todas entre sí proporcionadas... Las de buenas figuras aunque sean malas son hermosas y no sé si más hermosas siendo blancas; las de malas, aunque se transformen en nieve al fin, queden feas... feas y sucias.»[51]

Luego a la calle con el manto sobre el cuerpo dejando apenas entrever un ojo: ¡Cuántas facilidades para todo lo malo! Las Cortes de Madrid de 1586 al 88 decidieron, y la pragmática confirmó, que eso no debía ser porque «ha venido a tal extremo el uso que de ello han resultado grandes ofensas a Dios y notable daño a la República, a causa de que en aquella forma no conoce el padre a la hija, ni el marido a la mujer, ni el hermano a la hermana... y dan ocasión a que los hombres se atreven a la hija o mujer del más principal como a las del más vil o bajo lo que no sería ni diesen lugar yendo descubiertas a que la luz discirniese las unas de las otras.»

Como se ve tanto o más que la moral preocupa el posible olvido de la diferencia de clases.[52]

EL HOMBRE Y LA MUJER SE ENCUENTRAN...

Y el encuentro entre el hombre y la mujer tiene el mismo valor en la España del siglo XVI, que en la de hoy. Hay una apreciación rápida de los valores físicos y otra, más lenta, de los morales y económicos. La única diferencia la da el traje de la época que permite admirar al cuerpo humano en forma distinta de lo que se hace hoy. Por ejemplo, estando ella tapada, la mano adquiere un gran valor porque es lo único que se deja ver además de un ojo y la punta de los pies. Sobre estas mínimas posibilidades tiene el hombre que levantar su castillo de ilusiones. Para la mujer, en cambio, la tarea es más fácil. El hombre lleva la cara descu-

bierta y el juicio es más seguro. De él elogia manos y... piernas cuya forma mostraba la moda.

«¡Ay como es dispuesto! ...¡Qué pierna tan seca y enjuta! Querría que se quitase los guantes para ver que mano tiene» —dirá La Lozana Andaluza.[53]

La mujer del siglo XVI vive pensando en el amor desde niña. Para ello está siempre dispuesta y la sociedad la consiente una libertad sexual que incluso hoy asombra hasta el punto que el Padre Francisco Farrán tiene que escribir: «Tres libros contra el pecado de la simple fornicación: donde se averigua que la torpeza entre solteros es pecado mortal.»[54] Título que nos revela que la idea general era de que ese pecado era sólo venial. Así él podrá insinuarse:

Dijérale: Señora, yo he venido
aquí: solos estamos sin que alguno
lo vea, ni jamás será sabido.
Yo soy mozo y vos moza. No hay ninguno
que nos pueda estorbar que nos holguemos
el tiempo y el lugar es oportuno.[55]

Nadie ponía el grito en el cielo cuando esto ocurría, siempre que fuese seguido del matrimonio y por ello la doncella se entregaba fácilmente si recibía del hombre de sus sueños una cédula o promesa en que se aseguraba el cumplimiento de la obligación. Evidentemente, muchos no cumplían luego con ella, especialmente si se trataba de relaciones entre gente desigual, y esto fue el motivo de que los procuradores en Cortes de 1586 procurasen el remedio:

«Muchas doncellas principales y honestas son engañadas con promesas que los hombres les hacen de matrimonio de futuro, y muchos hijos desigualmente casados con deshonra de sus padres y linajes por la fuerza que tienen semejantes palabras, que de ordinario como mozos inconsiderada y clandestinamente dan».

Para ello las Cortes proponen que se siga el orden del Concilio de Trento, recientemente celebrado, para impedir matrimonios clandestinos «porque de esta manera ni las doncellas honradas se fiarán de promesas que no tuvieran fuerza ni obligación de cumplirse ni los hijos mancharían la honra de su linaje obligándose por su liviandad a tan desiguales casamientos».[56]

Como se ve, con el miedo al descalabro de una joven va el temor tremendo de un matrimonio desigual que bastaría a des-

honrar a los parientes por el mero hecho de celebrarse. De esta pragmática, como de casi todas, se hizo poco caso y la gente siguió aceptando la pérdida de la virginidad como un incidente que puede olvidarse si sigue el legítimo enlace.

Este sentido moral cambia totalmente cuando la mujer está casada y el adulterio no sólo tiene que ser lavado con sangre por el marido o parientes más cercanos, sino que la justicia del Rey pone, a menudo, a la adúltera en manos de su marido para que sea él quien ejecute la última pena.

Severidad destinada a impedir ofensas a dos cosas que unas veces van juntas y otras no. Son el honor y la honra. El honor es el que se siente intrínsecamente unido a la virtud. La honra es la consagración del primero porque está basado en la reputación, una especie de eco de aquella virtud; poco a poco, sin embargo, se irá concediendo más importancia a la segunda que a la primera hasta llegar al personaje calderoniano que mata aun a sabiendas que es inocente su esposa, si la *vox populi* no la considera como tal y el daño a la honra es ya un hecho.

A pesar de lo cual, el engaño ocurre, sobre todo, en el caso de la jovencita casada tempranamente con un viejo rico y que busca la aventura para vengarse de su encierro. Esta clase de boda se realiza a menudo y José Luis Vives advierte a los padres de la gravedad de una elección hecha sin contar con la edad de la esposa, y sólo con la riqueza del pretendiente. Antonio de Guevara también había explicado al viejo que quería casarse con una joven, los peligros a que se exponía.

«En tal edad como la vuestra puede ser que vos améis, mas es mentira que seáis amado; porque la triste enamorada que os quiera escuchar, no es por el contento que tiene de vuestra persona, sino por el apetito que tiene de vuestra hacienda.

»En tal edad como la vuestra, ninguna cosa escucharéis de veras, sino que todo para en burlas; porque las mujeres taimadas y enamoradas desde tiempo a los mancebos admiten para se holgar y a los viejos oyen para de ellos burlar».

Y dispuesto a evitar peligros que acechen a los hogares, dedica otra de sus «epístolas familiares» a quien le preguntó si era aconsejable visitar a una dama en ausencia de su marido:

«...a las mujeres que tienen los maridos ausentes aunque tengamos obligación de servirlas no tenemos licencia de visitarlas... La malicia de los hombres es muy continua y la honra de las mujeres muy delicada; y por eso hemos de mirar mucho cómo las

hablamos y a qué hora las visitamos, porque no demos a los vecinos que decir ni a los maridos que sospechar.»[57]

Sin embargo, aquellas mujeres no eran esclavas del hombre como se ha dicho tantas veces. Cuando éste cometía tropelías contra ellas tenían perfecto derecho —que hicieran uso de él dependía de su carácter, naturalmente— a acudir a la justicia que en general las atendía. He aquí un ejemplo:

«...En la villa de Madrid, a primeros días del mes de octubre de mil y quinientos y noventa y cinco años, ante mí el escribano público y testigo y usos escritos, pareció presente Lucía de Ureña, mujer de Pero Fernández de la Fuente, procurador del número de la audiencia de esta Villa de Madrid, y dijo que de cuatro años ha que es casada el dicho su marido le ha hecho y hace fuerza y la ha inducido, forzado y atemorizado a que entrase como entró juntamente con él en el otorgamiento de escritura de bienes que ha vendido, así de los suyos dotales de la dicha Lucía de Ureña como de otros, que ambos tenían y aquélla podría tener derecho... y porque la susodicha no quería otorgar las dichas escrituras por ver que eran en perjuicio suyo, el dicho Pero Fernández su marido a los mismos tiempos y antes le hacía y hizo muchos malos tratamientos de palabra y obras... y la amenazó con armas desnudas puestas a los pechos y diciendo que la había de matar, si no las otorgaba... de modo que ella fue tan atraída, persuadida y atemorizada que por excusar escándalos y el peligro de su vida, hubo de venir a hacer y otorgar las dichas escrituras». La señora en cuestión pedía que se declarasen nulas las firmas y que se le devolvieran los bienes perdidos por esas violencias.[58]

La tendencia general, sin embargo, es mantener a la mujer en casa, y si los padres siguen los consejos que da el sabio J. Luis Vives las pobres muchachas del siglo XVI tendrán una vida triste y retirada. «Menester será, que salga de casa la doncella, pero será tan de tarde en tarde como fuere posible. Primeramente porque cada vez que una doncella sale en público, sufre un juicio estoy por decir que capital, de su hermosura, de su modestia, de su discreción, de su pudor. Retirada debe estar la mujer y conocida de pocos, indicio es de castidad no entera y de reputación mancillada ser conocida de los más.»

Su comportamiento en público debe ser pacato

«...Conserve los ojos bajos y no los levante, sino raras veces con comedimiento y con recato sin mirar a nadie intensamente de

hito en hito... y no hay para qué amonestar que no corresponda con su sonrisa al mozo que la sonría ni consienta ser pellizcada ni tocada... que una muchacha y un hombre hablen largamente a solas y sin testigos cualquiera fuese este lugar ni aun cuando fueren hermanos es una libertad que no debe sufrirse.»

Esta vida casera, encerrada entre cuatro paredes, ¿tiene al menos el aliciente de la lectura? ¡Cuidado!, advierte Vives, con «libros que no tratan de otro sujeto que de amor, ¿qué hacen leyendo amores ajenos? Poquito a poco insensiblemente van bebiendo ponzoñas sutiles y venenosos alicientes»...

Pero lo peor son los libros de Caballerías

«Deberían las leyes humanas y funcionarios del Estado... preocuparse de los libros pestíferos como son en España: Amadís, Esplandian, Florisando, Tirante, Tristán (cuyas insulseces) no tienen fin... Celestina madre de maldades y Cárcel de Amor... (en su lugar deben ser leídos) Evangelios, Hechos de los Apóstoles, Tertuliano, Platón, Cicerón, Séneca y otros semejantes.»[50]

No hay que advertir que la mayoría de las mujeres no hacía ningún caso del sabio español y la mirada especialmente era libre, desvergonzada e intensa al socaire del tapado. También siguió leyendo los libros de Caballerías con entusiasmo comparable a la atención con que se sigue hoy los seriales en Radio y Televisión, y al terminar la labor diaria se reunían hombres y mujeres de todas las clases sociales; mientras uno leía en alta voz las aventuras y desventuras del famoso caballero de turno las mujeres suspiraban ante los problemas que el amor les planteaba. Así penaba la hija del ventero en *Don Quijote* al compás de los sufrimientos de Oriana la dama de Amadís. La popularidad de este último era tan grande, su historia tan seguida por todos, que se cuenta, que un caballero, encontró una tarde a una familia desesperada y clamando al cielo su dolor. ¿Qué ha ocurrido?, preguntó asustado el visitante. Ha muerto Amadís, ¡el mejor de los caballeros!, fue la respuesta angustiada. El autor había decidido acabar con su vida y millares de lectores lo lloraban como a un amigo perdido.

Aparte de esto, se leía poco y para muchos el libro impreso era pábulo de curiosidad innecesario que sólo servía para desviar la mente por caminos heréticos. Cervantes satirizó al enemigo de la cultura en Humillos:

«*Bachiller*: ¿Sabéis leer Humillos?

Humillos: No por cierto.
ni tal se probará que en mi linaje
haya persona tan de poco asiento
que se ponga a aprender esas quimeras
que llevan a los hombres al brasero [1]
y a las mujeres a la casa llana.[2]
Leer no sé; mas sé otras tales,
que llevan al leer muchas ventajas.

Bachiller: Y, ¿cuáles son esas cosas?

Humillos: Sé de memoria
todas cuatro oraciones y las rezo
cada semana cuatro o cinco veces.

Bachiller: ¿Y con eso pensáis de ser alcalde?

Humillos. Con esto y con ser yo cristiano viejo
me atrevo a ser un senador romano.»[59]

Este Humillos, es un símbolo de millones de compatriotas. La diferencia mayor entre esta España y otros países europeos de la misma época, es que siendo muy grande las diferencias sociales hay en el caso español una fórmula igualitaria: el cristiano viejo. Siglos de lucha contra el moro y el judío han provocado en el humilde la seguridad de una riqueza, tanto más importante como que está seguro de que le abrirá las puertas del paraíso. Esta riqueza se basa en un concepto racista —no hay mezcla de sangre judía y mora en sus venas— y un concepto religioso: Vive en el seno de la verdadera doctrina. De aquí la seguridad y arrogancia que llena de asombro a los viajeros. Un zapatero, un carpintero, cuentan asombrados en sus relaciones, va por la calle con la cabeza alta y la seguridad absoluta de sus privilegios y derechos como poseedor de las dos cualidades antedichas que bastan a igualarle, no ya a los nobles, sino con el mismo rey.

De aquí proviene que tengan en gran importancia las fórmulas de cortesía y sean todos si no «dones» al menos señores, Lope de Rueda hizo una sátira del hombre torpe de palabra, criado de profesión y que, sin embargo, exige un tratamiento cuando su amo le llama.

1. Hoguera de la inquisición.
2. Casa de prostitución.

«*Leonardo*: ¡Melchor! ¡Válgale el diablo a este asno! ¿Y dónde está que no me oyes?

Melchor: ¿Diz que no oigo? ¡Pardiez que si yo quisiese antes que me llamase tengo oído! ¿Mas qué monta? Que tan bien trato yo de mis intereses como cualquier hombre de honra. A ese Melchor échele un soportativo (superlativo) y verá cuan recio soy con él... Pues aquese Melchor apúntele con alguna cosa al principio porque no vaya a secas y verás lo que pasa.

Leonardo: ¡Ah! ¿Señor Melchor Ortiz?

Melchor: Agora soy contento. ¿Qué manda vuesa merced?[60]

¿Vamos al baile?

Los bailes son malísimos porque el movimiento está en contra de la dignidad, sobre todo de la modestia con que debe mostrarse cualquier dama. Así, al menos, lo asegura Pedro Sánchez.[61]

«¿Qué cordura puede haber en la mujer que en estos diabólicos ejercicios sale de la compostura y mesura que debe a su honestidad descubriendo en estos saltos los pechos y los pies y aquellas cosas que la naturaleza y el arte ordenó que anduviesen cubiertas?»

Es curiosa la igualdad del pecado al mostrar pechos y pies. Pero, también, hay que condenar la coquetería.

«¿...Qué diré del halconear con los ojos, el revolver las cervices y andar coleando los cabellos, y dar vueltas a la redonda y hacer visajes, como acaece con la zarabanda y otras danzas, sino que todos estos son verdaderos testimonios de locura y que no están en su seso los danzantes?»

En todas las épocas un baile nuevo ha sido calificado de cosas de locos. En este caso, y, como de costumbre también, no había servido de nada que se prohibiera la zarabanda en 1583, «amenazando con 200 azotes y seis años de galera a los hombres y destierro del reino a las mujeres.»

¿Y los «asaltos»? En 1523 las Cortes piden a Carlos V que los prohíba, especialmente las que llevan máscaras, y en el mismo año se quejaba Luis Vives. «¡Ay la máscara! Gracias a ella las mujeres que no se atreverían a entrar en una casa importante sin ser invitadas lo hacen con la máscara «especie de tiniebla echada delante de los ojos de los espectadores» y a esta diversión están tan entregados que dicen no haber pasatiempo más picante...»[62]

Pues si la zarabanda era peligrosa, la chacona era peor o al menos así la veía un caballero italiano: «Cuantos movimientos y gestos pueden provocar a lascivia, cuanto puede corromper un alma honesta, se representa a los ojos con vivos colores. Ella y él simulan guiños y besos, ondulan sus caderas, encuéntranse sus pechos entornando los ojos y parece que, danzando, lleguen al último éxtasis de amor».[63]

¿Pero qué se iba a hacer si «no hay mujer española que no salga del vientre de su madre bailadora», como dice Cervantes en *Gran Sultana*, III?

Hay bailes suaves y ordenados, los bailes de corte, como la gallarda, la alamaña (alemana); la primera se baila con el sombrero a la mano izquierda, y a veces entre dos damas. Así la bailó la Emperatriz en Barcelona en 1533.

Para Bartolomé Leonardo de Argensola, la Chacona es otra conspiración contra la hombría española:

> *Canción que de Indias con el oro viene*
> *como él a afeminarnos y perdernos*
> *y con lasciva cláusula entretiene.*[64]

Pero si el caballero tiene peores intenciones dirigirá sus pasos por otras veredas...

Camilo Borghese, viajero por España, lo contó paladinamente. «Dentro de Aragón en cada lugar de buena vecindad —es decir de población suficiente— demás de todas las ciudades de España hay una casa donde se recogen a mal vivir las mujeres, que perdida del todo la vergüenza, quieren darse a los vicios. Y llaman a ésta la putería y a nadie pueden negarlo llevándoselas su precio tasado: si encima de la cama medio real, si en la cama un real; y viven en unas celdillas, cada una en la suya, en guarda de un hombre y una mujer que llaman el padre y la madre, a los cuales dan cada día de obligación un tanto y ellos están obligados a mantenerlas y darles de comer a todas juntas. Ciérranles y ábrenles la puerta mayor a sus tiempos, y hácenlas curar y tienen buena cuenta con ellas. En esta casa no se puede entrar con armas por pena de perderlas y se las gana el alguacil que las quitare. Cada semana son visitadas de los médicos y si las hallan enfermas las sacan de allá y las envían a curar al hospital, por beneficio universal. Acuden a ellas una gran cantidad de gente baja que se aporrean las más veces al entrar por ser antes o después, como se suele hacer en la audiencia de algún príncipe o juez.»[65]

En Castilla hay un reglamento dado por el Emperador desde el año 1539, «Damas cortesanas» en su casa, «mozas de partido» que van sueltas, «rameras» (con ramo en la puerta) pueden vivir en casa propia o con otras en la mancebía. Para cuidar de ellas y de su negocio no faltará la Celestina de turno que las aconseja perversamente:

«—¿No os he mandado que mientras no estuviese en casa estén las puertas de par en par abiertas y vosotras al umbral sentadas?... Si no os ven ni os oyen no os conocerán, y si no os conocen nadie vendrá a vosotras. La taberna por el pendón se conoce y sin pendón nadie anda allá a comprar vino.

»—Ya descendía, que me estaba componiendo.

»—¿No te he dicho que cuando no hubiese tiempo de afeitarse tomes una toca y te la reboces fingiendo dolor de muelas y te cobijes esa mantellina colorada? Medio desnuda, medio vestida, los pechos de fuera con un disimulado descuido, en faldetas como estás, no hay tal para provocar a la lujuria a los hombres.» [65]bis

Anochecer...

Desde 1534 se permitía llevar armas a los que vayan con hacha encendida o de madrugada para salir del campo.

Pronto saldrá la ronda que empieza a las nueve en invierno y a las diez en verano. Van en ella un escribano real, dos alguaciles, y un portero, con linterna, vara de la autoridad, armas de fuego. Registran y confiscan trajes que tengan excesivas ventajas como jubones forrados. Las espadas tienen un límite desde 1565. (No pueden pasar de cinco cuartas de vara). Si alguien se niega a dejarse registrar gritan: ¡Favor al Rey! de quien se consideran mandatarios y enviados.

Hay otro tipo de rondas que pasan también de noche. Son las que todavía van por algunos pueblos de España cantando a las ventanas, costumbre ya enraizada en el pueblo y que, por tanto, es respetada, aunque pueda molestar.

Mas aquí viene
cada noche y cada día
con músicas alboradas

—Si esta presunción él tiene
voto a la Virgen María
yo le ataje las pisadas.

—Déjalo, señor, hacer
que es usanza del palacio
y es un modo de solacio
festejar y dar placer.

Es un deporte
sin el cual no hay buena corte.[66]

BIBLIOGRAFIA DEL SIGLO XVI

(1) León, Fray Luis de: *La Perfecta Casada,* 1589.

(2) Villalón, C: *Provechoso tratado de cambios y contrataciones de Mercedes y reprobación de usías.* Salamanca, 1589. *Diálogo* 2. Cit. Rodríguez Marín, ed. «Don Quijote» VII-366, 1927.

(3) Cetina, Gutierre de: *Obras,* 11-184.

(3) Idem: 11- 159.

(5) Contreras, Alonso de: *Obras «Memorias»,* Madrid, 1942.

(6) Hermosilla, Diego de: *Diálogo de los pajes,* Madrid, 1901, p. 110.

(6 bis) Gironella, Estacio: *Cancionero.* «Academia de los Nocturnos», pp. 11-149. Valencia, 1906.

(7) Lenient: *La satyre en France.* París.

(8) Cetina, Gutierre de: *Obras,* pp. 11-178.

(9) Gracián Dantisco, Lucas: *El Galateo Español,* 1582, Madrid, 1943, p. 145.

(10) Guevara, Antonio de: *Epístolas familiares,* 1529, BAE, t. 170.

(11) Lobera de Avila: *Banquete de nobles caballeros,* Ausburgo, 1530.

(12) Eguiluz, Martín de: *Discurso y reglas militares.* Madrid, 1564.

(13) Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Las quincuagenas de la nobleza de España,* 1555. Madrid, 1880, p. 541.

(13 bis) Ibáñez Ibero: *D. Juan de Austria.*

(14) Rueda, Lope de: *El Deleitoso,* 1567. Paso primero.

(15) Cetina, Gutierre de: Ibidem, pp. 11-176.

(16) Guevara, Antonio de: Ibidem, *Epístola* 1.

(17) Gracián Dantisco, Lucas: Ibidem, pp. 57 y 91.

(18) Horozco, Sebastián de: *Cancionero.* Sevilla, 1878, p. 30.

(19) Porreño, Baltasar: *Dichos y Hechos del Rey don Felipe II.* Madrid, 1940.

(20) Fernández de Oviedo, Gonzalo: Ibidem, p. 291.

(21) Vega, Lope de: *Los Tellos de Meneses.*

(22) Fernández de Oviedo, Gonzalo: Ibidem, p. 389.

(23) Cervantes: *Entremés del Vizcaíno Fingido.*

(24) Muñón, Sancho de: *La Tercera Celestina,* Tragicomedia de Lisandro y Rosella (1542). Copia de López Barbadillo, p. 33.
(25) González de Amezua, Agustín: *Andanzas y meditaciones de un procurador de Castilla en las Cortes de Madrid* (1592-1598). Madrid, 1945, p. 15.
(26) Chaide, Malón de: *La Conversión de la Magdalena.* Ed. «Clásicos Castellanos», p. 104.
(27) Fernández de Oviedo, Gonzalo: Ibidem, pp. 1-382.
(28) *El Lazarillo de Tormes.* Tratado 1.
(29) Borghese: *Diario in relatione del viaggio di Monsing. Camillo... auditore della Rev. Camera da Roma in Spagna mandatovi nuntio alla corte straordinario de Papa Clemento Ottavo l'anno* 1594 *al re Philippo Secondo.* Bibliotheque National, París, Mns. Italia, 726 fol. pp. 342-5.
(30) Cetina, Gutierre de: Ibidem, p. 168.
(31) Muñón, Sancho de: Ibidem, p. 39.
(32) Bemelberg, Conrado de: Cit. Farinelli: *Viajes por España,* Madrid, 1921, p. 153.
(33) Zapata: *Miscelánea,* p. 52.
(34) Huarte de San Juan: *Examen de Ingenios,* 1575.
(35) Válgoma, Dalmiro de la: *Norma y ceremonia de los reyes de la Casa de Austria.* Madrid, 1958, p. 64.
(36) Cervantes, *Entremés del Juez de los Divorcios.*
(37) Cirac Estopiñan, S.: *La Inquisición en los procesos de Castilla la Nueva,* Madrid, 1941, p. 199.
(38) Reynier, Gustave: *La vie universitaire en Espagne,* París, 1902.
(39) Miranda, Luis: *Comedia pródiga compuesta por..., Sevilla,* 1868.
(40) Sánchez Albornoz, N.: *Gastos y alimentación de un ejército en el siglo* XVI, *según un presupuesto de la época.* Cuadernos de Historia de España. XIV. Buenos Aires, 1950.
(41) Núñez, Juan Andrés: *Estancias a la vida del soldado.* Cancionero de la Academia de los Nocturnos, 159... Madrid, 1905, pp. 106-111.
(41 bis) Allende y Mira, J.: *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España.* Madrid, 1903, p. 42.
(41) Tris. Escobar y Mendoza, A.: *San Ignacio,* Poema heroico. Valladolid, 1613, p. 119.
(42) Alcázar, Baltasar del: *La cena jocosa* o *Una cena.* BAE XXXII - 406.
(43) Gracián Dantisco, Lucas: *El Galateo Español,* ob. cit., p. 148.
(44) Rodríguez Marín: Edición «Don Quijote», pp. 11-51.
(45) Moreto, Agustín: *No puede ser el guardar a una mujer,* pp. 11-16.
(46) León, Fray Luis de: Ibidem.
(47) Castillejo, Cristóbal de: *Diálogos de mujeres.* Madrid, 1944, p. 132.
(48) Huarte: *Traducción de la Historia Natural de Plinio,* pp. 1-463.
(49) Cervantes: *Entremés del Vizcaíno Fingido.*
(50) Vives, Juan Luis: *Formación de la mujer cristiana,* 1523. Obras Completas, pp. 1-1015.

(51) León, Fray Luis de: *Ibidem.*
(52) Cortes de Castilla: t. IX., pp. 139 y 440.
(53) Delicado, Francisco: *Retrato de la Lozana Andaluza,* 1528.
(54) Cit. por González de Amezua, Agustín: *Cervantes creador de la novela corta española,* Madrid, 1956, pp. 11-260.
(55) Cetina, Gutierre de: *La Pulga,* Obras completas, pp. 11-95.
(56) Citado por Rodríguez Marín: Edición «Don Quijote», 1927, páginas 11-393.
(57) Guevara: *Epístolas familiares,* Epístolas 30 y 54.
(58) González de Amezua, A.: *Colección de escrituras sobre la vida privada de los españoles en los siglos* XVI, XVII *y* XVIII. Madrid, p. 70.
(59) Cervantes: *Entremés de la Elección de los Alcaldes de Daganzo.*
(60) Rueda, Lope de: *Eufemia,* escena I (1567).
(61) Sánchez, Pedro: *Historia moral y filosófica,* fol. 102 (1589).
(62) Vives, obc. it., 1-1.048.
(63) Barbieri: *Las castañuelas.* «Estudio jocoso dedicado a todos los boleros y danzantes por uno de tantos». Madrid, 1879, p. 27.
(64) Argensola, Bartolomé Leonardo de: Obras BAE.
(65) Borghese: *Diario,* ob. cit.
(65 bis) *La Celestina.*
(66) Torres Navarro: *Comedia Himenea. La Propaladia,* Nápoles, 1517. Ed. Sainz de Robles, p. 488.

EL CHAMBERGO
(Siglo XVII)

Por la calle puede advertirse quienes son las personas por la manera cómo se visten, que el hábito sí hace el monje en la España del siglo XVII, y así, es como debe ser en una sociedad bien organizada: «los trajes —dice el Duque cervantino— se han de acomodar con el oficio y dignidad que se profesa: que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como sacerdote.»[1]

Pero, ¿y los que se atreven a aparentar más de lo que les corresponde? Dios mío, ahí está gran parte de los males de España.

¿Por qué pensáis vos que España
va señor, tan decaída?
...vistiérase el zapatero
como pide el cordobán
sin romper el gorgorán
quien tiene el caudal de cuero.
No gastara la mulata
paño fino de Sevilla,
ni cubriera la varilla
el medio chapín de plata.[2]

Pero hay quien llega a más. Todo el mundo sabe que los anteojos son muestra de sabiduría y gravedad...

Don Pedro: ¿Anteojos trae?

Tarugo: ¿Por qué no

Don Pedro: No los vi en sastre jamás.

Tarugo: Si el sastre es corto de vista
y ve bien por su cristal,
¿por qué no se ha de poner
anteojos?

Don Pedro: Es gravedad
a que el sastre no se atreve.

Tarugo: Yo he visto sastre que trae
reloj en la faltriquera.»[3]

Ha habido una gran revolución en el traje mejor dicho en el cuello del mismo. Se trata de hacer desaparecer la gorguera escarolada dificilísima de llevar bien, incomodísima de uso.

Yo sé quien tuvo ocasión
de gozar su amada bella
y no osó acercarse a ella
por no ajar un canjilón.

Y no que con tal cuidado
sirve un galán a su cuello
que por no descomponerlo
se obliga a andar empalado.[4]

Pero nadie se atrevía a quitársela por no demostrar que la encontraba difícil y todos los demás atuendos resultaban pobres a su lado. La ventaja de un estado monárquico en el terreno de la moda es que basta la decida una persona, por ley o con su propio ejemplo. Felipe IV dio la disposición en 1623, y se acabó la gorguera para todo el mundo. Su sucesora la valona, cuello grande y plano que caía sobre los hombros fue a su vez suplantada por la golilla que era rígida y daba a la cabeza un cierto aire de decapitada en un plato, pues miraba para arriba. La valona quedó para uniforme militar.

Rey que desencarcelas los gaznates,
rey que sacas los muslos de tudescos,
rey que resucitaste los gregüescos
lisonja al Cid, merced a los combates.[5]

Estos tudescos son las calzas atacadas que Sanchica, la hija de Sancho Panza deseaba y temía para el gobernador. «Ay Dios mío... ¡y qué será de ver a mi padre con pedorreras![6]

Todavía durará hasta 1640 el acuchillado de los vestidos que muestra por cortes triangulares el blanco de la ropa interior, y que permite a los autores del tiempo el repetido chiste sobre las cuchilladas que parecen dadas en Flandes o por un desmedido caba-

llero andante. Y a propósito de cuchilladas, si sale de noche tiene que añadir a la normal espada el coleto de ante. Pero, está prohibido y hay que pedir permiso para usarlos: «Estando en la corte... se ha cobrado muchos enemigos que le han amenazado... pide coleto... para guarda de su persona».[7] Jubón hasta la cintura; encima la ropilla corta con mangas.

La verdad es que aparte del cintillo del sombrero y alguna cadena al cuello fuera de la blancura de la golilla o en las vueltas de las mangas de traje nacional es de una intensa tristeza. La brillantez en la ropa duró sólo en tiempos de Felipe III, y con Felipe IV se vuelve a la moda de Felipe II. «Todos los señores y caballeros de negro hasta los jubones: que os pone melancólico», dijo el Padre Fonseca. Los magistrados usan Togas de paño y vueltas de veludillo llamada Garnachas (retrato de don Diego del Corral, Velázquez, Prado) y los médicos sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga.

Los guantes como en el siglo anterior se llevan perfumados. «Olor como en la casa de un curioso guantero», dice don Quijote, «adobados» con ámbar u otros olores.

En la cabeza peluca, si les faltaba el pelo, pero no la francesa con bucles largos que no llegará hasta 1670. La española es corta con raya al lado. Bigote peinado y engomado mantenido por la noche con bigotera. Los clérigos no pueden llevarlos, se lamenta Lope: «Llegué al de Troya que así se llama el obispo... me riñó porque llevaba bigotes, y con esta desesperación yo me los hice quitar, de suerte que dudo que vuestra merced me conozca aunque no me atreveré a volver a Madrid tan rapado.»[8]

En 1614 Casilda describe la dama de calidad:

El comendador de Ocaña
servirá dama de estima
no con sayuelo de grana
ni con saya de palmilla.

Copete traerá rizado,
gorguera de holanda fina,
no cipia (?) de picos toscos
y toca de argentería.[9]

Pero lo que más caracteriza a una dama es la prenda guardainfante, así llamada porque empezó encubriendo hijos legítimos con

cinco o seis aros de alambre y debajo varias faldas más. Por encima, la pollera o el verdugado todo ello incómodo para cruzar puertas.

Si eres campana, ¿dónde está el badajo?
Si pirámide andante vete a Egipto,
si peonza al revés, trae sobrescrito
si pan de azúcar en Motril te encajo.[10]

Ambos caerán ante la moda francesa de 1679 que trae María Luisa de Borbón.

Albricias, zagalas
que destierran los guardainfantes,
albricias, zagalas
que ha venido uso nuevo de Francia,

Quítate Gila
verdugado que ya no estila
deja zagala
verdugado que ya no es gala.[11]

Otra falda exterior más elegante, la saboyana o basquiña. Arriba corpiño también muy emballenado (el pecho grande no está de moda), mangas anchas. Por encima un manto amplio y negro de humo de soplillo muy útil para aventuras callejeras, rebozándose a la manera morisca y sin el cual Lope, Tirso, Calderón se hubieran quedado sin temas para sus comedias de costumbres. Joyas, especialmente en las orejas, grandes pendientes (¿cómo pueden soportarlos?, preguntan las extranjeras) y en los dedos. Casi nunca collares. El rosario era más una joya que objeto de meditación y rezo. Alfileres prendidos con piedras preciosas, *agnus Dei* y otras imágenes religiosas en forma de joyel. «Brincos» o piedras sujetas de una cadena. Guantes perfumados y anteojos! también para mujeres, porque al parecer dan idea de cultura. Manguitos. A veces una pistola de verdad.

Se perfuman. Como no se ha inventado el pulverizador una criada se pone agua de azahar en la boca y la lanza a través de los dientes sobre la cara de la señora. Colorete en las mejillas, en la palma de la mano, en los hombros que no van a verse...

Chapines en los pies, con suela de corcho de gran altura.

Chapines he visto yo
de corcho y altura tanta
que a una enana hacen giganta.[12]

El pie debía mostrarse lo menos posible. Y no hablemos de las piernas. La liga se lleva muy baja. Una señora se la mostró al doctor como por descuido.

Cubrid la liga amiga
sin meterme a tentación,
que no soy yo gorrión
para que me arméis con liga. [13]

Se adoban las manos, se ponen *mudas* en las caras, se blanquean éstas son soliman, se alcoholan los ojos, se aromatizan el aliento con pastillas...

Pelo en general levantado con moño alto, trenzas y bucles alrededor, redecillas para recogerlo. Postizos de toda clase, «almirante», perico...

¡Cuánto mejores son las aldeanas!, suspira Quevedo. Con ellas...

Las caras saben a caras,
los besos saben a hocicos:
que besar labios con cera
es besar un hombre cirios.[14]

Cuando enviudan llevan tocas blancas; son las únicas que han mantenido esa forma de luto que antes de la muerte del príncipe Juan (1497) era el natural. Al año se lo quitaban.

Las muñecas van vestidas lo mismo. Con guardainfantes para que las niñas las hagan sentarse, hacer la reverencia, recibir a imaginarios caballeros...

Y los niños pasan caracoleando en sus «caballos»:

Y a mi caballito
pondré una cabeza
de guardamecí,
dos hilos por rienda
y entraré en la calle

haciendo corvetas
yo y otros del barrio
que son más de treinta.[15]

AMOR

Un hombre se enamora... Y hace lo que puede para conseguir su objetivo:

Dio en pasearla y hacer
lo que por una mujer:
enviábala recados
conmigo, mas aunque honrado
nunca quiso responder.
De noche cantar le hacía:
mil letras la componía.[16]

Normalmente si aceptaban las músicas es decir los músicos enviados al pie de la casa, también tomaban los regalos que podían ser de grana, corales, sartas de perlas, Agnus (el cordero divino en lámina) brincos. Esto en lo caro, que en lo barato almendras o refrescos era tan corriente como el barro que las muchachas mascaban. Ellas podían darles desde cosas amorosas:

Daréte un cordón
que de cabellos tejí...[17]

a guantes perfumados de Holanda.

Tras el descubrimiento del mutuo amor todo vale. Violencia, apasionamiento, engaños, traición. Los hombres del siglo XVII aman con ferocidad y las mujeres no les van a la zaga. El «te quiero más que a mi vida», que hoy no pasa de ser una frase, representaba en aquel tiempo un auténtico programa de lo que podía ocurrir en las próximas horas. El marido, el hermano, el tío o el primo pueden hacer pagar a la casquivana con la muerte el capricho de unos minutos. Pero no parece importarles. De día con el manto rodeando la cabeza, de noche escapándose por una puerta secreta, en la iglesia perdiendo adrede a la criada entre la multitud y precipitándose a una casa cercana donde le espera el amante, la dama arriesga todo para poder estar con su galán. A

veces, dice la D'Aulnoy, llegando a verle en la propia habitación conyugal con el marido durmiendo al lado y ellos manteniendo un absoluto silencio...

La vida de la mujer del tiempo es de defensa continua. Tan preparadas están para ello que cuando no les atacan quedan decepcionadas. La misma señora francesa oyó asombrada de una dama española que si estaba junto a un caballero un rato sin que éste le pidiera el mayor de los favores se sentía vejada y ofendida. Lo cual no quiere decir, naturalmente, que se lo concediera en caso de pedirlo. Se trataba solamente de comprobar que la reacción normal del hombre actuaba en su caso concreto.

¿Y cuánto gastan los hombres en sus queridas? Muchísimo. En sus esposas no tanto; quizá porque a veces el dinero procede de ellas. La vida licenciosa provoca ruina material y física. Lo que tenían habitualmente los españoles de entonces eran bubas o sífilis, unas de las enfermedades cortesanas, según el escritor Lobera de Avila (las otras Catarro, Gota athética, Ciática, Mal de piedras y riñones). Sudar, dieta y sahumerios era el remedio indicado. [18]

¿Dónde se cogían? En las mujeres de mala fama a pesar de que las viejas que las dirigían, las «madres», tenían obligación de denunciarlas al magistrado (son establecimientos oficiales con licencia y permiso) o al médico directamente cuando están enfermas. Dentro de la mansión acostumbraba a haber silencio y un relativo decoro, porque los que iban a verlas dejaban en la puerta sus armas. Cortesanas, rameras, cantoneras o simplemente la corta palabra y que entonces se pronunciaba sin reparo delante de señoras. Dicen que una dama requebrada por Felipe IV le contestó: Vaya con Dios Vuestra Majestad, que no quiero ser puta de historia.

Las que son oficialmente profesionales llevan un traje especial, según manda la ley, o al menos deberían llevarlo. La verdad es que cuando se ve una tapada por la calle, mostrando apenas un ojo, el paso rápido, ¿quién sabe quién es o lo qué es? Cuentan de un caballero que subió a una casa tras unas faldas consiguiendo en poco tiempo lo que más deseaba y regalándola generosamente. Tras lo cual, la dama se descubrió el rostro que había mantenido oculto todo el tiempo, y se mostró como su esposa. «Para que deis joyas a otras mejor las tenga yo».

¿Se arrepintió el marido? ¿Dejo de perseguir a extrañas por la calle contentándose con lo que tenía en casa? Lo que hizo, según las crónicas, es poner a la señora una dueña de rigurosa moral que

no la dejara ni a sol ni a sombra, ante el temor de que le hubiera tomado gusto a la aventura. El siguió lo mismo.

Entre la esposa oficial y la prostituta ocasional, hay una posición aceptada y reconocida que es la de la querida. Las esposas lo saben a menudo y lo aceptan como hecho natural. Se trata, claro está, de gente rica, porque el coste de una amante que va tanto o mejor vestida que la esposa legítima y recibe regalos continuamente no está al alcance de todos los bolsillos.

Pero la tapada... esa moda de cubrirse del todo dejando apenas visible una mano que sujetara el embozo, y los pies, calzados con gusto, era la salvación de la mujer española en época de claustro y encierro. Una capa, una camarera cómplice o la soledad para lanzarse a la calle a saber si el hombre que decía quererla la traiciona, o si es fiel la amiga que la advirtiera. Si alguien se acerca a molestarla siempre hay otro a quien pedirle protección, y que, si se apela a su caballerosidad, hará frente al inoportuno dejando escapar a quien quizás es su propia esposa.

Todo puede ocurrir con una tapada, y por eso tanto hicieron que ocurriera los autores dramáticos del tiempo y los novelistas. Hasta fines del siglo XVIII habrá tapadas con gran indignación de moralistas y teólogos.

Cuantas más barreras ponen el padre, el marido, y la hermana más ligeramente se las saltan ellas. Una dama se acerca a un caballero en la calle: «Tomad, señor, no volváis a escribirme tales cartas que mi honor no puede aceptar.» El caballero se excusa y se retira a leer la misiva en que la desconocida le declara su propio amor y la forma de verla.

¿Qué pasa cuando los amantes están ya solos? Como en el siglo anterior. Lo inevitable puede matizarse con un documento. La cédula de esposo firmada por él sirve para pedir al vicario de la diócesis que se cumpla lo prometido. Sólo la huida del hombre puede salvarle del «castigo».

«Digo yo don Pedro de Ribera, vecino de la ciudad de Sevilla, que por esta cédula firmada de mi nombre me otorgo esposo de mi señora doña... a la cual le cumpliré esta palabra cada y cuando que por esta cédula me sea pedida...» (Castillo Solórzano: La garduña de Sevilla).

A veces se invierten los términos.

Leonarda: ¿Qué seguridad queréis
para que con vos me case?

Don Juan: Una firma suele ser
firmeza de amor constante.

Leonarda: Voy a escribir un papel.

Don Juan: Y, ¿firmaréisle?

Leonarda: Esperadme
Mal conocéis a las mujeres
con amor».[19]

Pero otras mujeres no están tan seguras de sí mismas y tienen que sufrir el matrimonio que sus padres les impongan, a veces sin conocer siquiera a quien ha de compartir su casa y su lecho. Algunas sufren así toda la vida, otras se vengan con un hombre de su agrado. No falta la que encuentra en la desdicha la fuerza moral que le faltara antes y pide sencillamente la anulación de un matrimonio al que fue obligada:

«Micaela de la Peña... ante V.M. parezco y pongo demanda de nulidad de matrimonio a Francisco de Revilla, y contando el caso por relación verdadera digo: que Juana evangelista, mi madre, trató de casarme con el susodicho, habrá tres años poco más menos, y habiéndome propuesto dicho matrimonio se lo contradije y le respondí que no me quería casar con él ni había de ser mi marido... Y viendo la dicha madre la repugnancia que le hacía me dio muchos y malos tratamientos, arrastrándome por los cabellos por los suelos, que me había de ahogar, y que aunque me viese la más arrastrada del mundo se había de hacer dicho casamiento, y que me había de echar una maldición y me aporreó muy severamente, por lo cual viendo que yo era niña y muy sujeta y obediente a mi madre, por excusar las violencias que me hacía por fuerza y contra mi voluntad, vine en el dicho matrimonio que no hiciera ni efectuara, sino mediante la fuerza... y así el aserto matrimonio desde su principio fue nulo e inválido A.v.m. pido y suplico que habída esta relación por verdadera en la parte que basta para vencer el pleito, declare dicho matrimonio por nulo y efecto y poder disponer de mi persona en el estado que yo quisiera y le condene en la restitución de los bienes dotales» (...*Archivo de la vicaria de Madrid*» cit. Amezúa. *Epistolario de Lope de Vega*, pág. 409.)

Muy niña, ¿qué edad podía tener? Quizá sólo trece.

Tan niñas que muchas andan
con las muñecas el día
que al desposorio las llaman.[20]

Para conseguir el matrimonio está el casamentero que va de allá para acá hilando su tela por el negocio que le reporta. «Para conseguir su fin persuaden se tome, por hermosa la fea, por graciosa la fría, por laboriosa la holgazana, por diligente la torpe: ... buscan a los padres, juntándose con los hermanos... y haciendo que se junte un hombre con una mala mujer, hacen que caiga en una casa la peste y el fuego.»[21]

Es lógico que sean los padres los que casen a sus hijas, afirma don Quijote pensando en el sistema social. «Porque... si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos tal habría que escogiese al criado de su padre y tal al que vio pasar por la calle, a su parecer bizarro y entonado aunque fuese un desbaratado espadachín: que el amor y la afición con facilidad cierran los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado y el del matrimonio está muy a peligro de errarse y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle.»[22]

Hay una posibilidad de casamiento que sorprende a los extranjeros. El que la Iglesia intervenga y deposite a la enamorada en una casa responsable hasta la boda.

Desta alhaja enamorado
de mi patria me salí
en busca suya y llegué
a este encantador país
con ánimo de sacarla
por el Vicario de allí.[23]

En casa de mis padres
vivo rabiando:
sácame vida mía
por el vicario.[24]

Matrimonio apresurado o demasiado preparado pueden dar en el engaño. Y éste se castiga. ¿Cómo? Muchas veces sigue la costumbre del siglo XVI; el juez decide entregar a los adúlteros al marido para que éste haga de ellos lo que quiera, y este permiso normalmente significa la muerte para la pareja culpable. Pero esta disposición de Fuero Juzgo se procura evitar cada vez más en esta cen-

turia porque los maridos engañados lo que quieren es evitar mayor publicidad a sus males y así toman venganza cruel, pero cautelosa. No se olvide que en español el «qué dirán» se ha repetido tanto y tan altamente que se ha convertido en un substantivo.

Que no es bien que de los hombres
que nacieron principales
conozcan los tribunales
en caso de honor, los nombres.[25]

Títulos como: *A secreto agravio secreta venganza, El médico de su honra, El pintor de su deshonra,* muestran las intenciones de sus protagonistas dispuestos a ahogar en sangre tanto a la infiel como a la voz pública. No se trata ya de que sea cierto el baldón. Basta a veces que lo parezca al marido o al hermano. Como el que mató a quien creía culpable sin saber que estaba secretamente casada. El viudo, disfrazado de aguador, acabó matando al asesino y tuvo que huir a su vez de la venganza de los otros parientes.

Este mundo llamado calderoniano hace creer que los seres del siglo XVII estaban todos cortados por el mismo patrón. Pero, también, hay otra clase de maridos de los que cruelmente se burla Villamediana:

Que galán sale Vergel
con cintillo de diamantes,
diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer.[26]

Lope se reirá con más intención que buen gusto de la buena disposición del marido de su amiga y las alusiones a la fiesta nacional serán del dominio público. Y eso en los mismos años en que Calderón, insiste:

Pues no hay amante o marido
(salgan todos a esta causa)
que no quisiera ver antes
muerta que ajena a su dama.[27]

La mujer es ágil, segura de sí misma, rápida en la contestación, dicen asombrados los extranjeros que nos visitan. A veces no les

basta esa inteligencia natural y la refinan paseándose por caminos barrocos:

Inés: ¿Qué me mandas?

Doña Beatriz: Que abstraigas
de mi diestra liberal
este hechizo de cristal
y las quirotecas traigas.

Inés: ¿Qué son quirotecas?

Doña Beatriz: ¿Qué?
Los guantes. Que haya de hablar
por fuerza en frase vulgar.

Inés: Para otra vez lo sabré.[28]

La culta latiniparla llamará al marido «mi quotidie», «mi siempre». Al capón, «gallo o tiple de pluma», a los chapines, «posteridades de corcho», a los postres, «la contera del mascar».

Pero la gente bien tiene, como hoy, la costumbre de reducir el nombre de las muchachas.

Mayordomo: El uso es de la Corte, no os asombre:
que ya quitamos la mitad del nombre
no la llamamos ya doña Lucía.

Marqués: ¿Pues, como ha de llamarse?

Mayordomo: Doña Cía,
que doña Triz doña Beatriz se llama,
y así a doña Mariana, doña Mara:
doña Bela a Isabel y a doña Antonia
con el uso moderno doña Tonia
y a doña Catalina, doña Lina,
...doña Sancha, llamaré doña Ancha,
a doña Magdalena, doña Lena,

Marqués: En esos nombres sólo el eco suena.[29]

LOS NOBLES

Esta clase de vida se desarrolla perfectamente entre nobles. Y, ¿quiénes son los nobles? Los que proceden de familia que lo sea, los de sangre azul, los que descienden de valientes y esforzados caballeros que por sus hazañas en la guerra contra los moros o herejes obtuvieron del rey la merced de saberse distintos de los demás mortales con los privilegios correspondientes.

...Y los que pueden comprarlo. Porque el mercader rico intenta que sus hijos tengan lo que él no tuvo. Nobleza. No sólo porque es natural intentar ascender la escala social, sino porque, además, hay ventajas prácticas; por ejemplo, eximirse de alojar soldados. Se asombraba el hijo de Pedro Crespo que éste no quisiera comprar una ejecutoria y ahorrarse el problema. Contestaba el labrador que «honra no la compra nadie», y que villano tenía que seguir porque villano había nacido. Pero, añadía orgullosamente; sangre limpia más que el sol.»[30] Porque hay algo que sigue estando al alcance del más pobre de los españoles, ser cristianos viejos y sin mezcla de judía y mora. Tal es la obsesión que a Maese Pedro bastará afirmar que su retablo lo verá sólo quien esté en tal disposición y sea hijo de legítimo matrimonio para que su público se finja absorto en lo que no existe.

Lo malo es que hay un círculo vicioso, como advierte un procurador en las Cortes de 1617. «La venta de hidalguías y mercedes... como los que las compran son los ricos y que más habían de contribuir en los pechos y servicios de labradores, carga todo el peso sobre los pobres que no tienen con que comprar sus hidalguías y no pudiendo llevarle van dando con él y consigo en tierra.»[31]

Pero, ¿que más da si los Caballeros Veinticuatro del Ayuntamiento de Sevilla eran 72 en 1634?[32]

Incluso para pasar a Indias hace falta probar la limpieza de sangre, nada menos que con este impoluto historial: «a mi derecho conviene para efecto de pasar a los reinos de Indias hacer información de como los dichos mis padres fueron casados y velados *in facie eclesiæ,* según orden de la Santa Madre Iglesia y que constante el dicho matrimonio entre otros hijos me tuvieron a mí y como tal me criaron y alimentaron, llamándome hijo y yo a ellos padres, y de como los dichos mis padres, abuelos y bisabuelos fueron y somos cristianos viejos limpios de toda mala raza de moros, judíos, herejes ensambenitados (es decir obligados a

llevar el San Benito) y penitenciados por el Santo Oficio de la Inquisición e hijos de algo y de sangre noble... y como a tales han sido habidos y tenidos... y de como no son descendientes de los Incas y Pizarros ni de los demás prohibidos a pasar al reino de las Indias.»[1] Hasta cinco testigos concordaron con sus palabras ante el escribano.[33]

Para ser buen caballero hay que acordarse del precedente del nombre y montar bien a caballo. ¿Quién no lo hace si de niños tiene con qué? Pero la situación geográfica de España, entre Europa y Africa, se nota también en distintas formas de montar. A la brida, de «bride» freno o riendas de caballo en francés, llevando las piernas extendidas con estribos largos un poco al estilo de los vaqueros de hoy o a la jineta con los frenos o bocados recogidos y las acciones del estribo cortas... decían era mejor el último método para lidiar con el toro, pero poco a poco va perdiéndose el uso con gran pesar de los especialistas.[34]

Quevedo estaba en contra:

Jineta y cañas son contagio moro
restituyánse justas y torneos
y hagan paces las capas con el toro.»[35]

El caballero debe ser, también, buen esgrimidor. Y esta puede ser una fabulosa ciencia: «Allí ví que alababan a un negro que esgrimía bien con dos espadas y montantes. En especial decían que jugaba por extremo un tiempo que llamaban los esgrimidores *tajo volado con sobre rodeo* y *mandoble* que también los esgrimidores son como los médicos que buscan términos exquisitos para significar cosas que por ser tan claras tienen vergüenza de nombrarlas en canto llano.»[36]

La vieja discusión española en todo lo que se refiere a esfuerzo físico. ¿Vale más la técnica o el corazón? ¿Necesita ésta de aquél? ¿Puede aquélla dominar por pura ciencia a un valeroso espadachín? Cervantes está de acuerdo con los técnicos, Jerónimo de Carranza y Pacheco de Narváez, y un discípulo de éste deshace fácilmente en el «Quijote» al valiente, pero ignorante enemigo. Quevedo por el contrario en el «*Buscón*» hace vencer al práctico.

1. Esta era disposición transitoria por las guerras civiles del Perú.

¿Qué es cortesía? Lo mismo que en el siglo XVI, pero con más exageración; cortesía es vigilar la forma de dirigirse a los demás. Lo mismo se peca por demasiado que por poco, pero en este último caso la reacción es violenta y puede llegar a la bofetada y al desafío subsiguiente; ved a don Quijote en el lecho del dolor, medio muerto por los golpes que le dio el arriero y, sin embargo, cuando se le acerca el cuadrillero: «Pues, ¿cómo va buen hombre?» se indigna: «Hablara yo más bien criado... si fuera que vos. Úsase en esta tierra hablar de esta suerte a los caballeros andantes, ¿majadero?»[37]

Sí, porque «buen hombre» como «hombre honrado» se dice solo a quien no puede aplicársele título. Al de menor estado le va un «Dios os guarde» y si es un poco más llega la fórmula «El», como en «Dios le guarde.»

Isabel: —Sea, señor, bien venido.

Don Luis: —Vuesa merced bien hallado.
Siéntese.

Isabel: Ya estoy sentada
Merced a mí. Esto he oído (aparte).
¿A mi casa esta merced?

Don Luis: Siempre la recibo en ella.
Hay mujer que sea tan bella,
¿cómo está vuestra merced?

Isabel: De verlo estoy muy contenta
¿A mi *merced?*

Don Luis: A mí un *él.*
¿Cómo *le* va de casada?

Isabel: Como veis gracias a Dios.
A mi de *ella?* (aparte)

Don Luis: A mi de *vos?* (aparte)[38]

A la gente de calidad «vuestra merced». A la nobleza «vuestra señoría» «vuestra excelencia». Cuando Astolfo oye decir a Segismunde sólo, «Dios os guarde», se ofende.

El no haberme conocido
sólo por disculpa os doy
de no honrarme más. Yo soy
Astolfo, duque he nacido
de Moscovia y primo vuestro.
Haya igualdad entre los dos.»[39]

Cortesía era también como llevar el sombrero. Manteniéndolo puesto en la mesa por ejemplo (y en las visitas después de la reverencia y el saludo).

Tendréis muy bajo el sombrero
para más grave mirar
el pan en la servilleta...
el cuchillo sobre el plato,
la punta con gran recato
que un átomo no se meta
de la margen del trinchero.
En la vianda hará pausas
si dan las preguntas causas,
respondiendo de rodeo,
y sacando entre dos aires
dirá muy falsa y pagado
lisonjas a lo criado
y a lo príncipe donaires.
Limpiaráse muy deprisa
la boca y para tapalla
levantara la toalla
disimulando la risa.[40]

Cortesía es ofrecer la cabecera de la mesa al huésped aunque en rigor la diferencia se mantenga como recuerda Sancho de aquel hidalgo: «Sentaos majagranzas que donde yo esté estaré a vuestra cabecera». Cortesía es aceptarlo. Cortesía es «pedir los pies» de un gran señor y la de éste ofrecer los brazos y tomarle las manos. Las fórmulas persisten y no importa que se den cuenta de sus posibilidades cómicas los mismos que las usan.

«Dame tu alteza los pies
para hartarme de besar,
mas si tienes que andar
gran señor no me los des.»[41]

Cortesía es besar la mano de una dama sin guante.

...besarla quiero.
Leonor: Aunque es estilo grosero
mi recato no os espante
con guante os lo doy señor.

Don Juan: ¡Con guante! Cruel estáis...
beso la mano diciendo,
Salvo el guante.[42]

Cortesía es a veces usar el tú cuando hay tanta diferencia social que se considera esta fórmula cariño y no confianza. Los soldados hablan así a su capitán en *El alcalde de Zalamea,* y éste a su general: «Tus preceptos, órdenes precisas son». Pedro Crespo hablara a su hijo de tú a solas y de vos ante la gente: «¿Quién os mete en eso a vos, rapaz? ¿Qué disgusto ha habido?»[43]
¿Tenía Don Quijote un complejo de inferioridad?; según las costumbres de la época el «don» no le correspondía. Al menos así lo dice Sancho: «Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía se ha puesto don y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y dos delante. Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se pusiesen a ellos especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.»[43] ¡Qué tristeza le dio al hidalgo aquel episodio! (Y que bien le comprende Unamuno).

Y aun a la señora Dulcinea se le regatea el Don porque quizá es una princesa en los sueños de su caballero andante, pero le es más fácil alcanzar el tributo de los vencidos que el título de doña. Pero en general la cortesía es barata y es mejor concederla a manos llenas. Los extranjeros que pasan por España se asombran de la cara disgustada de sus criados, arrieros o empleados, hasta que les avisan que deben tratarlos con mayor miramiento, pues son cristianos viejos y españoles ergo caballeros con título de Vuestra Merced aunque en rigor no les corresponda.

Del engreído sin razón se quejaba Teresa Panza, porque el pueblo siempre ha distinguido entre la auténtica señora y la falsa y vanidosa. La primera es la duquesa que escribe tan amable carta:

«¡Y que buena y que llana y que humilde señora! Con estas tales señoras me entierren a mí y no las hidalgas que en este pueblo se usan que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el vien-

to y van a la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mismas reinas que no parece si no que tienen a deshonra el mirar a una labradora.»[44]

LA CASA

A los lados de la puerta hay unas argollas de hierro donde colocar las hachas de los que han venido acompañando al señor. Luego, un zaguán, una escalera más o menos rica y una habitación intermedia, el estrado.

El estrado es la sala de visita y está dividida en dos partes, a veces por una barandilla. En la parte más alejada de la puerta hay una tarima que realza el piso y en ella unas almohadas donde sólo se sientan las señoras. Los caballeros se acomodan en taburetes; caso de que fuera muy grande su categoría se le ofrecía silla y las damas salían de la tarima a recibirle.

El calor se obtiene con braseros en los que hay siempre huesos de aceitunas para evitar el mal olor. El fresco se logra con búcaros de barro que transpiran o regando los suelos que se tapan luego con esterillas de junco (en invierno son alfombras de gruesos bordados). En las paredes hay testeros y tapices, cubriendo las paredes blancas enjabelgadas a menudo. Se alumbra con candil de aceite el pobre y velón de 2 y 4 mechas y candelabros el rico. Lámparas, vasos de vidrio hondos con aceite. Farol en el zaguán, candeleros elegantes con hachas (gruesos cirios de cera blanca y amarilla) para la calle (paje de hacha). En 1655 se inventan de pez, resina y alquitrán que no se apagan con el agua. Linternas llevan una vela tras vidrio y son usadas por la Ronda.

En los dormitorios hay muchos colchones, pero tan delgados que podrían cambiarse cinco por uno de otro país, y las camas llevan cortinas que en verano pueden substituirse con mosquiteras.

¿Quiere saberse el mueblaje de una casa no lujosa, pero, desde luego superior a la de la mayoría de los mortales? La de Lope de Vega. Tenía tres camas, dos verdes de grama y una azul de paño, dos escritorios de nogal, dos contadores labrados, dos escribanías de ébano, dos arcas de ropa blanca... en el comedor dos mesas, dos jarros de plata, una fuente, cuatro búcaros, seis cucharas, dos saleros, dos alacenas de vidrio. En el salón once almohadas de terciopelo, cuatro espejos, doce sillas grandes, doce pequeñas, doce taburetes, cuatro bufetes...[45]

Y lo que no era normal en las casas del tiempo, mil quinientos libros.

Un mueble indispensable en las casas: Los criados que pululan por todas partes en número muy superior a las necesidades del hogar ya que muchos han sido heredados de los padres. No iban a ponerlos en la calle. Y si cobran poco tienen lugar donde dormir y protección del dueño. Este no puede utilizarlos en la casa a todos y tampoco puede llevarlos detrás como un ejército en la calle, porque el rey ha prohibido que a nadie le sigan más de dos lacayos y un escudero. De forma que los demás van y vienen agarrando lo que pueden hasta el punto que muchas ollas van de la cocina a la mesa con un candado echado para que el señor no las encuentre vacías al llegar...

Empezaban por pajes y terminaban como mayordomos si seguían hasta el fin la carrera del servicio. Cada escalón tenía sus calidades según Lope.

A esta traza el vulgo dice:
maestresala limpio y diestro
mayordomo, miserable,
y secretario, discreto.
Caballerizo, galán
rapio, rapis, dispensero:
paje, bellaco, lacayo,
gran bebedor, mal contento
cochero libre y sin alma
y goloso cocinero.[46]

¡Cómo se multiplican esos criados! Va uno a comer a casa de alguien y «...comienza a granizar, criados y pajes y a ponérseos encima que parece os quieren arrebatar de la mano lo que vais a comer: que no hay alanos de carnicería que tal atención tengan como ellos tienen. Pues que cuando el señor o la señora piden de beber: Uno viene con la taza, otro con el jarro, el uno trae vino, el otro la toalla, todos se hincan de rodillas que parece que alza la taza para verle el suelo, todo está en calma hasta que el señor ha acabado de beber, estando todos los criados a la redonda hechos medallas que son para hacer reír a las paredes de la sala».[47]

¿Cómo se sabe que una criada quiere sisar? Basta que pida poco para ración (comían por su cuenta muchas veces fuera de la casa). «¿Catorce cuartos de ración? ¿Cómo es posible que os contentéis con eso, sino es comiéndose la mitad de la comida? ...Una libra de carnero vale once cuartos y medio; un pan, cinco; media

azumbre de vino malo y aguado, siete, y cualquier golosina que queráis añadir, que si querréis, no os la han de dar de balde. Pues ¿cómo queréis vos hacerme creer a mí que os habéis de sustentar con catorce cuartos? Hermana mía: tres reales y medio os he de dar cada día si lo queréis, y si no idos con la madre de Dios.

«—Señor, el partido es ventajoso... y ahora con la licencia de Vuestra Merced voy por el arca» 1656.[48]

Los criados —ya se sabe— van adquiriendo confianza con sus dueños a medida que pasan los años con ellos (y cuando son mujeres a menudo terminan su camino ascendente oficializando esa posición decir, casándose con el anciano). El más famoso de los servidores del siglo XVII, Sancho Panza, llega a la grosería en la aventura de los batanes: y Don Quijote le amonesta: «Desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía: que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.»[49]

En la segunda parte Cervantes tiene más edad —la que dan los sufrimientos aparte de los siete años transcurridos— y Don Quijote es su eco. Sancho se excede en sus intervenciones y hasta el mismo escritor tiene que señalar su petulancia.

—¿Es vuestro escudero éste? —preguntó el del Bosque.

—Sí es, —respondió Don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero —replicó el del Bosque— que se atreva a hablar donde habla su señor: a lo menos ahí está ese mío que es tan grande como su padre y no se probará que haya despegado el labio donde yo hablo.

—Pues a fe —dijo Sancho— que he hablado yo y puedo hablar delante de otro tan... Y aun quédese aquí, que es peor meneallo.[50]

Naturalmente, el mejor oficio es el de camarero que comúnmente llamamos criado, y que tanto papel tiene en las obras dramáticas del tiempo. Confidente, consejero, conciencia, cómplice, recadero, vestidor, limpiador, agente de viajes todo puede ser el tipo que resulta casi tan importante como el mismo amo.

¿Y las criadas? Fatal. El servicio está fatal. «Ya no hay mozas de servicio: que se acabó el «ser» en ellas y sólo les quedó el «vicio» ya son damas y las damas tienen mozas sobradas porque las dejan salir en cuanto quieren.»[51]

Y los mismos encargados de las agencias de contratación se indignan con las que pretenden servir. «¿Qué comodidad quiere que le busque si a cuantas le procuro pone dificultades y achaques? Si es hombre viejo dice que será impaciente, cansado y gargajoso:

si mozo que no es casa segura, si casado que será celoso y luego lo pagan las criadas: si hay hijos que no es bueno traer niños a cuentas.»[51]

La mejor manera de llegar a la altura a través del servicio es siendo nodriza, especialmente de Palacio, porque sus hijos y esposos reciben el título de hidalgos. Claro que las nodrizas son fieles y devotas mujeres que no regatean sus servicios como cuando Manuela Barrasa (ya en el siglo XVIII recordará a Felipe V.: «haberse ofrecido como fiel y leal vasalla a dar el pecho a V.M. cuando vino malo de la ciudad de Segovia.»[52]

Relativa libertad tenía la criada, pero no el esclavo, todavía en abundancia en la España del tiempo, especialmente en Andalucía, y más concretamente en Cádiz, donde trabajaban en carga y descarga. En las ciudades españolas iban por la casa marcados con una S y un clavo que precisase su condición. Si un hombre libre casaba con esclava sus hijos eran libres.

Cuando no lo eran se vendían como objeto: «Sepan cuantos esta venta de esclavo vieren como yo... otorgo y conozco por esta carta que vendo... al señor... para su merced y sus herederos y sucesores... un esclavo que yo tengo en mi propio que me lo dio y presentó el señor marqués... que se llama Azan Blanco, algo moreno, barbicastaño, lampiño de los lados, de buen cuerpo, con una señal de herida en el lado izquierdo junto al ojo, que baja de lo alto del nacimiento del cabello hasta la mejilla de la cara, en edad de veinte y ocho años poco más o menos, el cual se lo vendo por sujeto a servidumbre y asegurado de todas tachas, que no es ladrón fugitivo ni borracho, ni tiene mal de gota ni corazón, por precio y cuantía de mil reales...»[53]

A veces los esclavos quedaban en libertad, pero eso a veces era un crimen, según Don Quijote: «No es bien que se haga con ellos (soldados viejos) lo que suelen hacer los que... dan libertad a sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir y echándoles de casa con título de libres los hacen esclavos de la hambre de quienes no piesan ahorrarse, sino con la muerte».[54]

Sentémonos a comer. Sentémonos, ¿dónde? El señor y sus invitados varones a la mesa, las mujeres con la esposa al frente en el suelo en almohadones. Que traigan ahora la comida. Si es una casa medianamente rica o el huésped medianamente generoso, habrá gigote de ternera, cazuela de aves, albóndigas, dulces y vino, pero en las casas corrientes se comía mucho menos. Un plato de ternera, pan, queso y aceitunas de postre era considerado normal y por la noche apenas se cenaba, tomando pan, queso o chocolate.

La comida es monótona y según los extranjeros, tan cargada de especias que no hay quien la trague. El pan, advierte Camilo Borghese, hay que comprarlo de mañana porque sino no es bueno. Vino, carne, pescado y huevos están a todas las horas del día, pero no todos los días. Porque los viernes, vigilia y toda la Cuaresma sólo se come huevos, queso, y leche. La bula permite comer manteca y queso durante esta época.[55]

Quizás el mejor menú del siglo sea el que Sancho no pudo comer. Perdices, conejos guisados, olla podrida que se llama así porque los distintos ingredientes, cebolla, ajo, pimiento, tocino, zanahoria, patata, etc., van descomponiéndose con el calor del puchero.[56]

Agua helada por la mañana, chocolate luego, afirma la condesa de Aulnoy, poca carne, pichones, gallinas, guisado malísimo, un poco de fruta. Más chocolate por la tarde, helados. Cena en la cama, gallina guisada, pastel.

¿Pero es mala la comida porque la cocinan mal? No, insiste la viajera francesa, la carne es mala, seca y negra, pero muy nutritiva. Además el carnicero sirve cuándo y cómo le conviene dando lo que apetece y no lo que pedís; ternera en lugar de vaca o cordero y el trozo que él quiere. Si no os gusta cierra el ventanillo por donde despacha después de haberos tirado el dinero.

El pescado no es bueno porque el mar está muy lejos dice de Madrid. Salmones sirven a veces para empanadas.

Sí, el español del tiempo comía poco, Don Quijote tenía, según su autor, cuatro días de cocido castellano, uno con pichón, uno de lentejas, duelos y quebrantos (huevos con torrezno) pan, queso, postres, uvas, pasas, melón. Según don Juan Comenge, que escribió sobre ello un gracioso artículo en *ABC*, eso representaba por encima de las tres mil calorías, que necesita un hombre moderadamente activo (caza por la mañana, lectura por la tarde y noche).

Pero si el español come poco en casa propia se aprovecha en casa ajena. En las reuniones se sirve chocolate caliente, helado, con leche y huevos, pasteles, bizcochos, dulces de todas clases, y cuando termina uno de comer lo que quiera, se llena los bolsillos con lo que sobra, que no está mal visto.

La gente bebe poco, y llamarle borracho a uno es ofensa gravísima. El vino es fuerte porque se guarda en pellejos que le comunican su sabor. Se sigue bebiendo cerveza. Y las mujeres licor hipocrás.

Después de comer se emplea el tabaco generalmente en polvo. Hasta tal punto es frecuente llenarse las narices con él que es común usar pañuelos de tela gris para que no se note tanto la mancha.

LA IGLESIA

La Iglesia sigue siendo el único lugar a donde asistían las damas y podían ser vistas por el enamorado siempre que éste fuese católico al estilo del tiempo, es decir, que considerase natural la situación. Lope no se asombra del hecho.

Toda la misa, Lisardo
hasta el segundo Evangelio
bebiendo estuve sus ojos
y el alma veneno en ellos.

Y no le detendrá el respeto debido a la Casa del Señor para llamar su atención.

...porque volviese a mirarme
daba mil indicios tiernos.
Ya tosía, ya escupía,
ya las chinelas metiendo
con ruido procuraba
despertar sus ojos bellos.

Como en el siglo anterior el momento posible de contacto es la entrega del agua bendita. Protestaban muchos de esta costumbre que permitía nada menos que el roce de unos dedos de hombre con los de la mujer. Resistíase a morir una costumbre basada en el Catolicismo más estricto.

...Temblé todo y levanteme,
fuime a la pila derecho,
donde aguardé que llegase
melancólico y suspenso...
Llegó a la pila y yo, triste,
por mojar en ella un dedo,
metiendo toda la mano
fui cortesano y grosero...[57]

Los demás feligreses miran al cielo, se dan golpes en el pecho, y dan vueltas al rosario. Un francés, quiere usar el breviario y una vieja se lo tira de un manotazo. «No es hora de leer, sino de rezar».

En la iglesia ponen unos ruedos de juncos muy sutiles para que no se dañen las rodillas, o una alfombra si es de mayor calidad la dama. O un reclinatorio, y aun toda una cabina con cristales alrededor desde donde puede presenciar la ceremonia y ver a sus amistades sin rozarse con la multitud. Y hay flores, árboles de naranjo y, a veces incluso, pájaros. Así tratan familiarmente el lugar a que todos los españoles acuden.

Cuando la Iglesia sale a la calle en las procesiones es una fiesta general. Adornadas las calles, preparado el pueblo, asombroso el despliegue de color y alegría como en el caso de la Procesión del Corpus. Las señoras que no asisten, desde las ventanas arrojan flores o agua de rosas... Hay testeros y tapicerías colgando de las fachadas, y las casas que tienen capilla como iglesias y monasterios ponen un altar portátil a la puerta. El rey preside la ceremonia con toda la corte, gentilhombres con sus llaves de oro. Consejos con cirios de cera blanca, soldados... suenan salvas y se disparan cohetes.

Pasan los disciplinantes. Tras la cruz negra que lleva en alto un penitente enmascarado van los «disciplinantes de luz» con antorchas y velas y hachas embreadas y, en seguida, el número más importante, los «disciplinantes de sangre» con el rostro cubierto con capirotes y las espaldas a veces desnudas. Todos con disciplinas y azotes, látigos y abrojos que, además, terminan en pedacitos de plata o hierro para herir mejor. Caminan lentamente con aire cadencioso y se van golpeando las espaldas con ritmo ante la admiración y pasmo de los presentes y oculta alegría de las muchachas de quienes están enamorados. Porque ese sacrificio para solicitar la ayuda de Dios en las empresas guerreras o la llegada de lluvias benefactoras, se aprovecha para hacer profesión de virilidad —de «machismo»— ante las enamoradas que conocen sin necesidad de verle la cara al pretendiente que se acerca a su reja y se da más golpes de lo necesario para mostrar su decisión ante el peligro.

No falta en esto, como en todo, el farsante. En Valladolid vio Pinheiro una procesión en que los ricos que llevaban las hachas negras hacían azotar a los cajeros a su servicio, actuando así por delegación. Y los que pudorosamente no se descubrían las espaldas hallaron el arbitrio de usar túnicas acolchadas y almidonadas

con lo que el golpe era más ruidoso que cruel. Auto de los Alcaldes de Casa y Corte al canto: «Ninguna persona sea osada de haber ni alquilar túnicas para las disciplinas»... y al que le encuentren haciéndolo «dos años de destierro a cinco leguas de la corte y treinta ducados de multa» (28 de enero 1613). Protestaron indignados los vendedores de ropa y no tuvieron éxito. (Tampoco lo obtuvo el bando como de costumbre).

Pero la religión está en todas partes. Llevan rosarios hombres y mujeres como aditamento normal de traje. No se come carne ningún viernes de Cuaresma, temporas y vísperas de santos que guardar y ni siquiera se mata el ganado en estos días como no sea para enfermos. Los embajadores de países protestantes no tienen siquiera la posibilidad de eximirse invocando su extranjería.

Cuando llega la Pascua, el sacerdote visita las casas y da las cédulas de comunión. Cuando ha pasado se hace otra visita de comprobación. ¡Ay del que no la posea, enemigo de Dios y de los santos!

El reverso de la belleza de la Iglesia triunfante es la Iglesia que castiga a sus enemigos. En la Plaza Mayor la señora de Aulnoy vio un auto de fe que duró desde las siete de la mañana a las nueve de la noche, porque las Inquisiciones regionales habían mandado a Madrid sus casos, leyéndose los procesos y sentencias en voz alta. Veinte judíos de ambos sexos y un renegado mahometano fueron quemados. Cincuenta hebreos y hebreas que se habían arrepentido (sólo se quema al pertinaz) son condenados a prisión y a llevar la cruz de San Andrés en un escapulario amarillo. Acusados de bigamia, de brujerías y de otros pecados de menor tamaño unos diez que llevaban gorros de cartón con inscripciones *adhoc,* cuerda al cuello y antorchas fueron castigados a azotes y a servir al rey en las galeras (como los que encontró Don Quijote).

El rey y la corte ven pasar impasibles a los reos. Se lamentan unos y otros discuten encarnizadamente con los sacerdotes que quieren salvar su alma a última hora haciéndoles abjurar. La viajera francesa vio a una muchacha de diecisiete años que se dirigió a la Reina suplicándole la perdonase. «Pensad que se trata de una religión que aprendí en la cuna», dice. La Reina no puede hacer nada por ella como tampoco el mismo Rey que ha jurado momentos antes proteger la fe católica y extirpar la herejía de todos sus reinos.

LA CALLE

Por la calle... hay mucha gente que no hace nada. Oficialmente tienen un empleo, son criados, pero los criados de casas grandes ya hemos dicho que tienen tan poco trabajo como menguado sueldo. Para sacar alguna ganancia extra, están en la calle mirando, observando, realizando algunas ayudas fáciles. Cuando además de mirones y trabajadores temporales hurtan alguna que otra cosa, engañan algún que otro transeúnte, llevan mensajes de cierta ilegalidad, han ascendido a la categoría de «Pícaros». No son todavía maleantes, pero han dejado ya de ser totalmente honrados.

Situados al borde de la delincuencia, a veces, se retraen del mismo borde. Rinconete y Cortadillo lo transpusieron cuando de hurtar pañuelos pasaron a la temida organización de Monipodio.

Otros en cambio suben en categoría social. Oigamos al capitán Alonso de Contreras antes de serlo: «Aquella noche me fui a palacio a su cocina, por gozar de la lumbre que ya resfriaba, pasé entre otros pícaros. Rogaba a los mozos de cocina se doliesen de mí y me dejasen subir un poco, en el carro donde iban las cocinas... me comedí sin que me lo mandasen en ayudar a pelar y volver los asadores con el cual ya cené aquella noche...» Y con él el *Buscón,* llamado don Pablos, Sebastianillo González...[58]

La calle está atestada de gente así: «La mucha gente que se ocupa en servir y en los escritorios y otras formas de vivir inútiles a la república cuando hace falta a la labranza, crianza, tratos y oficios necesarios de que resulta haber gran carestía en todas las cosas por estar tan caras las manufacturas».[59] Se quejan los Procuradores en vano. La calle atrae, inspira. Es mejor tener menos dinero y gozar de la vista de tanta gente distinta. Y las tiendas...

Golfo de piratas lleno,
Teatro en quien no hay ensayo,
donde la estafa es el rayo
y la petición el trueno.[60]

¿Y el paseo? Lodo en invierno, polvo en verano no detienen una multitud de coches cruzando sus caminos, y las vidas de quienes van dentro. Sisean las señoras desde sus ventanillas, se aproxima curioso y envanecido el caballero, aún con la mano apoyada en el

pomo de la espada. Porque a veces caen unos tunantes pagados por enemigos y aprovechan el coloquio para cobrar su premio sin importarles el nombre ilustre de la víctima. Díganlo Oropesa y Alburquerque acometidos de improviso estando al estribo de unas damas desconocidas. El primero recibió una estocada en un carrillo y el segundo derribó a su enemigo.

(Peligroso sitio para amantes en lo físico y maridos en lo moral. «Si ir al Prado dejares a tu esposa ¡ay loco! Mientras ella va al Prado, te lleva el Soto»).[61]

¿Pero no está prohibido darse de cuchilladas? Claro que lo está. «Ninguna persona sea osada de echar mano a las armas en esta Corte, so pena que le corten la mano: y si hiriere con las dichas armas muera por ello», dice un Pregón de la Sala de Alcaldes de 1585, repetido en 1615. Porque en España las leyes tienen que repetirse para que la gente sepa de su existencia. Sino, creen que han dejado de valer. ¿Entonces no se aplican? Depende de la influencia del agresor.

La gente se pasea, murmura, habla de las cosas de la guerra y de los sucesos de Palacio. Cada uno sabe más que el otro de todo lo que se le plantee. Pero, no ha habido época más franca en su exageración. ¿No se llama uno de los sitios donde se reúnen el Mentidero?

Mientras hablan comen manjar blanco, mermelada, empanadillas de aceite, nueces moscadas, cascos de naranja y membrillo, suplicaciones (barquillos). Se lo venden los ambulantes y cada vez se juegan cien azotes y dos años de destierro, según disposiciones de la Sala de Alcaldes de la que no hacen ningún caso.

La verdad es que se dejan de cumplir muchas órdenes, pero también es verdad que hay demasiadas. El legislador está siempre dispuesto a interrumpir los sueños de los españoles poniéndoles cortapisas. En el mismo asunto de los coches... Prohibidos desde 1600 guarnecerlos con bordado de oro, plata y seda... y que no sean tirados (1611) más que por mulas y esto cuando los dueños tengan tierras de labor y puedan permitirse el tenerlas.

Estas disposiciones las empujan los moralistas que ven en cualquier innovación un daño para la salud pública y para la estabilidad de las costumbres. En 1626 ha publicado el licenciado don Luis Brochero, un libro con un título ya revelador: «Discurso problemático del uso de los coches en que se proponen las conveniencias que tienen y los inconvenientes que causan». Naturalmente, sus conclusiones son que se trata de instrumento de negligencia, origen de gastos excesivos, enemigos de la Caballería, ins-

trumento de liviandades y que acaban el reposo con su estruendo... aboga porque los usen sólo determinadas clases sociales y obligadas por enfermedades y achaques de vejez.

¿Tanto daño a la moral producen los coches? Parece que esa es la fama. Quevedo hace decir a un cochero: «No se probará que en mi coche entrase nadie con buen pensamiento. Llegó a tanto, que por saber si una era doncella se hacía información si había entrado en él porque era señal de corrupción.»

«No podéis figuraos lo que rueda el pecado en ellos: doncella sube por una ventana que con sólo pasar por el carruaje sale madre en vísperas por la otra; habiendo dejado caer la flor de su capullo cambíala por nueve meses de retortijones, algunos días de angustia y no pocas horas de alaridos que a esto da lugar la risa de un instante.»[62]

Y a la caballería, ¿por qué?, «con su uso... se empantanaban diez o doce caballeros mozos en un coche y azotaban las calles de noche y de día, sin acordárseles que había caballos y jinetes en el mundo», dice Cervantes.

No consiguieron nada. En 1618 había 300 coches en Castilla. En 1637 sólo para Madrid se daba la cifra de 900.[63]

En lo que sí parece ha logrado algo el legislador es en la silla de manos, usada por «hombres de todas las edades sin necesidad ni otra causa alguna, por sólo su regalo», razón por la que se prohíben en 1604. Pero las damas seguirán usándolas y aprovechando, las gradas bajas y extendidas de las escalinatas para subir con ellas hasta la misma cámara donde las espera la anfitriona. Son cuatro mozos relevándose de dos en dos, y un lacayo que lleva el sombrero del lacayo delantero que no puede ir cubierto ante la señora.

También se puede, aunque el español no gusta demasiado de ello, salir al campo con las carrozas y entonces pueden usarse de tiros largos, es decir, de seis caballos o mulas. Curiosa la forma en que viaja el cochero a mediados de siglo. Va en la primera mula. Se rumorea que fue una orden del Conde Duque, porque una vez se difundió un secreto de estado que sólo podía haber sido oído desde el pescante.

Si el español va al campo mejor que se lleve lo que quiera comer y aun dónde quiera dormir. Las posadas españolas no ofrecen más que sal, vinagre y aceite, y quizás una menguada lumbre. De la zaga de las carrozas de camino, salen los pesados armatostes que se arreglan para camas y los cestos con la comida.

Vale la pena para hablar con el mesonero o ventero. Venta se llama a esos lugares en el campo porque «venden gato por liebre», dice la gente, y el huésped del «Quijote» afirma que «a pesar» de ser ventero es cristiano viejo. Tienen el arancel o tablilla en que se comunican los precios en que pueden vender las mercaderías expuesto según orden de la autoridad, pero lo colocan muy alto y sin dejar junto a él escabel o silla en que encaramarse para comprobar la diferencia entre lo que le piden y lo que pueden pedirle.

Con este principio uno puede beber, si no ha traído lo propio, en un vaso que es de uso común o cortar con un cuchillo de todos —atado con una cadena a la mesa— la carne mal cocida que acompaña a la sopa.

Quien gusta del aire libre puede también irse al Manzanares. El arroyo «aprendiz de río» de nuestros clásicos, el que lleva más burla que agua, está en verano tan seco que las carrozas bajan hasta el centro de su lecho. Y como hay unos guijarros y unos arroyos pequeños puede respirarse un poco. Algunos, incluso, se bañan como la embajadora de Dinamarca, que manda a sus criados a cavar un hoyo grande que se llena de agua y en la que se introduce con gran asombro de la señora d'Aulnoy. Años antes el nuncio Camilo Borguese había visto sólo a mujeres del pueblo; una que no estaba cubierta sino con la camisa, al levantarse se le cayó y dijo riéndose: «Señores, habéis visto la olla que tanta carne cabe en ella.»[65]

Así cantaba Quevedo:

Manzanares, Manzanares,
arroyo aprendiz de río,
tú que gozas, tú que ves
en verano y en estío
las viejas en cueros muertos,
las mozas en cueros vivos.

No había entonces trajes de baño, de manera que la camisa o la sábana era lo único que protegía a las bañistas. Pero, más bien que lugar de baño, era lo que hoy llamaríamos de merienda campestre... «Cubiertos iban los caminos de borricos y xamugas: los sotos estaban de contimploras y empanadas: los arroyos de calientes ninfas revolcándose en más arena que agua».[66]

BRUJA

Una comitiva viene por la calle. Corren los niños, se asoman los mayores a las ventanas. Una bruja que llevan a la vergüenza. Va montada en un asno con la coroza puesta. Es vieja y seca, como casi todas ellas. ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho? Se preguntan unos a otros. Puede haber sido tantas cosas... Atraer amantes, separarlos, provocar muertes, enfermedades, viajes. Para ello cuentan con elementos materiales y espirituales. Los primeros son una combinación de varios productos amasados en una olla... por ejemplo: «Habas, verbena, piedra, pie de tejón, soga de ahorcado, granos de helecho, espina de erizo, flor de hiedra, huesos de corazón de ciervo, ojos de loba, ungüentos de gato negro, pedazos de agujas clavadas en corazones de cabrito, sangre y barbas de cabrón bermejo, sesos de asno y una redomilla de aceite serpentino...»[67]

A estas pócimas puede luego añadirse la fórmula espiritual. Por ejemplo, para atraer el amor de una persona.

Con cinco te miro,
con cinco te ato,
la sangre te bebo,
el corazón te arrebato,
tan humilde vengas a mí
como las suelas de mis zapatos.

Arre, borrico,
que muy bien te ato;
te juro a Dios y a esta cruz
que has de andar tras mí
como el alba tras la luz.[68]

Cuando, a pesar de eso, el mancebo se iba con otra quedaba el recurso de matarle. Para eso se emplea la muñequilla de cera que representa mejor o peor sus facciones y se le clavan alfileres. El mozo se va secando hasta que se muere.

Pero esto cuando las brujas obran por complacer a alguien. Que para ellas prefieren mejor plato. El del mismo diablo que va a visitarles aunque no sea fácil requerirle. Para ello había que hacer un cerco con sal , carbón y azufre, y desgreñada y desnuda entrar en él con una escoba y una candela encendida; barriendo la sombra de su cuerpo, decía:

Ven, ven, marido,
cara de cabra,
que vale más mi coño
que tu barba.

Hasta tres veces. Otras dos brujas que han quedado fuera ayudan a la invocación.

Ven Belcebú, ven,
ven Satanás.

Por el cañón de la chimenea se oyen grandes gritos: ¡guarte!, ¡guarte!, y aparece el demonio como macho cabrío aunque otras veces prefiere salir de gato, perro, lobo, etc. Cantan todos y bailan alrededor del fuego. Se untan luego bajo los sobacos y las ingles y salen todas volando en compañía del diablo.

Vamos viga por viga
en la ira de Santa María.

Y empiezan a hacer maldades, casi todas contra quienes en la vida corriente inadvertida o expresamente las ofendieron. Los niños, especialmente, son quienes reciben lo peor de las venganzas destinadas a sus madres. Les chupan la sangre, les desarticulan los huesos, les queman. Si los padres se despiertan sobresaltados, las brujas huyen por la chimenea... Al terminar sus venganzas van al prado a bailar y agitarse en el aquelarre sirviendo el macho cabrío de amante de todas.

¿Qué le harán a la bruja acusada de tantas y tan horribles cosas? Asombrosamente en un período en que los enemigos de la fe católica o del rey reciben penas severísimas las hechiceras españolas se escapan con unos años de cárcel, destierro y algunos azotes. La razón parece ser que la Santa Inquisición no creía demasiado en lo que contaban las brujas de sus aventuras con los diablos. Si en Cataluña, en cambio, al estilo de otras naciones europeas, Francia y Alemania por ejemplo, se envió a la hoguera a multitud de brujas (300 en unos años alrededor de 1619), la Inquisición castellana creía, como la ciencia moderna, que la substancia que se untaban en los sobacos, probablemente belladona, producía el efecto de embriagarlas y darlas sensación de vuelo unida a una serie de visiones... La prueba es que muchas confesaron que no

querían ser brujas, pero que las untaron sin darse cuenta y se vieron proyectadas a ese mundo especial y asombroso.[69]

A veces, en cambio, los médicos creen firmemente en circunstancias extrahumanas. He aquí, por ejemplo, el aojamiento, que amenaza al recién nacido: «Es posible que a la hora que la criatura nace... (los que le rodean) podrían por alguna enfermedad... tener tan malos humores que... con los respirados vapores de ellos, la inficionasen y corrompiesen por su poca resistencia». Remedio: «La preñada... con tiempo se previene con pedazos de azabache fino, de coral y otras cosas que por naturaleza hacen estos efectos, figura de cosas ricas y preciosas, que se llevan los ojos de las personas, tales, por lo cual no envían sus inficionados vapores por tan recta línea a unas criaturas... Yo puedo jurar con verdad que vi, mirando cierta persona, una hermosa y tierna niña desde tan cerca que la pudieron bien tocar sus malos vapores y se le hizo tres pedazos unas piedras de azabache que la niña traía al cuello. Es cosa experimentada que... azabache tiene virtud contravenenosa, cualidades, y es contraria a los mismos demonios.»[70]

Puede también encontrarse otro tipo de comitiva. Un grupo de galeotes que van a su destino. Algunos, como de los que encontró Don Quijote, porque no tuvieron dinero suficiente para sobornar al escribano. ¡Pobres escribanos que mala prensa tienen! Todavía los de «número» así llamados porque son limitados en las ciudades importantes, son de más seriedad, pero los «reales» y los «del crimen» viven pura y simplemente de las desgracias ajenas que prometen resolver con cierto dinero para untar a la persona indicada... Tenían que empezar por recuperar los seiscientos u ochocientos reales que les costaba la plaza comprada, a veces, a hidalgos que la habían obtenido como premio a sus trabajos militares o por favor de parientes y no querían desempeñarla.

Otros galeotes habían pasado por el tormento, tan natural entonces como ahora el interrogatorio, siempre que no hubiesen cogido al reo *in fraganti* en cuyo caso no había necesidad de hacerle «cantar»; así se llamaba como ahora (que los criminales son de lo más tradicional), el hecho de denunciar a otro o a sí mismo lo cual estaba mal visto entre ellos ya que «tantas letras tiene un no como un sí». Vueltas de cuerda en la garrocha, «ansia de agua» o líquido que le echaban poco a poco por un pedazo de trapo en la garganta dando continuamente sensación de ahogo sin que éste llegase a realizarse, azotes... la sentencia combinaba, el deseo de hacer justicia y la necesidad económica de los barcos

de su Majestad. A remar, pues formando parte de la chusma con el título de forzado, y a comer de la dura galleta cuando había un momento de reposo o se iba a la vela.

En esto se descubrieron
de la Religión seis velas
y el comitre hizo usar
al forzado de su fuerza.

Así dice Góngora del bando contrario, pero el trato era el mismo en ambos lados. Tanto daba ser cristiano preso del musulmán como moro en manos españolas, y sólo la batalla podía darles, con la posibilidad de la muerte, la de la libertad si vencían los suyos. Muchos capturados se harán renegados porque saben que si tornan a Castilla volverán a las galeras.

¿Y si sirve su tiempo? Vuelve a la vida normal como hombre libre... a veces. «Porque es cierto que aunque los forzados acaban su tiempo, siempre había causas para dilatarse más, y quien va por cuatro años suele servir cinco y aun seis.»[71]

...Van sujetos entre sí por cadenas. Cada alguacil lleva doce galeotes cobrando cuatrocientos maravedís diarios y seis guardias que cobran cuatro reales diarios mientras cumplan su misión.

La verdad es que hay mucho delito a pesar de que la Santa Hermandad es más que rápida, y cuando coge a una banda de salteadores los cuelgan en los árboles sin asombrar a Don Quijote. Y como llevaba una vida que parecía al margen de la ley este caballero andante tiene varias citas con esa policía no del todo agradables. En la venta de sus desgracias encuentran un cuadrillero que lleva lo que hoy llamaríamos una orden de detención con descripción precisa del culpable.

«Y poniéndoselo a leer despacio... iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba...»[72]

LA DANZA

El siglo XVII es un siglo danzarín: «Los movimientos son cinco, los mismos que los de las armas: Accidentales, Extraños, Transversales, Violentos y Naturales. De estos cinco movimientos nacen

las cosas de que se componen las mudanzas en su riquísima variedad de Floretas... y, especialmente, los consejos generales. Ha de ir el cuerpo danzando bien derecho, sin artificio, con mucho descuido, del mismo modo que se lleva por la calle sin enderezarle más de aquello que su natural, ni doblarse por mirarse los pies ni otro accidente. Porque la afectación y presunción es cosa con que se desluce todo cuanto se obra bien, que no se ha de ir mirando el techo, sino llevar los ojos bien serenos mirando al descuido ...dando a entender que lo que está obrando es al descuido, porque verdaderamente el danzado es un descuido cuidadoso.

Un descuido cuidadoso. Es una frase muy acertada y muy del tiempo. «La razón de la sinrazón, etc.» Pero ese descuido no debe llevarse a extremos... hay que recordar que «todas las danzas es costumbre danzarlas con el sombrero puesto después de la reverencia, menos la Gallarda, que por ser baile de reyes se ha de danzar con el sombrero en la mano...[73]

La Gallarda es bonita, pero es mejor la Pavana. El caballero tampoco le hace ascos a las populares o danzas de cascabel. Aquí está la «chacona» que ha cantado Cervantes en *La Ilustre Fregona:*

El baile de la chacona
encierra la vida bona.
Hállase allí el ejercicio
que la salud acomoda,
sacudiendo de los miembros
a la pereza poltrona.
Bulle la risa en el pecho
de quien baila y de quien toca,
del que mira y del que escucha
baile y música sonora.
Vierten azogue los pies
derrítese la persona
y con gusto de sus dueños
las mulillas se descorchan.
El brío y la ligereza
en los viejos se remoza,
y en los mancebos se ensalza,
y, sobre todo, se entona
que el baile de la chacona
encierra la vida bona.[74]

Sí, esos villanos saben divertirse. El caballero recuerda complacido el entremés, la jácara y la mojiganga teatral en que surgen las castañuelas y se mueven los pies y las manos a compás de algo que llevan todos los españoles muy adentro.

TOROS

Las corridas de toros son pocas, tres o cuatro al año, pero merecen la pena. El protagonista es el caballero que intenta clavar al toro unos rejones y si recibe una herida su caballo o le cae a él rejón o el sombrero tiene que acabar con la bestia a pie firme. Antes ha habido la entrada esplendorosa de la corte, el despeje de la plaza, el alinearse la guardia bajo los balcones reales. Ha habido el solicitado permiso a su majestad y éste lo ha concedido con palabras de aliento. El pueblo está atento, los nobles también. Tras las barreras los lacayos del caballero hacen votos para que éste triunfe.

Oregón: Ya ha dado a la plaza vuelta
y hacia el toro se encamina.

Cañizares: ¡Qué bien al bruto examina!
¡Qué airoso que el brazo suelta
caído con el rejón!
Repara con el aseo
que paso a paso se va
al toro...

Oregón: Que atenta está la plaza...
...Ya el bruto
le encara escarbando el suelo,
y hacia atrás tomando el vuelo,
airado diestro y astuto,
previene la ejecución
del golpe.

Cañizares: Y el don Fernando
la nuca le va buscando
con el hierro del rejón.

Oregón: ¡Oh quiera Dios que le acierte!

Cañizares: Ya le embiste.
Oregón: ¡Con él cierra!
Uno (*dentro*) ¡Válgate Dios!
Cañizares: Cayó en tierra
el toro.
Uno (*dentro*) ¡Extremada suerte!
Cañizares: Pienso que al caballo hirió.
Oregón: No pudo, que le sacó
veloz con la mano izquierda,
y la presa hizo en vacío
la bestia.
Cañizares: Patas arriba
aplaude a quien le derriba.[75]

El pueblo había actuado antes —carreras ante el toro, esquivas, quiebros, banderillas, arrojarse al suelo para hacerse el muerto, presentarle un pelele en que se cebara, saltar por encima del animal— y cuando el caballero se retira vuelve a intervenir en el desjarrete. Hasta veinte toros pueden darse en la fiesta. Hasta cinco o seis muertes pueden también ocurrir.

(A veces unen dos aficiones españolas, los toros y las cacerías y la plaza tiene un agujero por donde puede escapar el toro para caer por un precipicio hasta el río. Se ha hecho en el Arlanza cerca de Lerma, en el Pisuerga, Valladolid y en Aranjuez por el Tajo. Los caballeros acababan entonces con el animal herido desde unas barcas preparadas al efecto).

¿Es caro ir a los toros? Figurar siempre lo es y los vendedores de asientos saben quien tiene prisa y quien no regateará por ir acompañado. «Ve a un conocido dueño de un tablado, llámale... el carpintero que ha notado para quienes son y sabe que en tales lances no se repara en maravedís, dice que dos lugares tiene en un nido, pero que en menos de seis reales de a ocho no los ha de dar y el galán sin reparar... que el precio es mucho... ajusta los lugares».[76]

¿Es mucho? ¿Cuánto se gana? Sancho Panza estando con el Bachiller Sansón Carrasco cobraba dos ducados al mes además de la comida. En su nuevo empleo teniendo en cuenta el trabajo

mayor y los peligros quiere dos reales más al mes. Pero como, además, hay la promesa de la ínsula puede añadirse a esto otros seis reales que por todos serían treinta.[77]

Con esto puede comprarse poco. «El pan vale a real y la carne la libra a treinta maravedís que es un juicio», se lamenta su esposa a la Duquesa. Cinco reales y un cuartillo pide Maese Pedro por el destrozado Emperador Carlomagno, uno de los muñecos del retablo, y por el rey Marsilio de Zaragoza cuatro reales y medio.[77]

¿Cuánto costaba ese mismo libro? En 1661 las dos partes de *Don Quijote* valían cinco reales. *La política,* de Quevedo, cinco y *El Lazarillo de Tormes* sólo dos. Libros gruesos como *La historia de España,* del Padre Mariana, valían nada menos que dieciséis reales.

En Madrid, advierte Camilo Borghese a quienes vayan a esta ciudad, tomen una posada por meses y si tiene una sola cama den seis escudos de a once reales y si tuviere dos camas, ocho, pero les han de aderezar la comida asada o cocida como quieren, que ellos la comprarán aparte. Pero el mesonero debe darles sal y agua, sábanas y almohadas limpias dos veces al mes. Además de dos manteles de mesa, dos paños de manos para limpiarse, cuatro servilletas a cada uno limpias, y si tuvieren algún convidado les han de dar una servilleta limpia.

Los criados que vio la condesa de Aulnoy, comen sólo cebollas y guisantes, porque el sueldo es de dos reales al día aunque los extranjeros pagan cuatro.

TEATRO

En horas veinticuatro
pasaron de las musas al teatro

¿Por qué esa prisa? Porque no había más remedio si quería Lope seguir viviendo con cierto desahogo. Una obra se representaba poquísimas veces porque el auditorio es casi siempre el mismo —las ciudades importantes son todavía pequeñas, los que tienen dinero para ir a la función son pocos— y el público pide más y más. Cuando, además, se presenta simultáneamente en más de un «corral», la gente se dispersa y el éxito económico se reduce. La Junta de Reformación de 1625 (con la entrada del Conde Duque

el viento de arreglarlo todo invadió al país) decidió que sólo se diera una comedia diaria.

Así, con esta prisa no es raro que Cervantes firme, con el cómico que era además empresario, un contrato para escribirle «seis comedias para que las podáis representar por precio de cincuenta ducados cada una». Osorio se compromete a estrenarlas en los veinte días siguientes a la entrega de la comedia siempre que sea óptima, «si la comedia pareciere que no es una de las mejores que se han representado en España, no seáis obligado de pagar por tal comedia cosa ninguna».

A Cervantes, que desde niño —según le hace decir a su alter-ego Don Quijote— fue aficionado a la carátula y en su mocedad se le iban los ojos tras la farándula[78] le conviene ese trato porque es mucho dinero comparado con el que se obtiene por libros. Lo malo es que siendo el mercado tan corto cuando llega Lope de Vega, se alza con él y no deja espacio a nadie para representar comedias. De aquí saldrá parte de la animadversión de Cervantes por el Fénix de los Ingenios.

Pero el teatro no es sólo posibilidad económica. Es alegría, diversión, mundo distinto y excitante. Los autores famosos veían sus nombres en las esquinas con «Víctor, Víctor» como los universitarios al ganar la cátedra y las primeras actrices les halagaban y solicitaban, lo cual dada la fama de éstas y la de sus maridos, complacientes según el vulgo, representa un beneficio más. «En esta corte —señala Madame d'Aulnoy— las comediantes son verdaderamente adoradas y casi todas entretienen a un alto personaje dando lugar a riñas y desafíos.»[79]

Cuidado con tocar a los actores, advierte Sancho, «nunca se tome como farsante que es gente favorecida. Recitante he visto yo estar preso por dos muertes y salir libre y sin costas. Sepa vuestra merced que como son gente alegre y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman... y más siendo de aquellos de las compañías reales y de títulos que todos o los más en sus trajes y composturas parecen unos príncipes». Algunos casi lo eran sus relaciones, dígalo, si no, la Calderona, madre del bastardo Juan José de Austria, y otras lo parecían vestidas con trajes que costaban 3.000 reales o 372 ducados.

Pasa como con los coches. Todos los moralistas piden que se termine con tal libertad de costumbres, con tanta inmoralidad. Además, representan cardenales, obispos, frailes ¡al mismo Jesucristo! El Nuncio de Su Santidad amenaza con la excomunión en 1600, pero no conseguirá nada. Y mucho menos cuando el mismo

rey Felipe IV componga comedias. Y su esposa las interprete dando motivo, según la leyenda, a que Villamediana queme el teatro para tener el placer de salvarla en sus brazos.

Pero es que además de la escena es espectáculo todo el local. Los caballeros elegantes y sus damas en los aposentos o palcos, abajo los mosqueteros tumultuosos por lo incómodos y a quienes pide perdón el autor a cada paso para congraciárselos. Arriba, en la «cazuela», separadas férreamente del género masculino, están las mujeres que no dejan de charlar, reír y pedir a los caballeros vecinos que les manden —o les tiren los confiteros— diversos regalos, aloja, agua de canela, lima, tablillas (hechas de huevo, harina y azúcar). Allí hay también peleas entre ellas por quien tiene este o aquel puesto o por celos.

Hay otro tipo de teatro que se une más a lo eclesiástico. Se representa a continuación de la procesión y su lugar es la calle o patio de una casa importante: son los autos sacramentales, en los que unos personajes simbolizan virtudes, pecados, cielo e infierno. El que vio la condesa de Aulnoy, sin embargo, no tenía tal simbolismo. Un capítulo de Caballeros de la Orden de Santiago está reunido para decidir de la admisión de un pretendiente que es nada menos que Jesucristo. La mayoría de los caballeros cree oportuno su ingreso, mientras unos cuantos protestan del «pedigree» del candidato, ya que su padre era un carpintero y su madre María, una costurera. Se decide, por fin, rechazarle, pero como consolación se instituye la Orden de Cristo para que todos queden contentos. (La Orden de Cristo es portuguesa y no sabemos si con ello se quería insinuar que los vecinos eran más comprensivos a la hora de aceptar plebeyos en sus órdenes militares).[81]

BIBLIOGRAFIA DEL SIGLO XVII

(1) Cervantes: *Don Quijote*, pp. II-62.
(2) Tirso de Molina: *La huerta de Juan Fernández*, 1-1.
(3) Moreto: *No puede ser el guardar a una mujer.*
(4) Ruiz de Alarcón: *La verdad sospechosa*, 1-3.
(5) Quevedo: Soneto XVIII.
(6) Cervantes: *Don Quijote*, 11-50.
(7) Anónimo: *Sala de Alcaldes*, lib. IX, fol. 375.
(8) Vega, Lope de: *Lope de Vega en sus cartas*. Publicado por D.A.G., de Amezua. Madrid, 1935-1940, pp. 111-138.
(9) Idem: *Peribáñez y el comendador de Ocaña*. II-1.
(10) Quevedo: Soneto BAE T., 69, p. 128.
(11) Marchante León: «Villancicos Catedral de Toledo», cit. Rodríguez Marín. *Don Quijote*, II-5.
(12) Tirso de Molina: *El celoso prudente*, III-10.
(13) Salinas de Castro: *El epigrama español*, (Sainz de Robles), p. 128.
(14) Quevedo: *La hora de todos.*
(15) Góngora, Luis de: O. C., Madrid, 1961.
(16) Vega, Lope de: *El mármol de Felisa.*
(17) Idem: *Servir a señor secreto.*
(18) Amezua, A. G. de: Cervantes: *El casamiento engañoso y el coloquio de los perros*, (edición de) Madrid, 1912.
(19) Vega, Lope de: *El premio del bien hablar.*
(20) Idem: *Nadie se conoce.*
(21) Suárez de Figueroa: Plaza universal, cit., Amezua: El casamiento engañoso.
(22) Cervantes: *Don Quijote*, II-19.
(23) Cefalo y Pocis: Jornada IV.
(24) Rodríguez Marín: Edición del *Quijote*, II-38.
(25) Ruiz de Alarcón: *Los empeños del engaño.*
(26) Villamediana, Juan de: Poesías.
(27) Vega, Lope de: *El tetrarca de Jerusalén.*

(28) Calderón de la Barca, Pedro: *No hay burlas con el amor,* p. I-VI.
(29) Quiñones de Benavente: *Entremés del mayordomo,* ed. Cotarelo, p. 819.
(30) Calderón de la Barca, Pedro: *El alcalde de Zalamea.*
(31) Cortes de Castilla, XXX-231.
(32) Caro, R., *Antigüedades y principado de la ciudad de Sevilla.* Sevilla, 1634.
(33) Amezua, A. G. de: *La vida privada española en el protocolo notarial.* Madrid, 1958, pp. 31-38.
(34) Fernández de Andrade, Pedro: De la gineta en España, Sevilla, año 1599.
(35) Quevedo: Obras Completas.
(36) López de Ubeda, Francisco: *La pícara Justina,* BAE., T. 33, p. 117.
(37) Cervantes: *Don Quijote* I-17.
(38) Jiménez de Enciso: «El valiente sevillano», cit., por Ginés de Bracamonte en *Destino,* de Barcelona, 6 - VII - 1950.
(39) Calderón de la Barca, Pedro: *La vida es sueño.*
(40) Vega, Lope de: *Con su pan se lo coma.*
(41) Mira de Amescua: *Lo que puede el oír misa.*
(42) Vega, Lope de: *El perro del hortelano.*
(43) Cervantes: Don Quijote, II-2.
(44) Idem.: II-50.
(45) Amezua, A. G. de: *La vida privada...,* p. 107.
(46) Vega, Lope de: *Querer la propia desdicha.*
(47) Fray Juan de Tolosa: Discursos predicables. cit., Rodríguez Marín ed. «Don Quijote».
(48) Zabaleta, Juan de: *El día de fiesta,* ed. Madrid, 1950, p. 252.
(49) *Don Quijote,* I-21.
(50) Idem., 11-12.
(51) Santos, Francisco: «Día y noche de Madrid», 1663. Discurso IX B A E T-33.
(52) Cortes Echanove: Crianza de la corte de España. Madrid, 1955.
(53) Pérez Pastor: *Bibliografía madrileña,* tomo III, p. 345.
(54) Cervantes: *Don Quijote,* II-24.
(55) Diario de Camilo Borghese: (vid. capítulo anterior).
(56) Cervantes: *Don Quijote,* II-47.
(57) Vega, Lope de: Boda entre dos maridos.
(58) Contreras, Alonso de: *Aventuras del capitán...* Madrid, 1942, páginas 31-32.
(59) Cortes de 1610, XXVI-285.
(60) Castillo Solórzano: «Tardes entretenidas».
(61) Salas Barbadillo: *Corrección de vicios,* Madrid, 1615. Ed. «Clásicos Castellanos», 1907, pp. 1-410.
(62) Cervantes: Ocho comedias y ocho entremeses nuevos. Madrid, año 1615, fol. 240 v.
(63) Quevedo: *Carta a Juan Adam de la Parra.* Obras BAE, T. 11-531.

(64) Rodríguez Villa: La corte y la monarquía en 1637.
(65) Diario de Camilo Borghese: vid. capítulo anterior.
(66) Vega, Lope de: Epistolario. Carta al duque de Sessa. 6-VIII-1611.
(67) Rojas, Agustín: *Viaje entretenido...* Lib. 1, fol. 15.
(68) Causa contra Francisca González: Inquisición de Toledo, leg. 87, n.º 108.
(69) Amezua, A. G. de: *El coloquio de los perros,* edición de...
(70) Doctor Juan Alonso: de las Ruices de Fontecha, catedrático de Medicina de la Universidad de Alcalá de Henares. «Diez privilegios para mujeres preñadas» (el décimo es el del aojamiento), cit. Maura y Amezua, Realidades y fantasías en el viaje de la condesa de Aulnoy).
(71) Castillo Solórzano: *La garduña de Sevilla.*
(72) Cervantes: *Don Quijote,* I-29.
(73) Esquivel Navarro, Juan de: *Discurso sobre el arte del danzado y sus excelencias y primer origen reprobando las acciones de hoy.* 1642, Madrid, 1905, p. 161.
(74) Cervantes: *La ilustre fregona.*
(75) Tirso de Molina: «La lealtad contra la envidia» (Trilogía de los Pizarro).
(76) Santos, F.: *Día y noche de Madrid, 1663,* p. 268.
(77) Cervantes: *Don Quijote,* II-27 y 28.
(78) Idem.: idem., II- 11.
(79) *Viaje de la condesa d'Aulnoy:* Ed. García Mercadal.
(80) Cervantes: *Don Quijote,* II-11.
(81) *Viaje de la condesa d'Aulnoy.*

EL TRICORNIO

(Siglo XVIII)

LA CASA

Arreglemos la casa, modernicémosla. Afuera con las antiguallas. La sala que contenía el estrado se sigue llamando así, pero ya no tiene una separación en alto, la tarima ni en horizontal, la barrera o barandilla. Las almohadas, han desaparecido y las señoras, quién lo diría, se sientan en sillas igual que los hombres.

Ya le amanece el buen gusto
en el mueblaje: las casas
se adornan de cornucopias
en vez de petos y lanzas,
y ya ven los españoles
que el papel y las indianas
para vestir las paredes
les hacen mucha ventajas
a los cuadros de Velázquez
Cano, Ribera, que llaman
el Españoleto y otros
pintorcillos de esta laya.[1]

La sátira de Ramón de la Cruz resulta inocente de tan sarcástica. Porque la verdad es que sus abuelos no tenían generalmente en sus casas ricas pinturas, sino estampas recortadas y pegadas del Hijo Pródigo o del Santo Cristo de Limpias con más devoción que arte. Por lo demás nace el odio a las paredes blancas, a las mesas desocupadas. Cornucopias, urnas, figurillas de porcelana, tapices, alfombras... las puertas se abren con cristales para quitarles lisura y entre silla y silla hay taburetes, sillones de tafilete rojo, de damasco, bandas de seda.

En el aire las arañas de cristal van adquiriendo cada vez mayor tamaño... Las camas son grandes, pero en general bajas porque

los muchos colchones no abultan siendo delgados. Hay dosel sobre las camas y de él penden colgaduras que en verano son de algodón claro o de gasa.

Y la casa de un nuevo rico sería más o menos la que imagina la fantasía de *El Barón.*

Una columnata abierta
circular, y en el ingreso
esfinges, grupos y verjas.
Gran fachada, escalinata
magnífica, cinco puertas,
peristilo egipcio... Y dentro
su jardín con arboledas,
invernáculos, estanques,
cascadas, gruta de fieras,
surtidores, laberinto,
arias, cenotafios, bellas
estatuas, templos, ruinas...
En fin cuatro frioleras de
gusto...[2]

En el que se unen inspiraciones del tiempo. La vieja Grecia y el milenario Egipto alternando en la moda con el bibelot chino y el tapiz persa...

* * *

«Pareció el teniente coronel y dijo que por cuanto le tocaba y pertenecían los moros esclavos... los cuales los había habido en buena guerra, siendo alcalde gobernador del Peñón de Vélez de la Gomera y que por haberles servido con toda fidelidad y humildad más de diecisiete años tenía determinado de darles libertad y poniéndole en ejecución por la presente...»[3]

Estamos en 1729, y este militar da escritura de libertad a dos moros. En todo el siglo de la sensibilidad y el buen corazón sigue habiendo esclavos, especialmente moros y negros africanos, aunque siendo menos las campañas el botín es cada vez menor.

Sigue el servicio como en el siglo anterior. Muchos criados, porque se heredan los que estaban con los padres y porque nadie va solo por la calle todavía. ¿Qué diría la gente de quien fuere sin

un paje o dos? Estos criados siguen pagándose poco y mal, pero tampoco trabajan mucho. «Cómo está todo», suspira Carvajal:

Una asturiana cerril
y un gallego sin domar
componen la servidumbre
con que vine de Alcalá,
él barre a regañadientes,
ella guisa bien o mal,
cuando los llamo no vienen,
no vuelven cuando se van,
el salario anda corriente
y lo cobran muy cabal.

El dueño es todavía el padre que tiene que preocuparse de la conciencia de sus servidores, tanto como de su cuerpo. Pero estamos en tiempos tan materialistas...

Mucho los dejo salir
poco les hago rezar,
y así no dudo me sirvan
con amor y lealtad,
hasta que hallen otro amo
que les aumente un real.[4]

Por otra parte estamos en tiempos mejor organizados. Se ha terminado ya la búsqueda de nuevos criados por el primitivo medio de ir preguntando a los conocidos si saben de alguien. Esto lo resuelve el *Diario Curioso*[5] que destaca lo importante de su papel mediador en asunto tan grave: no se trata sólo de una intervención material, hay además, un problema moral que resolver:

«Las personas de uno u otro sexo a quienes Dios o la constitución de su estado ha reducido a servir, padecen un sensible desconsuelo por no saber tan pronto como lo pide su desacomodo casas que busquen criados». ¿Qué ocurre entonces? Que van a casas de amigas, pero esto provoca «una muchedumbre de males que se conocen cuando no hay remedio: el menor de todos estos es ir poco a poco gastando el dinerillo que ahorraron de su salario: tras de esto... venden los vestidos y se reducen a un estado que les inspira (este es el mayor dolor) vergüenza a causa de su desnudez para ponerse a servir y ningún miedo para abandonarse

a pecar». Todo esto ocurría antes que el *Diario* apareciera con sus anuncios informadores: Y, además, sin engaños: «Criada desea acomodarse: hace poco que ha venido a Madrid (que es ventaja conocida) sabe planchar, poco: coser delicado, menos: pero lo que es guisar, mucho. Reside y darán razón de ella...»

* * *

«Nadie le invita a uno a su casa...» murmuran los viajeros que llegan a España a primeros del XVIII. «Aquí no se para de fiestas y reuniones», aseguran asombrados los viajeros que llegan a últimos del siglo. La reunión, la sociedad se forma a imitación francesa. Nace la conversación como hija natural de una nueva forma de vivir en que se ha descubierto, nada menos, el razonar; este maravilloso invento obliga naturalmente a mostrar como uno es capaz de hacerlo, sino ¿de qué serviría? Han nacido las tertulias (por Tertuliano, varón muy comentado por entonces entre los sacerdotes) nombre genérico para discutir de todo en los salones. El petimetre y el currutaco brillan en ellas naturalmente, pero no hace falta ser extremoso para estar en ellas a gusto. Todo viajero que llega con cartas de presentación —amigo de amigos— recibirá invitación y podrá acercarse a la casa en el día señalado. Sólo debe recordar varias precauciones. Que contrario a lo que ocurre en Francia a las señoras españolas no debe besárselas en la cara ni siquiera en la mano y que ésta puede ser que ni siquiera se la ofrezcan, que la libertad de palabra siempre debe ir acompañada de un cierto cuidado al tratar de la religión y del rey. Los *esprits forts* españoles a veces lo son sólo hasta que se ofenden por un comentario sardónico sobre la Virgen de los Peligros.

A las siete en invierno y a las ocho en verano traen las luces. Y el que tal hace dice «Loado sea el Santísimo Sacramento del Altar». Contesta la concurrencia: «Por los siglos de los siglos, amén.» Ha llegado la hora del refrigerio. Los pajes pasan con bandejas cargadas de helados, dulces, confituras, bollos, bizcochos.

Las bandejas llevan una luz y a pesar de ello, el paje dice en voz alta el nombre de lo que ofrece. Sigue el chocolate... Si al terminar la reunión sobran golosinas, irán al bolsillo de las damas. Nadie se extraña ni escandaliza por ello.

¡Ah, el chocolate! Si hubiera que marcar a un siglo con una bebida éste es el escudo, emblema y blasón del siglo XVIII. En una sociedad que, a pesar de sus intentos renovadores, está totalmente jerarquizada en compartimientos estancos, la infusión americana

es tomada por todos, desde el más alto al más ínfimo de la escala social. La diferencia sólo consistía en que el rico tomaba más. Carlos III tan morigerado en todo, repite siempre de su taza y tiene una chocolatera capaz de contener cincuenta y seis libras de líquido. Y cuando se expulsa al jesuita el rigor con que apenas se les permite hacer el equipaje queda, sin embargo, aliviado de crueldad innecesaria porque se le autoriza a llevar «su breviario, alguna ropa, chocolate y otras cosas necesarias para su uso.» (*Lafuente*).

Porque además de sabroso, es bueno para la salud.

En cualquiera imprevenida
dolencia que insulta al pecho,
el chocolate bien hecho
es el agua de la vida;
de oro potable bebida
es antídoto en los males:
tómenle, pues, los mortales,
porque es bebida especiosa,
dulce, fragante, gustosa
y en fin de virtudes tales.[6]

Está en todas partes, la ciudad entera lo necesita. Casanova dice recordando una visita y el consiguiente ofrecimiento: «No lo tomé... porque si aceptabas, todas las tazas que te daban acababas ahogado al final del día.»

Tal entusiasmo tiene necesariamente que producir un aviso de precaución entre los moralistas, porque suena ya a vicio. Así el venerable Juan de Palafox decidió renunciar al chocolate para «que no haya en casa quien mande más que yo, y tengo observado que el chocolate es alimento dominante que en habituándose a él no se toma cuando se quiere, sino cuando quiere él». Y el Capítulo General de Pastrana, de los Padres Mínimos, puso a pan y agua tres días a los monjes que lo probaban. «Cuando profesan —dice un comentarista, tristemente— se despiden del mundo y del chocolate.[7]

Tomemos un polvo de rapé, discutamos a Aristóteles si somos militares, de Vauban y del Arte de la Guerra del Rey de Prusia si somos abogados. Razonemos, razonemos... pero ello con el espíritu español de improvisar un razonamiento que en otros países cuesta horas de vigilia. Para la crítica literaria el «erudito a la violeta» seguirá los consejos de Cadalso: «...Si como es natural,

escogéis todo lo extranjero y desheredáis lo patriota, comprad cuatro libros franceses que hablen de nosotros peor que de los negros de Angola y arrojad rayos, truenos, centellas, granizo y aun haced caer lluvia de sangre sobre todos los libros, cuyos autores hayan tenido la grande y nunca bastante llorada desgracia de ser paisanos de los Sénecas, Quintilianos, Marciales, etc... Cualquier libro que os citen decid que ya lo habéis leído y examinado... Alabad mutuamente los unos las obras de los otros, mirad con ceño a todo el que no esté en vuestra matrícula».

¿Así eran las tertulias? Así eran las malas. El siglo XVIII verá nacer uno de los intentos más generosos y nobles para poner la fuerza, tan intensa como anárquica del intelectual español, al servicio de la colectividad. Las Sociedades Ecónomicas de Amigos del País nacen en el norte y se extienden luego a toda España. En ellas un reglamento fijaba los temas de discusión. El lunes se trataba de matemáticas, el martes de física, el miércoles de historia y de traducciones hechas por miembros de la sociedad, el jueves de música, el viernes de geografía, el sábado se dedicaba a los asuntos del día y el domingo había concierto. (Todavía la cultura era Una y el estudioso podía asomarse a varias especialidades al mismo tiempo.) Desde entonces las Sociedades son la vanguardia cultural de España, y, ya en 1736, se manifiestan en Memoria dirigida al soberano dispuesto a terminar con la rutina. ¿Por qué esa animadversión al comercio entre los españoles?, pregunta ¿Por qué no se vigila más la salubridad pública? Y describe una máquina neumática «para conservar la carne sin corrupción». Sus miembros están detrás de todas las medidas de protección al comercio y a la industria nacionales y, en 1783, del decreto que ensalza al oficio humilde considerándolo honroso.

(Hay luego las Academias de profesionales de las letras en que usan los socios nombres evocadores. Cadalso es «Delmiro», Moratín, «Flumisbo», Iriarte, «Tirso.»)

Llega un oficial con su casaca, los faldones sujetos con corchetes por sus ángulos. En la cabeza, peinada a la francesa, unos bucles a cada lado, polvo blanco, coleta. (Cuando se prepara el ejército para salir al campo hay una graciosa escena. En fila todos los soldados cada uno coloca y arregla el mechón capilar del anterior). Si es un húsar (1793) lleva el pelo a la redonda llamado «cortado a la Romana». Si es de caballería, será más admirado. Es el arma más elegante y en sus ejercicios militares hay tanta técnica como gusto estético. Cuando están formados el caballo del comandante

del escuadrón tiene la grupa metida en la formación y el resto fuera. El capitán hace sobresalir sólo la cabeza y el cuello de su montura y en medio de la línea el alférez más antiguo tremola el estandarte. Cuando están en movimiento éste es cadencioso y sigue a veces el compás de la música. (La Escuela Española de Viena no es más que una pervivencia de lo que aquí se ha perdido).

Pero este militar no es siempre un rígido observador de la tradición como lo era su antecesor de los siglos XVI y XVII. También las «auras renovadoras» han llegado a esa cabeza convenciéndole de la necesidad de un cambio en España a través de la irreligión y el libertinaje «contemplándose... aislado y desprendido de todos los vínculos y obligaciones de la naturaleza y sociedad». Así define Cadalso al «Oficial a la violeta.» Seguro de que está en lo cierto, burlándose de los viejos que siguen la tradición, defendiendo a Voltaire en lo literario y la táctica prusiana en lo militar, tratando de rústico a quién no esté al tanto de las nuevas doctrinas y en fin llamándose espíritu fuerte.[8]

...Modernísimo liberalismo que no le impedirá llamar a los botones que sujetan los faldones de sus casacas «gafetes», para no usar la antipática palabra «corchete» que suena a golilla, esos abogadetes que escalan los altos cargos del gobierno y que, sólo por ello, son los enemigos natos de los militares aristócratas, y por tanto, de los únicos con pleno derecho a ocuparlos.

...ni le impedirá salir denodadamente a la frontera a luchar contra los franceses que han llevado su modernismo a matar nada menos que a su rey. Eso ya no...

(Sólo en algunos casos el «Oficial a la violeta», llevará a la última consecuencia su irreverencia y su laicismo. Por ejemplo, Guzmán, a quién yo he llamado «Guzmán el Malo».[9])

EDUCACION

Eduquemos, eduquemos... Ningún siglo ha tenido tal preocupación pedagógica porque ninguna centuria ha visto tan claramente como ésta que hay que enseñarlo todo, ya que el pueblo, el pobre, no sabe nada y si sabe algo son supersticiones, mentiras y tradiciones bobas.

Los aires roussonianos de innovación empiezan luchando con la moda. Las damas elegantes se niegan a amamantar a sus hijos porque hay quien dice que perjudica la forma el quitarse la cotilla.

(Hay quien da de mamar a su hijo abriendo en ella una ventanilla que la permite cumplir con su deber de madre sin descomponer la figura.)

Es una minoría, claro; la madre corriente da el pecho a sus hijos y lo considera natural y lógico. Como minoría es la que puede ir a los colegios modernos en que se aplica la nueva pedagogía. Por un lado Torres Villarroel, recordando sus tiempos de primera enseñanza. «Pagué con las nalgas el saber leer y con muchos sopapos y palmetas el saber escribir». Por el otro, un aficionado que escribe (en *El Diario de Barcelona,* en 1793) que a los niños...» se les debe apoyar cualquier travesura de ingenio que no sea contra la ley y buena crianza, que de este modo no se coarta». Y, sobre todo, en esa época: «Procúrese que todo lo que oigan en esta edad esté sobre la razón: porque las especies recibidas en este tiempo son las que más fuertemente se imprimen en sus almas y si no saldrán unos fanáticos.»

Pero que conste que esta actitud no es, como tantas veces se ha dicho, antirreligiosa... Más abajo se propone que se prohíba la lectura de libros caballerescos y comedias profanas «porque son un cebo dulce del cual se sirve el demonio para estragar la índole de la doncella más reclusa e inocente y del niño puesto en las manos del más vigilante maestro.»

No ha habido siglo más educativo ni probablemente siglo más frívolo. Y cuando el adorno, el rizo y el encaje se cruzan con la educación es ésta la que sufre.

—Que adelantada está mi hija,
¡válgame San Nicodemus!
—Mi alma, ¿y vas a la escuela?
—Iba, pero como el tiempo
es tan caliente en verano
y tan frío en el invierno,
la he quitado hasta que tenga
catorce años por lo menos.
—¿Pero sabrá la doctrina
cristiana?
—No sé: yo creo
que sí. ¿La sabes?
Niña: *Ya sé*
la mitad del Padre Nuestro.
—¡Válgame Dios que crianza![10]

Ramón de la Cruz no deja de tirarle buenos bocados a un personaje fácil para la burla. El del abate que se mantiene en equilibrio entre la Iglesia y la Sociedad con mayor interés por la segunda. Uno de los espectáculos más divertidos se ofrece cuando la frivolidad del preceptor lucha con la seriedad del discípulo.

«*Señorito, mire usted*
que lindo par de muchachas
van con ese petimetre.
—¡Qué se me da a mi que vayan!»

El muchacho quiere ir a ver flores o procesiones. Nada de eso, advierte el Abate. Hay que «conocer el vario mundo— y entrar con todos en danza»... «porque no digáis mañana— que no os enseñé de todo».[11]

Mucha frivolidad, asevera Jovellanos, mucho presentarse bien en sociedad, esgrima y caballo. Lo curioso es que todos advierten que hace falta autoridad para cambiar esa educación, pero por el otro lado piden libertad para elegir por parte de los interesados. Porque las pasiones son naturales y donde la razón se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazón se hacen más fuertes como le pasa a la doña Paquita de Moratín en *El sí de las niñas.* Entonces, ¿qué? Aconsejar, guiar desde el principio, pero procurando que la juventud a su vez pueda expresarse. ¿Todo lo que sienten? Hombre, tampoco, una cosa moderada... teniendo en cuenta siempre la moral, las buenas costumbres y la religión bien entendida.

Los socialmente importantes de la época no parecen tener gran cultura, y una tradición de nobles acostumbrados al respeto ajeno topa por vez primera con unos seres extraños llamados ilustrados que no vacilan en reprocharles sus costumbres. La decadencia de la nobleza no se muestra, tanto en lo que dice Jovellanos como en el hecho de que pueda escribirlo, sin arriesgar al desafío o a la cárcel.

Examínale, oh idiota, nada sabe
trópicos, era, geografía, historia,
son para el pobre exóticos vocablos.
...Que mucho Arnesto si del padre Astete
ni aún leyó el catecismo. Mas no creas
su memoria vacía. Oye y diráte
de Cándido y Machante la progenie:

quien de Romero y Costilleres saca
la muleta mejor y quien más limpio
hiere en la cruz al bruto jarameño.[12]

LA CASACA

¿Cómo visten los niños del tiempo? Como los mayores, como si se hubiera de pronto reducido el tamaño del petimetre y la petimetra, mucho más ridículo porque lo incómodo del siglo XVIII no tiene para ellos siquiera el gusto de verse en él. Corpiños ajustados, guardainfantes de miniatura... Del cinto cuelgan —a pesar del ilustrado siglo— los mismos amuletos que llevaban los niños del siglo XVII. Campanita, chupador, relicario, cruces, medallas...

Juegan con muñecas ellas, con armas infantiles ellos, con carritos, caballos de madera que ya tienen un balancín, al aro, a la cometa...

También empezará a encandilar a los niños el gran juguete de la época que vuelve locas a las personas mayores: los muñecos vivientes, con mecanismo que les permite mover lentamente brazos y cara, llevarse la flauta a la boca al músico y entonar unos compases, o al escribiente mojar la pluma en la tinta y escribir realmente una frase. Y al arte de las siluetas (del nombre de Etienne de Silouette, francés, que llenó a Europa de sombras de amigos y amantes ayudándose con la máquina: Vela y modelo por un lado, pantalla de papel y el dibujante por el otro resiguiendo el perfil.)

El nuevo rey Felipe V llega a España y se retrata muy políticamente con la golilla española al cuello. Al año siguiente la política no es tan necesaria y la comodidad se impone. Fuera la golilla. Quedará en los personajes tradicionales, los encargados de la justicia, los ministeriales.

En lugar de la golilla la corbata de encaje. En lugar del sombrero ancho el de tres picos. El tricornio se lleva... bajo el brazo, porque la cabeza tiene un nuevo coronamiento. La peluca, «desprecian el adorno que les dio el cielo para coronarse con rizos de difunto!», se lamenta Calderón Altamirano. Estamos en 1707. Hasta finales de siglo figurará la peluca y, al empezar el otro, quedará —como ahora la golilla— para gente mayor y funcionarios que serán ahora tan sensatos como fueron rebeldes ante sus abuelos para cambiar la moda.

Y luego la casaca que ha ido alargando y cubriendo de bordados la ropilla, y la media y el chapín.

> *En azul zapatilla su pie embebe*
> *de nevado listón ribeteado:*
> *media calada y de color de nieve*
> *cubre su pierna, a quien bordó el cuadrado*
> *torcida hebilla, si brillante y breve*
> *su pie ajusta con sútil agrado.*[13]

Dice Cadalso. Así viste entonces el español del siglo XVIII. Perdón. Así viste desde primeros de siglo el noble y palaciego del siglo XVIII. Conseguir que el pueblo les siga es otra cosa y tan peliaguda que sólo se logra tras un motín que pasa a la historia como el primero que nazca, porque un jefe de estado se empeñe en vestir a sus súbditos de forma distinta a la habitual.

«Que ninguna persona de cualquier calidad, condición y estado que sea puede usar en ningún paraje, sitio ni arrabal de esta corte y reales sitios ni en sus paseos o campos fuera de su cerca del traje de capa larga y sombrero redondo para el embozo... usará precisamente de capa (corta que a lo menos le faltase una cuarta para llegar al suelo) ...peluquín o pelo propio y sombrero de tres picos...»

10 de marzo 1766. Los guardias por la calle acompañados de un sastre. Los distraídos o rebeldes son metidos en un portal, su capa recortada, su sombrero apuntado con alfileres. Cunde la indignación y sobre su ola se levantan los enemigos del rey (¿jesuitas? ¿Agentes extranjeros?) y la sangre corre. El Rey cede, un ministro es exonerado...

...y al final triunfa. La coacción se hace propaganda eficaz. El golpe más hábil es vestir al verdugo con aparato de sombrero ancho y capa que se arrastra. Basta para que los *bien pensantes* dejen de usar esa ropa desprestigiada. En la provincia tarda más en morir, precisamente porque no estaba siquiera prohibido en primer lugar. Luego Francia actúa, imponiendo la moda de vestir a todos los rincones españoles donde hay sociedad que quiera vestir como en la corte.

Pocas centurias ha habido con mayor cuidado de su atavío. Un caballero tarda en arreglarse tres cuartos de hora, aparte del peinado. Los encajes y hebillas eran tantos y tan repartidos que cualquier movimiento de la vida normal es un problema. Se han inven-

tado unas máquinas para proteger el bordado de la chupa y las vueltas del pecho y la camisola, porque el ajarlos y ensuciarlos era tan fácil como grave para la reputación del galán. El traje y aspecto general del individuo corriente es tan exagerado que los que en cualquier momento y situación han querido ser los adelantados de la moda tienen dificultad en aparecer todavía más complicados; no es raro que la crítica se cebe con petimetres y currutacos.

«Bañarse con harina la melena,
ir enseñando a todos la camisa,
espada que no asuste y que dé risa,
su anillo, su reloj y su cadena..
Hablar a todos con la faz serena,
besar los pies a misa[1] *doña Luisa*
y asistir como cosa muy precisa
al pésame, al placer y enhorabuena;
Estar enamorado de sí mismo,
mascullar una arieta en italiano,
y bailar en francés: tuerto o derecho:
Con esto y olvidar el catecismo
cátate hecho y derecho cortesano,
más llevárate el diablo dicho y hecho.[14]

A época tan remirada correspondía un rey que ha sido el menos atildado de todos los monarcas españoles. Carlos III, «cuando tenía que vestirse de gala se ponía de muy mala gana sobre la chupa de campo un vestido rico de tela y abotonándose la casaca hasta abajo cubría la chupa de ante de que no dejaba a veces de descubrirse alguna punta.

...luego que pasaban las dos o tres horas de la ceremonia... se quitaba la casaca echando un gran suspiro y diciendo: «¡gracias a Dios!»... Cuando tenía zapatos, vestido o sombrero nuevo, era para su majestad un martirio».[15]

Pero los demás... Ni los intelectuales capaces de rebelarse contra todo lo ilógico se levantaban contra la moda. «Yo he visto —advierte Somoza (BAE 67)— al célebre Jovellanos boca abajo, sin tocar en la almohada, sino con la frente para no descomponer sus bucles.»

1. Mi señora.

¿Visten totalmente a la francesa los españoles elegantes de la época? Los viajeros de París dicen que no. Que se trata *a*) de una moda que llega a Madrid cuando ya ha periclitado en París; *b*) que siempre la tocan con un detalle de tipo nacional... para variarlo un poco.

Mientras tanto, los partidarios del traje nacional, los que todavía recuerdan con pena y dolor cuando era Francia la que imitaba a los españoles hacen lo posible por condenar o retrasar la invasión de trapos y colores que llegan del otro lado de los Pirineos. Los sacerdotes, sobre todo el bajo clero, son los más agrios en sus ataques a lo galo y para mostrar lo que piensan de las nuevas modas visten a Judas, al aborrecido apóstol, a la francesa en las procesiones de Semana Santa.

Los hombres llevan tantas joyas como las mujeres especialmente en relojes —pueden portarse dos y tres— y cajas de rapé. Yendo sueltas es fácil perderlas y, a veces, la pérdida no es solamente por el valor de la alhaja.

«El domingo día 29 de este año, hurtaron una caja de plata grabada de buril con una mujer y un unicornio en la tapa y un rótulo que dice: *casta placent*», y en el suelo tiene figurado un Sansón en el acto de desquijarar a un león y otro rótulo que dice: *Omnia vincens superatus.* Mucho ha perdido en esta alhaja su dueño si usaba del recuerdo moral que le ofrecían a la vista los dos epígrafes, y más si a la vista de la imagen de Sansón victorioso y vencido lograba abatir el orgullo de algún impuro deseo. Para la restitución...»[16] ¿Qué ladrón puede permanecer insensible ante el problema que ha planteado al despojado?

Los objetos que oscilan colgados de los relojes y cajas parecen puras bagatelas, pero no es así, sostiene la condesa de Reoticarts. «Apenas hay dije que no encierre un misterio, pero para entenderlo es preciso estar iniciado en ellos. A usted que acaso no lo está le parecerá que el ruido de una campanilla tan pequeña... (del despertador) se pierde... pues está usted equivocado. Hay personas que distinguen mejor el sonido de esta campanilla que el de todas las campanas de su parroquia echadas al vuelo... Otros tienen la vista más perspicaz y una regadera, un sello, una llave, un gancho, una jaula, hacen ver a aquellos un país muy dilatado y tal vez la historia de todos los sucesos memorables de la vida de un petimetre.»[17]

Hay que hacer muchas y profundas cortesías. No importa que la gente culta diga que es absurdo. Como Guevara en el siglo XVI

—como se ve había servido de mucho su crítica— Clavijo ríe de que se hable de besar las manos cuando no pensamos hacerlo «por lindas, limpias y curiosas que sean». Hay que recordar mil y una fórmulas para no pasar por mal educado. «Quedo con el más profundo respeto a la obediencia de Vuestra Excelencia.» «Renuevo a V.E. las seguridades de mi rendida sumisión...», y en las participaciones de boda casi se le autoriza al invitado a poner el veto porque terminan «para que mereciendo la aprobación de vuestra Merced no falte circunstancia de gusto en este tratado.»[18]

Sí, queda mucho barroquismo en el trato español heredado del siglo anterior, y la única diferencia esencial es que ello se critica abiertamente, porque hoy existe una minoría que muestra su absurdo. ¿Pues no se habla de Señor y V.E., incluso, y se regaña a quien usó «el dulce nombre de padre?» ¿Y los «dones»? Hoy es «don» cualquiera, porque se ha ido extendiendo de tal manera la costumbre que hay que llamarle a uno «señor don» para no tratarle de criado. Clavijo no está criticando realmente la vanidad del título, sino el confusionismo. Si hay una cosa que un hombre del siglo XVIII rechaza es el desorden. Que cada uno sepa dónde está y a qué atenderse.

Lo mismo pasa con la nobleza. Sigue existiendo, respetada como estado distinto y superior a los demás. Ser Grande de España es un sueño de los nobles. Llegar a este estado es un sueño de la burgesía que, por vez primera, ve acercarse esta posibilidad con los Borbones que ennoblecen a funcionarios eficaces. Nadie ataca, pues, a la nobleza en general pero sí a la que no se hace digna de su nombre. «Nobleza hereditaria —dice Cadalso— es la vanidad que yo fundo en que ochocientos años antes de mi nacimiento muriese uno que se llamó como yo me llamo y fue hombre de provecho aunque yo sea inútil para todo».

¿Y es esto un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifra
los timbres y blasones? ¿De qué sirve
la clase ilustre, una alta descendencia
sin la virtud? Los nombres venerados
de Laras, Téllez, Haros y Girones,
¿qué se hicieron? ¿Qué ingenio ha deslucido
la fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
a quienes fía su defensa el trono?
¿Es esta la nobleza de Castilla?[19]

Pero la vanidad sigue existiendo, la soberbia también. No pudiendo impedir que el copete de la nación exista, los reyes procuran que a él puedan llegar más españoles y, además, de ennoblecer a quienes lo merezcan por sus trabajos por la patria, Carlos III dará el decreto más revolucionario de su reinado. De ahora en adelante no habrá quien sea incapaz de aspirar a mayor altura social por el mero hecho de nacer en baja cuna. El Rey, que Dios guarde, se lanza a afirmar «que los oficios de curtidor, herrero, sastre, zapatero y otros a este modo son honestos y honrados: que el uso de ellos no envilece a la persona ni a la familia de quien los ejerce ni les imposibilita para obtener los empleos municipales ni para el goce de la hidalguía.»

Algo inaudito, suspiran los aristócratas ancianos. No sé a dónde vamos a parar. En realidad no tienen que preocuparse demasiado. Es sólo una afirmación de principio y pasarán años antes que un herrero sea nombrado marqués y, aun esto, será por caminos militares. Por lo demás, el aristócrata sigue utilizando su vieja forma de protesta contra el individuo que el rey quiere introducir a la fuerza en sus filas. Se le tratará de Vuestra Excelencia y con toda cortesía, lo cual se convertirá en un insulto, porque de considerarlo su igual le tutearía.

* * *

Sigue la basquiña que es heredera del manto anterior, sigue la mantilla en la cabeza... pero en 1740 está entrando más la moda francesa y el descote se baja cada vez más, el torso se encorseta, y las mangas se abullonan. La falda sigue larguísima...

«Si te hablara por cierto de la ridiculez de sufrir que nuestras mujeres lleven los pechos descubiertos y tener un cuidado muy escrupuloso de que no se les vean los tacones...»[18]

Sí, los pies siguen siendo de importancia primordial. ¿Es verdad que quien enseña a un amante sus pies está dispuesta a concederle todos los favores? El padre Labat lo dice, pero otros franceses lo niegan. La verdad, se quejan algunos de ellos, es que no hay manera de verle los pies a una española, pero tampoco de besarla la mano ni aun la cara. Consideran al beso tan importante que para ellas es el camino de todo...

En la cabeza lucha el tocado importado con la mantilla. Pero hay una tercera fuerza en discordia; la de la cabellera adornada, preparada, compuesta como no ha habido nunca pelo en el mundo. España no llega a ver las monumentales atracciones capilares

de la corte de Luis XVI cuando una fragata se bamboleaba en lo alto de una pirámide de pelo y adorno y que obligaba a la dama a ir de rodillas en la carroza... aunque se pareciera algo esta descripción: «Un peinado compuesto de multitud de bucles que imitaban a las tiendas de campaña... un campamento con un foso... guardias avanzados y centinelas perdidos y en vez de penacho formó en la fachada una Venus hecha del mismo pelo, sentada en una concha marina, tirada por dos cisnes y acompañada de las Gracias».[18] Hay siempre bastante esmero en el peinado para que si llega el sombrero francés sea pequeño; así pueden verse ambos adornos.

El medio fue producir
un nuevo estilo en que ambas
clases pusiesen la mano (escofieteras y peluqueros)
de manera que se usasen
escofietas y peinados
a un mismo tiempo con gracia.[20]

Y lujo por todas partes. Casaca de tisú de oro (para mujer) falda de corte sobreblanco bordado en oro... casaca de tela de plata con galones de oro... anuncian los periódicos. Y los economistas se aterran. Sólo de brocado —llora Canga Argüelles— entraron en 1792 tres mil varas de Francia cuando en España se fabrican otras tantas, y 150.000 pares de medias de seda.

¿Quién las ve? Sólo el amante o el marido. Pero lo mismo pasa con la ropa intíma de hoy más preciosa cuando menos gente pueda apreciar su calidad. Quizá a veces se adelantaba audazmente la moda.

¿Por qué traes, le dije a Inés,
tanta pata descubierta,
si están una y otra tuerta?
Tápalas por tu interés.
Respondióme: No te azores
porque como moda fuera
piernas al aire anduviera
aunque ellas fueran peores.[21]

Por encima de la riqueza del traje, joyas, relojes como adornos pendientes de cadenas, joyas prendidas a una cinta de terciopelo o seda, (la gargantilla) y muchos anillos. Demasiados, dicen algunos extranjeros de buen gusto.

Eliminación del vello...

Trae el vidrio si te place
sino, con pez o con cera.
—¿Tengo mi madre vellera
y no sabré cómo se hace?

El título de esta obra es el que se da a las señoras de elegancia refinada que, siendo las menos de España, son naturalmente los que atraen más la atención del crítico de costumbres, del pedagogo, del sociólogo... y del autor de comedias, como don Ramón de la Cruz. Es *La Petimetra,* la versión femenina del elegante que copia a París y a sus señoritos (*petit maître*)... la mujer que se pasa el día en el tocador sin cuidar de su casa, de sus niños ni de su marido, preparándose para lo más importante de su jornada: La relación social que ocurrirá por la tarde, en la visita o en el paseo.

La Petimetra vive pendiente de la moda extranjera, convencida que no hay cosa de mejor gusto.

La que nació en Castilla
aunque sea la nona maravilla,
no se tiene por bella
mientras no hable como hablan en Marsella.
La extremeña, manchega y campesina,
afecta ser de Orleáns. La vizcaína
entre su Jaincoa y Etcheo Andrea
nos encaja un Monsieur de Goicochea.
...Yo conocí en Madrid a una condesa
que aprendió a estornudar a la francesa.[23]

Y los galicismos invaden su conversación. «He venido a perder», hay «un poco de mundo», «es mediodía y media», «viene de arribar de París». Toma café en lugar del chocolate americano, que ya resulta (pasa el tiempo) que es lo tradicional español.

Cinco tazas de café
porque aunque con él me quemo,
¿qué dama hay que no lo tome?[24]

¿Pero hasta dónde llega ese francesismo, o mejor parisismo? (la provincia del país vecino sigue a regañadientes las innovaciones

de la capital). ¿Está a flor de piel o se ha metido en el alma? A juzgar por las apariencias, así es. ¿Qué dama elegante sale ya con su marido?

«—¿Vuestra merced? Muy bien. No faltaba otra cosa para divertir a mi costa a toda la gente del paseo. Vaya, no puede disimular usted que está cortado a la antigua.

Marido: ¿Qué misterio hay en que las mujeres para bailes, visitas y otras diversiones aborrezcan tanto la compañía de los maridos? Pero es cosa muy disonante que se acuerden de ellos para arruinarlos en gastos superfluos y para ir a un paseo, a la comedia o a la merienda se excluya absolutamente a éstos y sólo vaya el cortejo...»[25]

Ya se pronunció la fatídica palabra. ¿Quién es el elemento así llamado? Cortejar ha sido desde hace mucho el arte de enamorar a las mujeres con atenciones constantes, muestras de rendida admiración, regalo. Pero este Cortejo del siglo XVIII es un ser humano y su misión consiste en acompañar continuamente a una dama casada al estilo y forma del «*chevalier servant*» de París. Va con ella a todas partes, la regala dulces, rosolí, le recoge el pañuelo, el abanico, le da conversación contándole mil picardías que están ocurriendo en la ciudad, comenta los actos de la comedia y la reputación de actores y actrices. Es, en fin, encantador como substituto del marido.

¿Hasta qué hora le substituye? Este es el problema. Lo más fácil de creer es lo peor, claro;

Una mujer todo el día
solita con su cortejo
metida en su gabinete
consultándose al espejo,
¿estarán los dos rezando
o tratando de su entierro?[26]

Pero otros aseguran que se trata de un «culto extático y desinteresado» (*L. A. de Cueto*).

Vagante llama sin lumbre
un afán sin inquietud,
que no siendo esclavitud
es la mayor servidumbre...[27]

...así se califica el «chichisveo» o atención asidua del cortejo por una dama. Cuánto hay de apariencia y cuánto de realidad pecaminosa resulta una puerta abierta a todas las posibilidades y sospechas. El escándalo que producen a los sensatos esas conversaciones apareadas y secretas, pero en sitios públicos es notoria. La consecuencia que de ello se deduce no está tan clara.

Busquemos a un técnico en la materia, Casanova; el caballero Casanova pasa por España en esta época; la frivolidad que llega de afuera topa, según él, con un obstáculo tremendo. La petimetra del siglo XVIII sigue llevando dentro la recia católica del siglo XVII.

«La galantería en este país no puede ser más que misteriosa, porque tiende forzosamente a lo máximo y ésa está severamente prohibido. Así ocurre el secreto, la intriga y la turbación del alma que se debate entre los deberes impuestos por la religión y la fuerza de las pasiones que las combaten.

...En los paseos, en la iglesia, espectáculo, hablan con los ojos a quienes quieren y poseen a la perfección este seductor lenguaje. Si el hombre se aprovecha triunfa... sino, no le dan ninguna otra oportunidad.»[28]

La verdad es que los hombres para triunfar necesitan ahora algo más que audacia. Necesitan cultura. ¿Por qué? Porque está de moda. Los hombres son siempre lo que quieren las mujeres, musita un observador. Fueron Quijotes para Dulcineas, matones para admiradoras de la violencia, llenos de cintas y bucles cuando decayeron las espadas y broqueles, poetas cuando eso fue lo importante. Ahora hay que ser cultos y hablar de ciencia, literatura y, sobre todo, filosofía. ¡Oh la filosofía!, maestra de la vida, consuelo de desventurados.

El concepto de filósofo es algo vago y por ello bastante cómodo. Evidentemente un filósofo es un hombre sensible y delicado. Por ello no puede aprobar la tortura, por ejemplo. Por el otro lado puede ser cualquier observador de la naturaleza. Así se lo dice el Abate a su discípulo:

...ahora
vaya estudiando en las caras
que se encuentran, lo difícil
de encontrar la semejanza
en unas mismas especies
de un mismo modo criadas.

Señorito: *Y eso qué es, ¿filosofía?*
Abate: *Y de las más delicadas.*[28]

O generosidad... «El es allá medio filósofo y tal vez querrá librar a su amigo por medio de una acción generosa.» Dice de *El Delincuente Honrado,* su suegro.[29]

...o dulzura: «Pero hombre, es tan blando, tan filósofo. Yo quisiera a los ministros más duros, más enteros...»[29]

* * *

Todo se arregla en las tertulias de la patria porque este es también el siglo de los arrivistas. Si hay sequía basta con cavar un canal en forma de cruz de San Andrés que deje bañadas en la fértil linfa las áridas regiones de España; si faltan soldados se traen de fuera. (No siempre eran sueños. Carlos III trajo colonos de Alemania y Suiza para poblar lo que la naturaleza se negaba a hacer). Se menciona libros acabados de aparecer especialmente si son de Francia (que llegan aunque la Inquisición se ofenda hasta que la Revolución Francesa obligue a una mayor vigilancia) todo eso como moda, como divertimiento. Jamás se ha unido la frivolidad y la cultura como en el siglo XVIII. ¿Prueba? He aquí unos consejos a los que quieran deslumbrar a las damas.

«Notad que entre las filósofas la secta mayor fue la de las Pitagóricas, porque sin duda, diréis con gracejo, haciendoos aire con algún abanico si es verano y calentandoos la espalda a la chimenea si es invierno o dando cuerda a vuestro reloj, que habréis puesto con el de alguna dama de la concurrencia o componiendoos algún bucle que se os habrá desordenado, o mirando las luces de los brillantes de alguna pocha o tomando un polvo con pausa y profundidad en la caja de alguna señora, o mirandoos a un espejo con postura de empezar el amable[1] sin duda — diréis haciendo una cosa de estas o todas juntas— porque el sistema de Pitágoras trae la Metempsicosis, transmigración o, vaya en castellano una vez y sin que sirva de ejemplo en adelante, el paso de un alma por varios cuerpos, y esta mudanza debe ser favorita del bello sexo. Veréis cómo todas se sonríen y dicen: ¡qué gracioso!, ¡qué chusco! Unas dandoos con sus abanicos en el hombro, otras hablando a otras al oído con buen agüero para vosotras y todas muy satisfechas de vuestra erudición».

1. Baile del tiempo.

Ha hablado Cadalso en *Eruditos a la violeta,* uno de los adjetivos que caerán sobre el hombre del tiempo. Petimetre es el más conocido, el más usado. Son representación de moderno, lo que se lleva allende las fronteras, lo civilizado. Tanto en el aspecto exterior como en lo íntimo.

Ya nadie al vernos se espanta,
pues yace oculto de miedo
el duelo o la patarata
de aquel honor que fundaron
en ser las doncellas castas
muy religiosas las viudas
recogidas las casadas,
los ancianos venerables,
los niños de cera blanda,
los hombres ingenuos y
muy hombres de su palabra.

¿El desafío? ¡Qué ridiculez!

Que porque me dijo «mientes»...
porque me sopló la dama...
u otras tales bagatelas,
¿he de andar a cuchilladas?
¡Hubo entre nuestros antiguos
gentiles extravagancias![30]

La gente, el caballero en general, ¿se deja guiar por esas doctrinas? No; la sátira de R. de la Cruz indica que los que son capaces de olvidarse de la tradición ante una ofensa son más bien pocos. Los demás, por ilustrados que sean, reaccionan como el Torcuato que nos presenta Jovellanos, el escritor europeo, el sensato asturiano.

«El honor, señor, es bien que todos debemos conservar, pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimación de los demás. La opinión pública le da y le quita. ¿Sabéis que quien no admite un desafío es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir a la justicia? La nota que le impuso la opinión pública, ¿podrá borrarla una sentencia?»

No es que se crea todavía en el honor calderoniano como obligación ineludible.

«Yo bien sé que el honor es una quimera, pero sé también que sin él no puede subsistir una monarquía, que es alma de la sociedad, que distingue las condiciones y las clases, que es principio de mil virtudes políticas y, en fin, que la legislación, lejos de combatirle debe fomentarle y protegerle... si la idea que se tiene del honor no parece justa al legislador toca rectificarla. Después de conseguido, se podrá castigar al temerario que confunde el honor con la bravura. Pero, mientras duren las falsas ideas es cosa muy terrible castigar con la muerte una acción que se tiene por honrada.»[31]

De parecida manera se lamentará en el siglo siguiente Larra. No hay filosofía ni modernidad que consigan detener la sonrisa de mofa en la sociedad que ve echarse atrás a un caballero (el pueblo bajo tiene más libertad de acción aunque el cuchillo del majo sea más que adorno) y mientras así sea no es raro que se desobedezca una ley que rey tras rey insiste en castigar con la pena de muerte. «No habiendo podido hasta ahora las maldiciones de la Iglesia y las leyes de los Reyes mis antecesores desterrar el detestable uso de los duelos y los desafíos, sin embargo, de ser contrarios al Derecho Natural y ofensivos del respeto que se debe a mi Real Persona y Autoridad...»

Así habla Fernando VI en 1757. Hay que ser muy optimista para esperar que quien se olvida del instinto de la conservación y del anatema de la Iglesia Católica, deje de sacar la espada por no molestar a su Majestad. Y la ley prosigue con esa maravillosa obsesión del siglo XVIII para explicar, describir, convencer y educar, educar, educar.

«...habiendo sugerido el engaño el falso concepto del honor de ser falta de valor el no intentar ni admitir este modo de vengarse, como si la Nación Española necesitase adquirir créditos de valerosa por un camino tan feo, criminal y abominable, después de tantas conquistas, sangre vertida y vidas sacrificadas a la propagación de la fe, gloria de sus reyes y crédito de la patria...»

Inútil...

«Hoy pensamos poco más o menos como los godos y, sin embargo, castigamos los duelos con penas capitales».[32]

Ha entrado también el escepticismo religioso, pero, ¡qué diferencia con Francia! A lo más que se atreven estos imitadores es a estar menos atentos en misa, a aceptar cualquier distracción de las oraciones que siguen haciendo por la mañana. Se excusa el visitante...

—No, que por nada
me podéis dar sujeción
vos siendo de confianza
y el rezo ya está acabado. (Tira el libro).
...Y cuando no se accbara,
esto se hace el día que uno
se está por demás en casa
un rato.[30]

Ni el enemigo mayor del tipo, don Ramón de la Cruz se atreve a presentarle totalmente laico, no ya ateo. Nada de *écrasez l'infame* en la España del siglo XVIII. Y cuando llegue la prueba del fuego, cuando haya que luchar contra esa admirable Francia, en 1793, el Petimetre estará a la misma altura del deber que el campesino atrasado y tradicional.

Pero mientras tanto sigue en su mundo artificial muy alejado del compatriota de menos categoría social con quien se encuentra sin «verle» todos los días, sin considerarse su hermano. El Petimetre está en una esfera distinta. Sus amigos son los Petimetres del mismo tipo en Italia, en Rusia, en Inglaterra y, naturalmente, en Francia. El lenguaje que emplea para la correspondencia Federico el Grande es el mismo de la Emperatriz Catalina II: El francés. El ídolo el mismo, Voltaire. Casanova llega a España con cartas de recomendación de los grandes de todo el mundo...

(No hace falta que la inspiración del Petimetre sea toda francesa. Puede ser italiana en lo que se refiere a la música, árabe en el café, alemana en la porcelana, holandesa en camisas. Mientras no sea española vale).

El subtipo de Petimetre, el Currutaco lleva la afectación más a lo espiritual que a lo físico, o subordina éste a aquél.

«Su delicada, menuda y tenue máquina no se mantenía más que con la ayuda de jugos, esencias, conservas, bombones y licores: tragaba, chupaba, bebía, saboreaba, jamás comía.»[33] Cuando va al Prado su paso se compara a un pasaje de Homero y Virgilio, y para lograr ese efecto se pasaba dos horas ante el espejo con grillos en los pies. Tampoco habla como los demás mortales. Los últimos vestigios del rococó amenizan su conversación tan alejada de la vulgaridad corriente. Y si un currutaco pide fuego a otro para el cigarro el diálogo será algo así:

—¿Tiene usarcé la dignación de comunicarme sus ardores fumacéricos para saciar mi apetito impúdico?

—Ya sabe usarcé que tengo el cofrecillo de sus mandatos a la zaga de mi obediencia.[34]

Hay quien arrastra la vieja retórica en las cartas que se llenan de florituras. «Para escribir a un militar, póngase en el sobrescrito: "Al Jerjes español, al Alejandro andaluz, al César bético, al Ciro del Genil, al Tamberlán europeo, al Kauli-Kan, al Marte no fabuloso, a don Fulano de Tal, capitán de caballos ligeros del regimiento...»[35]

Petimetres y currutacos constituyen una minoría, pero es tan visible que los educadores —todos los escritores de la época— no tienen más remedio que atacarlos continuamente, solicitando de los poderes que terminen con tan extrañas modas.

Porque este siglo tan liberal respecto de los anteriores en cuanto quiere librarse de mucha tradición considerada ridícula y malsana, está decidido a que los cambios se hagan desde arriba «por orden absoluta» y que nadie se atreva a rechistar. Por ejemplo es bien sabido que el matrimonio entre personas desiguales produce daños a la sociedad, y en 1776 se prohíbe; se prohíbe también por la misma fecha, el matrimonio entre personas iguales cuando no haya consentimiento paterno hasta que los contrayentes tengan veinticinco años, so pena las mujeres de ser privadas de pedir su dote y los hombres sus legítimas, quedando desheredados sus hijos. ¡Veinticinco años cuando a los dieciséis ya está una mujer dispuesta a casarse! Pero nunca sin el permiso de quienes saben más que ellos. Veamos *El sí de las niñas.* Parece que en la obra haya un intento de Moratín de acabar con la odiosa imposición paterna. Doña Paquita no se casará con el anciano Don Diego, sino con el joven militar Don Carlos. Pero no lo hará a través de la rebeldía. Doña Paquita y Don Carlos estaban ya dispuestos a renunciar a sus amores, y a sacrificarse ante el respeto debido a la madre y al tío, respectivamente. La razón les había hecho pensar que era mejor así... Afortunadamente la razón también hace reflexionar al viejo Don Diego que une las manos de los jóvenes. Pero, porque él quiere, porque desde arriba lo ordena...

En el matrimonio que sigue —olvidemos la alta sociedad, el cortejo, la frivolidad de los salones, pensemos en el burgués casado con la burguesa— todo es tranquilo, apacible.

Hallábame yo un día
con Tirsa en la sala,
escribiendo unos versos
mientras ella bordaba.
Estábamos por suerte
espalda con espalda
y era fuerza por verla
que volviese la cara:
miré una vez y otra,
y ciento, y otras tantas
siempre a sus dulces ojos
los míos se encontraban.[36]

Estos matrimonios pueden tener una hija a quien llevarla en «apacibles tardes» a pasear.

El vecino bosque
mientras se retira
Febo con sus rayos
a lejanos climas,
a pasar la fiesta
grato nos convía:
ven con las zagalas
no seas tan niña.

Cuando el primer flechazo llega...

...su vista te alegra:
y si en ti por dicha
sus miradas tiernas
amoroso fija,
tu naciente seno
sin cesar se agita;
dile que le quieren;
no seas tan niña.

Pero tampoco hay que exagerar. La frivolidad del siglo sólo triunfa en las altas esferas.

...La flor de Citérea
la más exquisita,

pediráte luego
con instancias vivas:
dársela no debes,
si tú bien estimas:
¡y aunque niña seas!
No seas tan niña.[37]

Evidentemente las esposas de hoy son más independientes que las de ayer. Lo de *La Maja majada,* puede atribuirse a señoras de otro estamento superior. Mejor diríamos, que si ha llegado a la maja la costumbre de independizarse tiene que haber calado en todas las clases sociales.

Alcalde: *Que, ¿no manda usted en su casa?*

Blas: *Señor alcalde, aunque sea*
descortesía, ¿manda en ella?

Alcalde: *Sí, señor: y mi mujer*
en viéndome es la primera
que se pone a temblar, sin
que nadie a chistar se atreva
hasta que yo doy la orden.

Blas: *Será, la señora, vieja.*

Alcalde: *No es sino moza y bonita.*

Blas: *¿Muchacha bonita, y tiembla*
en entrando su marido,
y en todo vive sujeta
a su mercé en este siglo?
Vaya que usté se chancea.
¡Ningún casado es posible
que trague esa berenjena![38]

LA CALLE

¡Cómo se transforma la calle! Cada año, cada lustro del siglo XVIII ve una reforma. Los cerdos que hozaban en medio de la calle, los cerdos de convento de San Antón tienen que retirarse. En 1761 se obliga a los vecinos a construir aceras frente a las

casas, a instalar canalones a lo largo de los aleros del tejado, a cavar pozos y sumideros. El alumbrado público es iniciado por Grimeldi y cuya destrucción alababa estúpidamente el anónimo defensor del Motín de Esquilache.

> *...los faroles que Grimaldi*
> *genovés (bástele esto)*
> *mandó poner y alumbrar,*
> *ya, amigo, se oscurecieron:*
> *la primera noche quedaron*
> *los más rotos y él entero*
> *por no sufrir un cantazo,*
> *él se quebrantó de miedo.*

No basta resistencia tan incivil ni otras protestas del vecindario «mis súbditos son como los niños, lloran cuando se les lava» —decía Carlos III— y sigue el afán reformista. Se instala alcantarillado... las piedras que hasta entonces estaban de punta para arriba —al parecer así se gastaban menos ellas y más los pies de los transeúntes y los cascos de las bestias— se colocan mejor. Igualmente en otras ciudades que, a veces, se han adelantado a la capital. «Las calles de Barcelona —señala Swinburne— son estrechas, pero bien pavimentadas. Una alcantarilla cubierta en mitad de cada calle arrastra las inmundicias y las aguas de lluvia.»[39]

Se puede ya encontrar mejor la casa a donde se va porque los números siguen el orden natural en lugar de dar la vuelta a las manzanas, lo que producía el mismo número a veces frente a frente. Puede uno salir también más tranquilo. Hay un cuerpo de celadores dependientes de los Regidores de «Quartel» en que se ha dividido a Madrid. Por la noche aparecen los nuevos veladores de la tranquilidad de los vecinos con un farol en la cintura que les semeja a gusanos de luz. Su llegada será tan apreciada que el cuerpo ha conseguido cruzar impertérrito, por casi dos siglos. Es la institución famiilar y simpática de los Serenos.

Lo que ya cuesta más de ordenar es al público que llena estas calles a cualquier hora del día. Porque la capital sigue atrayendo a la masa de españoles que se arriman a la corte. ¡Y es tan bonito Madrid! Y, ¡cómo lo quieren los que lo habitan! El francés Bourgoing, sostiene que oyó a un predicador matritense decir que la única razón por la que Jesús pudo resistir las tentaciones de Lucifer, cuando le mostraba el mundo, fue porque los Pirineos le

ocultaban a España y especialmente a Madrid. Así se precipita la provincia sobre la capital y la campiña queda desierta.[40]

¿Quiénes son esos transeúntes? Los que están con una misión o la buscan. Los aspirantes a cargos que traen memorias genealógicas y ambiciones actuales para aspirar a cargos. ¿A quiénes se dirigían éstos? A los intermediarios, esos amables señores de los que Madrid sigue estando lleno.

Si yo hago el memorial, tiempo perdido
si lo hace el abogado, adiós dinero;
si visita el agente mal agüero,
y si visito yo, quedo rendido.
Gasto en membretes, póngome fruncido,
dame una sobabarbada el consejero,
viene el procurador por mi puchero,
y luce el escribano mi vestido.[41]

Y mientras espera «que les hagan justicia» (¿quién ha pedido nunca lo contrario?) se pasea uno por la ciudad, entra en cafés, botillerías, lo invade todo.

No, no, eso no puede ser. El individuo debe tener una ocupación, un oficio. La diversión está bien, pero cuando se hace al terminar la jornada normal, no cuando es único objetivo de la vida de la gente. Otra ordenanza.

«Todos los que no teniendo aplicación, oficio ni servicio, se mantienen con varios pretextos y concurren con frecuencia a cafés, botillerías, masas de truco públicas y otras diversiones, aunque permitidas, pero solamente para el alivio de los que trabajan, recreo de los que no abusan, y no para el fomento del vicio de los ociosos: o también paseando continuamente llenan las plazas y esquinas se abstengan de semejantes frecuencias y tomen alguna honesta ocupación conocida que los releve de la sospecha y remueva el escándalo que causan a los demás bien empleados: pena de que serán tenidos por vagos.» (1766).

Como un padre diligente y cuidadoso, el gobierno del tiempo lleva de la mano a sus hijos (súbditos). Nada le parece poca precaución. Nada de poca importancia para que el mismo rey lo decida. Vigilados en la calle, protegidos en las fondas, hostelerías, cafés, botillerías, donde «a cada uno se sirva su plato limpio, aunque se junten tres o cuatro personas, pues al sacar los vasos de la salvilla se derrama la bebida sobre la mesa y a un leve

descuido se mancha los vestidos y capas de los concurrentes» ...que los mozos sirvientes se presenten aseados, sin redecilla ni gorro y «si fuere posible (?) peinados», reza una disposición del año 1787. En unos sitios se puede jugar a billar y a las cartas, en otros no. En algunos puede leerse *La Gaceta.* En ninguno hablar de política y blasfemar... En las tabernas, en días y horas de trabajo no puede haber artesanos u oficiales o aprendices de cualquier oficio. Mujeres, nunca. (En los cafés elegantes las señoras eran servidas en el mismo coche cuando se detenían a la vuelta del Prado). ¿Más precisión? Más aún: «Al tabernero no casado se le prohíbe tener por mediadora y guisandera mujer que no llegue a la edad de cuarenta años poco más o menos». Así se ofendía en 1795 a las que habían llegado a esa edad considerándolas incapaces de hacer perder la cabeza al honrado dueño de la taberna.

Vamos al Prado con la gente de a pie que no sólo hay aristocracia en sus coches. Es de noche:

Vámonos, don Manolito,
que ya van bajando en cuerpo
las gentes y estoy aquí
siendo el lunar del paseo.
—En quitándonos la mantilla
y la basquiña podemos quedarnos.
—Tapaos con los abanicos
las caras, porque al reflejo
de la luna no os conozcan.[42]

¡Cómo se pone la Prensa ante estas cosas! «Coloca el cobrador todas las sillas en dos bandas..., según van llegando los que contribuyen a sus veteranas asambleas, mudan las sillas formando círculo oblicuo de modo que parecen ramilletes de berenjenas, sobre la indecencia de estar con las espaldas vueltas a lo más lucido del tránsito».

¿Qué les importa a ellos el paso del carruaje de la marquesa o el del conde? Ellos los burgueses también tienen sus pequeños flirteos.

Se habla de que permita (el esposo) a la señora ir a los toros, comedias, baños, sola con la criada o con una amiga: vaya el dulce, venga el caramelo, el golpecito con el abanico, la pisadita en el pie. «No sea Vuesa Merced tan malo, señor don Fulano. Madre, dígale V. M. que se esté quieto.»[43]

Hemos dicho ¿a los baños? Siguen los del siglo pasado en el Manzanares y con las mismas sátiras sobre sus posibilidades higiénicas. Resulta que el agua pasa de unas instalaciones a otras «comunicándose por el mismo sucesivo orden los contagiosos humores que expelen cuantos se bañan, que por lo general lo ejecutan a unas mismas horas».[43]

Parece que a los baños no van sólo a lavarse o a refrescarse. Hay alrededor de los establecimientos que consisten en unas esteras sujetas a unas estacas, varios puestos de venta.

—¡Baños limpios como perlas!
—¡Tostones y queso fresco!
—¡Ciruelas de flor! ¡Ciruelas!
—¡Ropa!
—¡Livianos! ¡Pepinos!
—Estos baños son más grandes
señoras, y están más cerca
de Madrid que los del Puente
Verde.
—Es verdad, pero aquella
broma, música y fandangos
que allá se arman, y meriendas,
son la salsa de los baños.[44]

Estas son fiestas diarias. Hay que ver cómo se ponen los madrileños y en general los españoles, cuando se trata de San Pedro, fiestas del Corpus, cuando nacen infantes, entra un embajador, se casa una princesa... Y, naturalmente, en Madrid el día más feliz se pasa en la pradera de San Isidro. Así la define Ramón de la Cruz que le dedica todo el sainete del mismo título.

—El señor San Isidro
nos ha enviado
porque le celebremos,
un día claro.
Bien lo merece,
porque es paisano nuestro
pese a quien pese.[45]

Pesa probablemente al Gobierno —Padre que no admite locuras: «Que ninguna persona de cualquier sexo y calidad que sea

se propase en las mencionadas noches de San Juan y San Pedro... a usar de panderos, sonatas, gaitas, ni otros instrumentos rústicos y ridículos, (sic) guitarras ni algazaras y aun se prohíbe más estrechamente que provoque e insulte a otras personas con expresiones lascivas y obscenas ni que se exceda en cometer acciones indecentes y demostraciones impuras bajo la pena... de ocho años al servicio de las armas sin que para ello valga fuero alguno ni excepción por privilegiada que sea.» (1785).

La calle es el ambiente natural del Majo. El Majo es una exageración lo mismo que el Petimetre, pero mientras éste aumenta artificialmente el parecido con lo extranjero el Majo fuerza la relación con el pueblo dando al desgarro, la oportunidad de manifestarse. ¿Viene la palabra de Maya, la muchacha que pide graciosa y descaradamente para el árbol de Mayo, de su barrio? Posiblemente. Como el Petimetre el Majo va vestido de forma que llame la atención. Calzón estrecho, chupetín o chaleco pequeño, chupa o jubón con adornos de filigrana, red de seda en la cabeza y sombrero redondo y alto. Camina lentamente, pero no a saltitos como el currutaco, sino pisando fuerte y mirando a los lados. En la cintura no lleva espadín, sino navaja.

Y a su lado ella. Falda corta, ancho volante, medias blancas, chaqueta bordada, mantilla, la peineta en lo alto del pelo negro. Segura, contenta con su pareja.

¡Clarito! Yo sólo gusto
de uno que es hombre de veras
y sabe a cada suspiro
apagar un par de velas.
Los demás que andan por ahí
con pasos a la francesa,
suspiro a la italiana,
embeleso a la flamenca
y voz a lo portugués,
no son hombres que petan
porque a quien come alfeñique
le duelen después las muelas.

Asegura Mariana en *Los baños inútiles,* de Ramón de la Cruz. En *La Maja majada,* del mismo autor, él definirá su gusto por

parecidas razones. En la gente del pueblo hay más autenticidad, más fuerza, más vida, en fin:

Una mujer idolatro
porque las majas
corresponden con todas
sus circunstancias
y en las Usías
son las correspondencias
falsas o tibias.

Será por eso que el Petimetre guste de vez en cuando de cambiar de fauna. ¡Debe dar una sensación de frescura tras la dama que pasa horas en el tocador ver a esa rozagante muchacha todo naturaleza! Muchas de ellas se sentirán halagadas ante el señorito. Otras reaccionan como la Mariana de antes. Cuando la sociedad interesada por el espectáculo se acerca a los barrios bajos hay siempre la frase acerba:

Que salgan estas madamas
de agüecados y veremos
respingar a las campanas.[11]

Es momento delicado esa llegada de los señores. ¿Qué hay que hacer con ellos? ¿Tocar lo que les debe parecer bien o no ceder terreno?

...que habiendo aquí una señora
peinada, es justo empecemos
con un minué a la francesa
los dos.

Mateo:

No hay, y yo apelo
que habiendo otra sin peinar
en la sala, con un trueno
de arroba y cuarenta varas
de cinta, empezar debemos
con fandango a la española:
tóquenlo ustedes...[46]

Hemos citado el arma secreta del partido popular. El Fandango. Los extranjeros que se burlan de la imitación desgarbada que de lo francés hace el español elegante, se quedan estupefactos ante un baile donde «la mujer tiene un gran papel en esta especie de lucha, sobre todo la andaluza que destaca en el meneo o movimiento elástico que dan a sus cuerpos», dice el autor de las *Letres,* dejando «meneo» en español. Y un especialista en la materia, Casanova, encontrará en el Fandango «la expresión del amor desde su nacimiento hasta el fin, desde el suspiro hasta el éxtasis del goce.»

Y ni siquiera los más celosos petimetres podían resistirlo.

Amigo, lo que yo veo,
y a un ladito adulaciones,
que los mismos extranjeros,
y paisanos que las culpan
y hacen ascos, en oyendo
unas buenas seguidillas,
se levantan del asiento,
y al ver bailar el fandango
les da confusión de nervios.[47]

Quizá por eso al final de la representación en el teatro, fuera cual fuera la obra que se representaba, tiene que haber ineludiblemente un fandango coreado y aplaudido entusiásticamente.

Hay que reconocer, dicen los elegantes en momentos de sinceridad, que esa gente tiene algo que atrae. ¿Y si en lugar de imitar a los franceses los imitáramos a ellos? Esta vez la huida de lo natural se hace hacia abajo en lugar de hacia lo lejano, y la duquesa de Alba —suponiendo que sea la pintada por Goya como Maja— es sólo un símbolo de la atracción que lo popular inspira a las altas esferas. ¡Cómo indigna esto al equilibrado Jovellanos!

...la que olvidando su orgullosa suerte
baja vestida al Prado cual pudiera
una maja con trueno y rascamoño,
alta la ropa, erguida la caramba[1]
cubierta de un cendal más transparente
que su intención, y ojeadas y meneos,
la turba de los tontos concitando?[12]

1. Moña sobre la cofia, creación de la actriz «La Caramba».

Igual los hombres —suspira *El Pensador Matritense*—, que «mal hallados con su nacimiento distinguido solicitan oscurecerlo tomando el traje, el tono y las acciones de majos... hallan sus delicias en frecuentar e imitar a la escoria del pueblo.»

Cuando dos majos se encuentran en el terreno de la competencia las frases son tan agudas como sus navajas. Sarcasmo y cólera sorda que estalla en el desafío final:

—¡Debe
de ser el niño salado!
—¿Habla usted de mí?
—De usted.
—Y, ¿en qué tono?
—De canario.
—Usted es chusco y con la gente
de ese humor yo no me hablo,
que soy serio.
—Yo también.
—¡Parece
que es usted algo alentado
y de bríos!
—No, señor.
—Me lo habían informado.
—Sería en chanza, y si no,
para que vea que es falso,
vámonos hacia el canal
u otro sitio retirado
con armas o puño a puño,
como usted esté acostumbrado,
y así en mí verá que no hay
aliento, fuerza ni manos.[48]

* * *

Todavía se distingue al médico por la calle con su traje especial, su aire severo, su seguridad. Todavía cura, principalmente, con sangrías. El pobre Torres Villarroel nos cuenta en sus memorias lo que le hicieron unos galenos obsesionados con arrancar de su interior toda posibilidad de envenenamiento. Si hay humores malos lo mejor es que salgan. El hecho de que al mismo tiempo

salga lo que es absolutamente necesario para vivir no parecía preocuparles demasiado. Denuncia Villarroel el tratamiento para «barrer primeramente los pecados gordos de mis humores». Primero purgantes de todas clases. Al no curarse, las sangrías. Puede hacerse con cantáridas, sanguijuelas o directamente con lanceta, además de con ventosas, y el escritor lo narra como una batalla que ocho médicos y cirujanos emprendieron contra su pobre cuerpo.

Ya ha perdido la sangría aquel aire sexual que obligaba al hombre del siglo XVII a mandar regalos a la amada que le comunicaba la noticia con el envío de unos paños tintos en su sangre, pero todavía la acción en el dorso de la mano y el pie (no en el brazo como en otros países) provoca la lamentación del poeta.

Yo he de ver y permitir que fiero
bañe y toque, mi Cloris, poco sabio
adonde no es decente el limpio labio,
con sus manos lavadas un barbero.

Mal haya, amén, el médico grosero,
que receta por bienes un agravio,
y mal haya mil veces mi astrolabio
que no previno tan fatal agüero.

Mas ya que vivas rosas desatadas
han de salir de venas tan lucidas,
haz, bárbaro, roturas abreviadas.

No fallezcan a un tiempo las dos vidas,
pues a la proporción de las picadas
han de ser en mi pecho las heridas.

Empiezan a aparecer científicos, tal los dentistas. El charlatán que se exhibe con sus tenazas en la plaza pública va siendo substituido por el que asegura mejores resultados incluso para lo postizo. He aquí un anuncio del que dos hermanos advierten que «tienen descubierta una nueva invención de poner dientes artificiales a aquel sujeto que... haya perdido el albiolo que es el encaje de los dientes. Forman dichos hermanos unas piezas de dientes con sus albiolos y encajes, en tal disposición que los dientes se hallan elevados cada uno separadamente con su raíz como si fuesen naturales.»[49]

* * *

Pasa un condenado, va sobre un asno y a su lado los soldados marchan solemnes y graves. Hay también un grupo de gente vestidos de forma extraña..., son los hermanos de la Congregación de la Paz y su misión es estar al lado, material y espiritualmente de quien va a terminar sus días. Le han dado ya comida en vajilla de plata, han tomado nota de sus deseos y prometido comunicar a los parientes sus últimas palabras. Ahora marchan cerca en dos filas mientras el condenado habla con sus confesores. O se acercan al público y piden por el alma del reo. Cuando la ejecución se haya consumado, pagarán con ese dinero las misas correspondientes y se llevarán el cadáver para enterrarlo piadosamente. Otros se dirigirán al público para comentar lo que han presenciado y sacar de ello la deducción natural. La necesidad de portarse bien.

Otras veces también, va el reo, sobre un asno, pero la gente no le ve pasar en silencio ni los hermanos enserian el cuadro con sus túnicas. Hay sonrisas y burlas crueles porque el que va en el burro, de medio cuerpo arriba desnudo, sólo ha robado y lleva sobre su cuerpo la L de ladrón marcada a hierro. Después de unos latigazos en público, será liberado o enviado a trabajar a arsenales que han substituido a las galeras en la misión de sacarle partido a la alimentación que el estado da a un preso. También se trabaja en carreteras o se prestan a los ayuntamientos para trabajos municipales. O en las minas.

Queda una triste herencia del estilo anterior. La tortura. «¡Oh nombre odioso, nombre funesto! —grita *El Delincuente Honrado*—. ¿Es posible que en su siglo en que se respeta la humanidad y en que la Filosofía derrama su luz por todas partes se escuchen aún entre nosotros los gritos de la inocencia oprimida?»[31]

Los bailes requieren la atención del legislador. «Esos chicos» que son el pueblo, necesitan mayor atención y vigilancia cuando se trata de divertirse. ¡Qué saben ellos cómo hay que hacerlo! Igual se desmandan... Por ejemplo: «para convidarse a bailar las máscaras sólo deberán hacerlo sencillamente sin insistir ni empeñarse luego en que la otra solicitada de voz o por señas manifieste que no». Pero la atención del legislador llega a más. «Se empezará a bailar por Minuetes y después Contradanzas y pasapiés, alternativamente: advirtiéndose que no se den vueltas violentas para evi-

tar los daños que ellos puedan resultar» y que respeten a cualquier soldado y a cualquier ministro de Justicia «aunque estuviese solo». ¿Se puede ir de Máscara? Sí, pero no por la calle. Hay que ponérsela al llegar al primer centinela. Y por si no se presta atención a la precaución de que no haya incidentes preparemos el remedio. En «un cuarto separado habrá Médico, Cirujano y Comadre.»

Esto es de un baile en Barcelona.[50] Pero en Madrid de 1767, se prohíbe más. «Joyas, tanto finas como de imitación, disfraces de magistrados eclesiásticos, órdenes religiosas, colegios, ermitaños»... y la «poca compostura que supone dar tropezones». «Los que tal hicieran serán separados por la autoridad «como gangrena de la sociedad humana.»[51]

¡Qué difícil es saber bailar! El minuet tiene sus problemas, pero no es nada comparado con la contradanza, también de ultra puertos. Pueden tomar parte en ella hasta treinta y dos parejas que siguen para sus complicados pasos las órdenes del Bastonero.

Tan, lara, lara.
Cadena con los costados:
se retiran a sus puestos
y después la diferencia.[52]

TOROS

Los reyes de España en el siglo XVIII, son reyes absolutos y su voluntad es ley. Lo que a ellos gusta tiene que gustarles a sus súbditos. Lo que ellos aborrecen tiene que ser despreciado.

...Así sucede casi siempre. Menos cuando se trata de la corrida toros. No va Felipe V, ni Fernando VI, ni Carlos III, ni Carlos IV. Tampoco va la nobleza, porque si no les van a ver los componentes de la familia real, ¿para que arriesgar la vida y el dinero que cuesta traje, caballos y servicios? Por otra parte ahora se monta casi siempre «a la brida» en vez de «a la jineta» y las evoluciones del caballo son más difíciles de llevar a cabo...

Si desaparecen los protagonistas de la fiesta, ¿cómo sobrevive ésta? Porque toman su puesto los ayudantes. Los modestos auxiliares que llamaban al toro, lo ponían en suerte para que entrara al caballo y remataban después la tarea del señor que había rejoneado, toman de pronto libertades increíbles. El toro será recibido por

ellos, burlado por ellos y, por fin, matado por ellos. La idea de la corrida dará una vuelta completa. Cuando los hombres a caballo vuelvan al ruedo no serán como antes los principales actores; por el contrario serán ellos los humildes ayudantes de los mozos que matan a pie. Se llamarán picadores y su misión será facilitar la tarea de los diestros rompiendo el paquete de músculos del morrillo y permitiendo así mayor brillantez a la faena.

La corrida que ven los hombres de mediados del siglo XVIII es en principio, la misma que vemos nosotros. El traje que hoy usan los lidiadores es en líneas generales el que usaban los majos del pueblo de Madrid con media estirada, taleguilla, chaquetilla. Costillares inicia el uso de la faja de seda y adorna con recamares la chaquetilla. Bastará que en el siglo siguiente se empiece a usar la montera en lugar de la redecilla o cofia para que tengamos el traje completo del lidiador actual.

Pero el torero de hoy tiene menos fantasía en la elección de las suertes. Quizá porque tienen que atraer un público que está un poco desorientado ante el cambio de la fiesta, en el siglo XVIII se multiplican las ideas de lo que un hombre puede hacer con un toro, Goya nos ha dejado varias muestras gráficas. Puede pegarse al toro parches con pez, clavarle la lanza estando a pie firme ante el chiquero, saltar a la garrocha por encima del cornúpeta e incluso[53] alguien es capaz de montar en un toro, quebrar rejones en otro, matar con el puñal su montura y banderillear y estoquear al otro. El público no debe aburrirse nunca y, si es necesario, se divide la plaza en dos y se le sirven al mismo tiempo dos corridas. Es difícil que una, al menos, no produzca agradable efecto.

El público coreaba entusiasmado la fiesta, y la minoría ilustrada naturalmente la combatía. Sus quejas van desde lo económico —«288 toros se consumen en Madrid que hace falta para el cultivo de la tierra y el transporte» (nota que hace pensar que Clavijo su autor no sabía lo que era un toro bravo) a lo económico.» Apenas hay obras que no paren aquellas tardes porque los jornaleros quieren asistir a la fiesta. Dejan de ganar el de la tarde y gastan entero por la noche el jornal de dos días». Desde la sensibilidad herida del lector de Bernardín de Saint Pierre (¡hombres que pagan dinero por ver derramar sangre!, se queja Cadalso) a la defensa de la moral que tanto gentío pone en peligro: «En las gradas los hombres... piropean a las mujeres. Estas deben ir cogidas para no caer al subir a su puesto y esto se presta a muchas indecencias.»[54]

Y, sin embargo, curiosamente será un ilustrado, Moratín, el que nos dé una de las evocaciones poéticas más bellas de un toro a punto de embestir.

La cola inquieto menea
la oreja izquierda mosquea
vase retirando atrás
para que la fuerza sea
mayor y el ímpetu más.[55]

* * *

La iglesia ha dejado de ser asilo absoluto de escapados de la justicia. Cuando los guardas del rey Carlos III entraron en un templo a llevarse el criminal sin asustarse de la posible excomunión, ésta no vino... El estado tiene una conciencia más clara de su poder y no admite interferencias de otros estamentos...

Y también es más propenso a velar por la pureza de la iglesia aunque sea contra los deseos de ésta. Los religiosos de clausura no tienen por qué salir del lugar que adoptaron como morada eterna con el pretexto de recoger frutos de sus haciendas o manejar éstas (Fernando VI, Carlos III). No se permita a santero o ermitaño trajes distintos del de la provincia... ni den licencia para pedir con las santas imágenes a personas que no sean experimentadas, de buena vida, costumbre y devoción (Fernando VI).

Las iglesias siguen siendo casas de conversación; las mujeres llevan cajas de cartón que al cerrar y abrir provocan la correspondencia. Se indigna la autoridad de «la malicia y abominación de los trajes excesivos y provocativos en que se va a los templos y la injuria que en ellos se les hace porque con éstos pretenden las mujeres llevarse las atenciones de los hombres únicamente dedicados a Dios quitándole por este medio sus adoradores.»[56]

Otros vienen solamente para buscar la dama a quien cortejan... «hácense camino a costa de incomodar y distraer a una gran parte de los fieles.» (*El Pensador,* 1762).

La Iglesia se racionaliza en lo posible, o mejor, la racionaliza por la fuerza el gobierno. No puede impedir que las imágenes de los santos y del Niño Jesús vistan de una forma absurda, de doctor a veces el Divino Infante con bastón de borlas y anteojos... ni

que la Virgen de la Catedral de Cádiz vaya de recién casada y le cambien los vestidos, según las modas y la estación. Pero sí los excesos demasiado aparentes. Por ejemplo el de los disciplinantes. No permitirán —dice el decreto de 1777— disciplinantes, empalados ni otros espectáculos semejantes... «debiendo los que tuvieran verdadero espíritu de compunción y penitencia elegir otras pruebas más racionales, secretas y menos expuestas.»

¿Y la Inquisición? Ha perdido tanta fuerza que cuando ataca algo lo hace más apetecible, sin que esa apetencia pueda costar, como en el siglo anterior, la vida de un hombre.

Tus obras, Tomás, no son
ni buscadas ni leídas,
ni tendrán estimación
aun cuando sean prohibidas
por la Santa Inquisición.

...satiriza Samaniego contra Iriarte.

El clero español —señala un corresponsal— es lo contrario del francés. Aquí el alto clero es bueno y los monjes... y el bajo clero... es holgazán supersticioso y vano. Los obispos españoles son instruidos, salidos del estado llano... si un día hay una revolución popular en España los patriotas (revolucionarios) hallarán grande ayuda en el cuerpo episcopal. ¡Qué obstáculo de menos!»[57] (Igual había dicho Swimburne en 1775).

La justicia seglar interviene para evitar se haga violencia en la religión y un notario se presentará con el inquisidor ordinario en el convento para saber si hay imposición para que alguien se haga monja...

«Preguntada si en la parte que está y recibe declaración tiene bastante libertad para hacerla, si quiere más o si para ello ha sido inducida o violentada por alguna persona, dijo que en la parte que está y recibe esta declaración tiene bastante libertad y no requiere más y que para hacerlo no ha sido atemorizada por persona alguna... Preguntada que tiempo ha que está en el convento... si ha experimentado con fuerzas para perseverar... Preguntada si sabe que para haber de profesar ha de hacer votos de obediencia, pobreza y castidad y de guardar perpetua clausura... Preguntada si de su voluntad quiere profesar en dicho convento y licencia para ello y para renunciar a sus legítimas paterna y demás derechos que

lo toquen y pertenezcan, dijo que de su voluntad quiere profesar en este dicho convento y suplica a su merced la conceda la licencia que para ello le ofrece... de todo lo cual yo el notario doy fe.»[58]

Pero el rey y los ilustrados pueden decir lo que quieran. La masa sigue siendo total y fervorosamente católica a la antigua usanza, y Casanova tendrá problemas con la Inquisición a pesar de sus relaciones amistosas con los gobernantes del tiempo. ¿Razón? No tenía la cédula que sigue siendo obligatorio presentar como muestra que se ha comulgado en Pascua Florida.[28]

Y la Procesión del Corpus tendrá la misma elegancia y estará saturada de color, ruido y olor de incienso y de flores, puestas en todas las manos y arrojadas a su paso. El comisario ordenador dará la pauta de la colocación de los soldados, se apiñará la muchedumbre, y en Semana Santa los encapuchados saldrán con paso rítmico y lento. Los presos de Granada piden sacar la imagen de Jesús el Rico y se lo niegan. Sublevación, salida en masa y conducción de la imagen con tremendo fervor. Luego a sus celdas sin faltar uno. Carlos III acuerda que cada Jueves Santo se liberará un preso mediante sorteo, preso que, naturalmente, será el acompañante de la imagen. Se interrumpe en estos días el paso de carruajes, pero las damas van en silla de manos y el crítico de siempre pregunta que hay de religioso en substituir a las bestias por seres humanos en el pesado trabajo de transportar a las elegantes. Por lo demás los caballeros van tan arrogantes en sus cabalgaduras...

El Rey Ilustrado es el primero en anularse ante la Divinidad. Lava, seca y besa los pies de los pobres en Semana Santa, ordena que los militares abatan las banderas cuando pase el Santísimo, los magistrados y tribunales deben apearse de su carroza y ofrecerla al sacerdote. Y el español medio se persigna y da las gracias antes de comer y el rosario es normal en cualquier casa...

Todo español, desde el más adelantado al último campesino, cree sincera y firmemente en la Verdad Católica. Pero los de arriba se niegan a pensar que todos los sacerdotes sean buenos y, sobre todo, que sean necesarios. ¿Doscientos mil dependientes de la iglesia para diez millones de personas? Y, sobre todo, se ataca al eclesiástico más cercano al hombre y de la mujer de la calle, el que siempre ha atraído más críticas. El fraile...

En Francia hay frailes muy pocos,
en España hay un mar de ellos,

y allí son los triunfos más,
habiendo quien rece menos,
...Cuando se perdió a Larache
y otras plazas se perdieron,
fue por los pocos soldados
y hubo frailes en exceso.[59]

Pero lo que más irrita a los ilustrados es el cura pedante, el que embriaga al auditorio con palabras huecas, falsas, ilógicas, el que usa de la demagogia con gestos teatrales. Su prototipo es Fray Gerundio de Campazas, que sube al púlpito, se limpia la cara lenta y gravemente con un gran pañuelo y luego empieza con voz campanuda. «Niego que Dios sea uno en esencia y trino en personas... —pausa— así lo dice el evionista, el marcionista, el arriano, el maniqueo, el sociniano; pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los Concilios y con los Padres de la Iglesia» o bien...

«A la salud de ustedes caballeros —risas del público—. No hay que reírse porque a la salud de ustedes, de la mía y de la de todos bajó del cielo Jesucristo y encarnó en las entrañas de María. Es artículo de fe.»

Fray Gerundio llama a San Mateo «ángel historiador», a San Marcos el «evangélico toro», a San Lucas «el divino pincel»... pero esta caricatura está cerca de la realidad que describe Lafuente en la *Historia eclesiástica de España,* donde reproduce del *Florilegio,* llamando a San Lorenzo, «Fénix Rosado en un «catastro de fuego» y, a la Iglesia, «Parnaso frondoso.»[60]

De la iglesia ha desaparecido con asombro y escándalo de los viejos creyentes el cementerio. Ya no se enterrará bajo las sagradas piedras... El poeta moderno elogiará la medida.

¡Viva la providencia saludable
que a Dios da culto y a los hombres vida!
Huya la corrupción abominable
de su sagrada casa esclarecida;
respírese en el templo el agradable
aromático olor que a orar convida;
triunfen ya los inciensos primitivos
y no maten los muertos a los vivos.[61]

La expulsión de los Jesuitas, los más cultos de los religiosos tiene valor político y está dentro del absolutismo monárquico del tiempo.

* * *

Quien viaja por España tiene mucho que contar. Y, generalmente, lo cuenta. Las carreteras son malas, pero las posadas son peores y hasta fines de siglo no se intentará poner remedio a ello con exención de gravámenes a quienes se sacrifiquen para tener un sitio aceptable. Antes... en toda Europa corre el *mot d'esprit* francés hablando de algo inexistente. «Se encuentra lo que en las posadas españolas, es decir, lo que uno lleva». Pan, vino, carne, aceite y sal..., calentar en la lumbre la cacerola que va en la trasera del coche, comérselo en la misma sala en que están los demás viajeros...

¿Qué más hay que llevar? Las camas. ¿Dónde va uno a dormir, si no? ¡No más faltaría que el ventero tuviera que tener de todo! Las camas van también empaquetadas en la trasera del carruaje y se montarán cuando los criados hayan cenado, después que lo han hecho sus amos y mientras éstos leen a la luz de una mísera lámpara, que a veces ha servido también de recipiente alimenticio, que de allí sale el aceite para la ensalada.

Luego viene la cuenta. Y el capítulo más asombroso es el del ruido que se ha hecho. No importa que se hayan callado como muertos. La idea es que probablemente hizo usted ruido. Y lo paga. Casanova clama por la peseta que le costó esa costumbre.

Y vuelta a la carretera que especialmente entre Barcelona y Madrid es viajar por los desiertos donde «quien no tiene mucha juventud, salud, dinero y paciencia no resiste quince días de viaje», como se lamenta Vittorio Alfieri.[62]

Pero pronto podrá hacerse un viaje algo más corto, de Madrid a Bayona en seis días. A esto se compromete al menos el contratista del nuevo servicio de diligencias en 1788.

* * *

¿Vamos al teatro? Pero comedidamente, sin alborotos. «Siendo los teatros en las funciones de diversión el lugar que más requiere la tranquilidad y decencia, para que el tiempo de su asistencia surta el efecto de entretenimiento que se busca por todas partes, las que, juntas, forman el cuerpo del público...»

Es tan importante este público... Durante gran parte del siglo no hace más que gritar a favor de unos cómicos o de otros, no porque lo hagan mejor o peor, sino porque son «chorizos» los que de-

fienden lo que se representa en el teatro de la Cruz y «polacos» los que creen que es mil veces más importante lo que se ofrece en el Teatro del Príncipe. Hay que recordar que están en el patio de pie y esta posición durante tres horas obliga a los mosqueteros a considerar lícito cualquier pretexto para alborotar.

«No se gritará a persona alguna ni a aposento determinado ni a Cómico aunque se equivocase, porque no es correspondiente a la decencia del público ni lícito el agraviar a quien hace lo que puede y sabe con deseo de agradar y esperanza de disculpa».

Por si acaso los autores hacen amables alusiones a los temidos espectadores:

¿Qué dirán los mosqueteros
si se halla la novedad
de ver que por el festejo
de los autos no hay gracioso?[63]

«En la Cazuela observarán las mujeres la compostura y moderación que corresponde a su sexo».

¿De verdad? Y por qué gritan y riñen y discuten sobre el puesto que ocupan? Comen avellanas, piñones, peras, agua de anís, dátiles, castañas... Hace falta reparar las fuerzas porque la sesión es larga. En invierno empieza a las tres de la tarde y en verano a las cuatro y la duración se extiende por las tres jornadas de la comedia separadas por tonadillas, entremés y sainete. Como para cansar a cualquiera. Pero, dice el viajero Swinburne, en ese momento sicológico los violines tienen la malicia de tocar el fandango «inmediatamente cada individuo sacado del sueño se ponía de pie y la sala entera vibraba con el ruido de los zapatos y de las castañuelas».[39]

Cuidemos de la moral. En la boca de la escena habrá un listón para que no puedan «registrarse» los pies de las actrices. Y éstas no se vestirán de hombre. Y, «en los aposentos... no se permitirá tapadas de manto ni mantilla. Porque al entrar en ellos deberán ponérsela al cuello sirviéndoles unicamente para ir y volver y para el abrigo de sus cuerpos.»[64]

¿Y las representaciones? Maravillosas, dice el público bajo. Intolerables, gritan los ilustrados. «A los primeros les encanta que haya engaños, artificios, perfidias, fugas de doncellas y escalamientos de casas nobles, desafíos temerarios, violencias insolentes...» Se indigna Jovellanos (Memoria...) y que haya «impropiedades y

delirios a montones... y que Jesucristo salga representado con media blanca, zapato con hebillas de piedra, corbatín, polvos... o que el Cardenal Cisneros fuera de Madrid a Orán y volviera de Orán a Madrid en un abrir y cerrar de ojos (*El Pensador*). Nadie se acuerda de Boileau más que los intelectuales que insisten en alabar *La comedia nueva* y *El sí de las niñas,* contra viento y marea populares.

¡Qué obras! «Una comedia heroica... con más de nueve lances... Un desafío a caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una función de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado.» Esta es la comedia nueva que satiriza Leandro Fernández Moratín. ¿Qué va a parecerle a don Pedro que personifica su opinión personal? «un hacinamiento confuso de especies, una acción informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados o mal escogidos, en vez de artificio, embrollo: en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica». Esto es lo que tiene. ¿Qué le falta? Pues lo más importante para que el teatro sea digno de este nombre, a saber: «No hay conocimiento de historia ni de costumbres, no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido común...» «Claro, añade don Antonio, mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error, el almacén de las extravagancias.»

Por ello el «oficial a la violeta», dice, «a las comedias españolas asistid sólo por ociosidad, pero afectando el distraído, y si alguno de los inmediatos se le notase, responderá que ningún hombre que tiene el sentido común puede prestar atención a unas piezas monstruosas llenas de irregularidades e inverisimilitudes... incapaces de excitar las grandes pasiones como las excita el teatro francés, y en comprobación repetirá en semitono algunas estrofas de Racine y Corneille, y al concluirse el espectáculo se saldrá diciendo "Seccatura" o aburrimiento en italiano.»

Porque el italiano es casi tan importante como el francés cuando se trata del teatro. Gracias a la Opera, uno se asoma al otro lado de las fronteras y puede presumir de conocedor.

Sí, el teatro está mal, suspiran los intelectuales. Cuando un autor de fama como Ramón de la Cruz en lugar de intentar educar a sus contemporáneos escribe obras como *El Manolo* «en que aparecen tipos de barrios bajos y se celebran sus gracias en vez de hacerles objeto de abominación o al menos de nuestra lástima...»[65]

Si al menos se representasen bien tantos disparates. Parece que tampoco. Unos como, Jovellanos, acusan al actor de gritar y aullar, con gestos y ademanes desacompasados. Otros, como un viajero francés de 1792, cree que el trágico es una figura inmóvil e insignificante que no tiene brazos o le sobran.

Pues, ¿y la escenografía? Pobre, sin gracia. El apuntador se coloca detrás de la cortina, pero ésta es transparente y la luz que lleva en la mano le hace más visible. Cuando figuran relámpagos el muchacho que quema la pez y estopas está muchas veces, a vista del público, como si dijese: «No tengan ustedes miedo que todo es chanza.»[66]

Y solloza don Pedro: ¿«Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?»[67]

BIBLIOGRAFIA DEL SIGLO XVIII

(1) Cruz, Ramón de la: *El Petimetre,* Sainetes: Prólogo y notas de E. Cotarelo. N. B. A. E., n.º 23.
(2) Moratín, Leandro Fernández: *El Barón,* pp. 1-5.
(3) Amezúa: *La vida privada,* vid. cap. anterior, p. 62.
(4) Carvajal, Tomás González de: BAE T. 67 p. 583.
(5) *Diario, noticioso, curioso, erudito y comercial, público y económico,* Madrid, 1758-1918. Desde 1843 *Diario Oficial de Avisos de Madrid.*
(6) *Papel seriojocoso para el presente tiempo.* Madrid.
(7) *Correo Erudito,* Madrid, pp. 1-302.
(8) Cadalso: *El Erudito a la violeta.* Madrid, 1944.
(9) Díaz-Plaja, Fernando: *Guzmán el malo,* Barcelona, 1963. *La vida española en el siglo* XVIII, Barcelona, 1946.
(10) Cruz, Ramón de la: *La Comedia casera.* Sainetes.
(11) Idem.: *El fandango del candil.*
(12) Jovellanos: Epístola a Arnesto, BAE.
(13) Cadalso: BAE, t. 61, p. 267.
(14) Torres Villarroel: Obras BAE, t. 61, p. 54.
(15) Fernán Núñez, conde de: *Vida del rey Carlos III.* Madrid, 1898, página 399.
(16) *Diario Noticioso:* 1758.
(17) *Diario de Barcelona,* 22-XII-1792.
(18) Clavijo y Fajardo: *El Pensador,* 1762.
(19) Jovellanos: BAE.
(20) Cruz, Ramón de la: *Las escofieteras.*
(21) Canga Argüelles: *Diccionario de Hacienda.* Londres, 1813.
(22) Iglesias de la Casa: BAE, t. 61, p. 438.
(23) Isla, Padre: *Fray Gerundio de Campazas,* BAE, t. 15, p. 86.
(24) Cruz, Ramón de la: *El hospital de la moda.* Sainete, vid. I.
(25) *El Pensador*: tomo V.
(26) Citado por: Azorín: *El alma castellana.* Obras completas. Madrid, 1959, t. I, p. 668.
(27) Lobo, E. Gerardo: BAE, t. 61, p. 47.
(28) Casanova de Seingault, Caballero: *Memorias,* tomo III.

(29) Jovellanos: *El delincuente honrado,* III-6.
(30) Cruz, Ramón de la: *El Petimetre.*
(31) Jovellanos: *El delincuente honrado,* I-5.
(32) Idem.: III-6.
(33) Libro de la Moda: Madrid, 1796.
(34) Sepúlveda: *Madrid viejo.* Madrid, 1887.
(35) Isla, Padre: *Fray Gerundio.*
(36) Alonso, José Vicente: Obras BAE, t. 67, p. 167.
(37) Jerica, Pablo de: Obras BAE t. 67, p. 719.
(38) Cruz, Ramón de la: *La Maja majada,* Sainetes.
(39) Swinburne: Viaje por España, 1775, t. I.
(40) Bourgoing: Voyage Nouveau en Espagne, 1777-1778. Londres, 1783.
(41) Torres Villarroel: BAE, t. 61, p. 54.
(42) Cruz, Ramón de la: *El prado por la noche.* Sainetes.
(43) *Juzgado Casero:* 1786. Madrid.
(44) Cruz, Ramón de la: *Los baños inútiles,* vid. I.
(45) Idem.: *La pradera de San Isidro,* idem.
(46) Idem.: *La cena a escote,* idem.
(47) Idem.: *El deseo de seguidillas,* idem.
(48) Idem.: *El majo de repente,* idem.
(49) *Diario de Madrid:* 10 de septiembre de 1790.
(50) Instrucción para la concurrencia de los Bailes en Máscara en el Carnaval de Barcelona del año 1798. De orden del Gobierno, Barcelona, 1798.
(51) Instrucción para la concurrencia de Bailes de Máscara en el Carnaval del año 1767. De orden del Gobierno. Madrid, 1767.
(52) Cruz, Ramón de la: *El Sarao,* vid. 1.
(53) *Memorial Literario,* 1784.
(54) Cadalso: *Cartas Marruecas.* Madrid, 1944.
(55) Moratín, Leandro Fernández: Obras BAE.
(56) *Novísima Recopilación,* Martínez Alcubilla: Códigos Antiguos de España. Madrid, 1885. T. II, p. 523.
(57) Moniteur, de París, 28-IV-1793.
(58) Amezúa: La vida privada, pp. 48 y 49.
(59) Macanaz, Melchor de:
(60) Isla, Padre: *Fray Gerundio de Campazas,* BAE, t. 15, p. 75.
(61) Salas, Francisco Gregorio de: BAE, t. 67, p. 536.
(62) Alfieri, Victorio: *Autobiografía,* capítulo 12.
(63) Cruz, Ramón de la: *La hostería de Ayala,* vid. I.
(64) Manda el Rey nuestro Señor..., Bando de 31 de octubre de 1776.
(65) Santos Diez en 1792. Cit. Subira, T. II-309.
(66) El Pensador Matritense. Madrid.
(67) Moratín, Leandro Fernández: *La Comedia nueva o el Café,* II-6.

EL SOMBRERO DE COPA
(Siglo XIX)

¿Casaca, calzón corto, medias? ¡Qué anticuado! Esto queda para los de la Justicia que son los únicos que mantienen la tradición. En 1827 ve Zorrilla al último corregidor de coleta, zapato de hebilla y sombrero de tres picos... Este será vencido por el sombrero de copa que alternará con el hongo en la segunda mitad del siglo.

Los otros llevan el frac que puede ser de colores distintos, azul, bronceado, violeta... pantalones muy ajustados, chalecos historiados, botas ceñidas.

En Madrid los elegantes
no calzan lo que su pie
Un puntito menos.[1]

Como los guantes:

Guante estrecho es muy señor.
—¿Aunque se haga este rasguño?
—Si con él se cierra el puño
mal guante.[1]

El frac substituye a la casaca y es derrotado a su vez por la levita, más amplia y holgada. Cuando ésta es menguada, cuando se lleva pañuelo negro anudado en torno al cuello en vez de camisa y se usa sombrero de misteriosa forma metido hasta la ceja izquierda...; si por debajo de ello aparece una espesura de patillas barbas y bigote que se unen a unos bucles que ascienden por detrás de las orejas; si hay, además, ojos sombríos y «frente irregular y fatídica», el hombre es un romántico.

El romántico es un ser que se ha revelado contra un uniforme antiguo para ponerse otro moderno, que al ser escogido y no impuesto por la tradición tiene valor de libertad.

Pero los grandes románticos no vestirán así. Ni Larra, ni Espronceda, ni Zorrilla cuando tengan dinero. (Como un siglo más tarde no se vestirá Sartre de existencialista).

Ella ha restaurado la cintura a su puesto en 1820 (el traje «Imperio» se la había puesto casi en el seno) y hecho nacer el talle de «avispa» que seguirá casi todo el siglo. Mucho vuelo en las faldas, en el sombrero, en los peinados, mangas de jamón.

En 1840 llega el miriñaque. Aros de metal, tirantes de tela. La «miriñacomanía» es el blanco favorito de costumbristas y moralistas. Es inmoral (¿qué encubre?) incómodo (¿quién abraza a una mujer que lo lleve?). La campaña contra él tiene el mismo éxito que todas las que se han llevado a cabo contra una moda que atrae a las mujeres. Es decir, ninguno.

El miriñaque muere según mis datos hacia 1865. No lo mata la sátira, pero otras modas lo desplazan. Y, sin embargo, el miriñaque tiene mayor valor práctico de lo que sus enemigos suponen y las razones que aduce un anunciante, aun siendo, como es lógico, interesadas, tienen su peso. La comparación no debe hacerse con el traje de hoy, sino con el que le precediera.

«¿Quién duda que el miriñaque bien hecho y con buena forma viste bien y con elegancia? ¿Quién duda que es cómodo porque evita el llevar cuatro o cinco pares de enaguas que tanto molestan por el mucho peso? ¿Y quién puede dudar que es económico, porque evita el lavar, planchar y almidonar tantas enaguas?».[2]

Al cuello, hacia 1837, va el boa.

> *...Querría*
> *que compres un boa*
> *¡Boa! Jamás oí tal plato.*
> *¿Es carne o pescado?*
> *—No:*
> *ni de platos hablo yo...*
> *Un boa digo: vulgo un gato,*
> *...en una piel que está en boga.*
> *así... en figura de soga...*
> *que abriga y adorna el cuello.*[3]

Y en la cabeza la mantilla, compitiendo vigorosamente con las corrientes francesas que obligan a llevar sombrero; mantilla de encaje negro o blanco. Y en la mano, a cualquier hora del día y de la noche, el abanico.

El miriñaque se convertirá en *polisson*, «el sofá en la rabadilla», como le llama la descarada barriobajera en *Fortunata y Jacinta*.[4]

LA CASA, EL SERVICIO

Las modas llegan de Francia, pero lo hacen con retraso. Cuando Teófilo Gautier llega a España en 1840, se asombra de que todavía haya aquí muebles de «gusto abominable que recuerda el gusto» *messidor*, el gusto pirámide. Allí... las pilastras de caoba terminadas por cabeza de esfinge de bronce, las varillas de cobre y los recuadros de guirnaldas «pompeya» que hace tiempo desaparecieron del mundo civilizado.

Adornos en las mesas y estanterías, «figuritas de biscuit o de porcelana que representan trovadores, Matilde, Malek-Adel y otros asuntos igualmente ingeniosos aunque pasados de moda, perrillos de cris al cuajado, candelabros de plaqué con bujías...».

Las cortinas siempre están corridas y hay que acostumbrarse a la oscuridad... En cambio, se asombra de la refrigeración hecha con búcaros de barro rojo que dejan transpirar el agua a través de los poros; en una hora han reducido su contenido a la mitad y la habitación está fresca como una cueva húmeda.

Gautier nota que ninguna casa ni siquiera la más elegante tiene entarimado en el suelo y sólo unas alfombras que en verano son de paja separan el pie del ladrillo o loseta.[5]

La más oscura de las habitaciones, la de más respeto, era la sala que sólo se empleaba para las visitas. La vida de la familia se hacía en el gabinete que estaba junto a la alcoba principal y ésta, normalmente, no tenía otra salida. En el gabinete se hacía labor, se escribían cartas en la camilla con el brasero, se recibía a las personas de mucha intimidad. Si la casa era grande había, además, el despacho solemne como la sala con mesa, si era posible de caoba, librería encristalada, bargueño. En la mesa escritorio tenía lugar destacado el historiado tintero, la pluma de ave y la caja de obleas que servían para cerrar los sobres. Igualmente destaca el bote de arenillas con que se seca la tinta.

Las paredes están encaladas y la casa española en general no es cómoda ni atrayente como reconocen los mismos contemporáneos.

El pasillo es largo, y junto a la cocina figura el servicio sanitario, lo que irrita con razón a Larra. También le molesta la poca luz...

«No pudieron llegarse a desusar esos vidrios horribles, desiguales pequeños unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras. ¿No se les podía substituir con vidrios de mejor calidad, de más tamaño y unidos entre sí con sútiles listones de madera, que harían siempre mejor efecto a la vista y darían más entrada a la luz? ¿No convendría desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, substituyéndoles puertas-ventanas de hojas más delgadas y lisas?».[6]

La queja es realmente moderna, pero no le servirá de nada. La oscuridad, la estrechez, la incomodidad, seguirá siendo la norma de las casas españolas hasta muy entrado el siglo XX.

Encendamos la luz, «Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar», exclama el padre Manrique a la antigua española.[7]

Puede ser un quinqué de petróleo, puede ser el gas que ya está en los pisos de Barcelona desde 1840 y en Madrid poco más tarde. Pronto llegará la electricidad.

La señora o señorita se levanta... ¿irá al cuarto de baño? ¿Qué baño? Por espacio de muchos años de este siglo XIX el agua ha tenido que subirla a los pisos un aguador forzudo, y no es como para gastarla excesivamente en frivolidades imitadas del extranjero. Pero irá haciéndose poco a poco a la costumbre. En 1876 y en la «Higiene del habitante de Madrid», el licenciado don Diego Ignacio Parada, dirá que en el verano los baños generales a temperatura de placer, a más de ser muy útiles a la salud en general, son indispensables a la limpieza exterior del cuerpo y deben usarse con frecuencia... ¿A qué le llama frecuencia?, «bastando un baño semanal o quincenal para el aseo».

No falta, sin embargo, la gente elegante que lo toma a diario, pero, «esta costumbre tiene algunos inconvenientes: hace gastar tiempo innecesariamente y habitúa a una necesidad física que no hay por qué adquirir.»

En el caso concreto de Madrid, la traída de aguas de Lozoya, el agua «corriente» cambia la vida íntima en su higiene y la ropa interior de señora empieza a valorarse más. Pero, aún así, no hay que hacer locuras. La hora mejor para el baño —advierte otro

autor del tiempo— «es por la mañana en ayunas antes de salir el sol» y «será del caso hacer suaves movimientos dentro del agua». Después de lo cual no debe comerse antes de media hora y aun entonces nada de manjares fuertes «como callos tan usuales en nuestro Manzanares. Pueden sí, tomarse unos bizcochos con buen vino y asociar al baño las canciones y demás medios de una templada e inocente alegría».

En 1880 hay unos versos que parecen falsos de tan graciosos.

Enjuágate cada día
la boca y limpia los dientes
con tal que no haya presentes
personas de autoridad:
toma baños de limpieza
mayormente en el verano
y los pies también es sano
de vez en cuando lavar.[8]

¿Y para calentarnos? Otra vez el problema. ¿A la extranjera o a la española? Larra en 1833 se ha pronunciado ya: «¿No podría introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezquinos y miserables braseros que nos abrasan las piernas dejándonos frío el resto del cuerpo y atufándonos con el pestífero carbón, y que son resto de sahumadores orientales introducidos por los moros?»

Pudo hablar hasta cansarse. No consiguió nada. A lo largo de la centuria los españoles asombran a sus visitantes extranjeros asegurando:

a) Que toda calefacción es perniciosa para la salud;

b) que una buena capa ayuda a quitarse el frío;

c) que si hace falta algo no hay como el brasero.

Bretón será de los que le defiendan:

...Es mueble antiguo, somero,
de mal tono, chapucero:
pero
a toda la vecindad
nos reúne en sociedad
el brasero.

La chimenea ya infiero
que da mayor reverbero
pero
inspira más confianza,
más intimidad, la usanza
del brasero.

La costumbre arraiga profundamente. Pequeñas mejoras, la camilla por ejemplo, apenas tocan la idea primitiva. Puede perfumarse o echarse una firma, o sea remover con la badila. Produce muertes por asfixia, envenenamiento del aire. Es igual. Llegará prácticamente hasta nuestros días y sólo lo substituirá para el que no tiene calefacción central o individual, el gas embotellado.

¿Cómo está el servicio? ¿Cómo va estar? Muy mal. Algunas casas nobles mantienen todavía el ritmo de sus antepasados y los criados proliferan hasta perderse.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en mi casa? —pregunta Fabián Conde al «groom» que va a su lado en el coche. Los cocineros tienen sueldo altísimo y, además, generalmente no rinden cuentas de sus compras en el mercado.

Pero las clases más modestas tienen lo que se llama «criada para todo». La que rompe las cosas, la que es zafia, la que acaba de llegar del pueblo. Había que ver lo que se exigía... «Levantarse a las cinco, encender la lumbre, bajar a por la leche y el panecillo: luego trae mi chocolate, después el del amo. Mientras yo me levanto, barre usted la sala, el gabinete, el comedor y el recibimiento, limpia los cristales, viste a la niña, le da el desayuno, la lleva a la escuela, a la vuelta va a la plaza que ha de ser a las once en punto... hace las camas... Comemos a las cinco cuando traiga a los niños de la escuela... cocido abundante... fregado... recados... quiero fidelidad, que hay muchos desengaños... los domingos por la tarde libres... pero ha de salir con los niños...»[10]

Aun para aquel tiempo (1853), era pedir gollerías, aunque a veces se diese criada protectora de sus señores como la *Misericordia,* de Pérez Galdós.

«No sé a dónde vamos a parar», es la clásica queja. «No sé que más quieren». «Está tan malo el servicio en Madrid —observa un personaje de *Fortunata y Jacinta*—, que no debe usted mirarle todos los defectos.»[11] ...y la sarcástica reacción de la señora que cree que el mundo está cambiando y decide poner este anuncio: «Hace falta una criada que sepa tocar el piano o el arpa, cantar,

hacer crochet, hablar francés e inglés, para servir en una casa en la que la señora se encarga de la cocina, de barrer, fregar, enjabonar y hacer las camas. Si hay alguien a quien convenga este trato puede presentarse... en el redondel».[12]

¿CUANTO CUESTA VIVIR?

La moneda básica de la vida española durante casi todo el siglo es el real. El real tiene ocho cuartos y medio.

Un duro ciento setenta reales,
Una onza, trescientos veinte reales.
Tres onzas y dos duros formaban mil reales.
Y, además, hubo una moneda isabelina que costaba ochenta reales.

Como ve el lector de fácil no tenía nada; la complejidad del cambio recuerda el de la moneda inglesa aun hoy, y así no es de extrañar que Zorrilla en sus «recuerdos del tiempo viejo» llame a llevar las cuentas «negocio peliagudo del que se ahorraba en cuanto podía».[13]

Con el aumento de precios, debido a la escasez por guerras civiles y malestar en los campos, el problema económico se presentó con carácter serio. Ello nos permite estudiarlo a través de algunas soluciones presentadas que indican la proporción entre los diferentes gastos. Por ejemplo, en el popular *Semanario Pintoresco*, se establecen...

«Ciertos principios de inefable verdad para que sirvan de principio y norma al punto importante de arreglar y dirigir los gastos de una familia.

1. Alimentarse.
2. Alojarse y amueblarse.
3. Vestirse.
4. Gastos varios (de sociedad, educación, enfermedades imprevistos).
5. Ahorros o fondos de reserva.»

Nuestro anónimo informante redacta sus principios variando siempre según se trate de vivir en un cortijo, en un pueblo, en una ciudad o en la capital del reino porque las necesidades son

distintas. Veamos por ejemplo, el de la capital del reino. Si se tienen de renta ocho mil reales al año hay que gastar:

3.550 en alimentarse, 890 en alojarse y amueblarse, lo mismo en vestirse, 1.771 en varios y ahorrar 899. Según los mismos ideales, la proporción es de $^4/_9$ para comer, $^1/_9$ para alojarse y otro para vestirse, $^2/_9$ para varios y $^1/_9$ de ahorros. La principal diferencia entre vivir en un pueblo o en la capital estriba en el ahorro que es mucho mayor gastándose menos en todo lo demás.[14]

La idea del articulista era seguramente aficionar a la gente a comer más y vestir peor, exactamente lo contrario de lo que el español amante de las apariencias realizaba.

Veamos otra estadística. Esta no es una aspiración, sino una realidad en casas medianas. El articulista calcula que en una casa corriente se gasta al día: «ocho reales diarios de alquiler de casa (2.900 al año), un duro largo para tahona, plaza, vinatero, lonjista, carnicero. Dos o tres duros mensuales para carbonero y aguador. Dos o tres duros más a la lavandera con la costurera y planchadora aparte (recuerden los lectores la atención concedida al vestido), quedando todavía aparte el sastre, el zapatero, el teatro, etc., y la criada a la que se dan 50 a 60 reales».[10]

Esto era en 1851. Y estos sesenta mil y pico de reales que esa familia necesitaba estaba por encima del sueldo medio de cincuenta mil reales anuales considerado típico. (El Castellano Viejo tenía cuarenta mil, y a Lara no le parecía poco en 1832).

Gastos casa rica:

Veamos algunos ejemplos de lo que se gasta en una casa adinerada y el espíritu con que se gasta. La rica heredera de *Lo positivo,* por ejemplo está acostumbrada a vivir de renta. Sus cálculos para casarse son estos:

«Rafael tiene treinta mil duros. Yo un millón. Es inútil esperar que él especule con este dinero. Renta de su capital al seis por ciento, treinta y seis mil reales. Renta del millón, sesenta mil..., ingresos noventa y seis mil reales. Gastos: La casa... ¿Cuánto pondremos de casa? Que, si es un horror el precio que hoy tienen las casas de Madrid... Casa con cuadra y cochera: veinticuatro mil. Ahora el plato. ¡El plato! Si una pudiera reducirse a sota, caballo y rey... ¡Imposible! Para no ponerse en ridículo es preciso comer bien. Además, en casa no faltarían convidados. ¡Hay tanta gente aficionada a comer en casa ajena! En fin, calculemos a ocho duros

diarios que al año hacen cincuenta y ocho mil cuatrocientos reales..., para vestirme necesitaría... ¡si ahora con las malditas colas hace falta para cada traje una pieza de tela! Y que forzosamente tendré que comprarme una alhaja de cuando en cuando. Para no ir hecha un pingo necesitaré por lo menos... cuarenta mil reales... Rafael..., ocho mil reales... Coches... Treinta mil reales... Palco del Teatro Real... veinte mil. Para todos los demás gastos, veinte mil. Imprevistos... Los baños en el verano...»[15]

Total le sale un déficit de seis mil duros. Se ve que es fácil gastar en todo tiempo. El Don Vicente, héroe de Tamayo, gasta sesenta y cinco mil reales en muebles, colgadura y alfombras de una sala.[16]

La protagonista de Pérez Galdós reconoce que ha sido algo pródiga, porque ha gastado sólo en un mes, diecisiete mil reales en vestidos.[17]

Gastos clase media:

El piso es, desde luego, lo más importante. Un cuarto bajo en la plaza del Rey con dieciséis piezas, renta 34 reales diarios en el año 1864. El mismo periódico anuncia que en la calle de Greda hay un cuarto desalquilado en un segundo piso con siete balcones a la calle y rentando 8.500 reales al año.[18]

Una casa valía de ocho a veinte mil duros en 1844. Al menos en esta pretensión una que se firma «Una infeliz viuda con familia» deseaba comprarla, según el anuncio.[19]

Cuando Flores quiere satirizar el gasto del piso en 1850, marca dieciocho mil reales anuales por la renta; veinte reales al mes para el portero. También hay que pagar, dice, el valor de las cinco luces de gas, del portal y de la escalera, tres días y medio de cada mes, es decir, repartiéndose el gasto entre los vecinos. También concuerda con Larra su relato de que los caseros exigían medio año de fianza y un trimestre adelantado.[20]

Gastos comida:

El pan —alimento primordial del español— sigue las fluctuaciones que la situación política ofrece y aunque su precio va subiendo lentamente con el aumento del costo de vida, registra como el mejor barómetro los peligros ciudadanos, porque el trigo era lo primero en ocultarse en caso de peligro.

En 1855 un periodista se queja: «Hoy ha vuelto a subir nuevamente el precio del pan. Hace pocos días costaban las dos libras nueve cuartos; hoy cuestan doce.»[21]

Lo que parece evidente es que al turista siempre se le ha explotado o ha exigido un trato de favor. Sólo así se comprende que Inglis pagará veinte reales diarios por pensión completa en Madrid.[22]

...Cuando cuarenta años más tarde se podía leer este anuncio en un diario de la capital:

«Casa de huéspedes... calle de la Cruz, número 23, pral., donde encontrará el público, además de habitaciones lujosas y cómodas, un trato decente y económico, cuyo precio varía desde 10 reales en adelante».

El mismo advierte que se dan almuerzos a dos reales y medias comidas a cuatro, y chocolate a seis cuartos.[23]

El británico había pagado los mismos servicios a ocho, doce y dos reales respectivamente.

Vestido femenino:

Una mantilla con guarnición de punto inglés costaba de 170 a 220 reales. Un velo, de 76 a 156.[24]

Cuidaban mucho los zapatos que entonces a menudo eran botitas como las que se compró la protagonista de Pérez Galdós:

«Volvió (Isidora) a mirarse las botitas... becerro mate con caña de paño negro, cruzada de graciosos pespuntes.

—Me han costado tres duros... con siete del vestido, son diez...» Estamos ya en 1881.[25]

Vestir masculino:

Un hombre puede comprarse en 1825 una camisa de media holanda por 57 reales; unos calzoncillos por 12.[26]

Las botas le costarán 100 reales, los borceguíes a 56, y el par de zapatos rusos a 30...[27]

En 1844 pueden comprarse unos sombreros de copa aprovechando una rebaja de precio de fábrica. Los de 40 reales se los han puesto a 32, los de 50 a 40; ...también se hacen impenetrables a la pomada y al sudor con el aumento de seis reales sobre los precios.[28]

Cuando se quiere ser elegante en 1863 se paga lo necesario. Un pantalón le costará doscientos reales, un sombrero de copa ciento

veinte; lo mismo le costará el par de botas, y los guantes cuatro pesetas.[29]

LA COMIDA

El español pobre come cocido. El español rico come cocido. El plato nacional sigue basándose en los garbanzos y el repollo, pero su aceptación en todas las esferas se explica porque es susceptible de ampliaciones increíbles. La aparición de la gallina, vaca, chorizo, etc., puede convertir el modesto condumio de los albañiles en un plato completísimo y caro.

Cuando se celebra una fiesta se añaden además, otros platos que pueden ser de todas clases. Una minoría come al gusto francés, pero con palabras que no han cuajado todavía en nuestro idioma. Sigue diciéndose «roastbeef», «beefsteak» lo que demuestra lo poco que se come. A Larra le encantaba eso, los pasteles de Perigord y vinos de Burdeos. Al mismo Larra que odiaba al «snob» que sigue la imitación extranjera como el Don Periquito de «En este país...», le irritaba todavía más la comida zafia de «El Castellano Viejo.»

Por las mañanas se sigue tomando chocolate, y aunque ha desaparecido como única bebida de tarde —está apareciendo el té en las casas ricas— para el desayuno es absolutamente obligado. ¿«A qué hora quiere usted el chocolate?», representa: «¿a qué hora quiere usted el desayuno?» Alfonso XII lo tomará tan a gusto como su tatarabuelo Carlos III, y un especialista español, asegura orgulloso que lo prefiere al café y té de los alemanes e ingleses, y que vacía la jícara a fuerza de pan o de bizcochos.[30]

Se precisa tanto sobre el chocolate que en un anuncio del 1838 se aconseja el ordinario de tres y medio a cinco reales vellón libra sólo a los que gozan de salud perfecta. «Los que por desgracia no gocen de tal felicidad» tendrán que adquirir el más caro que llega a costar veinte reales la libra.[31]

¿A qué hora se come? ¿Almuerzo a las doce, una, dos, tres; cena a las seis, a las siete, a las ocho? Comen a horas distintas porque depende de que sigan el horario francés o el español.

Eso de comer las gentes
a unas horas tan diversas
es incómodo a quien vive
en la capital de Iberia.

Sepámoslo de una vez:
¿qué somos en esta tierra,
españoles o franceses?[32]

La comida del español está en general muy por debajo de su apariencia exterior, y los extranjeros se asombran de que siendo el hombre más generoso del mundo, capaz de invitarle continuamente en la calle, pasen años sin ofrecerle que comparta la mesa. Porque esa mesa no es elegante, porque la mantelería no es bella ni la vajilla delicada. Sólo hombres como el Castellano Viejo que creen más importante la buena intención que la presentación se atreven a lanzarse a un convite elegante sin tener los medios.

Cuando el español medio se encuentra en un compromiso de esa índole prefiere invitar fuera. Con el siglo se instalan las fondas que abren ante la imaginación la «aventura» de comer fuera de casa. Larra critica ásperamente «La fonda nueva», que era la de Genyeis, y acusa a los camareros de sacar los cubiertos del bolsillo donde estaban con puntas de cigarros, de depositarlos sobre manteles puercos, junto a platos puercos (es el adjetivo que emplea) y servir una comida sin gracia. Hay platos fijos y no es caro, reconoce. Sin embargo, al comer en público y ser mucha gente la conocida en un Madrid pequeño, obliga a gastos supletorios. Los que requiere la dignidad humana.

«Aquel joven que entra venía a comer de medio duro: pero se encontró con veinte conocidos en una mesa inmediata: dejóse coger también por la negra honrilla y sólo por los testigos pide a duro. Si como son sólo conocidos fuera una mujer a quien quisiera conquistar, la que en otra mesa comiera, hubiera pedido de a doblón: a pocos amigos que encuentre el infeliz se arruina. Necio rubor de no ser rico.»[33]

A mediados de siglo se inician las comidas con abonos a cuatro, seis y diez reales. En algunos sitios se ofrecen los periódicos del día, cristal tallado en los vasos, cubiertos de plata.

Los postres son muy completos. Dulces de todas clases, capuchinas, almendras garrapiñadas, yemas, pastillas... quesitos helados (duros en forma de queso con sabor a albaricoque), plátano, naranja, horchata... bebida helada, cerveza de Santa Bárbara con limón, leche helada con la mitad de fresa o de cereza... agraz (uvas verdes, azúcar y agua)...

A lo largo de la centuria la cocina francesa va acentuando su fuerza apoyada en una burguesía que cada vez tiene más dinero y

más ganas de imitar lo que hasta hace poco estaba sólo en las casas señoriales y ricas. Cuando Jacinta, burguesa del comercio madrileño, va a comprar encarga «perlas del Nizan, gluten de la estrella, salsas inglesas, caldo de carne de tortuga de mar, botellas de Saint Emilion, bote de champignons... trufas...»[34]

Y en el restaurante elegante quien no sepa francés no sabrá en pocos años cuales son las posibilidades gastronómicas que le ofrecen.

EL HUMO

Cigarro, cigarrillo... el siglo ve extenderse sobre la sociedad española una gigantesca humareda. El rapé que tuvo su auge en la centuria anterior ha sido prácticamente desterrado y sólo algunos ancianos siguen llevándose el índice y pulgar a sus narices. El español elegante fuma y lo hace el último de los mendigos. Al extranjero le asombra ver como se ofrecen lumbre unos a otros sin prejuicios, y que a un duque no le importa encender con el cigarro de su cochero. Existe un ceremonial, sin embargo en todo ello. Por ejemplo, no se ofrece el cigarrillo encendido con la mano izquierda; por ejemplo, no se tira la punta del cigarrillo con que ha encendido el otro inmediatamente después de la operación...

Se empezó por liar el cigarrillo en papel corriente. Luego surge el especial de Alcoy y el rito se desarrolla con lentitud y solemnidad. Trituración del tabaco con los dedos, papel extendido, tabaco colocado, lenta, pero segura forma de arrollarlo, lametón, endurecimiento, cierre de los extremos, sacudida de las manos, búsqueda del pedernal o llamada al niño que por la calle va con una mecha que, soplada de vez en cuando, mantiene el cabo rojizo. Inhalación... Una humareda sale de la boca, el meñique sacude un poco el cigarro cerca del fuego para igualar éste. El español está fumando.

Ofrecer un cigarrillo era y sigue siendo, un anuncio de conversación, un acto social. Cuando aparecen las cajas de cerillas —fósforos se llaman y son en general de Cascante[1]— surgen las quejas de los tradicionalistas que aseguran que el tabaco no sabe lo

1. Fósforos de nombradía / de luz segura y brillante, / se fabrican en Cascante por Lizarge y Compañía. / No me llames presumido / si mi claridad te inunda / sin humo y sin estampido / porque el premio he merecido / de doña Isabel II.

mismo, sino se prende con yesca y pedernal. Para justificar su animadversión por el nuevo sistema se señala que muchas muertes voluntarias se deben a fósforos desleídos en un vaso de agua.

El brasero en el centro de la habitación favorece el uso del cigarrillo. Es tan fácil sujetar una brasa con unas pinzas y encender... Cuando hay un velatorio las caras no se ven por la humareda. En los trenes hay que poner vagones especiales de «Fumadores».

Después de comer es más acostumbrado el cigarro. Su aparición coincidía con la desaparición de las damas.

Les he servido el café
y huyendo de los cigarros
que maldiga Dios, amén
aquí me vengo, Juliana.[35]

Un caballero, si lo era, «se salía» para fumar. Así se llamaba «fumoir» en los teatros el lugar a donde no iban jamás las damas que se quedaban sentadas. Para muchos:

...no es razón que de una boca
salgan simultáneamente
la saliva y la lisonja,
y entre humaredas horribles
palabras de miel y rosa.

La romántica no llegó a fumar. En la segunda mitad del siglo algunas damas fuerzan la imitación con el extranjero, especialmente Inglaterra, para degustar cigarrillos y aun cigarros en la intimidad de su «boudoir» o en reuniones de señoras solas como las que describe «Pequeñeces». Pero es una exigua minoría.

La España romántica no tiene todavía barrios ricos y barrios pobres. No ha nacido todavía el proletariado suburbano y los trabajadores, menestrales y artesanos conviven con la aristocracia y gente rica. Los señores importantes están en el piso principal. Abajo y arriba los demás vecinos. En el portal suele haber un portero. Es un hombre seguro de sí mismo y de su papel de guardián. Encima de su cuchitril hay un cartel que dice: «Nadie pase sin hablar al portero», y lo refuerza con gritos autoritarios si hace falta.

Su benevolencia depende del aspecto del visitante, y su vista generalmente es perfecta para dictaminar qué grado de atención se merece cada uno de los que llegan. Cuando Lázaro pregunta y le contestan que don Claudio ha salido, insiste...

—¿«Cuándo vendrá?

El otro creyó que esta pregunta hecha por un joven que no parecía ser de la primera nobleza, que no había venido en coche, que no era militar ni tenía botas a lo «farolé», era una pregunta muy inconveniente y falta de sentido común. Se sonrió con aire de superioridad y metiéndose la mano en los bolsillos, dijo:

—¿Cómo quiere que sepa yo cuándo viene? Vendrá... cuando venga.»[37]

Naturalmente, esa actitud cambia rápidamente si el que llega a pedir un informe es enamorado y tiene en la mano la propina necesaria. Cuando no hay portero acostumbra a ocupar su sitio un artesano, normalmente un zapatero de viejo, un remendón. La señora del principal le permite ocupar la mitad del pasillo, la del segundo se inclina ante la señora marquesa, y los demás inquilinos no son consultados siquiera. Larra describe con malévola intención sus actividades que oscilan entre lo celestinesco y la misión de detective privado por cuenta de algún vecino celoso. Sabe por la inclinación de la cabeza quien está en la acera de enfrente, a qué piso se dirigen los mensajes, oye los pasos, portazos, carrerillas, sabe quien va embozado con la capa a hacer él mismo la compra, entrega o esconde cartas, en fin, es la araña que maneja reputación y costumbres de toda la vecindad.

LOS BUROCRATAS

El siglo del romanticismo es también, cosa asombrosa, el siglo de la burocracia. Nace especialmente en Madrid una nueva clase social que dará carácter a la capital hasta nuestros días: la del empleado. Siempre los ha habido pero, especialmente, desde que los Borbones han centralizado de tal manera los problemas que hay que venir a Madrid a solucionarlos; con el pretendiente acostumbra a acudir quien se coloca al otro lado de la ventanilla. Es la capital, con su nombre y fama. Pero es también otra cosa...

Madre, ya he visto una carta
del hijo de Veremunda:

dice que en un ministerio
tiene su plaza segura:
que le dan ocho mil reales
y que la crecida turba
de portero y ordenanzas
con respeto le saludan.
Que se levanta a las once
se va a la oficina, y su única
ocupación es ponerse
a fumar junto á una estufa,
no muy lejos de una mesa
donde hay papeles y plumas.
Madre, felíz el que tiene
inferiores que le adulan:
feliz el que cobra un sueldo:
feliz el que no madruga,
y en cafés, teatro y amores
las horas de huelga ocupa.[39]

Pero, ¿cómo nace una ocupación en que no hay nada que hacer? Gracias a la política y sus cambios. Quién llega al ministerio trae consigo un caudal de amigos que le han mostrado su apoyo y a quienes no va a dejar en la calle. Por la otra puerta saldrán los amigos del derrotado, pero esa resaca deja siempre muchos empleados aferrados duramente a un puesto del que por razones sentimentales (familia numerosa, enfermos), de antigüedad del cargo o simplemente por imprescindibles no pueden ser despedidos. En esos casos se duplica la nómina y se hace justicia a los que estaban quedando bien con los que llegan.

Desde el siglo XVI no han dejado de llegar pretendientes a Madrid. Son porfiados, difíciles... Los nobles de antaño los mandaban a sus casas con una bolsa de escudos. Los poderosos de hoy, los ministros, no tienen dinero, pero sí una firma con que complacerles. Se les da un puesto. Es un sueldo pequeño, pero les permite una posición, una seguridad.

Y ya establecido el precedente de que el empleo se da, no por la necesidad que tiene el Estado de un individuo, sino por la necesidad que el individuo tiene del Estado las posibilidades son infinitas. He aquí el caso de los escritores, por ejemplo. Hoy son populares, se leen con gusto, se admira su talento; su pluma, además, puede ser útil para el artículo halagador para el gobierno, la oda sentimental hacia la reina o la sátira venenosa contra la oposición.

Por todo ello, «ese chico» merece un puesto en el ministerio. Y se le dan cambiando «un título de autor por un título de autoridad».

El problema de donde mandarles no es grave; evidentemente no hay posición idónea porque no existe Negociado de la Poesía ni Administración de Estilo literario y entonces se da rienda suelta a la contradicción, según Mesonero Romanos. «¿Fulano escribió una letrilla satírica? Excelente sujeto para intendente de rentas. ¿Zutano compuso un drama romántico o un clásico epitalamio? Preciso es recompensarle con una plaza en la Amortización. Aquél que hace buenas novelas, a formar la estadística de una provincia. Este, que ha traducido a Byron, a poner notas oficiales en una secretaría».[40]

Estos son los temporeros que muchas veces quedan en posesión definitiva de sus cargos. Pero los de plantilla han llegado a una curiosa conclusión. El cargo les pertenece por voluntad divina. Alcanzarlo es obtener la felicidad y la seguridad. El empleado no tiene porqué corresponder a esa sinecura con ningún acto de agradecimiento, tal como trabajar más de un par de horas diarias. El empleado lo es del Estado, ente abstracto que no tiene nada que ver con los españoles. Cuando éstos acuden a las oficinas del Estado van sólo a molestar y a hacer perder el tiempo. Su ignorancia de los trámites reglamentarios es increíble.

«...Dionos audiencia el miércoles inmediato, y... el expediente había pasado a informe... Vuelto de informe, se cayó en la cuenta en la secretaría de nuestro bendito oficial, que el tal expediente no correspondía a aquel ramo, pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondiente... el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro.

Hubo que hacer otro...

—Es indispensable —dijo el oficial con voz campanuda— que estas cosas vayan por los trámites regulares. Es decir, que el toque estriba en llevar nuestro expediente tantos o cuantos años de servicio». (Larra: «Vuelva usted mañana»).

Pero, en general, a los románticos les molesta hablar de empeños tan prosaicos en sus obras. Bécquer, empleado administrativo hasta que su jefe le encuentra dibujando su caricatura, describe muchachas de ojos verdes y conventos en ruinas. Comían a veces del Estado, pero le despreciaban por materialista. Tendrá que llegar Pérez Galdós, el «prosaico», para mostrarnos día a día la existencia del empleado que no piensa, siente ni goza más que para su cargo y la posibilidad de perderlo. Que tiene, como paisaje eterno

legajos, pupitres, plumas, arenillas para secar la tinta. ...Que cuenta los días que le faltan para jubilarse, temiendo a cada instante la feroz palabra llamada cesantía que le impida alcanzar los cuatro quintos del sueldo regulador. Así pintó al pobre Villamil, maravillosa y tierna descripción del hombre gris.[42]

EDUCACION

Hay que educar bien a los niños. En eso están todos de acuerdo, pero no en cómo hacerlo. Hay en estos tiempos muchos viajes, muchas relaciones con el extranjero. Los emigrados políticos, especialmente, han vuelto a España con ideas totalmente distintas de cómo debe tratarse al muchacho. Se empieza a hablar de confianza en lugar de respeto, de amistad en lugar de sumisión. El viejo, avezado a la dura ley del siglo pasado no lo comprende.

> —Mamá, dame un bizcocho —dijo en media lengua el niño.
>
> —¿Qué significa eso de tutear a su madre, señor renacuajo? —dijo el general—. Se dice, ¿madre, quiere usted hacerme el favor de darme un bizcocho?
>
> —Pero tío —le dijo la condesa— yo quiero que mis hijos me tuteen.
>
> —¡Cómo, sobrina! ¿También tú quieres entrar en esa moda que nos ha venido de Francia, como todas las que corrompen las costumbres?... Como todo lo que contribuye a disminuir el respeto, sea lo que fuere... El tuteo que pone en un pie de igualdad que no debe existir entre padres e hijos no hay duda que disminuye el respeto.... Dicen que aumenta el cariño: no lo creo.[43]

Son personajes de Fernán Caballero, en 1831, reflejando las ideas nuevas. La precipitación del cambio, señala Larra, es debida a que los principios anteriores eran pura rutina. Por eso su protagonista «pasó del Año Cristiano a Pigault Lebrun (novelista frívolo muy popular) y se dejó de misas y devociones sin saber más ahora porque las dejaba que antes porque las tenía... Dijo que el muchacho, (su hijo) se había de educar como convenía... que podía leer sin orden ni método cuanto libro le viniese a las manos... que la religión era una convención social en que sólo los tontos entraban de buena fe y de la cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno: que «padre» y «madre» eran cosa de brutos y que a «pa-

pá» y «mamá» se les debía tratar de tú porque no hay amistad que iguale a la que une a los padres y a los hijos».[44]

A Larra le irrita la indiscriminada imitación de lo extranjero, y la historia que cuenta tiene una moraleja contra tal tipo de educación. Esta, sin embargo, está limitada al viajero y a la clase alta, es decir, a una minoría. Los demás muchachos y muchachas cumplen los preceptos de una asignatura obligatoria: la Urbanidad que les enseña a decir «con voz afable: a los pies de usted, señora, o beso a usted la mano, caballero». Las jovencitas «inclinarán modestamente el cuerpo y dirán con afabilidad lo mismo».[45]

Los muchachos iban a la escuela, lugar sombrío, triste y pesado, con alumnos de rodillas en un rincón y otros con orejas de burro hechas de papel, con repeticiones monorrítmicas de tablas de multiplicar y, sobre todo, con una caña cayendo a menudo sobre cabezas, o palmetas sobre la mano. El «yo no he sido», alternando con el «bruto», «acémila» y un tremendo principio flotando sobre las clases: «la letra con sangre entra».

Las muchachas aprendían las primeras reglas, escribir y contar para seguir en casa la economía doméstica, es decir, que bajo la dirección de su madre se alternaban en el cuidado de la cocina, del planchado y repaso de ropa; todas cosían y bordaban. Las labores estaban en sus manos desde que podían tener la aguja sin pincharse.

Las elegantes llevaban la educación por caminos más aparentes. Tocar una polca o un vals en el piano, bordar en cañamazo, pintar una acuarela y, naturalmente, hablar francés era una educación completa para una chica elegante que muchas veces apenas sabía donde estaba la cocina de su casa. En la cúspide de esta sociedad femenina, está Isabel II, a quien la condesa de Espoz y Mina daba, en 1840, escritura española del idioma francés, calceta y festón... Aritmética, geografía, piano y canto. La condesa habla más bien mal del aprovechamiento de sus regias discípulas (Isabel y Luisa Fernanda.)[46]

Los muchachos van a la Universidad que empieza siendo una continuación de la anterior con estudiantes sopistas, alto sombrero y anchas capas, casi siempre rotas y manchadas. Cuando se prohíbe ese traje y cada uno viste de acuerdo con sus posibilidades, se termina una encantadora fórmula democrática, porque esa apariencia rota y descuidada era un uniforme al que se acogían con gusto los ricos y por necesidad los pobres, formando una herman-

dad que desapareció en cuanto las castas sociales mostraron sus diferencias.

La Universidad va modernizando sus actividades y, al mismo tiempo, da al estudiante un papel nuevo hasta entonces desconocido. El político. La estudiantina se agita a favor o en contra de los sistemas y, en general, en sentido liberal y antirreaccionario. La Noche de San Daniel y sus muertos no es más que una muestra y símbolo del estudiante llamado a opinar sobre los problemas españoles.

La poesía fue tan popular en el siglo XIX que se empleó para todo, incluso para lo menos poético, como las recetas de cocina. Quizá se procuraba con ello una regla nemotécnica. Es mucho más fácil recordar las instrucciones de urbanidad cuando se dicen en verso. Así, por ejemplo:

Si en la precisión te vieras
de estornudar o toser,
y no puedes contener
un bostezo o el eructar,
desvía entonces la cara
volviéndola al lado opuesto
y el pañuelo o mano presto
a la boca has de llevar.[47]

Y si las cuartetas son demasiado largas quedan siempre los pareados. Quien olvide estas líneas demuestra que, efectivamente, no tiene ningún interés en saberlas.

Son en buena sociedad deslices
andarse en las orejas y narices.

....

No palpes al hablar, ni a tus iguales,
ni ensanches con los dedos los ojales.[48]

TEATRO, OPERA

Año 1827, Gobierna Fernando VII y los viajes son vigilados y desaconsejados cuando no hay motivo perentorio para ellos. Y el

Superintendente visa setenta y dos mil pasaportes. Razón: «Pasa a Madrid a ver *La Pata de Cabra*».

Es una obra mediocre, traducida del francés, que tuvo un éxito increíble. El permiso del gobierno muestra la atención con que se inclinaba el mando ante una afición nacional.

Porque lo es. El local es viejo, incómodo, mal iluminado, «palcos estrechísimos mal pintados, mal decorados, pesimamente amueblados... cazuela destinada exclusivamente a las señoras sólo con bancos de madera sin respaldo... lunetas de tafilete, rotas, mugrientas, desvencijadas... densa y constante atmósfera de humo: frío en el invierno... Los espectadores cuidadosamente envueltos en sus capas: calor asfixiante en verano... describe Fernández de Córdoba.[49] Y Ford, americano, precisará el olor: mezcla de humo de cigarro y de ajo.[50]

¿Y el público? A la par.

Ahora un lampiño elegante
flecha el anteojo en un palco
y me pisa al perfilarse.
Poco después y en la escena
tal vez más interesante,
llora en la cazuela un niño.
No bien se logra que calle
dos títeres que me puso
mi mala estrella delante,
a media voz deletrean
la traducción en romance
de una ópera italiana:
y después que ni una frase
de la comedia han oído
dicen que es abominable.
...Otros, incomodando a todos
y sólo porque reparen
en él, viene a su luneta
poco antes del desenlace:
y si silban los de al lado,
silba: si aplauden, aplaude.
¡Vamos, no hay paciencia![51]

Si la había. Los teatros se llenaban y el arte estaba vivo, alerta y apasionado. Porque el choque de civilizaciones que España esta-

ba sufriendo —la francoinglesa contra la española— se veía sobre todo en el teatro. Por un lado la tradición de comedia de capa y espada que puede ser la auténtica de *Del rey abajo, ninguno,* o las imitaciones insulsas de Comella que logró atravesar la enemiga neoclásica. Moratín que se resiste a morir, las comedias de costumbres de Bretón de los Herreros o el Pelayo de Quintana.

Por el otro, verán alzarse los nuevos ídolos. *Don Alvaro o la fuerza del sino,* no provocará batalla campal en el teatro como *Hernani* hiciera en París, pero sí protestas y contraprotestas iracundas. El público se identifica con la producción que se les ofrece y se personaliza el éxito. Hasta esos tiempos lo normal era advertir en el anuncio sólo el nombre de la obra, y al terminar, el primer actor se adelantaba y decía: «la obra que hemos tenido el gusto de representar se debe a...». Con Zorrilla y su *Zapatero y el rey,* saldrá el nombre del autor en el anuncio y García Gutiérrez llegará a asomarse a escena por vez primera en la historia del teatro español a agradecer los aplausos del público. Para que todo sea más curioso y distinto lo hará con una levita prestada substituyendo su guerrera de miliciano nacional.

También el actor crece. Sus nombres provocan partidos y la política se encarga de dar a esos bandos tintes apasionados. Isidoro Máiquez irá al destierro por recibir coronas y palomas en una brillante reaparición debida a su fama de liberal. Julián Romea será amigo de ministros y de poetas.

Estas primeras figuras no parece que aumenten la clase de los actores en general. Larra, que va al teatro con frecuencia en calidad de crítico, da una sarcástica idea del hombre que quería ser cómico.

> «—Y, ¿qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?
> —¿Cómo? ¿Se necesita saber algo?
> —No, para ser actor no necesita usted saber cosa mayor.
> —Por eso: yo no quisiera singularizarme: siempre es malo entrar con ese pie en una corporación.
> —¿Sabe usted castellano?
> —Lo que usted ve... para hablar... la gente me entiende».

No es solamente la falta de preparación. Es el tonillo, el vicio de una escuela anticuada.

> «—¿Cómo representará usted tantos caracteres distintos?
> —Le diré a usted: si hago de rey, de príncipe o de magnate,

ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro a mis compañeros, mandaré con mucho imperio.

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses... Como están acostumbrados desde que nacen a ser obedecidos mandan poco y sin dar gritos.

—Sí, ¡pero ya ve usted! En el teatro es otra cosa... Si hago de juez daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas y pondré cara de caballo como si los jueces no tuviesen entrañas.»

En el pobre principiante Larra examina a toda la farándula. ¿Y la propiedad escénica?

«—Le diré a usted..., en cuanto a trajes ya sé que siendo muy antiguo siempre a la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor: si no es tan antiguo a la antigua francesa o a la antigua española... Según... si es más moderna o del día, levita a la Utrilla en los calaveras y polvos, casacón y media en los padres».[52]

Esta ignorancia contrasta con el empeño de los autores de presentar obras de época. *El zapatero y el rey, Traidor, inconfeso y mártir, El Trovador,* los mayores éxitos del siglo XIX, obligan a una escena suntuosa y a una comparsería dirigida.

«Si hay comparsas se arma una disputa sobre si se deben afeitar o no: si tienen que afeitarse es preciso que les den dos reales más. ¿Se han de poner limpios de balde? Para conciliar el efecto con la economía se conviene que los cuatro que han de salir delante se afeiten: los que están en segundo término o confundidos con el público pueden ahorrarse las navajas».

Poco a poco mejora la presentación como mejora la escenografía reclamada por los autores con profusión de montañas, ríos, valles, rocas, castillos, puertas que se abren y cierran con estruendo, tempestad que llega o se aleja, ruido de aguacero, trueno, visión del rayo que cae, etc.

El siglo XIX es, especialmente, el siglo de la Opera. El Liceo de Barcelona, el Real de Madrid son resultado, no origen, de una pasión operística que hace del italiano un lenguaje auxiliar del joven elegante y de las primeras figuras de arte lírico el amor imposible de muchos hombres y la envidia de muchas damas. Se vestirá «a la Montresor», se peinará «a la Corbini». Los nombres de Rossini, Puccini, Meyerbeer, Donizetti, Bellini son familiares. El Real se inaugura con *La Favorita,* de Donizzetti, en 1850 con asistencia de

la reina Isabel II. Y tras ella la muchedumbre de señoras que quieren ver y dejarse ver. Cuando la *Cecilia*, de Tamayo y Baus, habla de los gastos imprescindibles salta este capítulo.

«Palco en el Teatro Real. De eso sí que no se puede prescindir. Y a fe que está barato... ¡pero qué remedio! Para ser persona decente hay que concurrir a la ópera o en último extremo a la zarzuela... ¡oír la ópera es allí lo de menos! ¡Lo que importa es que nos vean en un palco, pagado a peso de oro, saludando a Fulanito y a Menganito, con la falda del traje rebosando por encima del antepecho, luciendo blondas, flores y diamantes y, sobre todo, muy escotadas muy escotadas!»[53]

Para este último detalle quizá se inventaran los anteojos que están «hechos de manera que se dirige al costado opuesto a aquel a quien se quiere ver y el artificio está en un espejito en el que vienen a pintarse los objetos de modo que aparezca el que los usa mirando como a la escena al mismo paso que registra el palco de su izquierda o de su derecha». Aunque parezca raro, esos datos los da «El hombre fino al gusto del día» al que al parecer le está permitido «registrar» lo que pueda.

Y si el teatro de la Opera es un espectáculo por dentro, no deja de serlo por fuera donde se agolpa el barrio entero a ver entrar y salir a las damas. Fingiendo acento gallego en un criado, López de Ayala nos describe la llegada.

...Esta noche
entraban todas garridas.
Por las puertas de los coches
bajaban encogidiñas
y arrugadiñas: y alogo
al tomar tierra, se erguian
dando un brinquito, y brillaban
cuajadas de piedras finas.
Todas con falda rumbosa:
todas sus brazos lucían
desnudos, pero cubiertos
con un pouco de farina
y el pelo con miriñaque
y los hombros sin camisa.[54]

LA CORRIDA

«Los hombres pasan extrañamente de unos extremos de locura a otros. No hacía mucho que la nobleza, celosa del alto honor de morir en las astas del animal, no permitía que plebeyo alguno le disputara la menor parte e inmediatamente se desdeña de lidiar con las fieras hasta el punto de declarar infame al que va a sucederle en la arriesgada diversión.»

Habla Larra comentando la diferencia entre la corrida de ayer —caballero con rejones, peón o chulo de ayuda— y la de hoy —torero a pie, de clase humilde, en general, ayuda de picador de la misma o peor clase social. Qué tipos estos nobles, ¡qué snobs!; todo porque fuera del país no hay corridas y ellos son más europeos que españoles.

«...bandada de sentimentales que han pasado el Bidasoa, que en sus aguas como pudieran en las del Leteo, se despojaron de todo lo español que llevaban y volvieron a los dos meses haciendo ascos de su antiguo puchero, buscando las calles donde vivieron y no sabiendo cómo llamar a su padre... Para éstos son insípidos los toros y repiten con énfasis: ¡Función bárbara![55]

Larra entonces es partidario... No. Larra es lo bastante español como para irritarle esa actitud, pero demasiado europeo a su vez para celebrar la fiesta. Sus razones son varias, pero especialmente cuenta, como en el caso de Jovellanos, la económica. «El artesano irremisiblemente asiste y se divierte también a buena cuenta de lo que piensa trabajar la semana, pues el resto de la anterior pagó su tributo acostumbrado la noche del domingo en el despacho de vino que es parroquiano... esos parcos españoles se contentan con ser dichosos el domingo y el lunes.»[1]

A lo largo del siglo el intelectual tendrá la misma actitud. Posiblemente se indignará contra la opinión extranjera («¿usted qué sabe?, y ¿a usted qué le importa?») cuando ataquen una costumbre española, pero, en general, están fuera del entusiasmo de la muchedumbre y les repele especialmente la matanza de caballos. Para Fernán Caballero, «el heroico desprendimiento con que los toreros se auxilian y defienden unos a otros es lo único verdaderamente bello y noble en estas luchas crueles, inhumanas, inmorales que son un anacronismo en el siglo que se precia de ilustrado. Sabe-

1. Día de corrida en el siglo pasado y principios de éste.

mos que los aficionados españoles y los exóticos, como el vizconde de Fadière..., ahogarán nuestra opinión...»[56]

Imbert por un lado, Gautier por el otro, Merimée más allá, se entusiasman y describen con minuciosos detalles la corrida desde la apariencia de la plaza, color y luz en el público que ríe, charla y se divierte no sólo pensando en el buen rato que le espera, sino contento de estar allí apretujado, viendo y dejándose ver, los elegantes con su mejor traje, los del bajo pueblo en lo más característico de su ropa llamativa. Chaquetas bordadas, corbatas de colores, mantillas, sombreros y abanicos agitándose sobre la masa como un continuo palpitar.

Con pequeñas variantes la corrida es ya como hoy. Tienen más importancia los alguaciles —siempre vestidos a la moda de Felipe IV— que salen a hacer el despeje de la plaza porque en la arena está permitida la presencia de espectadores que observan y son observados por la concurrencia de las gradas. Una vez limpia la plaza, se pide la llave; el toro sale y los alguaciles escapan al galope entre las risas del gentío (ésta es la razón porque todavía lo hagan así hoy, aunque el toro no haya salido).

Empieza el despeje
con pompa gentil,
y corre la plebe
famélica y ruín
cual corre acosado
feroz jabalí.

Canta un tanto melodramáticamente Eugenio de Tapia. Otra diferencia con la actualidad: los picadores están ya en la plaza cuando sale el toro.

«Sevilla» el valiente
lo espera al salir,
la pica enristrada
cual bravo adalid.
Al bote primero
clavó en la cerviz
el hierro, y la fiera
cedió sin herir,
¡qué aplauso! No he visto
mayor frenesí.

El picador es un tipo popular, en bien y en mal. El alguacil llega de parte del presidente cuando remolonea... «señor José, cite usted al toro. —*Digasté* a su señoría que esto no *é jasé* pasteles», lo que produce grandes carcajadas en el público cercano.[57]

El toro arremete de nuevo y cobra su primera víctima.

El toro acomete,
¡ay pobre de ti!
en vano te agarras
ansioso a la crin,
el útil caballo[1]
inerme, infeliz,
expira sangriento
su trágico fin
y tú a las cornadas
ya temes morir...
...No tiembles que Montes
sereno y gentil
tendió ya su capa
color carmesí.

El matador —no se diga toreador, sino torero, advierte Gautier a sus lectores franceses— va vestido como en el siglo anterior con la aportación de la montera introducida por este mismo Montes hacia 1835.

Y si el toro no embiste...

Contra esos bastardos
lo más eficaz
es fuego: lo pide
el pueblo a la par
con voz tronadora
de fuerte gañán.

Las banderillas de fuego han llegado casi hasta nuestros días sustituidas hoy por banderillas negras. Los toros mansos del siglo XIX tenían, sin embargo, un enemigo peor.

A veces demanda
la plebe locuaz

1. El adjetivo «útil» muestra el sentimiento adverso del poeta. La muerte de siete u ocho era una cifra normal en una corrida.

los canes rabiosos
de fuego en lugar.
Dos perros de presa
con ansia voraz
se lanzan al toro
y en pos otro par.
...Sacúdese el toro
con fuerte bramar
y deja dos canes
rendidos atrás
e hiere al tercero
que duro y tenaz
asido a la oreja
no cede jamás.
...El toro rendido
no puede acornar,
y brama y de sangre
le corre un caudal.
Entonces terminan
su triste penar
la espada sangrienta
y el hierro auxiliar
que clava en la nuca
el diestro oficial.[58]

Desjarretar al toro, es decir, cortarle con la media luna los jarretes y acabarle luego el puntillero, es el último acto contra el toro manso. El otro pasa varias veces por el encanto de la muleta en pases que son reducidos en número y de poca variación, porque sirven sólo de preparación para la suerte, entonces mucho más importante que ahora, de matar. Perfilado el bicho se entra a volapié o se mata recibiendo, según las facultades del torero y las facilidades que dé el toro.

La corrida del siglo XIX tiene menos variación en las suertes que la de hoy, pero mucha más en la organización. Por de pronto, existe la doble corrida a plaza partida con una valla que se levanta a la vista del público. Un grabado de la Biblioteca Nacional de Madrid, muestra ese trabajo con un pie que dice: «Muy mal puesta. Ha tardado nueve minutos», lo cual demuestra que se podía hacer en menos. Goya tiene un aguafuerte inmortalizando

también el curioso espectáculo que debió de ser. La parte de la sombra es para la cuadrilla más antigua y si había tres espadas el más antiguo dirigía alternativamente la lidia de las dos corridas. A veces saltaba el toro la barrera divisoria con gran algazara del público y preocupación en la cuadrilla agraciada con tan antipático regalo. El presidente era el mismo para ambas corridas y los cambios de suerte comunes, con lo cual un toro sin picar del todo podía pasar a banderillas.

Nacen en 1841 las señoritas toreras que empezando como rejoneadoras se asoman a la arena en traje de falda corta, hasta que La Fragosa se viste de torero; hasta primeros del siglo XX intentarán demostrar su valor personal.

La imaginación de los empresarios no descansa. Surgen las mojigangas en las que la risa tiene más valor que la emoción. El anuncio de una de ellas indica el deseo de que la gente lo pase bien. Se les ha ocurrido que «delante del toril se coloquen unas camas y en ellas, con camisas de noche unos enfermos y útiles necesarios, médicos, practicantes, etc. También habrá una botica y botellas y frascos y el boticario, cocina y cocineros, etc. Así preparado, saldrá el celador del establecimiento de tan mal humor que es regular eche a rodar los enfermos y las camas».

Este celador es, naturalmente, el novillo. En otros casos el animal lleva sujetas unas bolsas con dinero y emboscados en ramaje, imitando la espesura del camino, los toreros vestidos de bandoleros andaluces intentan quitarle las bolsas.

Y cuando se han agotado las posibilidades de la lucha del hombre contra el toro queda la posible del toro contra otro animal. El orgullo español insiste en que el cornúpeta del país es el más fiero de los animales y para demostrarlo se presenta a menudo, en jaula colocada en el centro de la arena, la pelea de un toro contra un león, un tigre o un elefante. Sólo en el último caso no fue el toro el vencedor.

TRANSPORTE

«Las gentes que arrastran coche siguen mofándose de los bandos de la autoridad y atropellando todos los días al pueblo soberano. La prensa periódica no cesa de clamar sobre estos abusos.»[59]

La verdad es que no hay derecho. Los poseedores de coches se creen los amos de la calle y van a toda prisa atropellando a quien

se les ponga por delante. Hay carretela, bombé (modesto y sólido), berlina elegante y, equivalente al coche sport de la época, el tilburí.

No hay quien teniendo coche no tenga, además, cochero a quien se llame la atención tirando de un cordoncillo atado a su dedo, pero el tilburí, ligero y elegante, se lleva por manos del mismo dueño. Aflojar, estirar las riendas, fustigar el caballo o los caballos, revolver el coche en lugar reducido forma parte de la educación de un señorito y sirve para deslumbrar a amigos y conocidos. Naturalmente no va solo en el pescante. Está a su lado el lacayo que en el coche se llama *jockey* y *groom* a la inglesa, que para eso es inglés todo lo que se refiere a los caballos, y aun muchos cocheros son del país como el que tenía Curra Albornoz, la protagonista de *Pequeñeces.*

Pero el coche que invade las calles de la ciudad es el de alquiler, pesado, feo... Cuando en la Castellana o Prado se cruzan los mejores «equipajes», cuando los cocheros de casa elegante van tan bien vestidos como sus señores, he aquí la silueta maciza de un coche despintado, un auriga mal vestido y un caballejo más triste al compararse con los tordos y alazanes espléndidamente cuidados tanto los que tiran como los que, montados, caracolean a los estribos de los coches.

Pero es que el coche de alquiler, además, tiene mala fama. Resulta que la ciudad es pequeña y todo el mundo conoce los coches de sus amigos. Por ello quien quiere ir inadvertido a una cita tomará el de alquiler, y de resultas, el subir a él presupone algo clandestino. La doncella se asombra ante la orden de pedir uno:

> *—¡Un coche de alquiler!*
> *—¿Por qué no? Si mi marido viene le dirás...*
> *—¡Medrados estamos! La señorita salir en coche de alquiler y sola...*

Puesta de veinticinco alfileres... ¿Qué quiere decir esto? Si tendrá... con su pan se lo coma...[60]

Por otra parte no resultan baratos, especialmente si se toman a horas malas. De tres a seis de la madrugada (siete en invierno) cuesta la carrera para una o dos personas doce reales, mientras hasta la una sólo cuesta cuatro.[61] Esto ocurre en 1877. Desde hacía diez años se quejaban los periódicos de «lo anormal e injusto...

que por una carrera de poco menos que un kilómetro se imponga la misma tarifa que por una carrera seis u ocho veces mayor».[62]

DILIGENCIA

Una mole inmensa casi cubre la estrecha calle. Va coronada de seres humanos y bultos, está rodeada de gritos de despedida, llantos y besos. Los pasajeros se distribuyen entre berlina, el interior, rotonda y cupé. Lo más caro es lo primero (doscientos reales desde Madrid a Bayona en 1853, cien en el cupé).

Se viaja infinitamente más que en el siglo pasado. Las guerras civiles han obligado a la emigración interna, las ansias de viajar y la política de persecución a la externa. El romanticismo provoca un desasosiego, el ansia de ver. Hay mayor interés por las costumbres locales, por las cosas regionales.

(*Don Alvaro o la fuerza del sino,* tiene escenas de tipo local y costumbrista para contrastar con las intensas y apasionadas del argumento principal. Nace un interés que se llamará luego científicamente el «folklore»).

El viaje en diligencia dura varios días porque por la noche se descansa en las posadas. Cuatro jornadas y media hasta Sevilla desde Madrid y dentro de la enorme cesta que se bambolea en las malas carreteras es posible todo. Piénsese lo que cuesta conocer personalmente a una muchacha en la vida corriente. Piénsese que aquí, en cambio, durante horas y horas se establece un contacto espiritual al que no puede oponerse el «rodrigón» más áspero. «Una diligencia —dice Larra— es como una isla desierta donde la naturaleza manda». Novelistas y cuentistas del siglo colocan a sus protagonistas en el seno de la diligencia para que la relación sea más fácil, y Alarcón la convertirá en el origen de una novela de terror, *El clavo.*

Un viaje no es grano de anís. Los hombres y las mujeres van vestidos en forma distinta de la habitual. El sombrero —en ellos y en ellas—, ha sido despreciado por razones de espacio y sustituido por el gorro o papalina en las damas. En los anchos bolsillos del capote ellos llevan lo que puedan necesitar para tan largo trecho como tabaco, chispas, pedernal. Ellas usan el «ridículo» (del francés «ridicule») bolso inmenso en que caben pañuelo, abanico, vaso de camino, pasaporte.

Arriba en el pescante va el mayoral, tipo humano totalmente distinto de todos. «El mayoral es el ser más libre, indómito, altanero e insolente de la creación —dice Auset. Llega a tanto su desprecio a la raza humana que no lleva personas, lleva asientos». Coloca los equipajes como le place digan lo que digan sus asustados propietarios y da orden de pararse o de arrancar cuando le apetece sin preocuparse de los intereses ajenos.

La salida de la diligencia es como un apoteosis de estruendo y movimiento. Las seis mulas son puestas de acuerdo a latigazos. Chasquean las herraduras contra el pésimo empedrado, el zagal agarra un mulo del timón y le hace iniciar la marcha. El postillón obliga a moverse las mulas del medio, el zagal salta al pescante y el postillón se monta en la mula delantera. Gritan los mozos de establo, se levantan las últimas recomendaciones de los familiares que quedan y las respuestas de los viajeros, resuena el látigo y la inmensa mole sale bamboleándose camino adelante.

Ya en la carretera, el mayoral alterna el soliloquio con la charla a las mulas y a sus ayudantes. Es especialista en la variación de blasfemias. Sus palabras, más o menos, son así:

«¿Cuándo cambió tu amo ese macho, bandolero? ¡Maldita sea su alma de bandolero! Y a la Zagala déjala, déjala, que voy a ella y a la otra *¡toas toas!* Si me bajo... ¡Ay si me bajo que no me bajaré! ¿Y qué se ha hecho del animal que traías en cortas? ¡Qué lástima de animal! ¡Buena sangre tenía! ¡Coronela! ¡Y la Morata! y ¡la Gaona! Si voy a ellas con un *sabre,* con un *sabre* curvo! ¡Ooooh! Echate a la izquierda, Minuto, maldito seas, ¿no ves los baches? ¡Comisario! ¡Ay si me bajo...! Y llegando a ella le voy a hacer con el pellejo una papalina... ¡Anda, anda que algo quedará! ¡¡¡Güeno, güeno, güeno!!!»[63]

En muchas posadas hay relevo de mulas y descanso para los huesos molidos de viajeros. No se puede pedir más porque tampoco lo darían. Las posadas del siglo XIX hasta bien entrado el mismo tienen la misma fama que las de los siglos anteriores. No hay cubiertos en muchas —¿no trae usted navaja como cada quisque?— y se come fatal. Dormir...

Callo empero y me desnudo
...y está visto
que toda la noche sudo
batallando con las chinches,
con las pulgas, los mosquitos

y demás animalitos
de la inmundicia compinches...
...Doy un paseo aburrido,
pues la cocina se halla
hecha un campo de batalla
con tanto cuerpo tendido
que no tuvo más alcoba
ni quiso lecho más blando.

A la hora de las cuentas, en cambio, parece que se ha recibido mucho. Por de pronto hay que pagar la comida aunque no se haya consumido, ya que, advierte el posadero, es la única forma de que traigamos provisiones desde tan lejos. (En eso no le falta razón, la distancia entre centros habitados es tremenda en la España romántica.)

«—La cama cuatro reales, los huevos una peseta.

—¿Una peseta un par de huevos?

—Cabal: ¿pues cree usted que van de balde? Y luego la sal, la leña, el aceite...

—¡Si eran pasados por agua!

—Pero el de la luz y la ensalada, el pan, agua, chocolate y luego el servicio y arriendo, que nos cuesta un ojo de la cara y el ruido que ha hecho usted, porque aquí todo se paga... ¡Ah! Dieciocho reales con el chocolate».[64]

Otra vez a la diligencia, otra vez a rodar por caminos difíciles, a bajar muchas veces el zagal a arreglar a pedradas el orden de las mulas. La carretera se empina y a veces tienen que bajar pasajeros —se quedan las señoras— para ayudar a coronar el repecho. La soledad del campo hace meditar a muchos... ¿Habrá bandidos?

La posibilidad de encontrarlos es agridulce. La aventura llama fuertemente a las imaginaciones románticas y, especialmente los extranjeros, tienen grandísimo interés en encontrarlos. El bandolerismo ha nacido en España de las guerras civiles; por un lado porque éstas implican menos vigilancia estando los guardias ocupados en otra parte; por otro, porque da un gusto de violencia a la vida de muchos jóvenes que, una vez licenciados, no saben volver al tajo y permite al bandido enmascarar sus acciones con motivos políticos.

Cuando en una carretera ha ocurrido un asalto, las diligencias

llevan en el imperial unos escopeteros con las armas cargadas —es difícil hacerlo con el balanceo— y que, en general, son antiguos bandoleros que se han acogido a indulto y trabajan ahora en el lado contrario. A veces la administración de las diligencias hace convenio con una banda fuerte y entonces sólo hay que preocuparse de algún bandido solitario que no esté incluido en esas relaciones «de alto nivel».

El romanticismo que canta al individuo que desafía a la sociedad (Don Juan, el pirata, el cosaco) o su víctima (el verdugo, la prostituta, el mendigo) hace del bandido español, especialmente del andaluz, su héroe perfecto. Cuentos, coplas que pasan de pueblo en pueblo repiten la historia del bandido generoso, que se lanzó a la montaña por una mala mujer.

Una mujer fue la causa
de mi perdición primera,
que no hay perdición de hombres
que por mujeres no vengan.[65]

Cantó Ulloa, el gitano, ya en el patíbulo. Su imagen en general es digna, valiente, gentil. Roban a los ricos, pero protegen a los pobres. Son estampas que los mismos desgraciados que están en el monte llegan a creerse cuando llevan unos años oyéndolas, imagen que hacía latir el corazón de la muchacha viajando en diligencia por la Sierra Morena. ¿Estará ahí José María el Tempranillo, Rubio de Espera; El chato de Benamejí; Los siete niños de Ecija? De estos últimos se rumorea que son invulnerables. Siempre se les ve galopando.

Camino de Sevilla, Pacó,
camino de Sevilla, Pacó,
van siete niños...
y uno de los siete, Pacó,
y uno de los siete, Pacó,
es mi cariño.
Y son ladrones
y roban como nadie, Pacó,
los corazones.

...Siempre el mismo número a pesar de los guardias que les disparan. Cuando fueron por fin deshechos encontraron en un bolsillo la solución del enigma. Una lista de sesenta y cuatro volunta-

rios esperando la ocasión de cubrir una baja para mantener la cifra mágica.

Los viajeros que de verdad encuentran a los bandidos no los describen con tal aura de belleza. Didier que tuvo que echarse al suelo con la cara pegada al polvo mientras le despojaban, aconseja varias reglas prácticas para tal situación. Una es llevar dinero de acuerdo con la categoría que demuestra el asiento de la diligencia y el traje: un embajador que no lo tenía fue abofeteado. Otra es no tratar de esconder nada entre los almohadones del coche. Esto lo consideran de mala fe y les puede impulsar a matar, lo que normalmente no hacen.[66]

Los bandidos fracasaron cuando en lugar de la diligencia asomó el tren más difícil de detener. Este llega como un auxiliar de la diligencia y los viajeros pueden cambiar de vehículo conservando sus diferencias sociales que ahora ya se llaman de primera, segunda y tercera.

Parece que el romántico debería rechazar el cambio; que entre la alegre prestancia de la diligencia y la fuerza técnica debería llorar nostálgicamente la muerte de la primera, pero no es así. Estamos en un siglo de exaltación del espíritu, pero también de asombro ante la conquista humana. Los poetas románticos se desmayan de placer ante el carbón y los raíles, ven en el tren una nueva prueba de la importancia del individuo, para domeñar lo que le rodea y salirse de sus límites humanos.

¡Paso a la rauda
locomotora!
¡Paso que es hora
de partir ya!
...Sobre ella en nube
de luz sentado,
el genio osado
del siglo va.

Al tren le da el poeta misión aún más amplia:

Donde ella pone
su firme planta
nace la santa
fraternidad

...y, además, cultura, comercio, fin de guerras:

...la sombra ahuyenta
de la ignorancia
con la abundancia
lleva la paz.[67]

Pero es que, además, el romántico ve una belleza física en el ferrocarril. Campoamor describe la salida con entusiasmo.

Al dejar la estación, lanzó un gemido
la máquina que libre se veía,
y corriendo al principio solapada
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos rugiendo, parecía
un león con melena de centellas.

En el interior de ese monstruo apocalíptico se establecen las mismas posibilidades de relación humana que en la diligencia y poema. «El Tren Expreso» es sólo una muestra de cómo se puede vivir toda una vida y aun proyectar el resto de ella, con el encuentro de dos personajes de sexo contrario en el departamento de un vagón. El traje sigue siendo especial para viajar, zapatillas, gorras, en lugar de zapatos y sombreros, a menudo, guardapolvos. Se lleva y se ofrecen grandes cantidades de comida porque no hay vagón restaurante, aunque sí estaciones de «¡Parada y fonda!» Los cronistas del tiempo se indignan al comentar este aspecto del viaje. Al parecer los fondistas de estación no permiten que salga nada del comedor y sirven los manjares tan calientes que no hay forma de terminar con ellos antes de que suene el grito de «¡Señores viajeros, al tren!» En cuanto a la velocidad del expreso no están demasiado de acuerdo con el deslumbrado Campoamor y se quejan de la lentitud: un viajero italiano comenta que de Madrid a El Escorial tardaron cuatro horas y que una vez los maquinistas habían parado «¡a beber agua!».

La verdad está entre los dos. Los trenes expresos, Madrid-París, por ejemplo, son buenos. Los ordinarios y de cercanías, malos y lentos.

Todos llevan correo que poco a poco va perfeccionando su envío. En 1825, todavía había quien la llevaba a mano. Era el

«famoso andarín de la calle de Peregrinos... quien se le ofrezca remitir algunos documentos a alguna parte del Reino, éste desempeñará cuantos asuntos le encarguen con la exactitud que tiene acreditada en esta corte: anda de 18 a 20 leguas diarias».

El problema mayor lo plantea, a menudo, la guerra civil con censuras distintas e inevitables retrasos. Las dificultades, especialmente del envío de fondos son tan grandes, que un sacerdote catalán llega a una ingeniosa solución para cobrar una peseta que le debe otro cura andaluz. Le escribe diciendo que deposite la cantidad en cuestión en el cepillo de las ánimas, que él ya ha tomado la misma cantidad de la alcancía con el mismo fin, de su iglesia. Lo cuenta Larra.

MEDICINA

Un esfuerzo tenaz aprovechando la influencia externa que fue prosperando a lo largo del siglo hizo cambiar la todavía medieval medicina española del siglo XVIII en un intento de ponerse a la altura de las circunstancias y las nuevas invenciones, tanto en medicina como en higiene. A principios de siglo, cuando Mesonero Romanos se abre una herida en la cabeza para correr al balcón desde donde se oyen los primeros tiros del dos de mayo, le curan con agua, vinagre, yesca y una pieza de dos cuartos sobre la herida.[68] Y fueron limpios. Porque lo normal en el pueblo era curar las heridas con telarañas. De cómo se podía conciliar tenerlas y que estuviera el cuarto relativamente limpio, da idea la indignación del protagonista de una comedia del tiempo.

«Basilia... Siempre rabiando, siempre gruñendo. Ya está afeitándose: si se corta se quiere restañar la sangre con telarañas; si no las encuentra, maldice su suerte y al padre que la engendró; si las encuentra, dice que los criados son unos marranos.»[69]

Para sustos en todo el siglo se usan agua con gotas de vinagre y en general, señala Straforello hacia 1894 los remedios españoles más bien derivan de los vegetales que de los minerales. Los externos consistían principalmente en aplicaciones de manteca en el abdomen, sinapismos y cataplasmas de mostaza en los pies, fomentos de malva y manzanilla. Se cree que la leche de burra refuerza la sangre y activa los jugos gástricos.[70]

En cuanto a enfermedades más graves, también aquí tuvo que

llegar la moda de ultrapuertos para tenerlas. Al menos eso grita don Fermín, chapado a la antigua cuando le dicen que su hija padece «unos vapores»:

¡Mal hayan
los vapores! nunca, nunca
he conocido en mi infancia
semejante enfermedad:
entonces sólo se usaban
indigestiones, viruelas,
golondrinos, almorranas,
y otros males conocidos;
pero ahora todo es de estrangía:
histérico, nervioso, bilis,
flato ardiente y calabazas
fritas y Dios me perdone;
porque me lleva la trampa,
notando que hasta el morirse
ha de ser a uso de Francia.[71]

Si la enfermedad declarada no gustaba demasiado al médico, que hoy llamaríamos de cabecera, se convocaba una junta de tres a siete médicos de apelación. El Protomédico o más antiguo tomaba la silla principal.

Si había receta había que ir, naturalmente, a cumplimentarla a la botica. ¿Pero se llama botica todavía? A mediados del siglo podemos señalar el cambio del nombre antiguo al de hoy. El dato nos lo da Antonio Flores hacia 1851.

«...En aquellos tiempos en que las tiendas donde se vendían los medicamentos se llamaban boticas... pero hoy día que las mismas casas de fabricación y comercio medicinal se llaman oficinas de farmacia o *farmacias,* como dijo cierto traductor, y los directores de ellas se apellidan farmacéuticos.»

El nombre que el comentarista juzga equivocado fue el que dio el calificativo final y definitivo al lugar. Antonio Flores sigue diciendo que el número de boticas aumentó hasta tres veces y que el arte se ha hecho ciencia. El boticario atiende a los que no van al médico y es el centro del barrio.[72]

Medicina casera

Doña Tomasa presume; su vanidad es típica de una sociedad que sólo a regañadientes aceptaba soluciones más científicas que empíricas.

Toda mujer de su casa
sabe remedios domésticos
que más aciertan y sanan,
que operaciones y glóbulos
y que la escuela hidropática.
Yo con un papel de heridas,
hilas que fabrico, salvia,
un poco de tila y
un poco de flor de malva,
y para los dudosos,
una botella de árnica,
me río de los sistemas
que se decidan ex cátedra.[73]

LA BARBERIA

Una barbería es algo más que un lugar donde cortar el pelo o afeitar. Hay en ella una guitarra, la virgen del lugar en la hornacina, reproducción de pinturas famosas o ilustraciones de las novelas de más éxito en el momento como *Las ruinas de Palmira* o *Ivanhoe,* botijo... El Fígaro —le está llamando así mucha gente por la ópera famosa— es mucho más que un vulgar rapabarbas. Sabe sangrar aplicando ventosas, sanguijuelas o el bisturí. Como cobra menos le prefieren muchos al médico con título. Pero, además, es amable, dicharachero, conoce todos los chismes de la vecindad. Mientras pasa por la cara del cliente una bola de jabón que ha sacado del bolsillo, mientras enciende el cigarro, mientras pasa la navaja por el afilador, mientras «descañona» no deja de contar lo que ocurre en el país y la barbería es el único lugar donde se hace imposible la prohibición de hablar de política.

El barbero no para. Desde las siete de la mañana están allí los dependientes de comercio, los sacristanes, los jornaleros que aquel día quieran afeitarse. Luego militares saliendo de guardia o yendo a ella, porteros de oficinas cercanas que se escapan, algunos seño-

res que salen a un encargo. De una a dos es él quien va a las casas vecinas. Por la tarde va a estudiar cirujía o a practicarla.

Nadie se afeita solo en la España del siglo XIX. Un barbero es imprescindible y muchos criados aprenden el oficio para que les paguen mejor en las casas ricas. El barbero de fuera es un confidente que sorprende a los moradores medio dormidos aprendiendo tanto de su cuerpo como de su alma. El barbero sabe todo de sus parroquianos.

Su trabajo aumenta y disminuye según las modas. A primeros de siglo se empieza a llevar bigotes que, aun cambiando de forma, se mantendrán a lo largo del siglo XIX. El ejército va a la zaga de la costumbre, como siempre, permitiendo el adorno capilar sólo cuando ya lo llevaba todo el mundo. Los marineros, en 1809, se quejaron de que les obligaran a cortarse el pelo al rape. ¿De dónde les iban a agarrar si se ahogaban? Dos estamentos permanecen toda la centuria con la cara afeitada y siguen incluso hoy. Los sacerdotes y los toreros. Estos últimos usarán, sin embargo, mucho tiempo largas patillas en «boca de hacha».

La barba se pone de moda en la segunda mitad del siglo. La perilla tímida de Zorrilla da paso a profusión de pelo. «Fabián» de *El Escándalo*, la lleva ya «sedosa y fina como la de los árabes nobles», y las personas mayores como siempre empiezan a decir que «adonde vamos a parar». Entre 1860 y 1865 se lamenta una señora:

«Otra cosa hay que me estomaga y es esas barbas que han dado en usar ahora los hombres... ¿qué hermosura encontráis en esa suciedad? Por fuerza los espejos no son como los de mi tiempo y hacen ver las cosas de otro modo. Pareces un chivo.»[74]

El mismo autor en 1896, nos demuestra que quitarse los pelos de la cara no era precisamente obligación diaria «Se afeitaba todos los días lo que en realidad, le quitaba el parecido consigo mismo».[75]

DEPORTE

Cuando el lechuguino o el pollo no tiene nada que hacer (casi siempre) puede ir a un establecimiento público a jugar al billar. Este deporte, de remota tradición, está llegando al alcance de todos al pasar a los cafés públicos desde las casas particulares donde reinaba desde el siglo XVI. Poco a poco se va perfilando el juego hasta ser como el de hoy. La bola roja inventada por

Mingaut (de ahí «mingo») y el uso de los tacos de madera a los que él mismo se le ocurre poner cabeza de suela. Ya está el billar formado, y en 1835 se puede publicar una *Teoría matemática de los efectos del billar.*

Cuando no están en él, los elegantes montan a caballo o tiran a esgrima, pero eso no es en realidad deporte o distracción, sino parte de la educación completa. El caballo es transporte lógico cuando no se tiene coche o se prefiere caracolear al estribo en la misma forma que lo hacían los caballeros del siglo XVII, y en cuanto a la esgrima, ya lo dice Larra hablando de enseñar a los chicos.

«Lo que sí debe aprender es el arte de tener siempre razón, es decir, la esgrima, porque andan muy en boga los desafíos...»[76]

Por la misma razón es obligado el saber tirar bien y las salas en que se practicaba el deporte están siempre llenas porque hay, además, apuestas.

Habrá más tarde —llegan del norte— la afición al velocípedo o bicicleta primitiva y los adelantados de la moda la usan por los mismos jardines y paseos en que iban a caballo, patinaje sobre hielo, etc.

La natación tiene menos partidarios y, naturalmente, sólo en verano se atreve uno a lanzarse al agua. Las señoras van, a menudo, hasta el mar en casetas que arrastran bueyes tranquilos y lentos. Desde allí, a cubierto de las miradas indiscretas, se atreven a meterse un momento en el agua entre gritítos. Los médicos no animan demasiado a esas aventuras y previenen continuamente de los peligros a los que se exponen los audaces que quieren trocar el ambiente normal del hombre por el de los peces.

LA VIDA SOCIAL

La primera obligación social tiene la particularidad de que aunque todos están de acuerdo en que es absurda e inútil, siguen cumpliendo con ella. Cuando se va «de visita» no se entra en el gabinete normal en que se ha sido recibido otras veces por la familia. Hay que hacerlo en la sala que se abre sólo para esta ocasión y frente a frente visita y familia «emplean media hora fastidiándose con toda la finura del mundo» (Selgas, J., *Luces y sombras*). Estas visitas se hacen cuando se va o vienen de la ciudad, cuando hay onomásticos, pésames, felicitaciones que dar, asuntos que comunicar.

¿No hay manera de evitar las visitas? Sí. Está aceptado que se

rechacen siempre que se cumplan ciertos requisitos. Concretamente dice Camilo Fabra: «Es indispensable que la contestación «no está en casa» la dé el criado pronto y sin titubear, pues, si bien se trata de una ficción, molesta que la vacilación de un doméstico la recuerde.»

El caballero que entra en una visita puede dejar el abrigo o capa en el recibidor, pero no el sombrero que mantendrá en la mano hasta que la señora le ruegue lo deje y entonces lo hará en una silla... El saludo será «Beso a usted los pies», a lo que ella contesta con un «Beso a usted la mano», y la señora o señorita no ofrecerá la mano, sino es amigo de confianza.

Larra como Guevara en el siglo XVI, como Cadalso en el XVIII, se irrita ante las fórmulas que se emplean en las cartas. ¡Qué hipocresía! ¡Qué falso todo! «Sabido es que se escribe siempre aceptando sentimientos que no se abrigan... «Mi querido Fulano»... «Muy señor mío», y rematando en aquello de... tu constante amigo... o su seguro servidor q. s. m. b. (que su mano besa)[1] mentiras, tan mentiras que suelen dar risa al que las escribe antes de enviarlas y risa al que les recibe antes de leerlas... y no ocurriendo más por hoy... queda de ustedes y les besa la mano, (como generalmente se dice y no se siente) su afectísimo: «Fígaro».[77]

¿Presupone esto que Larra vería con gusto una mayor sencillez en el trato social? No estoy muy seguro. En otras ocasiones se aterra de la facilidad con que la franqueza pasa a ser grosería (caso de «*El Castellano Viejo*») o se lamenta de la familiaridad con que le trata su sastre «me llama simplemente por mi apellido, a veces por mi nombre como a un antiguo amigo... no me tutea no sé por qué, eso tengo que agradecerle todavía». Y cuando el mozo de café les gasta una broma se irrita desde su altura social...

«Sirva usted con respeto, calle y no se chancee con las personas que no conoce y que están muy lejos de ser sus iguales».[78]

Hoy los B. L. M. nos parecen de gran prosopopeya. «Pretenciosos y despectivos», les llama en cambio Nombela al referirse a su aparición en el tercer tercio del siglo «eran desconocidos en aquel tiempo... a las cartas se respondía con cartas.»[79]

Ha empezado la conversación. ¿De usted o de tú? ¡Dios mío! De usted siempre. A veces él sabiendo que esa es barrera en que se escuda la amada hace lo imposible por saltarla. Cuando están solos, claro...

1. Según un ingenio de la época «Q.B.S.M.» al pie de la carta de un político quería decir: «que buen sueldo mama».

—Pues, no hay ahora quien de nosotros se acuerde... si es verdad que algún favor te merezco...

—¡Qué llaneza!

—Sí, que en el «usted» tropieza a cada paso el amor.[80]

Hay quien, siendo una mujer casada, está dispuesta a huir con otro hombre, pero no a tratarle de tú.

—Voy a que traigan un coche. Será prudente que salgamos sin tardanza y entremos en la silla fuera de Madrid.

—Sí, vaya usted.

—Julia...

—Vaya usted.

El siglo avanza, pero esa posición mental prosigue. La Pródiga, que no es precisamente un ejemplo de pudor y timidez, puede declararse directamente sin apear el tratamiento:

—Guillermo no sé si se lo habrá dicho a usted mi corazón... ¡yo le amo a usted con toda mi alma!

...¡Julia mía!

...¡Oh, sí: seré suya! ¡Suya soy! ¡Le amo desde el instante en que nos vimos![81]

¿Y luego? Luego el amor que habla en voz más alta que en ningún otro siglo.

Oigo flotando en alas de armonía
rumor de besos y batir de alas
mis párpados se cierran, ¿qué sucede?
Es el amor que pasa.[82]

Canta Bécquer. Pero el mundo que le rodea no es todo así. Y por ello se suicida Larra, se desesperan y mueren jóvenes Espronceda y Bécquer, se lamenta el más afortunado de todos, Zorrilla. Hay alrededor de tanta exaltación del espíritu un ambiente tan vulgar. ¿Cómo pueden entenderse gente tan diversa?

...Y, en fin, el romanticismo
aunque yo no sé explicarlo
es de moda, y esto basta
para que sea el encanto

de las mujeres. Ya ves
que con franqueza te hablo
también.
—Pues yo te prohíbo
romantiquizarte, ¿estamos?
Que a gobernarme la casa
no me han de enseñar Lord Byron,
ni Víctor Hugo... ¿Me vienes
a mí que soy empleado
con romances?[83]

Pocas veces ha habido mayor diferencia entre los viejos y los jóvenes. Estos se quejan amargamente de la frialdad y materialismo de sus progenitores. Especialmente las muchachas son unas incomprendidas y encerradas en su casa no tienen más remedio que leer y leer. Afortunadamente hay abundante prosa, especialmente francesa.

«¿Cómo podrás comparar los artículos de *La Luna* con las bellísimas novelas de Eugenio Sue, Alejandro Dumas, Federico Soulié, Jorge Sand... en cuyos artículos se describe con tal maestría y perfección las varias fases del amor, ora sea tranquilo, radiante, celoso, voluble, profundo y superficial?... Allí se aprende a querer, a sentir».

—No, no —les advierte la muchacha sensata que prefiere la revista española *La Luna*—. Esos escritores franceses... ocultan bajo la sombra de sus poéticas ideas una exaltación y un idealismo delirante que, acogido irreflexivamente por una imaginación inexperta, produce fatales resultados: ellos han aumentado los prosélitos del suicidio.»[84]

¿Es cierto esto? ¿La vida del siglo XIX sigue a la literatura o ésta es la resultante de aquélla? Más bien se establece un círculo vicioso. Quien tiene el ánimo predispuesto a la muerte escribe sobre ella y su estilo es acogido con entusiasmo por quien está cansado de la vida. Larra no necesita leer a nadie más que a sí mismo para su determinación fatal. Pero, como se ha dicho muchas veces, el pistoletazo de Werther resonó en toda Europa.

Veamos la comprensión del periodista para este caso: «Se ha suicidado en Sevilla el capitán... A este extremo a que nos conducen las pasiones desenfrenadas y las ideas que sin estudiarlas las acogen los volcánicos cerebros le condujo, según se asegura, la muerte de una interesante joven a quien amaba. El vehemente cuan-

to desgraciado González, tomó en un líquido una porción de sustancia fosfórica el mismo día en que se le dio sepultura a su amante. Cuantos medicamentos se le han suministrado han sido infructuosos habiendo conseguido a los cuatro días del atentado seguir a su apasionada como él mismo decía en los últimos momentos».

El otro, el enamorado vulgar, que no se desespera fácilmente hace lo corriente «el oso», es decir pasearse por delante de la casa de su adorada

...¿A qué hora
come ese hombre? ¿A qué hora almuerza?
Cuando se abren los balcones,
ahí está: cuando se cierran,
ahí está: cuando salimos
a paseo o a las tiendas,
detrás: si vuelvo la cara
tal vez da un brinco y se cuela
en algún portal huyendo
y tomándome las vueltas.[86]

Habla el «rodrigón» (dueña, hermana, madre, tía...) de la niña asediada. El lenguaje de las manos, las cartas por las rendijas o a través de criadas sobornadas, el lenguaje de las flores, son medios normales. ¿Y si sigue la negativa del padre de ella? Un francés, Debrowski, se asombra de las posibilidades que le quedan a una pareja enamorada en la vieja España. «Cuando un muchacho quiere a una chica y se le niega puede solicitar del alcalde que la prometida sea sacada de la mansión paterna y llevada a una casa de respeto (una pariente, viuda si posible) esperando la decisión del Tribunal que les es favorable si él se encuentra en estado de mantener una familia.»[87]

Hacia 1835 se crea una organización que permite salvar, al parecer, la barrera infranqueable entre hombres y mujeres. No es ésta aunque lo parezca la dificultad de relacionarse. El problema es más grave. Según reza el prospecto, «las mujeres en su primera edad núbil apetecen novios por emulación y lo que empieza por coquetería concluye por casamiento. En su segunda edad, cuando tienen más experiencia, ya no es tiempo de aprovecharse de ella porque temen un celibato perpetuo.»

Pues los hombres... «en su primera edad están dominados por vehementes pasiones y sólo apetecen mujer para salir del paso. En su segunda edad la razón sustituye al influjo de las pasiones y or-

dinariamente profesan el celibato por especulación o por conveniencia: pero, si están mal avenidos en este estado, todavía no basta su experiencia para hacer su elección acertada porque regularmente se estrecha el círculo de sus relaciones y no es para todos los días el tantear una novia.»

Así se hace necesario abrir una agencia matrimonial que se llama «Museo de la Juventud». En ella figurarán los retratos de los jóvenes que quieran enviarlos «procurando que las clases no se confundan». Estos retratos son de cabeza, pero van por encima de litografías de «medios cuerpos en varias actitudes... en las cuales se presentan figuras imitativas de las diferentes clases de la sociedad.»

Como se ve no hay que fiarse para nada del cuerpo que sigue a la cabeza porque es de otra persona. En todo caso quien gusta de unas facciones escribe una carta al Director explicando su elección. ¿Basta esto? De ninguna manera. El director examinará el caso y «si advirtiese una notable diferencia entre la persona pretendiente y la pretendida de lo que pudiera resultar una ofensa de parte de la última podrá repulsar la pretensión.»[88]

Las reuniones pueden llamarse ahora «soirée», a la francesa, pero mantienen un carácter simpático y tradicional. Se habla de política, del último golpe de Estado que se prepara (se habla tanto y tan a menudo que el gobierno acaba por no hacer caso de rumores, y entonces, llega de verdad), de lo que se dice de Fulano y Mengano, de la guerra civil, se juega a las cartas y en un rincón como siempre una pareja

requebrándose el oído
sin hacer caso de nadie

Dice mohíno Bernardo en una obra de Bretón de los Herreros. Sirven un refresco modesto, chocolate, azucarillos. La tertulia ha dejado de ser una ocasión formalista para convertirse en la vida casi diaria de los españoles, aún los de pocas posibilidades económicas. Los extranjeros que nos visitan se quedan admirados de tanta sencillez y franca hospitalidad alrededor del brasero.

Pero la mayor diferencia de esta reunión del siglo XIX es que el protagonista de ella, el mimado de las damas, el invitado en primer lugar, no es el filósofo, sino el literato y, especialmente, el poeta. El escritor está de moda. Lo trae la época y lo afianza el periódico que lleva sus versos y su nombre a todos los hogares. Tener

en casa un poeta es algo mejor que tener a un duque o a un héroe de la guerra carlista. Se le pide que recite versos propios o ajenos, que organice algún juego de carácter literario.

«...Esta afición —cuenta Nobela—, dio lugar a que reprodujera... las antiguas cortes de amor... adjudiqué a cada señorita el nombre de una flor femenina y a los caballeros el de una flor del género masculino (alhelí, tulipán, laurel, pensamiento, nardo). Dos veces por semana en mis versos debían figurar escenas amorosas, de celos, de despecho, de riña, de reconciliaciones... hacer alusiones al estado de ánimo de las flores femeninas y masculinas.»[89]

El poeta figura siempre en los salones. Si no en persona está su pensamiento escrito en el Album de la señora o señorita de la casa. No hay quien no lo tenga encuadernado con elegancia, con papel blanco de forma apaisada, adornado con relieves y, si es posible, con las armas del dueño de la casa. «Como una bella conoce de rigor a los hombres de talento de todos los ramos, es un libro el álbum que la bella envía al hombre distinguido para que éste estampe en una de sus innumerables hojas, si es poeta, unos versos; si es pintor, un dibujo; si es músico, una composición, etc. En su verdadero objeto es un repertorio de vanidad: cuando una hermosa, por otra parte, le ha dispensado a usted la lisonjera distinción de suplicarle que incluya algo en su álbum es muy natural pagarle con la misma moneda». Así lo describe Larra en 1833. No dejará de asomarse a los salones en todo el siglo XIX, y aun pervivirá en muchas casas hasta bien entrado este.

¿Nace en Cádiz?[91] ¿Procede de las hermanas Sicur? La canción que a ellas dedicaban los estudiantes de Medicina tenía un estribillo:

Las niñas de Sicur,
Sicur, Sicur, Sicur,
Sicur, Sicur, Sicur.

Que repetido de prisa da la palabra que más éxito ha tenido entre las creadas en el siglo XIX. ¡Qué cómoda resulta! Hasta hoy no se ha encontrado término que sirva para más juicios, siempre derogatorios. Quién imita lo bello con mal gusto. Quién presume de lo que no es. Quién hace gestos o dice palabras sentimentales sin venir a cuento. La gente elegante se parapeta en el vocablo para designar a los miembros de la burguesía que intentan ocupar las posiciones más altas de la sociedad. Los poetas contra quienes usan de sus mejores imágenes sin altura ni grandeza.

Cuando Fabián intenta describir a Gregoria, esposa de su amigo, la crucifica así:

«Era cursi en todos conceptos: cursi su virtud, cursi su hermosura, cursi su pretendida elegancia, cursi su lenguaje, cursi cuanto hallé en su vivienda. Era la más ridícula falsificación que puede imaginarse de todo lo culto, elevado y noble.»[92]

Lo cursi abarca mucho más. Un mueble de gusto hoy, puede ser mañana cursi. Como un traje. O un verso.

En el mundo español cuaja esta palabra porque se dan varias circunstancias que la abonan. En la revolución industrial que aunque en menor grado que en el resto de Europa se verifica en España, los señores de antes, milicia, marina, altos funcionarios civiles, se encuentran con pocos medios ecónomicos para mantener la posición social a la que están acostumbrados. Las hermanas «Miau» son un amargo ejemplo:

«Anoche me contó Bibiana Cuevas que en el paraíso del Real nos han puesto un mote: nos llaman las de «Miau»... porque dicen que parecemos tres gatitos, sí, gatitos de porcelana de esos con que se adornan ahora las rinconeras. Y Bibiana creía que yo me iba a enfadar por el apodo. ¡Que tonta!¿Somos la risa de la gente?... Somos unas pobres cursis. Los cursis nacen y no hay fuerza humana que les quite el sello... Seré mujer de otro cursi y tendré hijos cursis a quienes el mundo llamarán «los Michitos».[93]

(Pero si Abelarda fuera cursi de verdad, no lo sabría.)

Una tertulia puede convertirse en baile si alguien se sienta al piano. Desde esta improvisación al de gala de la Corte que preside con gusto Isabel II, la España del siglo XIX se apresura a contar y a trenzar pasos de baile. Hay academias como las del maestro Asinelli:

Aquí se enseña a danzar
con finura y perfección:
pero ponga su atención
el discípulo ilustrado
en que el mes adelantado
lo ha de dar con precisión.[94]

No hay duda que el baile abre las puertas de la sociedad y «al joven bien portado le da medio de agradar». Sirviendo esta necesidad surgen infinidad de libros sobre la enseñanza del baile, algunos traducidos del francés. Los pasos que se enseñan del rigodón tie-

nen nombres tan bonitos como el Verano, la Gallina, la Pastoral, el Molinete, el Entrelazado, el Caduceo, la Brillante Aurora, la Linda galatea. Excepción a esta delicada nomenclatura es «el Arre simple».[95]

Emoción a la entrada del baile. Etiqueta en los hombres, amplios miriñaques en las mujeres. Estas llevan el carnet en el que están marcados los bailes que interpretará la orquesta: los caballeros, previo permiso escogen el que más les va, escribiendo su nombre al margen. Cuando se termina el baile se acompaña la pareja a su sitio. Sentarse junto a ella está mal visto...

La aparición del vals, presenta un problema de gravedad, porque presupone una posición distinta entre los danzantes. Por vez primera el brazo del galán rodea la cintura de la muchacha, contacto infinitamente mayor del visto hasta ahora; en lanceros, rigodones, minuets no había más roce que el de los dedos y a algunos maridos les irrita la nueva posibilidad.

—Basta. Baila con quien quieras
aunque a mí me lleve el diablo,
pero el vals... de ningún modo.
—¡El vals que me gusta tanto!
—Bien. Yo valsaré contigo.
—¿Sí?
—Soy ágil como un sapo;
pero no importa. Aunque reviente
no quiero verte en los brazos
de un títere.[96]

Quien no bailaba, se refugiaba en un rincón con sus amigos. Como en el siglo anterior parece que el hombre, al casarse, se retira en cierto modo de los salones, mientras ella sigue triunfando. Esto provoca una situación delicada.

Las mujeres dan el tono
con sus gracias y sus lujos.
¿Qué hacen ellos en un baile
por ejemplo? Como búhos
se van todos agrupando
en el rincón más oscuro
de la sala...
...en el tresillo engolfados
discuten como energúmenos

sobre si echaste «la mala»
debiendo rendir el punto...
Y no sabe alguno de ellos
que mientras cuenta los triunfos
un galán le da codillo
y su esposa hace renuncios.[97]

Son referencias que todo español de la época comprende. Se trata de jugadas de tresillo, el juego que acapara las veladas de la mayor parte de nuestra burguesía. «Juego que ha hecho olvidar casi todos los juegos de baza», afirma uno de los numerosos tratados que se publican en la época. Según otros (Marco y Ochoa) «es invención española y participa del carácter reflexivo de nuestra atención». No sabíamos de estas cualidades específicamente españolas, pero evidentemente a las largas y aburridas veladas del tiempo especialmente en provincias va bien un juego en que notarios, boticarios y médicos creen hallar algo más que un simple entretenimiento, algo digno de intelectuales. El tresillo tiene 94 artículos en su reglamento y como su nombre indica juegan en él tres personas aunque haya siempre un cuarto «el zángano», a quien por cierto, si hay damas, le sirven ellas las cartas. El tresillo, dicen los tratadistas, es silencioso y sólo debe oírse «paso, «juego», «vuelta», «solo», «van». Hay «hombre», «contrahombre» y «contrario segundo» que es el tercer jugador y apoya al «contrahombre» contra el «hombre».

En la España del tiempo las esposas pueden estar contentas que su marido juegue sólo al tresillo y no por la libertad en que les dejan y que lamenta Bretón. Es que el tresillo es juego lento en que, aunque se apueste, las pérdidas son leves. La tragedia empieza cuando el hombre de la casa se acerca a las mesas de azar que hay en todas partes y los cuentos de la época repiten asuntos del jugador perdidoso, de la deuda de honor que no puede pagarse... del pistoletazo, en fin, al filo de la madrugada después de la mala racha. Para el jugador de ese tipo bailes o fiestas tienen exactamente la misma fisonomía de los días normales. Como el amigo de Larra que entra en un baile de Carnaval...

«...No entiendo todavía a Jorge cuando dice que estuvo en la función habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero «escarté». Toda la diferencia estaba en él con respecto a las demás noches, en ganar o perder vestido de mamarracho.»[98]

¿Jugamos, entonces, en un rincón? ¿Qué hace mientras la esposa? Ya hemos dicho que se divierte. ¿Hasta dónde puede permitírsele ello? Sigue un poco el problema del siglo anterior. De acuerdo con la influencia francesa era ridículo sentirse prematuramente celoso. Resultaba «provinciano». De acuerdo en el sentir español, en cambio, había cosas que no se podían tolerar. Total:

¿Qué recurso el mundo deja
a quien con celos batalla?
Es ridículo si calla
y mucho más si se queja,
Sí, señor: yo estoy celoso
y nunca la soltaría:
pero como esto en el día
dicen que es hacer el oso...
y el amiguito es tan pulcro
y la mujer tan taimada...
Está visto: no haré nada.
Y me echarán al sepulcro.[99]

El tipo que preocupa al honrado esposo es el joven de moda. Antes se llamaban petimetres, ahora se llaman lechuguinos, pollos, calaveras. Constituyen una minoría hoy como ayer sus predecesores, pero es una minoría visible, imposible de ignorar y fácil de satirizar. En muchos aspectos el lechuguino está en la misma línea del petimetre. Como en el siglo pasado ese tipo se obsesiona con la moda de tal forma que hace concebir serias dudas sobre su masculinidad:

Es un fatuo, un botarate,
postdata de hombre: el non plus
del lechuguinismo: enclenque
periquito entre ellas... ¡Puf!
¡Qué peste! Siempre moneando,
siempre cantando el «Mai piú».[101]

Porque el lechuguino entiende sólo de ópera y ésta es aria famosa que no puede olvidar. En realidad es inocuo y no molesta a nadie. Se pasea, se exhibe, va de un lado a otro con cotilleos, y naturalmente no trabaja.

Hay otro tipo más peligroso que prefiere colocarse al margen de la sociedad a ser su penacho o su lujo. Es el «calavera». ¿De

dónde saldría la palabra? ¿Quizá de la que se topó el galán que diera origen a la leyenda de don Juan Tenorio. ¿Quizá por las muertes que puede causar con su desvergüenza y valentía? El caso es que es adjetivo que llega casi hasta nuestros días (prácticamente hasta la guerra civil española) como símbolo de hombre juerguista, alegre y amante de las mujeres, partidario de las noches largas y de los días cortos.

Larra los estudió con gran atención y los dividió en varias categorías. Según él existe el calavera silvestre u hombre de la plebe que suelta un garrotazo o da con la navaja el lucero del alba. En realidad es el guapo del barrio. Su *alter ego* de los barrios altos es el «calavera langosta», capaz de abofetear a quien le caiga mal y desafiarse a muerte sin inmutarse. Jugador y pendenciero por naturaleza. El «lampiño» y el «temerón» son dos estadios en la edad de calaveras que frecuentan el billar y cafés, son amigos de prostitutas, gastan bromas de mal gusto con acompañamiento de quienes les ríen las gracias. Corresponde a nuestro gamberro de hoy.

Hay luego el calavera de buen tono. Es el más simpático, pone su frivolidad al servicio de la sociedad y divierte a la compañía. Tiene la cultura justa para ello, es decir, que lee a Paul de Kock, a Walter Scott, a Fenimore Cooper, a Voltaire, a Pigault Lebrun que son temas de conversación obligada. Para poder hablar con todos aprende francés, inglés, italiano y monta a caballo para seguir siendo «adlátere» perfecto en el Prado. Algún amor con una casada sin excesiva complicación, algún desafío «a primera sangre» completa y redondea el tipo.[102]

A este título aspiraba el protagonista de López de Ayala:

> *...es forzoso*
> *hacer algo, ganar fama.*
> *No he tenido un desafío*
> *importante, ni una mala*
> *aventura escandalosa,*
> *ni he sido ministro... ¡Nada!*[103]

Una mezcla de lechuguino y calavera acaba dando el «pollo» nombre que también ha llegado prácticamente hasta nuestros días. Según Fernández de Córdoba fueron bautizados por el marqués de Santiago que, cansado un día del alboroto que armaban los muchachos de la aristocracia en un salón, gritó: «Callen los pollos.» Según Pérez Galdós, en cambio, la responsable del nom-

bre fue una dama que en 1846 explicó la razón de su negativa a la apasionada declaración de un joven, mientras tomaba el brazo de un señor de cuarenta años, «¿Por qué no? —Porque es usted todavía demasiado pollo»:

Desde que a mi patria he vuelto
dudo si estoy en mi patria.
He oído decir que hay pollos
que saben francés y bailan.
¿Es que usan los hombres cresta
aquí, o es que las aves parlan?
—No, tío: los pollos son,
corregida y aumentada,
la edición del currutaco,
del petimetre, una cáfila
imberbe que, sin saber,
por ejemplo, quien fue Wamba,
censuran obras ajenas,
fastidian a las muchachas
y no saben hacer más
que el nudo de la corbata.[104]

* * *

El amor conduce a los celos, éstos a menudo al desafío, al duelo. «La cosa —cuenta Larra— fue escandalosa y el mundo exigía una reparación. Carlos hubo de dársela. Eduardo fue retado, y llamado yo como padrino no pude menos de asistir a la satisfacción... Una mujer había faltado y el honor exigía en reparación la muerte de dos hombres. Es incomprensible, pero cierto.

»Se eligió el terreno, se dio la señal y los dos tiros salieron a un tiempo: de allí a poco había expirado un hombre útil a la sociedad. Carlos había caído, pero había quedado en pie su mujer y su honor... ¡He aquí el mundo! ¡He aquí el honor! ¡He aquí el duelo!».

La contradicción es típica del siglo. Larra hace sarcásticas declaraciones sobre la costumbre... pero cuando le llaman para asistir a la acción que repugna lleva, con su presencia, su aprobación al crimen. ¿Por qué? Porque no hay más remedio. Por lo mismo que decía en el siglo anterior *El delincuente honrado,* de Jovellanos: «Mientras el honor siga eternizado donde le han puesto... mientras

todo el mundo se ría del que se deja injuriar impunemente o del que acude a un tribunal para decir «Me han injuriado», será forzoso que todo agraviado elija entre la muerte y una posición ridícula en sociedad... y el mismo juez que con la ley en la mano sentencia a pena capital al desafiado, indistintamente o al agresor, deja acaso la pluma para tener la espada en defensa de una ofensa personal».[105]

¿Hay, pues, una persecución legal? No. Los jueces sólo aceptan lo que ocurre oficialmente y los muertos y heridos acostumbran a serlo «por estar examinando una pistola» o «aprendiendo esgrima». «Nadie hay quien ignore su triste fin y las causas de él» escribe *La Ilustración Española y Americana* al pie del retrato del infante don Enrique, muerto en duelo por el duque de Orleans.[106]

No hay posición ideológica que pueda proteger a un español del siglo contra esta presión social del «qué dirán». León Roch, ejemplo que Pérez Galdós ofrece del hombre moderno, despegado de todas las tradiciones españolas lo define así: «El duelo es un absurdo que se acepta: un asesinato fiado al acaso y a la destreza que a veces se nos impone con fuerza invencible. Yo acepto este asesinato contigo, cuando quieras...»[107]

La mayoría de los duelos se hacen por motivos femeninos, o mejor dicho, por motivos conectados con los femeninos. Un hombre puede odiar y aun despreciar a su esposa, pero si hablan mal de ella irá al campo del honor porque están mancillando su nombre. Otros están sencillamente provocados por el odio de un provocador y duelista profesional. En *Lances de Honor,* de Tamayo y Baus, el protagonista basa su negativa a batirse en su auténtica, entrañable religiosidad. ¿Cómo puede un católico ferviente exponer algo que no es suyo, su vida y la ajena por una obligación social? Y el rival fracasa en sus provocaciones... hasta que le abofetea en plena calle.

«A la luz del día... en medio de la calle... ¿delante de quién me presento yo con un rostro abofeteado?»

Y es en vano que su esposa le recuerde sus propias palabras.

> —Mártir del deber, álzate ufano delante de Dios. ¡Acuérdate del cielo, Fabián!
> —¡El cielo no se acuerda de mí!
> —¡Por Dios!
> —¡Ni por Dios sufro yo un bofetón![108]

La obra termina con lo que el autor aspira que sea una moraleja, la muerte de los hijos de los desafiados, pero la eficacia de su

lección es la misma que la de otros moralistas, es decir, nula. Durante todo el siglo prosigue el desafío y el duelo subsiguiente. Entran a formar parte de las causas distintos factores. Por ejemplo, la libertad de prensa permite ataques personales (o generales que toman para sí algunos lectores.) Hay también las sesiones parlamentarias con sus alusiones o ataques directos: puede ofenderse gravemente incluso saliéndose del salón cuando alguien va a hacer uso de la palabra.

Si no hay más sangre en los amaneceres españoles es debido a varios matices. Muchos de los desafíos no terminan en duelo porque los padrinos llegan a una componenda: los individuos que han intervenido reconocen no haber querido ofender uno al otro «retirando» lo insultante. Algunos llegan al campo del honor y se baten «a primera sangre» con lo que basta un arañazo en un brazo para darse todos por satisfechos. Otros, en fin, procuran que la policía se entere del lugar y hora de la cita para que puedan interrumpirles a tiempo. Por otro lado sólo la sociedad que está en la parte superior de la vida española, sea por dinero, aristocracia, arte, política, se siente en la necesidad de cumplir con ese ineludible deber. Quien ambicionaba ser algo o se había encontrado con obligaciones de nacimiento tenía que ser moderado en sus expresiones y sentimientos si no quería recibir la tarjeta premonitoria de un desafío.

Pero cuando alguien por chulería o amor a una casada buscaba el camino de la provocación era difícil la evasiva...

¿Está dado a Barrabás
este hombre? Según las trazas
me quiere desafiar.
¿Es delito ser marido?
¡Buena está la sociedad!
No basta el amor: no basta
la bendición del altar,
ni constar como casado
en el padrón vecinal.
No señor, no: que amén de eso
tiene uno que conquistar
a estocadas la pacífica
posesión de su mitad.[109]

A fines del siglo, surge el libro *Lances entre caballeros,* del marqués de Cabriñana que será la Biblia de todos los duelistas.

Su autor no defiende el duelo, pero dado que existe quiere darle normas para que haya en él una seriedad y método. Precisa, por ejemplo, que las ofensas pueden ser por acción u omisión: negar el saludo a un caballero... volverse de espaldas cuando alguien nos dirige la palabra... Estas son ofensas leves. Siguen las graves y las gravísimas, que nacen del golpe, guante, mano, bastonazo, botella y agarrar a un caballero por las solapas, «quien toca pega».

Ante ofensa leve se puede elegir armas y si grave cabe escoger armas y duelo (al mando, a la señal, a pie firme o marchando). Si la ofensa es gravísima el ofendido puede escoger, además, la distancia a que se coloquen los rivales. Estas condiciones son discutidas por los representantes respectivos entre los cuales aconseja Cabriñana no se nombren sordos «porque no se entera de las voces de mando en el terreno y causa mil molestias a los demás padrinos al discutirse el asunto origen del desafío».

Si el sordo es alguno de los duelistas no puede haber desafío a pistola ni a voz de mando. «Substituir las voces o palmadas por toques de instrumento de música o por detonaciones de armas de fuego». Mencionando otros fallos físicos, Cabriñana cree que los miopes pueden batirse según la vista, los tuertos de cualquier forma y los cojos no pueden ni deben batirse al arma blanca.

¿Pero es que tampoco los físicamente inferiores se libran de la ley del honor? No, si son ellos los ofensores. Con ello quiere Cabriñana impedir que alguien se aproveche de sus defectos para insultar a placer.

Porque el autor de «*Lances de Honor*» cree que cuando se llega al terreno hay que proceder en serio. Le parece, pues, inaconsejable el duelo a primera sangre y los gestos gratuitos de generosidad. Si uno dispara al aire cuando ha llegado su turno puede ser que intente simplemente evitar el peligro que le acecha. Define Cabriñana: «Si lo hace el agresor (ofensor) el ofendido conserva el derecho de disparar cuantas veces se haya estipulado.»

¿Cómo se dispara? Marcando las distancias de veinticinco a treinta y cinco pasos, y si es marchando de veintiocho a treinta y dos. Los padrinos se colocan todos al mismo lado resguardados por árboles u otros accidentes del terreno. El director del combate grita ¿Listos?... Sí; uno, dos, ¡fuego! Se baja la pistola a la primera voz, se apunta a la segunda y se dispara a la tercera... La posición mejor es de perfíl ofreciendo la cadera en lugar del vientre. «no tiene nada de estética —reconoce el autor— pero es, en cambio, práctica».

Los sables deben ser desinfectados con ácido fénico y no es recomendable la cazoleta ancha ni guantes de gamuza o cabritilla. La razón es que cuanto menos resistencia encuentre el sable adversario más pronto podrá producirse una herida que termine el combate sin necesidad de buscar las partes vitales del adversario (Cabriñana es duro, pero no cruel). Los combatientes avanzan al grito de «adelante» y se detienen al de «alto». Si es necesario lo interrumpirán los padrinos con espada o bastón fuerte. El alto es automático si hay caída, rotura de espada o herida. Los asaltos duran de tres a cinco minutos.

BIBLIOGRAFIA DEL SIGLO XIX

Díaz-Plaja, Fernando: La vida española en el siglo XIX. Madrid 1952.

(1) Bretón de los Herreros, M.: *El pelo de la deshesa,* II-10, 1837.
(2) *Diario Oficial de Avisos de Madrid.* 2-VIII, 1890.
(3) Bretón de los Herreros, M.: *Medidas extraordinarias o los parientes de mi mujer.* Madrid, 1837, I-1.
(4) Pérez Galdós, Benito: *Fortunata y Jacinta,* Madrid, 1870, o. c. T. V,. página 103.
(5) Gautier, Teófilo: *Viaje por España.* París, 1840. Ed. esp. Madrid, año 1932. I, p. 152.
(6) Larra, Mariano José de: *Casas Nuevas,* Artículos de Costumbres, Madrid, 1923.
(7) Alarcón, Pedro Antonio de: *El Escándalo,* 1861, p. 1.
(8) Codina: *Tratado completo de Higiene,* 1880.
(9) Bretón de los Herreros, M.: *El brasero* «Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX, reunidas por J. Valera. Madrid, 1904.
(10) J. M. de Andueza: *La criada.* «Los españoles vistos por sí mismos», Madrid, 1851, p. 30.
(11) Pérez Galdós, Benito: *Fortunata y Jacinta,* O. C. T. II-206.
(12) *La vida madrileña*: Madrid, 15-XI-1877.
(13) Zorrilla, José: *Recuerdos del tiempo viejo,* p. 131.
(14) *Semanario Pintoresco:* 9-X-1836.
(15) Tamayo y Baus: *Lo positivo,* Madrid, 1862, II-4
(16) Idem.: *Del dicho al hecho...,* Madrid, 1863, II-2.
(17) Pérez Galdós, Benito: *La familia de León Roch.* Madrid, 1878, OC., Madrid, 1941, V-804.
(18) *Las Noticias:* Madrid, 15-XI-1864.
(19) *El Nuevo Avisador:* Madrid, 22-11-1844.
(20) Flores, A.: *Ayer, hoy y mañana.* Madrid, 1863.
(21) *El Mensajero:* 12-X-1855.
(22) Inglis: *Spain in 1830,* Londres, 1831, pp. 186.
(23) *El Correo Universal:* 16-VI-1870.
(24) *Diario de Avisos de Madrid:* 3-VI-1825.
(25) Pérez Galdós, Benito: *La desheredada,* O. C., V-992.

(26) *Diario de Avisos de Madrid:* 14-XII-1825.
(27) Idem., idem.: 18-IV-1825.
(28) *El Nuevo Avisador:* 22-11-1844.
(29) Trueba, A de: *Querer es poder.* Chicago, 1822, p. 32.
(30) Castro y Serrano Pardo de Figueroa, J. de: *La Mesa Moderna,* cit., Correo Erudito, 1-138.
(31) *Correo Erudito,* Madrid; II-162.
(32) Bretón de los Herreros, M.: Un tercero en discordia. Madrid, año 1839, I-2.
(33) Larra, Mariano José de: *La fonda nueva.* Artículos de costumbres.
(34) Pérez Galdós, Benito: *Fortunata y Jacinta.* O. C., V, p. 68.
(35) Bretón de los Herreros, M.: *Marcela o cual de las tres.* Madrid, 1831, II-1.
(36) Idem.: *El pro y el contra,* 1888, t. I, p. 1.
(37) Pérez Galdós, Benito: *Fontana de Oro,* O. C., t. IV, p. 130.
(38) Larra, Mariano José de: *Nadie pase sin hablar al portero.* Artículos de costumbres.
(39) Barrera, P.: *Dos cuadernos,* 1868.
(40) Mesonero Romanos: *Escenas matritenses,* 1837.
(41) Larra, Mariano José de: *Vuelva usted mañana.* Artículos de costumbres.
(42) Pérez Galdós, Benito: *Miau,* O. C., t. V, p. 572, ref. 1888.
(43) Fernán Caballero: *La Gaviota.* Obras completas, Madrid, 1895, t. II, p. 473.
(44) Larra, Mariano José de: *El casarse pronto y mal.* Artículo de Costumbres.
(45) Oriol y Bernardet, J.: *Las reglas de urbanidad para niños y niñas.* Barcelona, 1843, p. 9.
(46) Condesa de Espoz y Mina: *Memorias.*
(47) Codina, José: *Tratado completo de urbanidad en verso para uso de los jóvenes ilustrado con notas sobre el modo de producirse cortesmente.* Manresa, 1850.
(48) Garcés de Marcilla: *El Consejo de la Infancia. Moral, Urbanidad e Higiene y breve reseña de Historia Sagrada.* Madrid, 1861.
(49) Fernández de Córdoba, F.: *Memorias íntimas.* Madrid, p. 18.
(50) Ford, Richard: *The Spaniards and their country.* Nueva York, año 1848, p. 124.
(51) Bretón de los Herreros, M.: *A Madrid me vuelvo.* Madrid, 1876, I-4.
(52) Larra, Mariano José de: *Yo quiero ser cómico,* Artículos de Costumbres.
(53) Tamayo y Baus: *Lo positivo,* 1862, II-4.
(54) López de Ayala, Abelardo: *Consuelo,* 1818, III-2.
(55) Larra, Mariano José de: *Los Toros.* Artículos de Costumbres.
(56) Fernán Caballero: *La Gaviota,* p. 25.
(57) Rodríguez Rubí: *El Toreo, Los españoles vistos por sí mismos.*

(58) Tapia, Eugenio de: Obras B A E T. 67, p. 619.
(59) *El Fandango:* 15-1845.
(60) César Romano: *Un protector del bello sexo,* 1853.
(61) La vida madrileña: Revista ilustrada, 15-XI-1877.
(62) El siglo ilustrado: Madrid, 21-X-1867.
(63) Auset «El mayoral»: *Los españoles vistos por sí mismos.*
(64) De la Fuente, V. de: El estudiante. Los españoles pintados por sí mismos. M. 1853.
(65) Campillo, Narciso: *El Bandolerismo.* La España del siglo XIX. Madrid, 1887, p. 566.
(66) Didier, Charles: *Une année en Espagne,* París, s.f.
(67) Ruiz Aguilera, V.: *El libro de la patria.* Madrid, 1869, p. 28.
(68) Mesonero Romanos: *Memorias de un setentón.* Madrid, 1880, página 38.
(69) Anónimo: *El aguador y el misántropo.* Madrid, 1866, I-1.
(70) Straforello, G.: *Una corsa in Spagna.* Roma, 1894, p. 60.
(71) Gorostiza, M. E. de: *Indulgencia para todos.* Madrid, 1818, II-7.
(72) Flores, A.: *La Botica.* Los españoles vistos por sí mismos.
(73) Serra, Narciso: «Don Tomás». Madrid, 1858, II-1.
(74) Pérez Galdós, Benito: «El doctor Centeno», 1-1369.
(75) Idem.: «Fortunata y Jacinta». 1-344.
(76) Larra, Mariano José de: Carta última de Andrés Niporesas. Artículos de Costumbres.
(77) Idem.: «Fígaro a los redactores de *El Mundo.* Artículos de Costumbres.
(78) Idem.: ¿Entre qué gentes estamos? Artículos de Costumbres.
(79) Nombela, Julio: «Impresiones y recuerdos». Madrid, 1909.
(80) López de Ayala, Abelardo: «El tanto por ciento», II-6.
(81) Alarcón, Pedro Antonio de: «La prodiga» 1882 Lib. III.
(82) Bécquer, G. A.: «Rimas» Obras completas, Madrid, 1949.
(83) Bretón de los Herreros, M.: «Me voy de Madrid 1835, 1.
(84) *La Luna,* 1848.
(85) *El Defensor del Bello Sexo.* Madrid, 5-X-1845.
(86) Vega, Ventura de la: *Un hombre de Mundo,* 1845, I-1.
(87) Debrowski, Ch.: *Deux ans en Espagne pendant la guerre civile,* París, 1841.
(88) *Reglamento de la Agencia de Matrimonios titulada Museo de la Juventud,* cit, Salas, X de: Correo Erudito, t. II, p. 227.
(89) Nombela, Julio: *Impresiones y recuerdos,* Madrid, 1909.
(90) Larra, Mariano José de: *El Album,* Artículos de Costumbres. 1833.
(91) Adolfo de Castro, 1857: Ramón Solís, ABC, 1961.
(92) Alarcón, Pedro Antonio de: *El Escándalo.* Lib. V. cap. VI, 1861.
(93) Pérez Galdós, Benito: *Miau,* O.C. t. V, p. 623.
(94) Debrowski, Ch.: idem. p. 87.
(95) Biosca, Antonio: *Arte de danzar o reglas e instrucciones para los aficionados a bailar las contradanzas francesas o rigodones,* Barcelona, 1832.

(96) Bretón de los Herreros, M.: *El pro y el contra,* 1838, I-10.
(97) Idem: *El pelo de la dehesa,* II-1.
(98) Larra, Mariano José de: *El mundo todo es máscaras.* Artículo de Costumbres, 1833.
(99) Anónimo: *Un día de campo o el tutor y el amante,* Madrid, 1839, II-9.
(100) Larra, Mariano José de: *En este país...* Artículo de Costumbres.
(101) Bretón de los Herreros, M.: *Marcela o cual de los tres,* 1831, I-1.
(102) Larra, Mariano José de: *El calavera.* Artículos de Costumbres.
(103) López de Ayala, Abelardo: *El tejado de vidrio,* I-11.
(104) Serra, Narciso: *Un huésped del otro mundo,* 1854, Acto único, e. 6.
(105) Larra, Mariano José de: *El Duelo.* Artículo de Costumbres.
(106) 25 de marzo de 1870.
(107) Pérez Galdós, Benito: *La familia de León Roch.* 1878, O. C. L. V. p. 927.
(108) Tamayo y Baus: *Lances de honor,* 1863, II-20.
(109) Bretón de los Herreros, M.: *Ella es él.* Acto único, e. 12, 1828.
(110) Cabriñana, Marqués de: *Lances de honor,* Madrid, 1899.

EL FLEXIBLE
(Siglo XX)

ASPECTO DE LA CALLE

Calle, café, café calle se entreveran en la vida española de primeros de siglo, sobre todo cuando la temperatura permite adelantar el café a la terraza, es decir, a robar parte de la calle. «Allí apenas haya hecho sonar las palmas —habla Fernández Florez—, oirá un maullido. Como salida del asfalto una mujer con dos niñas estará frente a él mascullando una súplica, luego vendrá un hombre misterioso, después una orquesta de ciegos, en seguida dos obreros sin trabajo; más tarde un sujeto que toca la guitarra y obliga a una anciana a cantar *El soldado de Nápoles,** y un cojo y un manco y un hombre metido en un carrito, y más ciegos, y una muchedumbre de padres y madres de familia que se han lanzado a la mendicidad...»[1]

A pesar de todo ello, los cafés se abarrotan y el mundo se divide en dos grupos. Los que pasan y miran a los sentados en el café y los que sentados en el café, miran pasar a la gente.

¿Qué aspecto tiene ésta? Todavía muy variado. Americana y hongo para las personas de media categoría, sombrero de copa para los importantes, al menos hasta la guerra europea en que caerá como una víctima más de la contienda. El chaqué lo llevan los altos jefes en las oficinas y hasta hoy se ha mantenido como obligatorio para visitar a altas personalidades, y casarse. La levita, en cambio, desaparece sin dejar rastro.

El primer sombrero igualador es el de paja, que aparece naturalmente en estío y es «independiente mientras el de copa es conservador; el hongo, liberal; la gorra, socialista; el flexible, es demócrata; el ancho oscila entre ambas tendencias y la boina es hasta regionalista».[2]

* De una zarzuela de la época.

En los pies la bota de elástico va retirándose ante el zapato, pero hay un pudor tan grande de mostrar la pantorrilla que se mantendrá durante muchos años un compromiso: el del botín. La dificultad aumentaba si se piensa que los calzoncillos antiguos eran largos y sujetaban con sus cintas al calcetín lo que hacía posible que se viera aquella prenda interior al cruzarse de piernas. De ahí la resistencia que opusieron los elegantes durante mucho tiempo a mostrar el tobillo. Las ligas mantendrán, en cierto modo, la tirantez del calcetín, pero incluso llegará la moda de llevarlos arrugados y acordeonados.

Ir sin sombrero no se concibe, y con él se entra en todas partes. Los personajes de *Tristán o el Pesimismo*[3] hablan con él puesto en el saloncillo del Ateneo de Madrid, y el mismo protagonista se desespera al volársele el sombrero por la ventanilla del tren porque tendrá que cruzar el andén y meterse en un coche destocado. Los pollos bien de *Corazones sin rumbo,* lo usan desde la puerta del patio de butacas para saludar a las amistades.[4]

¿Y la capa? Atraviesa alzas y depresiones. En 1912 se queja Petimetre, el cronista de modas de *Blanco y Negro,* que esa prenda netamente castiza había quedado relegada a las clases populares y que sólo Menéndez Pelayo, Ramón y Cajal, Salaverría, Zayas, y otros, se habían mantenido fieles a ella. Pero ahora resurge de nuevo, advierte jubiloso. Su lucha con el gabán seguirá encarnizada y acabará perdiéndola en cuanto haya que subirse a un tranvía o meterse en el metro.

Después de la guerra europea aparecerá la «trinchera», de evidente resonancia bélica (uniforme del oficial británico) y que se llevará caprichosamente en mal estado de planchar y abandonada. A ésta substituirá el «pluma», más ligero, y por fin la gabardina de hoy mezcla de ambas.

Ya hay quien lleva reloj de pulsera en 1918, pero son los menos. También nace en esta época la maquinilla de afeitar, pero, ¿quién abandona al amigo barbero? Y el encendedor (1913). Y la pluma estilográfica y la máquina de escribir. «¡Qué impersonal!», se lamenta el personaje de Linares Rivas (Fantasma).

Pasan las señoras. Por espacio de muchos años lo que pasa es una S más o menos movida con gracia. La uniformidad del aspecto de las damas, nunca ha habido tanto tipo parecido, la da naturalmente el corsé, «que, según la condesa de Pardo Barzán, modelaba divinamente el cuerpo».[5] En vano se oponen los médicos e higienistas. «Prensa perjudicial», la prueba es que lo primero que

hacen los que rodean a una desmayada es aflojar o soltarle del todo el corsé para que respire mejor. Al menos, imploran a sabiendas de lo poco que puede la ciencia contra la moda, al menos no usen esa tortura más que para los actos de sociedad...

La mano izquierda va a menudo recogiendo la cola, es la primera y difícil prueba para la muchacha que ponen de largo. Luego hay que saberla llevar con gracia para no barrer con ella el suelo, no demasiado limpio, y se aconseja al que no tenga coche que no la use.

En la cabeza, naturalmente, el sombrero, sino, mantilla; las jóvenes hasta la guerra española boina, pero siempre algo.

La gran revolución la da la falda corta que se asoma tímidamente en 1915, y que triunfa totalmente en la oleada de cambios que siguen a la Guerra Europea. Para los escritores y dibujantes es una mina de posibilidades humorísticas.

«Pues que se perdió la niña en el Retiro y va un guardia.

»—¿Por qué lloras, niña?

»—Que estaba paseando con mi mamá y me he perdido.

»—Y tú, ¿por qué no vas cogida de la falda de tu mamá?

»Y va y le contesta la niña:

»—¡Porque no llego!»[6]

Es también la época del pelo corto «a lo garçon», ocasión de innumerables peleas familiares. También llega la permanente que resulta, además, una prueba de igualdad social. Cuando la criada de la casa asegura que va a la peluquería las señoras ancianas mueven la cabeza aterradas, «hasta los gatos quieren zapatos».

Poco a poco se usa el maquillaje, que antes era sólo para «esa clase de mujeres». En 1900 ya se piensa que, para la noche en el teatro con luz eléctrica fuerte, no hay más remedio que darse un poco de color.

La boca tiene que ser pequeña —la cerecita, según el cumplido habitual— contrastando con los ojos grandes. Para ello naturalmente hace falta el lápiz y el «rouge», que después de la guerra europea, va llegando, de arriba abajo, a todas las clases sociales.

Pasan también los niños. A primeros de siglo van vestidos de terciopelo negro, cuello de encaje, es decir, el traje de Lord Fauntleroy. Este atuendo se sustituirá por otro que tendrá tal acogida que durará hasta hoy. Me refiero al traje de marinero.

Vestido de marinero
sobre la cinta morada

el nombre de un submarino
escrito en letras doradas.

Recordaba de su infancia Agustín de Foxá.

Cambia la inscripción de la gorra «Almirante Cervera», «Lepanto» y aun desaparece ésta, pero el traje sigue para la más solemne de las ceremonias infantiles como es la comunión, o simplemente, para ir de visita o esperarla. Nadie ha conseguido explicarme jamás la razón de esta fidelidad asombrosa a la Marina. ¿Qué tiene que ver el buque de guerra con el acto divino? Es cierto que al niño le gusta imitar a las fuerzas armadas, pero jamás se ha dado el caso de un muchacho que acuda a la Santa Misa de soldado de infantería, ni siquiera, lo que sería más propio, de Alférez Piloto de Aviación.

En los años treinta se intenta una nueva moda que permite salvar el difícil momento del paso de pantalón corto al largo sin que el niño aparezca como un enano o el vello advierta de su incomodidad interna. Son los pantalones «golf», o bombachos, que iniciados en la línea clásica inglesa, fueron bajando la vuelta hasta casi rozar los zapatos y calcetines escoceses de color vivo. Desaparecieron también con la guerra civil.

* * *

«Hay que desengañarse: donde esté un buen tren con un buen tronco de caballos y unas buenas manos *pa* presentarlo que se quiten los automóviles».

Es la clásica e inútil seguridad del anticuado. Los que se quitaron fueron, naturalmente, los coches de caballos, y los automóviles entran en la vida española con tremenda fuerza, a pesar de los nostálgicos y las víctimas que causan como en la carrera París-Madrid de 1903, que tuvo que suspenderse a la mitad ante los accidentes mortales. Los coches de caballo irán retirándose a menesteres más modestos y acabarán sirviendo sólo para comitivas fúnebres.

El automóvil avanza ruidosamente, y, por si fuera poco, el ruido del motor se acompaña con variaciones musicales del claxon «mugido de monstruo», notas de clarín... pedazos de valses, trozos de cuplés... en 1913. Ya en 1923 hay un escritor, González Blanco que advierte del peligro que estos ruidos conjuntos producen en el ciudadano y pide a los sicofisiólogos de la vida cotidiana que estudien científicamente esos problemas.

El automóvil transforma la vida. La gente empieza a descubrir paisajes, hasta entonces innaccesibles, y la sociedad cambia formas acomodándose en parejas con mayor libertad. En lo humano nace un nuevo tipo. El chófer cuyo uniforme con «brichis» y leguis le convierten automáticamente en el atractivo número uno de la clase de las criadas.

Hay un traje especial para ir en automóvil que durará mucho tiempo, todo el que requiera la protección del viajero contra el polvo. Guardapolvos, antiparras, gorra, velo blanco y, en 1913, se inventa un cubrepolvo transparente, dotado de capucha que permite a las señoras encerrarse enteramente para llegar a la casa donde la esperan en perfectas condiciones de conservación.

Pasa un ama de cría. Objeto de lujo, la mejor tratada de todo el servicio doméstico, con cuentas y abalorios recargando un traje vistoso y ampulosas formas. Santanderina o gallega, tiene un buen sueldo. Veinticinco duros y vestida, describe un personaje de Arniches en 1927.[8] La comida no se menciona porque la madre se queda si es necesario sin comer para darle lo que apetece a la que cría a sus hijos.

Pasa y repasa el mendigo, eterna visión de las calles españolas y constantemente aludidos por los escritores de la época. Salaverría, dice que en realidad a los españoles les gusta que exista el pobre de pedir limosna, como un «memento» que es interesante ver continuamente ante nosotros.[9]

En 1918 ha aparecido en las calles un tipo curioso. El hombre anuncio, que va vestido casi siempre con la elegancia arruinada de un «Charlot», y se contonea con frac, monóculo y flor en la solapa. El periodista llama a su entrada una más «entre las arriesgadas extravagancias y las exóticas inventivas extranjeras».[10]

CULTURA

Un año cualquiera: 1913. Se publican en sus doce meses obras de Leopoldo Alas (Clarín), Ricardo León... Pérez de Ayala saca a la luz *Troteras y danzaderas;* Pío Baroja, *El aprendiz de conspirador;* Martínez Sierra, *La casa de primavera;* Marquina, *Elegía;* Alberto Insúa, *La hora trágica...*

¿Esto es lo que leen los españoles? Algunos. La mayoría siguen aferrados al folletín que la condesa de Pardo Bazán denunció a

primeros de siglo como algo que siendo literario durante el apogeo del romanticismo, ha descendido «a la sima de la última bajeza».[11]

En ellos aparecen madres que buscan a sus hijos cruzándose con hijos que buscan a sus padres, presos que se fugan de cárceles sombrías, venenos que los Borgia dan a sus enemigos políticos. Y todo esto, a menudo, ni siquiera lo escribe el que firma, que ha descansado su tarea en un «negro» a quien le da parte de su exigua retribución.

El folletín se transforma en las llamadas novelas por entregas; la primera de ellas llega a las casas misteriosamente deslizada por debajo de la puerta. Lleva una portada en colores y, antes y después del texto, unos anuncios de batería de cocina bastante incongruentes con el tema. El primer capítulo tiene, naturalmente, la ambición de interesar a los lectores para que se subscriban a los siguientes. El autor, sabe que la mayoría de las muchachas de servicio que los devoran no gustan de descripciones largas ni de paisajes explicados punto por punto y la entrega que llegó un día a mis manos se iniciaba textualmente así:

> —«¿Me amas Isabel?
> —Cómo no voy a amarte, Rodolfo mío? —contestó la hermosa joven ofreciendo la rosa de sus labios al beso del amado—. Tú eres todo para mí. Sin ti, ¿qué sería de mí y del tierno hijo que llevo en las entrañas?»

Repito que era el primer capítulo y las primeras líneas. Con ellas el lector se encontraba de pronto en la más completa de las intimidades con los protagonistas del drama. (Rodolfo e Isabel, naturalmente, eran separados por un malvado calumniador y se buscaban en vano durante varios capítulos hasta llegar a su felicidad final).

Y, sin embargo, en el resto de la sociedad española hay cada vez mayor interés cultural. En una obra de Dicenta, encontramos asombrosamente una noticia del mercado artístico.

—Mira lo que está pasando con los Grecos. Andaban a tres perras, en cambio los Murillos por las nubes andaban. Hoy saltó la moda y tienes a Greco en las nubes y a Murillo en las alcantarillas. ¡Grecos! ¡Vengan Grecos!»[12]

La moda cultural se va extendiendo como mancha de aceite. Las nuevas doctrinas nacidas con la Guerra Europea, cubismo, surrealismo, van introduciéndose en la conversación de sociedad, y su eco llega a la mayoría que sabe del hecho sino de su signifi-

cado. Los ballets rusos producen en España el mismo impacto que en otros lugares, e igualmente Picasso. Cuando el científico toca nuevos temas se hace a su vez popular aunque no se siga totalmente su idea. Este es el caso del doctor Marañón de quien la gente en general no conoce sus teorías de la Endocrinología, pero sí que ha dicho que don Juan era un afeminado. (El doctor no afirmó esto, naturalmente). Y así un autor, Muñoz Seca, puede incluir en *La Plasmatoria* una escena en que don Juan Tenorio, recreado por artes mágicas, y tras de su fantasmagórica aparición, se adelanta a las candilejas preguntando iracundo, espada en mano: ¿Dónde vive Marañón?

DEPORTE

Los deportes entran lentamente en la vida española. Sigue el caballo y la esgrima como mezcla de utilidad —transporte, posibilidad de un duelo —y elegancia, pero los ejercicios «gratuitos», los deportes por el mero hecho de hacerlos se van copiando del extranjero.

Especialmente de Inglaterra que nos da el que por muchos años se llamará todavía con su nombre completo. El *lawn-tennis*. Pueden jugarlo también las señoritas, siempre que se vistan adecuadamente.

«Una vez la jugadora... con su falda al tobillo, el corpiño o blusa bastante suelto para facilitar todos los movimientos puede sacar por bajo que es más frecuente o sacar por alto que es lo más arriesgado...» De este tímido principio de 1903[13] subirá la jugadora española hasta la altura de Lilí Alvarez en los años treinta.

Mucha gente se conforma con un juego, que está descubriendo lo magnífico que es el aire libre a pesar del temor a las corrientes; tan española!, su aire es sosegado y permite conversación y flirteo al margen de las jugadas. El teatro ofrece continuamente alusiones al «croquet».

Titín. —Bueno, soy el as del «croqué». He *jugao* una cafrada.

Nene. —Haciendo trampas. ¿Porque *verdá* usted que el último golpe no se puede tirar a menos de un «mallé»?[14]

Quien quiera un deporte, juego con poco ejercicio, pero que permite varias posturas y, por tanto, muy bueno para el coqueteo, usa el «diábolo». Sobre la cuerda tensa entre dos palos, el doble

cono oscila de un lado para otro —la mano izquierda un poco más baja que la derecha— y de pronto, ¡zas! sale zumbando al aire. La cuerda tensa debe recibirle por el cuello y vuelta al juego. Hay varias combinaciones posibles, como por ejemplo, lanzarla un jugador y que lo recoja otro, mantenerse en una zona acotada y no salirse de ella mientras recoge o lanza, etc. A primeros de siglo está muy en auge y una ventaja es que pueden jugarlo las señoras sin siquiera quitarse el sombrero.

Algo parecido —cuerda sobre la que girar aunque aquí se arrolla— un objeto de madera sube y baja hacia los años treinta. Es el «yo-yo», que logrará resucitar después de la guerra civil española. Como el diábolo, es muy sencillo para la práctica simple y complicadísimo en las numerosas variaciones que los especialistas llevan a cabo.

En la misma línea de combinar sociedad y deporte, están los baños de mar que se toman en San Sebastián y Santander a donde se desplaza toda la gente de Madrid o a Castelldefels donde va la de Barcelona. El ambiente es agradable y la mayoría de los que bajan a la playa lo hacen para presenciar la audacia de un grupo que se meten realmente en el agua. El médico no cesa de advertir de los peligros que ello representa...

«Tan pronto como se entra en el baño es preciso sumergir un momento la cabeza dentro del agua a fin de evitar posibles congestiones cerebrales. Es nocivo el uso de gorras impermeables que se oponen a que se moje el pelo... La mejor hora es antes del mediodía, tres o cuatro horas después del desayuno. Los baños han de ser cortos, quince o veinte minutos de duración y nunca más de uno diario... Al salir, secarse friccionándose el cuerpo con sábanas afelpadas vistiéndose con presteza. Si los pies están fríos, pediluvio con agua caliente de cinco minutos de duración... terminado el baño taza de té o café caliente y 15 ó 20 minutos de paseo para entrar en reacción».[15]

También, aunque en menor escala que en otros sitios mejor preparados para ello, se patina sobre hielo (el Retiro cuando se queda helado) o sobre ruedas. Alguna muchacha se lanza a la bicicleta con bombachos, pero está mal visto.

La razón de aclimatarse un deporte no depende siempre de las facilidades que tenga ni del tiempo que lleva introducido. El «base-ball» por ejemplo presenta ya partidos en 1918,[16] y el periodista asegura que va teniendo numerosos cultivadores... que al parecer se desvanecieron más tarde.

En 1902 se organiza el primer campeonato de un juego británico que por muchos años mantendrá su nombre en inglés. Los periodistas nos describen los partidos sin ensayos filosóficos ni comparaciones artísticas, incluso ante un encuentro internacional.

«Venía este club (International de Lisboa) precedido de una gran fama, pero por otra parte el Madritense se había distinguido por numerosas victorias... La lucha fue muy reñida, rica en caídas y en episodios cómicos. Aplausos los hubo abundantes y justos para los dos bandos... el público, muy numeroso, pasó un rato excelente».[17]

Este complacido público está todavía lejos de los insultos feroces y de los ataques del corazón de un espectador ante el gol (que todavía se llama «goal»). Pero la afición va subiendo con paso seguro. En 1913, un cronista señala que «los partidos de "foot-ball" siguen entusiasmando a la gente. Bien es verdad que se trata de uno de los deportes más varoniles de cuantos se practican». Juegan el Real Club Deportivo Español, de Barcelona, y el Atlétic Club de Madrid, y los jugadores son presentados con respeto: «Componían el primer equipo los señores...».[18]

Tras la guerra europea sigue el auge. Los jóvenes de los años 20 no tienen más que dos obsesiones: el cine y el fútbol y las expresiones de su vocabulario se enriquecen con fórmulas deportivas. Cuando los puristas del idioma intenten detener el extranjerismo será ya tarde, y sólo conseguirán españolizar la voz que queda en «fútbol» mientras «balompié» permanece al margen del lenguaje vivo, sepultado en el diccionario. Otro deporte, en cambio, fue cogido a tiempo y nadie dice hoy «basket-ball» en lugar de baloncesto.

El fútbol se define así en 1929. «El equipo se llama *team;* el portero, *goalkeeper;* los defensas, *back;* los medios, *half back;* los delanteros, *forward.* El árbitro *referee;* el tanto, *goal,* y siempre que se le da al balón una patada se le llama *shoot*».[19]

El tipo físico va cobrando importancia...

Araceli. —Pues dime, entonces qué sois los médicos. ¡Pillines! Y estáis de moda que es lo peor.

Carlos. —No lo creo. El hombre de moda es hoy el deportista.[20]

* * *

El tresillo, el juego «grave, noble y reposado», según *La Esfera,* 1921, va desapareciendo de los salones para refugiarse en los casi-

nos provincianos donde permanecerá prácticamente, hasta nuestra guerra civil. En su lugar empieza a instalarse el bridge y el póker que llega de Estados Unidos a primeros de siglo. El primero se convierte casi en seguida en juego de damas a los que se unen de vez en cuando los maridos —si es posible en parejas cruzadas, porque ha habido muchos divorcios por no saber seguir al compañero— mientras el póker se usa más bien entre hombres solos. Las dificultades del bridge hicieron retraer a muchas señoras que tenían tiempo que perder, pero no demasiado cerebro que utilizar, y ello explica el éxito de la canasta, apta para la reunión de tarde sin tantos quebraderos de cabeza.

El juego realmente familiar de las primeras décadas de este siglo XX es el «mah-jong», que llega a España desde China a través de los Estados Unidos. En 1925, ya está de moda en nuestro país y el vocabulario del teatro recoge frases como «Dos flores, mi viento, viento del norte».[21] En el centro de la mesa está la caja de los vientos y hay doce dragones, cuatro flores, cuatro estaciones... Las fichas colocadas en posición vertical forman la Gran Muralla y las frases del juego tienen una suave elegancia de cosa lejana y soñadora.

(En los cafés resuenan las fichas de dominó sobre el mármol. En los rincones, sobre la mesa mugrienta el tute o el mus; sigue triunfando el billar).

CASA, MUEBLES

Arranca el siglo, pero sigue la confusión anterior. ¿Cómo poner la casa? La gente rica quiere mostrarlo con sus muebles macizos, sus tapices flamencos, sus pesados «portiers» y muros encalados, sus cuadros desvaídos. Por el otro lado las telas Liberty, el mueblecillo ligero «modern Style», chinerías, mesillas que apenas pesan. Es el ambiente que encuentra asombrado el torero Juan Gallardo cuando entra en la casa de doña Sol. ¿Cómo es posible que el dinero no pida peso?[22]

Durante años oscilan los dos estilos, según sus dueños sean a la vieja usanza, ¡España es lo mejor!, o por el contrario amantes de lo extranjero, de París, «que cursilada, eso ya no se lleva». A veces, muchas veces, se unen las dos tendencias y cada cuarto responde a un gusto distinto. A favor del segundo, sin embargo, actúa, además, una voz que hasta ahora no se ha oído en

la decoración. La del médico higienista. «La cama —afirma éste— debe estar de manera que el aire circule alrededor: no debe tener pabellón ni colgaduras: lo más unas caídas estrechas y largas, poco drapeados, pero cuidando que quede bien despejada la cabecera». Recomienda —sólo estamos en 1911— usar el linóleum.

Un mueble soporta todos los cambios sin moverse de su rincón, porque se ha hecho útil. Tiene cajones para guardar secretos y de ahí su nombre «secreter», españolizando la palabra francesa. Esas líneas con que se advierte de una celebración de un duelo, las notas de amor o de enfado se redactan en la tapa bajada que vuelve luego a su sitio.

La evolución de la moda en el siglo XX es casi un resumen de la historia de la costumbre. Empieza el siglo con el estilo Renacimiento, duramente instalado... el siglo XVIII y sus modas orientales le seguirán. Almohadones por todos lados, amplísimos divanes, o camas turcas en los rincones, «puff» en el centro. Cuando se fuerza el contraste surge esto:

«Los muebles de la alcoba estaban esmaltados de un rojo ardiente: la colcha era de damasco negro con tornasoles lívidos y del mismo tono los cortinajes y los grandes borlones que caían... de las llaves de los armarios, del tocador y del sofá turco... enorme lecho con igual alzada que un perro pequinés»; es una alcoba descrita por Jardiel Poncela.[24]

En los Treinta uno podrá reclinarse también en la «cheslon» («chaise longue»), pero la gente moderna ya empieza a tronar contra esa madriguera de polvo que son los muebles acolchados, y reclaman luz por todas partes llegando a las paredes pintadas sencillamente. ¡Afuera los papeles!, los muebles, hasta entonces considerados de clínica, ocupan el lugar de honor apoyados en sus tubulares de acero.

Pero la higiene tuvo que abrirse paso con dificultad. «Yo estoy viendo —dice un periodista en 1906— suntuosas casas de espléndidas fachadas y lujosos salones construidos *ad hoc* por gente rica... y al ir al retrete, pasando casi siempre por la cocina, he contemplado con horror la clásica e infecta espuerta de basura y un asqueroso y mal oliente agujero...»

«Esos ricachos, esos potentados, gastáronse miles de duros en la construcción de sus viviendas y escatimaron cincuenta míseras pesetas que hoy cuesta un retrete completo, inodoro y aséptico».[25]

Igualmente hay que meter en la cabeza de la gente que bañarse no es malo: «El agua en la limpieza del cuerpo es también de

suma utilidad y se usa no sólo en lavados o lociones y baños parciales, sino también en baños generales... todo muy completo para la limpieza... Las personas que no puedan o no quieran acostumbrarse al baño diario de limpieza pueden emplear lavados o *lociones* que así se llama... lavar diferentes partes del cuerpo sumergiéndolas en agua o derramando sobre ellas el líquido, pero frotando la piel para limpiarla de las materias extrañas que puede haber en ellas».[23]

Tardará mucho la sociedad española en considerar el baño necesario para la higiene y el bienestar general. El protagonista de Pedro Mata en *Corazones sin rumbo,* cuenta «con un esfuerzo sobrehumano me he tirado de la cama, me calzo, me lavo, me peino y acabo de vestirme». Los baños generales ni mencionarlos.[24]

Con el siglo irrumpe la electricidad. Al principio las damas elegantes y tradicionales lo consideran de mal gusto, pero su eficacia es tan grande que la resistencia se termina en seguida. Aplicado a la comodidad el nuevo invento hace milagros. Hay buenos ascensores en 1915, y ventiladores en 1923. La máquina de lavar aparece tímidamente en 1914, pero no encaja porque «no limpian bien o destruyen mucho la ropa», lo cual parece indicar que la perfección iba unida al daño. Igual la estufa eléctrica que nace en 1913, pero que en 1928 todavía funde los plomos al ponerse en marcha.[26]

Pero su mayor contribución al bienestar de la familia estriba en su aplicación a la radio que será —hasta la llegada de la TV— la gran distracción del español y, sobre todo, de la española. Camilla y radio han sido fundamento, y casi el ochenta por ciento de la vida de muchísimas personas especialmente señoras.

Porque la calefacción no entra en España con la velocidad de la iluminación moderna. Los métodos son muy distintos y al parecer cada uno está defendido a brazo partido por sus partidarios que se niegan a cambiar de sistema. «Serví una señora —cuenta una sirvienta de Benavente— que traía cuatro o cinco al retortero. Figúrate que para una visita había que encender la chimenea de leña y llegaba otro y había que encender el "chubesky" y venía por fin un señor mayor que no quería más que el brasero».[27]

¡Pobre muchacha! ¡Cuánto trabajo! La verdad es que las señoras son injustas y desconsideradas. Dicenta, autor social, tiene naturalmente que defender a la clase víctima de la injusticia clasista. Habla una criada: «En todas las casas donde entras a servir te dicen las señoras: "Le participo que a mí no me gustan los

novios ni los trapicheos". *¡Mía* que no gustarles! Serán los de los otros porque los suyos...»[28]

¡Pero cómo pueden quejarse si hacen lo que quieren! gritan las señoras del tiempo. ¡Y como se elegantizan a los cuatro días de llegar del pueblo!, «entrando en el corsé de ligas y no hay manera que recojan un papel del suelo» ¡y lo elegantes que se ponen el domingo que salen! ¡Y lo que roban! El carbón, el aceite. Pero, ¿no se piden informes? El tendero los dio buenos, pero no la conocía antes, se la recomendaron a él. «Fuera de la sisa que ya se sabe que no tiene importancia y que en muchas casas ni se enteran las señoras».[29]

Informes, sí... «¿Querrá usted creer que ayer se me presentó una criada diciendo que venía a pretender en nuestra casa porque ya había tomado informes de mí y se los habían dado muy buenos? ¿Qué le parece a usted, señora?»[30]

Sí, la cosa está realmente mal. «En las casas de nuestros abuelos —dice nostálgico un periodista— eran cosa corriente las domésticas vinculadas en la familia después de treinta o cuarenta años de activa servidumbre». Y sumido en la desesperación llega a una profecía tan angustiosa que ni él mismo probablemente puede creerla: «En la casa de nuestros nietos tendrán éstos que hacerse la comida porque no habrá quien les guise».[31]

La primera prenda común a hombres y mujeres es el pijama o «piyama» como se llama entonces. Naturalmente las primeras que lo usan ¡pantalones en lugar de camisas de noche!, lo hacen con aire de desafío a la sociedad.

«¿Me creerá usted muy "shocking" si le digo que yo para dormir uso pyjamas? "Shocking" o no lo dije y no me vuelvo atrás. Pues bien uso pyjamas de una seda japonesa deliciosa...».[32]

El auge del pijama no es tan rápido como en otras prendas de tipo extranjero, porque la mujer española del tiempo tiene generosas proporciones y apenas ahora está empezando a admirar el tipo, llamando genéricamente francés, de muchacha esbelta. Esto da seguridad a un personaje de Arniches.

«*Concha.* La hice ponerse el pijama y acostarse.

—Y no temes que en otro rapto vuelva a abrir la ventana y...

—No: como está gordita el pijama la sienta mal y ella con una cosa que la siente mal no se tira a la calle. La conozco.[33]

Lo curioso es que el hombre que por la misma fecha adopta el traje aludido lo considera muy práctico... para ponérselo al levantarse.

Martín. Hola, Remigio. Muy lechuguino vistes.

Remigio. Un pijama: un traje de mañana. Es cómodo.

Martín. No irás así por la calle.

Remigio. Calla hombre...[30]

Por la calle no, pero a los hombres del tiempo les parece muy natural recibir así a señoras y señoritas en el jardín, según nos muestra el teatro del tiempo.

Quizá sea la guerra europea la que borre más la diferencia entre la apariencia de hombres y mujeres. El pelo, «a lo garçon», será un remate, pero ya en 1918, se cruzan curiosamente las modas...

Hay damas que no dudar
por la forma del sombrero,
por su traje singular
y aun por el modo de andar
parecen un caballero

Así como hay jovenzuelo
que con la cara sin pelo
ceñida la cinturita
y el gabán de mucho vuelo
parece una señorita.[34]

Excepciones a la regla, claro; todavía hay una vidriosa sensibilidad masculina para mostrarse continuamente como muy hombres. Por ejemplo, ninguno deja de fumar con la mano izquierda y lo contrario es anatema. Así puede describir a una mujer hombruna Jardiel Poncela: «Lo único en que la condesa se diferencia de un carabinero es que fuma con la mano derecha».[35]

La hora de comer ha llegado. ¿Cuál es? Poco a poco se irá retrasando. La una a primeros de siglo con malestar por parte de los jóvenes que prefieren hacerlo más tarde. En este caso no se trata de imitación extranjera porque en Francia se come a las doce en punto. Quizá sea por separar la hora de comida del señor de la del obrero. El albañil lo hace como siempre a mediodía y la gente sabe que es esa hora al verle al pie de la obra con la tartera traída por la esposa o la hija. «¡La serie de banquetes que iba yo a darme con cuarenta mil pesetas! Nada de comer a la una o cenar a las nueve», dice un personaje de Muñoz Seca.[36]

En 1931 se habla de almorzar de una y media a dos y en pocos años va precipitándose el retraso de forma uniformemente acelerada. Sólo los viejos se mantienen fieles a la tradición. Estamos en 1934.

Monsita: Nos han dicho que has almorzado ya.
Marquesa: Sí, a las dos como siempre.
Tela: ¡Qué horas! Nadie almuerza tan temprano en Madrid.
Marquesa: Ya sabéis que con todo estoy anticuada».[37]

(Esta diferencia horaria se plantea especialmente en Madrid. Barcelona pierde apenas una hora en todo lo que va de siglo y la provincia en general mantiene el horario antiguo para las horas de comer).

A medida que se aplaza la hora del almuerzo tiene que alterarse la de la cena, y los espectáculos empiezan y terminan más tarde. Esto produce una necesidad, la de la merienda coincidiendo con la mayor libertad de las señoras que salen más y se reúnen para ello. «La costumbre... —dicen en 1918— se ha generalizado tanto que ya constituye una necesidad. Entre las meriendas el té se ha impuesto».[38]

Eso entre gente elegante. La mayoría de los españoles sigue con el chocolate. En los años Treinta entra el «sandwich», que en España se llama emparedado y que aporta nuevos sabores:

—Uf, ¿qué emparedados son esos?

—Lechuga con mayonesa.

—Vamos, gastáis unas bromas... Lechuga con mayonesa... el superrealismo en el emparedado...[39]

El «cocktail» (escrito así) aparece ya en 1901, y en 1906 surge lo que después de la guerra mundial será imprescindible: el «whisky» que se sirve como «copa». En 1928 los «cocktails» «se toman a cualquier hora...» «Bebé cocktail, Ginfizz, «rosa side», champaña, ginebra, jugo de piña y angostura... es cocktail de damas, pero muy agradable».[40]

Dos años después llega una invasión americana: El Martini.[41]

¿Cómo viven los españoles del primer tercio de siglo? La comparación con hoy es difícil porque las diferencias sociales eran mucho mayores y había gente que, teniendo dinero para ocupar hoteles de lujo y viajar en coche-cama se abstenían de ello porque les parecía que no correspondía a su clase.

La más sufrida es la clase media, que se niega a vivir como un obrero aunque su economía así lo demande. Hay desesperados sacrificios de los padres para subvencionar una carrera al

hijo, si no es posible el destino oficial, los arreglos administrativos, pero siempre llevando corbata... «¿Pero qué puede haber en nuestra desmedrada clase media? Bien llamada así, media, porque todo es a medias en ella: alimentada a medias, instruida a medias, compadecida a medias y a medias rebelde: la envidia como única manifestación de su rebeldía... Clase media, deprimida y acobardada siempre como nosotros...»[42]

Los sueldos burocráticos son cortos, pero se tienen las tardes libres y la seguridad del destino, especialmente si es por oposición. Cinco mil pesetas anuales gana un funcionario de una obra de Muñoz Seca en 1924, pero lleva treinta años en la casa. Los maestros ganan poquísimo, y la frase «tiene más hambre que un maestro de escuela» se subraya en la caricatura constante de los periódicos. 330 pesetas mensuales después de los descuentos ganaba un maestro nacional en 1918.[43] Por debajo de un oficial del estado de la misma categoría. Un preceptor era siempre hombre de pocos vicios.

—¡Cien pesetas mejor ganadas que las de ese pobre hombre!

—¿Cien pesetas al mes? El mecánico gana trescientas y los gajes.

—Lo que me dijo el P. Fitero. Después de todo tiene casa, comida: para un joven honesto, de buenas costumbres ya está bien cien pesetas. No sé en que puede gastar cien pesetas.[44]

En 1934 es buena una colocación de quinientas pesetas al mes. Al año siguiente se calcula que dos personas pueden vivir con cincuenta mil pesetas anuales con desahogo y hasta con lujo.[45]

En 1902 hay sueldos de peseta diaria en ayudante de aprendiza de fábrica. ¿Qué se podía hacer con una peseta entonces? «Una perra gorda, tranvía; otra, pesarse; otra, unas copas. Otra, para oír "Pagliacci" (máquina gramófono automática); otra, regalo de feria; otra, ruleta de feria; otra, postales. Otra, para ver chicas (máquina de proyecciones); otra, para un pobre». Esta era la jornada de diversión de un muchacho.[46]

La guerra europea encareció mucho las cosas: «aquellos tiempos en que el casero se contentaba con diez duros, y un duro bastaba para la plaza, y un saco de carbón costaba doce reales... y los diez duros del casero se han convertido en treinta... y el diario de la plaza viene costando diez pesetas, y el carbón cuesta tres veces más...»[47]

El elegante café de San Sebastián cobraba ya una peseta por vasito de agua de naranja, y *Blanco y Negro* anuncia, con grandes

precauciones, que su precio subirá cuarenta céntimos en 1918. Un coche, en buenas condiciones, cuesta 9.000 pesetas en 1927. Un taxí cobra cuarenta céntimos el quilómetro en 1930. Un pantalón de franela cuesta sesenta pesetas, en 1934.

VIDA SOCIAL

En el siglo XVIII ya se quejaban amargamente de lo que proliferaba el título de «Don». «Don» a los porteros, a los mayordomos, ¿adónde vamos a parar? Todos serán don dentro de poco.

Los pesimistas no acertaron; el título se mantiene celosamente respetado con el correr de los lustros. La revolución en las costumbres no toca esa partícula que se antepone al nombre y que se adquiere por cuna o por otros conceptos (por ejemplo, con el título de Bachiller). Pero el de clase humilde tiene que contentarse cuando llegue a cierta edad con el título de «señor» antepuesto al nombre. Intentar lo otro da risa a los vecinos aunque se base en una fortuna adquirida rápidamente.

Víctor: Señor Nicasio...
Nicasio: Hombre... eso de señor Nicasio no me suena. Eso era de antes. El señor Nicasio ha fallecido.
Víctor: No será verdad.
Nicasio: El padre de Pepita Reyes se llama de otro modo.
Víctor: ¡Ah! Don Nicasio.
Nicasio: Por ahí.
Víctor: Pues oiga usted don Nicasio... o don Rábano, que le sienta a *«usté»* el don como a un santo Cristo dos pistolas.[48]

«La señora Tal se queda en casa los martes», escribieron a Bernard Shaw. Y el comediógrafo contestó con una tarjeta conteniendo un mensaje mucho más breve: «Bernard Shaw también».

Se lo podía permitir él. Los demás mortales en toda Europa respetan durante muchos años la idea de la visita, aunque en 1909 Colombine le eche ya un responso recordando que de la recepción diaria se pasó a la de dos a la semana y luego un par de veces al mes. Según la escritora, la razón está en la vida social

mucho más intensa —conciertos, teatros, conferencias— y que la reunión de amigas y conocidas «se hace en los tés servidos en los "halls" de los lujosos palacios modernos» (hoteles).[49]

«Colombine» se adelantó como tantos otros que erraron dando por terminada una costumbre que a ellos no les gustaba. Durante años y años se han venido celebrando las visitas que, como en el siglo anterior, se hacían a menudo tan a disgusto del visitante como del visitado.

Esta repugnancia, por ambos lados, permite una especie de entendimiento tácito. La gente va a hacer las visitas cuando imagina que no estará en casa la otra persona y se le deja una tarjeta. Lo que terminó con la costumbre fue el cómodo teléfono.

En las reuniones de señoras jóvenes algunas se lanzan al difícil arte de fumar. Al principio —1915 al 1925— son solamente cigarrillos egipcios, turcos, griegos, de sabor dulzón. (Juan Gallardo el torero de *Sangre y Arena* recibirá uno de doña Sol). Hay gran diferencia entre la ciudad grande Madrid o Barcelona y la capital provinciana. «Aquí todavía lo critican», dice de *Moraleda,* la protagonista, en 1925.[50]

Para las señoras mayores fumar y tratar de tú a los hombres era muestra de ser «una de esas». La verdad es que el tuteo tarda en imponerse en España en los primeros años del siglo. La aristocracia lo usaba ya entre ella en la centuria anterior, pero a los demás se les detiene con un frío «usted» que marque las diferencias. La declaración de amor, por fuerte, por ardorosa que fuera, se mantenía todavía dentro del tratamiento respetuoso:

«Sí, loco, desatinado, muerto por usted... desde que la vi a usted, desde que tuve al lado, miserable de mí, toda esa gracia, toda esa pureza...», dice el protagonista de Martínez Sierra en el año 1912.[51]

Poco a poco, precisamente porque se quiere imitar a la clase alta empieza a aplicarse al «usted» un hierro candente. «El usted es una cursilería porque somos parientes», y los jóvenes se aprovechan de ello para dar rienda suelta a su petulancia. Así cuando el marqués se dirige al adolescente:

Leandro:	—Que tal muchacho, ¿cómo estás?
Paquito:	—¿Bien, y tú?
Leandro:	—¡Caramba!
Esther (*a Paquito*):	—Al marqués le ha extrañado que le llames de tú.

Paquito: —Claro, eso del tuteamen es costumbre moderna y a los viejos...

Leandro: —¡Hombre! (resignado). Está bien.

Pero todavía es más hombrada que costumbre. Paquito se echa atrás.

Paquito: —Perdóneme... se me ha ido la boquita».[53]

El usted es una barrera ante la persona que intenta encaramarse en clase social que no le corresponde, pero también se considera protección ante un pretendiente que aspira a mayores libertades.

—¿Vamos a tutearnos?

—No, no es correcto. El usted es el trato respetuoso que nos conviene esta noche.

—Pero, si tú...

—Le prohíbo terminantemente que me tutee...

—Basta, está bien, no hay que enfadarse...[54]

Esto era en 1935. La guerra civil española provocó un cambio revolucionario en el uso del tuteo poniéndolo de moda. En el campo republicano como en el campo nacional se estableció una camaradería de amor y partidos políticos de ambos lados (Falange, comunistas, anarquistas) establecieron el *Tú* como única fórmula de saludo. Al terminar la guerra, las señoras que ya, según Guillardet, en 1905 preferían ser llamadas por el nombre de pila: María, Luisa, sin el doña por coquetería juvenil, se apresuraron a aceptar una costumbre que les ponía a la altura de los amigos de sus hijos y tras ellos siguió la corriente general. Hoy, en las reuniones de sociedad, hay muchos «Paquitos» que contestan al «tú» del anciano marqués con la misma fórmula, pero no se arrepienten luego.

(Quizá porque el tuteo tiene para ellos una ingrata memoria de dominio se mantiene el «usted», en cambio en los bailes de domésticas y en general en la clase comercial mientras la que se roza con la aristocrática procura seguir a ésta).

* * *

«¿Se deben o no rozar con un beso las deliciosas manos femeninas? ¿Es correcto? ¿Es audaz? ¿Es libertino?»

El «Petimetre», cronista de sociedad del *Blanco y Negro*, lo pregunta en 1912 cuando empezaba a introducirse la nueva moda,

probablemente germánica. En 1900 no se usaba todavía. «Ana, al darle la mano tuvo miedo de que él se atreviera a apretarla un poco, pero no hubo tal; diole aquel tirón enérgico... siguiendo la moda que en Madrid empezaba entonces».[55]

La costumbre se mantiene durante años sólo en círculos de la clase alta y es considerada como un signo de refinamiento. Otros lo creen elegante, pero «falso», y lo usan en escena.

> «Hasta luego, Adelina, hasta luego (besándola la mano):
> *Julio*: ¿En la mano? Vaya, eso era antes en el teatro. Ahora tiene que ser como en el cine»[56]

Las acotaciones muestran que era gesto exagerado.

> *Antonio*: Señora... (la besa la mano como sabe que debe hacerlo un bailarín internacional que se estima).[57]

Con la Guerra Civil el besa manos se extiende pasándose de los límites que le fijaba el Petimetre en 1912. Tras considerar la «costumbre encantadora... acatamiento ante la belleza irresistible, acto de cortesía seductora, supone un leve atrevimiento vagamente picante...», advierte, por de pronto, que las manos enguantadas no se deben besar. «Eso de besar la piel de un bicharraco por muy curtida y perfumada que se halle es prueba de mal gusto. Las manos que deben acariciarse con la boca y el bigote son las manos desnudas... además no se debe hacer esto con las solteras. Hay también horas prohibidas; por ejemplo, a mediodía en plena calle sería una salvajada trincar la mano incauta que se os tiende y atizarle un par de sonoros besos.»[58]

* * *

«Antes existía lo bueno y lo malo, lo divertido y lo aburrido, y a ellos se ajustaba nuestra conducta. Ahora existe lo cursi que no es lo bueno ni lo malo... es... una negación, lo contrario de lo distinguido».

La palabra nacida en el siglo anterior irrumpe victoriosamente en éste y lanzársela a alguien es una bofetada en pleno rostro. Significa cerrarle las puertas de la sociedad y, normalmente, la emplean los elegantes de raza para defender su mundo del asalto de los «parvenus» que triunfan con la revolución industrial. Es una forma de pararles los pies.

Pero, además, la acusación de cursilería puede usarse como arma inmoral. Así actúa Carlos en la obra de Benavente:

«Ella está celosa de su marido: no se atreve a demostrarlo porque la pobre ha oído decir que los celos no se llevan, ¡oh!, el miedo a lo cursi es mi cómplice. Yo cultivo sus celos atacando su amor propio de mujer: al mismo tiempo avanzo con precaución, de modo que a ella pueda yo parecerle atrevido y se crea en el caso de llamarme al orden. Yo me delato al marido le insinúo que su pobrecita mujer es tan cursi que por una broma mía, una ligereza de esas que se dicen todos los días en sociedad, ha llegado a creer que yo me atrevía a enamorarla. Al marido le parece muy poco distinguido que la mujer se asuste por tan poco: se burla de ella; ella por el indicado miedo a lo cursi extrema su amabilidad conmigo... Yo sigo cultivando los celos, la amabilidad, la distinción...[58] bis.

Veintinueve años después, el moralista veía el mismo peligro; sólo los realmente fuertes sabrán evitarlo.

— Vivir es luchar, corregir, propósitos nobles, purificar los ambientes.

— Sin embargo, en nuestro mundo esos propósitos de moralizar son un poco cursis...

— Ya lo sé, pero no importa. Hay que afrontar lo cursi cuando en lo cursi está lo mejor...»[58] bis.

* * *

Siguiendo la pauta del siglo XIX la gente más sensata sigue manifestándose contra la costumbre del duelo... y aceptándolo. «Todos blasonamos de católicos... y sabemos... que el que se bate se separa de la iglesia, muere en pecado mortal... y, sin embargo, el duelo es considerado por nuestra sociedad como un medio a que debe recurrir todo hombre para castigar ciertas afrentas», dice Gotor en 1900.[59]

Poco a poco, sin embargo, la presión de una sociedad más civilizada va solventando el problema. Para cumplir con el compromiso hay cada vez más los llamados duelos «a primera sangre» que el marqués de Cabriñana había condenado por considerarlo un simulacro que sólo hacía reír a la gente. «En la mitad de las ocasiones eso que se llama honor no tiene otro mérito que el de servir de asunto a unas fotografías», dirá Manuel Bueno[60] y *ABC* prorrumpirá en alegres expresiones cuando se entere de que en un

duelo entre militares franceses no ocurrió nada grave. «Pero regocijémonos: en el lance de los dos generales hubo un muerto, un cadáver al que los hombres sensatos deben apresurarse a dar sepultura: el duelo, ¡el duelo ha muerto! La juventud actual ama los «sports» al aire libre y complicados. El atractivo del peligro, la ocasión de dar pruebas de heroísmo se le presentan todos los días.»[61]

El periódico de Madrid cantó victoria antes de tiempo. Hubo todavía años de ofensas públicas, reuniones de padrinos, pasos apresurados en busca de un maestro de esgrima que pudiera dar en un solo día unas lecciones de supervivencia... Félix de Pomés, que estuvo presente en varios de ellos me ha contado de dos novicios a quienes el maestro les aconsejó, lo único que podía enseñarles en unas horas. Presentar la punta del sable y no alzar el brazo para evitar un golpe fatal. Ambos lo hicieron simultáneamente y quedaron atravesados. Las obras dramáticas siguen presentando el aspecto trágico de un duelo, pero ya hay menos convicción en las voces de los desafiantes, como si se dieran cuenta de que están pasados de moda.

Casalonga: ¿Vas a matarme?

Florencio: Por mi parte pondré todos los medios... ¿Usted cree que esto puede quedar así? Y si se niega usted a batirse le llevaré a los tribunales.

Esto es fórmula ya civilizada. En el libro de Cabriñana se había puesto de manifiesto que quien escogía el camino del honor no podía pensar siquiera en una reparación de justicia. Hay sorna en la respuesta:

Casalonga: Deja ese tono trágico. Un duelo entre nosotros. Y, ¿por qué? Porque la mujer de un amigo... que es tu mujer se la pegaba contigo. ¡Si hubiera sido con otro![62]

La ironía se hace cada vez mayor y el arma del ridículo tendrá más fuerza que la ignorada tantos años de la Iglesia o del Rey.

«Desoyendo mis consejos en lugar de batirse se fueron a almorzar... y les pusieron unos calamares con tinta que están los dos si la lían. Mucho más cuenta les hubiera tenido celebrar un duelo a muerte como les propuse. A estas horas los dos en la calle. Pero... ¡calamares! Son unos temerarios»[63]

En cuanto le apliquen la palabra definitiva «cursi» el duelo está llamado a desaparecer. Hacia 1928, Benavente puede echarle el responso:

> —...ha tenido una discusión violenta con Paco Manzanares... se ha pegado... habrá un lance pendiente, un desafío...
>
> —Por Dios, un desafío; ya no es costumbre; eso sí que es del antiguo régimen: no tenga usted miedo».[64]

TEATRO, CINE, BAILE, TOROS

¡Qué actores los de antes! Los viejos no se cansan de repetirlo. En mi tiempo sí había actores. ¡Que Borrás aquel!

En el *Nuevo Mundo,* (1909), el crítico Alejandro Miquis[65] nos cuenta lo que opina de su interpretación del Tenorio.

«Borrás no acertó a mostrarnos el alma ni el cuerpo de don Juan, no supo ser sucesivamente alocado, cruel, insensible, poéticamente tierno, humilde, feroz... no supo mostrarnos el ser amoral que Zorrilla pintó, un poco caprichosamente a veces, pero sin salirse nunca, dígase lo que se quiera y pese al ambiente fantástico de la obra, de una realidad perfectamente posible y, por tanto, susceptible de ser traducida en escena por un actor verista.»

¿Antipatía personal, quizá? Poco antes el crítico había dicho: «Hace años Thuiller nos dio, so pretexto de naturalismo una interpretación absurda del don Juan, personaje que, no por ser humano, es un pisaverde a la moda del día...»

Con el siglo nace la fama de Benavente que estrenó su primera obra en 1894, y ve sus títulos en las carteleras continuamente tanto por el éxito que obtienen como por su fecundidad. «No hace mes y medio —se asombra Cadenas— estrenó *La propia estimación,* en el Comedia y... acaba de estrenar *Campo de Armiño* en el Princesa..., comienza a decirse que ha prometido a la empresa del Lara la segunda parte de *Los intereses creados* para la temporada actual. Es sencillamente un prodigio. Y las empresas están de enhorabuena porque ya se sabe que las obras de Benavente son las que en la actualidad llevan gente al teatro.»[66]

Sí, la lucha ha sido ganada ya contra Echegaray y sus imitadores como Camprodón. El lenguaje se hace más sencillo, las pasiones se remansan, el diálogo «parece que está uno en una visita» de tan natural, los temas son los diarios. Además, Benavente se impo-

ne como figura en la vida de la ciudad. Su figura menudita, es centro de las miradas y su fama de hombre chispeante y temible en sus sátiras se esparce por el mundo español. Cuando Alberto Insúa publica *El negro que tenía el alma blanca,* le describe tras un seudónimo transparente en sus aficiones y en sus decires. Hasta la guerra civil, Benavente representará un papel tan importante dentro del teatro como en el seno de la sociedad madrileña y por extensión a toda España.

Hasta bien entrado el siglo XX se ofrecen cuatro piezas sucesivas en los teatros de la Villa y Corte. La última se presentaba hacia las diez y media y de ahí el nombre de «la cuarta de Apolo», que era la mejor siempre. Si perdía público se la colocaba en lugar anterior. Los actores cobraban una cantidad determinada por acto y la movilidad de las representaciones permitía que hubieran oportunidades nuevas para muchos. Cuando el ministro La Cierva obligó a que se cerrara temprano el teatro —lo mismo hizo con los cafés— las dos primeras obras se llamaron «sección vermouth».

Al teatro se va a ver y a ser vistos. Las señoras se quedan en la platea cuando llega el descanso y los jóvenes pasan a saludarlas y a charlar con ellas, llevándoles a veces paquetitos de dulces. Los palcos son reuniones completas, y los gemelos se llevan obligatoriamente para escudriñar la sala. No se olvide de que hay pocas ocasiones de ver tanta gente reunida de golpe.

* * *

«Yo he nacido con el cine, respetadme», dijo Rafael Alberti. El nuevo e impresionante experimento surge prácticamente con el siglo y lo acompaña en su desarrollo. Primero es el noticiario, que ya en 1903 permite ver «Regatas en el puerto de Barcelona. Baile de negros. Fiesta de la jura de Don Alfonso XIII. Gran revista militar». En 1907 se calcula, según *Nuevo Mundo,* que hay quince mil cinematógrafos. Porque así se llaman todavía... hasta que las dificultades que encuentran para pronunciar esta palabra las cigarreras y las modistas, obligan a que se invente la palabra «cine». Esta es la definición de Julio Camba, que en 1907 ¡ya es un nostálgico!

«Yo en esto del cine soy un tradicionalista. Yo amo la memoria de aquellos cines primitivos que estaban instalados dentro de una barraca en la que no había asientos de preferencia ni espíritu de clases. A la entrada un maravilloso orquestón (sic) ejecuta motivos de *El Trovador* y *Marina...* Pasen, señores, pasen —gritaba el

charlatán— pasen a ver el asalto de un tren en el desierto, ¡película emocionante!»

Y, ¿qué se ha hecho de aquella poesía? La pierden los «snobs» «Algunos cines de esta clase quedan todavía, pero ya se comienza a instalar cines elegantes con jerarquías y para el público, sin charlatanes a la puerta, y con unos letreros donde se reputa de incultos a los espectadores que fumen. A estos cines irá un público distinguido que pronto encontrará ordinaria la palabra «cine» y la substituirá por la sabia, erudita y pretenciosa de cinematógrafo.»[67]

No acertó el genial humorista en el nombre que no cambia; la elegancia del local sí aumenta, pero paralela a éste sigue triunfante la sala modesta, y en los pueblos más humildes, hasta hacer de España uno de los países con mayor proporción de cines (7.257 salas) con relación al número de habitantes. En 1913 la batalla está ya ganada.

El cine ha llegado a ser
la afición más desusada
que se ha conocido nunca
ni conocerá en España:
desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca...
se perecen por el cine
y sus escenas dramáticas
entre ladrones, «sportmans»,
y «detectives» tan mandrias
que donde ponen la mano
pues, ya se sabe, ¡una plancha!

El autor ve un peligro definitivo para el teatro, predicción que tardó muchos años en cumplirse al morirse las temporadas de provincias, ya en nuestros días:

De modestos saloncitos
donde el «cine» se acoplaba
ha subido a los teatros
con daño de la farándula
que con razón se lamenta
del perjuicio que le causa.[68]

Con el auge del nuevo espectáculo llega un nuevo estilo de moverse, de andar, de reír... Es el estilo cinematográfico. «Andando a

la Bertini llega hasta la puerta de la derecha», escribe Muñoz Seca en una acotación seguro de que no hace falta más detalles.[69]

Pero, sobre todo, lo que introduce el cine al principio casi exclusivamente extranjero es una libertad de costumbres que indigna a los moralistas y encanta a las jóvenes a quienes se prohíbe leer ciertas novelas, pero no enterarse de ciertos estilos.

«En lo que va de invierno —advierte una protagonista de Martínez Sierra— he aprendido seis maneras distintas de dejar que le den a una un beso: al pasar por una puerta, con portier, sin portier, con biombo, con cierre de cristales, a oscuras y con luz... y como en las situaciones peligrosas hay que desmayarse un minuto antes y volver en sí un minuto después. Y no haberse enterado de nada. Y todo por tres reales en sesión sencilla y una cuarenta y cinco en especial... ¿quieren ustedes más educación por poco dinero?»[70]

El artista masculino se hace internacional y las españolas adoran a Rodolfo Valentino con la misma efusión que las japonesas o chilenas. Su muerte no termina con su fama y los enemigos, los hombres, le siguen odiando con la misma pasión que le siguen queriendo las mujeres.

Angeles: ¡Llegar a ser estrella de la pantalla, haber conocido a Valentino!

Faustito: Valentino era un cursi.

Genoveva: A mí me gusta más Gilbert. (John Gilbert)

Paulina: A mí Ramón Novarro...

Elenita: Pero los besos de Valentino cuando empieza en la punta de los dedos y va subiendo, subiendo...»[71]

Algunas veces lo que los sensatos lamentan de la nueva moda no es la inmoralidad, sino la excitación. «Todos quieren correr aventuras, hacer cosas extraordinarias, que pasen cosas», dice otro personaje de Benavente. Y esto ya se sabe que es malo. Todo lo que agite la dulce tranquilidad de una sociedad organizada es un enemigo del orden y debe ser perseguido por la ley.

Pero es precisamente ese mundo variado y tan distinto al del español corriente, especialmente el de provincias, que permite mantener locales de cine en lugares modestísimos. Porque si represen-

ta una evasión para el pobre de espíritu lo mismo ocurre con el pobre material que se ve por un par de horas en un ambiente lujoso donde todos son guapos, elegantes y ricos y le dejan entrar a él por inferior que sea. Esta es la razón por la que las películas soviéticas no tenían casi nunca éxito entre las amas de casa por proletaria que fuera su condición. «Para miseria bastante tengo en casa», murmuraban.

* * *

¡Qué bailes! ¡Qué desatino! ¡Qué falta de elegancia! Estamos a principios de siglo y *Blanco y Negro* se define: El «cake walk» —pronuncie si quiere «keik uolk»— es invención ridícula». Eran movimientos desusados, llamativos...

Pero el escándalo llegará al colmo con el tango, que obliga a una proximidad entre los danzarines absolutamente intolerable, representando en este siglo la audacia que aureoló el vals cuando hizo su aparición en el anterior. Agustín de Figueroa recoge el momento en que se bailó por vez primera en Madrid en la embajada de Francia y la reacción de un cronista de sociedad que intenta aplacar la tormenta que se formó.

«Los espíritus suspicaces deben tener en cuenta... que una "matchicha" y un tango, bailados como anoche se bailaron, no son más que bailes graciosos, elegantes, sin nada que pueda chocar.»

...Pero su segunda razón explica claramente la impresión de la noticia. Este atrevimiento puede llevarse a cabo «porque la embajada goza privilegios de extraterritorialidad».

Como siempre, empezaron los bailarines profesionales, siguieron los que habían vivido mucho tiempo en el extranjero, para llegar luego a todas las clases sociales. Cuando las ondas están ya tranquilizadas y el baile aceptado surge de pronto —hiriente, bullicioso— la música más revolucionaria jamás oída: El jazz-band.

—«¡Qué vergüenza! —habla un viejo— y, ¿esto es España? ¿Esto es Madrid?

— ¡Que se calle! —le gritaban unos pollos de americana entallada y pantalones con pliegues.

— ¡Majaderos!

— ¡Vejestorio!».

La escena es el teatro en que se presenta un bailarín internacionalmente famoso, *El negro que tenía el alma blanca* y la reacción

del hombre mayor sigue siendo la misma. Lo extranjero es inaceptable... hasta que lo adoptemos y hagamos castizo «chotis» del «schottis» como antes hicimos chambergo del sombrero de Schomberg.

Los «números» de Peter Wald permiten a Insúa explicar al lector un Fox-trot espasmódico que se bailaba con las piernas rígidas y un subir y bajar del cuerpo isócrono como el de un émbolo; y que en una exhibición el bailarín pasa del vals al Boston, paso adelante, detrás, lados y adelante. Del «Boston» simple al «americano» dando lentamente vuelta completa de seis pasos sin girar sobre la punta de los pies. El «Boston» advierte, es la clave y un buen bostoneador lo baila todo: Tango, «one-step», «schottis» (todavía se escribe así), y «shimmy.[72]

Y con cada baile nuevo indignación de la vieja guardia. A veces el comentario despectivo tiene algo más que nostalgia. Si alguien oye:

> *«Pero un buen día*
> *de mañanita*
> *el barrio entero del arrabal*
> *vio a la papusa*
> *viejo jilguero*
> *agonizando en el hospital»*,

puede irritarse no con la música, sino con la letra:

«Sí, sí, precioso, pero, ¡caray!, es que antes venía uno a un sitio de estos y se oía la música alegre de un organillo y se le ensanchaba a uno el alma con pasacalle jaranero o un chotis meloso y castizo pero ahora le largan a *usté* un tanguito de esos... a base de tuberculosis, y viene uno a pasar el rato y se va con gasa en el sombrero llorando a chorros.[73]

¿Más convulsión? La trae otro baile americano. Los pies van a los lados, las manos tocan las rodillas y se cruzan al separarse éstas:

> *Charlestón, charlestón,*
> *es el baile que Charlot bailó en Bostón.*

que evidentemente provocó el otro:

> *Madre, cómprame unas botas*
> *que las tengo rotas*
> *de tanto bailar*
> *el charlestón...*

El teatro recoge el cuplé de moda. En 1922:

Nena, que mi vida llenas de ilusión,
deja que ponga
con embeleso
junto a tus labios la llama divina
de un beso.

O un vals pegadizo que durará años:

—¿Y por qué la llaman Ramona?
—Porque la toca todo el mundo.[74]

«El sitio de esos» del nostálgico es probablemente la Bombilla. ¡Ah la Bombilla! Quien esto escribe ha oído siempre que no es lo que era. ¡Aquéllos tiempos!

«La Bombilla, aquella Bombilla ha desaparecido. Ya no flota la alegría de las noches mágicas... a los pañuelos de crespón sustituyen las pieles y los gabanes de unas mujeres refinadas y extrañas que parecen modelos de un modisto francés. Danzas dislocadas y exóticas son las suyas. A las danzas se unen ritmo de salón concierto y nombres extranjeros».

Esto se leía en *Blanco y Negro* el 17 de noviembre de 1918.

* * *

¡Cómo han degenerado las corridas de toros! «Mire usted —me decía el célebre picador Coriano— mis compañeros van afeminizándose: antes no salían de las tabernas: ahora están siempre en los *cafeses* tomando cerveza y hasta chocolate y parecen mequetrefes de esos que ponen de muestra en las tiendas.

Esto se escribe en 1903.[75] Nueve años más tarde esa era época buena comparada con la que vino después. ¡Sobre todo en lo que se refiere al tamaño de los toros!

«Ya no hay torero ni corazón para los toros. Cualquiera que haya ido a Tablada esta tarde habrá dicho lo que menda. ¡*Osú* que toros los de mañana! Unos cuernecitos así —y señalaba medio milímetro de uña— una altura así —e indicaba el nivel de sus tobillos. ¡Ya por lo que falta que nos den los bichos muertos!

—¡*Amos,* señor Curro, que usté no picaba elefantes!

—... En mi tiempo tú no hubieras servido ni para monosabio. Para picar, lo que yo he picado hacía falta unas costillas más

duras de las que tú tienes y no esa cara de princesa aburrida. Cuando yo picaba se entraba a ley sin pamplinas dando los pechos del caballo y no esos pitisus de ahora, sino con toros capaces de levantar en los cuernos a la Giralda.»[76]

Tres años después la misma obsesión. La fiesta debe ir de mal en peor.

«Los toreros se van haciendo muy finolis. Antes decíamos: "¡Toro, toro!", cuando estábamos en la brega. Ahora dicen: "Bicho, bicho". Antes gritábamos a los peones: "¡Fuera! ¡Dejarle!" Hoy en día el *espá* chilla: "No le hostigues, no le hostigues".»

Hay un profeta que augura que un día la gente se irá a los campos de fútbol dejando vacías las plazas. Esto se dijo nada menos que en 1923,[77] y la profecía le colma de satisfacción porque es un enemigo de lo que llama la barbarie taurófila. Con él está un grupo «europeo» encabezado por Eugenio Noel que escribe y discursea para que termine la fiesta nacional. Esos enemigos conseguirán medidas de protección de los caballos como el peto que se hace obligatorio en tiempos de Primo de Rivera, pero no la desaparición de la fiesta.

La minoría intelectual, como en el caso del Romanticismo, está contra las corridas y si no violentamente, al menos de espaldas a la fiesta. Esta actitud de despego se manifiesta en la poca composición poética dedicada en esos tiempos a la corrida y al fosco color con que la describen algunas novelas. (*Riverita, Sangre y Arena*).

Este panorama cambia bruscamente con la llegada de Joselito y Belmonte. Su rivalidad trasciende de la plaza y adquiere motivos humanos que le hacen interesante al escritor. El carácter personal de esos diestros logra el resto y los toreros adquieren una simpatía intelectual que el andalucismo de García Lorca acabará de desarrollar y promover hasta nuestros días. La minoría culta se incorpora así a la fiesta que contaba desde siempre con la masa.

Y que a veces llega a mostrar su entusiasmo en la forma en que lo hizo la espectadora que tras una faena de Machaco en San Sebastián, arrojó al ruedo un corsé. «¿Quién ha sido la admiradora que se ha despojado de prenda tan íntima, y cómo se la ha quitado para arrojársela al valiente diestro? Al público le interesa conocer el nombre de la heroína, bastante más que el del futuro embajador en el Vaticano».[78]

EL HOMBRE Y LA MUJER

Sí, desengañémonos... La mujer española ha desaparecido... «la señora española de la clase media: ese noble y bello tipo moral que hemos conocido en la infancia: la mujer hacendosa, consagrada al hogar, esclava, con la dulce esclavitud del cariño, de su marido y de sus hijos y al mismo tiempo muy señora, muy poseída de su dignidad de esposa... Este tipo femenino va desapareciendo...»

Y, ¿cuál es la causa? La influencia de lo moderno.

«Lo extinguen el lujo, la libertad de costumbres, el contagio de los ejemplos perniciosos que empiezan en los colegios y siguen en las amistades, también la literatura inmoral y frívola... La mujer va desertando del hogar, llena los lugares de diversiones, sale a menudo en la crónica de sucesos que es una especie de galería del crimen y toma parte en las manifestaciones políticas... Cada día se hace más difícil distinguir a las señoras de las que no lo son. Entre la mujer española de hace treinta años y la de hoy hay una diferencia que parece de un siglo».

Habla Andrenio (Gómez Baquero). La fecha: 1909.[79] Sí, la cosa debe de estar mal cuando hasta Unamuno se asombra de hallar ingenuidad en ojos femeninos...

Tus ojos son
los de tu madre, claros.
...Son ya raros
ojos en que malicia no escudriña
secreto alguno en la secreta vena
claros y abiertos como la campiña.

(1910)[80]

Años más tarde los Machado aseguran que todo está confundido.

...En Europa
...en la misma España
que era su parte más recia,
todo se americaniza,
se desustancia, y de fuera

viene todo: canto, música,
juegos, bailes y peleas,
que lo castizo se acaba
y día vendrá en que venga
hasta el agua de bautismo
de Yanquilandia en botellas.
Todo se democratiza:
barato y a la carrera
se hace todo, porque nada
vale un pepino: las perlas
que hizo usted tan despacito,
ya se fabrican por gruesas.
Ya todo es uno y lo mismo.
El sexo es una entelequia.
Los hombres y las mujeres
como ellos dicen, se encueran
por menos de nada y... nada
ni notan sus diferencias.[81]

¿Cómo está la moral femenina? Por los suelos. Esta es fórmula repetida, pero la estadística de Madrid en 1906 es estremecedora: «Durante el pasado mes de mayo nacieron mil novecientos noventa y ocho niños, de ellos 319 ilegítimos».[82]

Estas cifras se refieren naturalmente a la gente baja porque la alta peca con más precauciones. Aparentemente, en la sociedad española el peligro no existe especialmente en lo que se refiere a la soltera porque ésta está vigiladísima. Cuando llegaba a la adolescencia creía haber salido de un encierro insoportable...

«...basta ya de caricias, basta de besos soportados, basta de "niña esto, niña lo otro"... Desde aquel día saludo ceremonioso y cortés, da la mano y no la mejilla, oírse llamar por su nombre en vez de la cargante «niña», comenzar a intervenir en la vida oficial de su casa...»[83]

Pero en realidad se sale de una prisión que sólo se distingue de la otra por ser mayor. La soltera no sale jamás sin padre, madre o hermano. No habla en visita sino le preguntan. En el paseo va delante. No puede mirar a los hombres ni reír demasiado alto.

Cuando no es la familia sale con «fraulein» o la «miss» según el papá tenga más confianza en Alemania o en la Gran Bretaña. Cuando la acompañante es indígena cobra, naturalmente, menos,

y la madre da consignas concretas sobre quién puede y quién no puede acercarse a la niña por la calle. En 1922, quizá por influencia de la pasada guerra, la señorita de compañía adquiere el nombre de «carabina». Casi siempre es persona de buena familia venida a menos que no puede mantenerse con la pensión de viudez —marido militar, funcionario ministerial— y explota las únicas riquezas que su vida anterior le proporcionó. Las buenas maneras y una cierta cultura.

Si una muchacha sale sola debe ir con un paquete para que la gente crea que ha salido de compras. ¿Quién puede imaginar a una muchacha decente que salga sólo para pasear?

La universidad «debió» liberar a las muchachas, pero testigos de sus primeros pasos por las aulas lo niegan. «Conozco a una estudiante de Barcelona, la ciudad más europea de España, que decía: No podemos en ningún caso alternar con nuestros compañeros de estudio, pues si cambiamos con ellos algunas frases más que las escuetas de estudios o de saludo se propasan o se burlan de nosotras», dice Margarita Nelken en su trabajo sobre la mujer española.[84] Fueron ellas —las izquierdas— las que más lucharon en este sentido, y hacia el final de la monarquía la emancipación de la mujer adopta un carácter semiproletario.

«*Nela*: Tienes una hermana que me encanta, ¡qué original! El otro día la vi en *Estampa* con un «mono» ¿Iba vestida de lavacoches o de fontanero?

Finita: De mecánico, mujer. Como es ingeniero industrial...

Nela: Ay, pues, estaba monísima, con pantalones ¡Cómo me hubiera gustado retratarme así! Como una está llenita...[85]

En los años de la República el cambio es mucho más rápido y se establece la discusión de siempre. ¿Más o menos libertad significa más o menos moral?

«¿Qué hago yo que no hagan todas las muchachas? Que no vamos cosidas siempre a las faldas de mamá o con una ridícula carabina a la que se soborna con unos emparedados o con un par de duros? Vas a caer en el ridículo de creer que las muchachas de hoy somos peores que las del siglo pasado.»[86]

Pero a muchos padres les irrita tanto lo que puedan parecer sus hijas como lo que en realidad son. «Mis hijas —dice uno en 1934— no irán nunca por esas calles ni me entrarán en un bar,

como esas bolcheviques que van por ahí sin una persona de respeto que las acompañe, con cinco o seis muchachos al retortero, sin medias y fumando cigarrillos o chupando polos.»

Igualmente se hace difícil la autorización para trabajar. ¿Trabajar mis hijas? —ruge el padre casi siempre—. ¿Qué dirá la gente? Poco a poco, va rompiéndose el hielo porque el trabajo paradójicamente significa para la muchacha la libertad soñada. Quien sale sola a trabajar lógicamente puede salir sola a divertirse y poco a poco, y con gran diferencia de «ritmo» entre la ciudad grande y la pequeña provincia va calando la independencia femenina. Curiosamente será la guerra civil la que provocará, aunque la gane el partido de la tradición, una ruptura de barreras increíble antes de 1936.

Algunas cruzan el Rubicón de sus principios difícilmente no sólo por lo que dejan detrás, sino porque no las acogen enfrente. La protagonista de Linares Rivas va a la costura y «Los míos me rechazaban por menestrala y las compañeras hacían burla de la señoritinga del sombrerete. Hasta que un día cogí el sombrero, puse dentro los moños, los del pelo y los de de la vanidad y de una patada se fue al demonio todo ello».[89]

Este es un caso de desafío extremo a que llegaban pocas. Las más se limitaban a la labor vergonzante y por eso poco pagada, o a la enseñanza en la que «cobran precios miserables pero se mantienen en la creencia de que siguen siendo unas señoritas y por ningún precio bañarían o darían la comida a la misma niña a quien enseñan.»

La educación femenina deja mucho que desear, se quejan varios autores. Para Martínez Sierra, todavía en 1920 la obsesión de la aguja y la labor ocupa la mayor parte de las horas colegiales de una niña con labores de adorno, pespuntes, festones, bordados... «la señorita escribe amor con hache y ni siquiera sabe poner el puchero.»[90]

Las chicas elegantes van a las Damas Negras o a Loreto que enseña una caligrafía reveladora: La letra picuda al parecer imitada de la firma de la reina.

Estamos hablando de la libertad oficial. ¿Cómo es la otra? A juzgar por la novela del tiempo Aguilar Catena, Blasco Ibáñez, Insúa, López de Haro, etc., los jóvenes de entonces dividían a la población femenina entre las que decían que «sí» fácilmente y las muchachas «para casarse». Con estas últimas, las confianzas eran difíciles. Incluso entre novios se podía «robar un beso» que era

dárselo castamente en la mejilla, pero no pedirlo descaradamente.

—¿Por qué no me das un beso, rica mía?

—Pero, ¿estás en tu juicio?

—Yo sí, pero como tú estás loca *tiés* que hacer locuras.

—No, para eso estoy cuerda y bien cuerda.[87]

Lo malo de estas cosas es que uno se olvida de la propia experiencia al juzgar a los jóvenes.

Sabina: Pero la honra. ¡Damián!

Manolo: —¿Qué *tié* que ver la honra con esto?

Sabina: —*Tié* que ver mucho.

Manolo: Pero, ¿*usté* no le *tié* dado ningún beso al señor Damián antes de casarse?

Sabina: Ni uno.

Damián: No mientas, Sabina.

Sabinas Ni uno.

Damián: Ni uno dice, y cuando éramos novios nos sentábamos en el Retiro y de tantos venían los gorriones creyendo que hacíamos el reclamo.[88]

* * *

Toda época tiene su vocabulario. En el siglo XVIII los elegantes presumían de galicismos y en el XIX de anglicismos. En el primer tercio del siglo XX, se busca también un lenguaje distinto del de las generaciones anteriores, pero la tendencia es de achularlo y que se parezca a las que se oye en los barrios bajos. Naturalmente las viejas damas se alteran.

—Se habla de una manera en sociedad... ¡Qué dicharachos!... Golferancia, Ninchi... ¡me da tres patás!... (Su nieta llama «golfo» a alguien) ¡No digas palabrotas! Se dice «un tronera», un «bala perdida», un «disipado».

Estamos en 1907.[91] Con el paso del tiempo se insiste más en la frase enérgica como si las expresiones tuvieran más vida a medida que sonaran más. «Esto es el acabóse», dice uno, y el viejo alineándose esta vez:

—Eso sí, el acabóse. ¿Más enérgico? ¿Me prestas una palabra de tu escogido léxico? ¡El despiporren![92]

La guerra europea no detuvo esa carrera hacia la violencia; al

contrario, lo que hasta entonces había sido insulto se transforma en elogio.

—¡Es usted terrible!

—Un poco «hacha» nada más.

—¡Qué bruto, chica! ¡Qué bárbaro![93]

Lo curioso es que las expresiones «brutal», «bestial», «una cafrada», las dicen muchachas que se llaman, según la moda, Mimí, Fifina, Teté... En plan «burro», «para no estar tutankámico» (de Tutankamen, de moda en 1928 por las excavaciones en Egipto). Lo que permanece inalterable sin dejarse arrebatar su puesto por las nuevas modas es el vocablo «pollo» para designar al joven elegante y amigo de presumir. Lo único que hacen es adjetivarlo: «pollo bien», «pollo fruta», «pollo pera».

El fútbol da «está que chuta», el boxeo «dejar a alguien KO», la peluquería el «anda y que te ondulen». Como es su obligación los viejos seguirán asombrándose de lo que dicen los jóvenes.

Anita: Si, no... que ¡imbécil!... ¡idiota! ¡No seas bárbaro! ¡Que te monden!

Moisés: ¿Hablabas con Luis Catorce?

Anita: ¿Yo?

Moisés: Por lo versallesco del diálogo...»[94]

A veces la juventud así reprendida se revolverá con razón. Siempre ha habido modismos ilógicos.

—Tabaco rubio... tres cartones... Mangados.

—¡Cómo hablan esas chicas!

—¿Cómo decíais vosotras cuando algo no os había costado nada? Que era de guagua y algo por el estilo.[95]

La política inventa «enchufe» por empleo que da más que pide, «estraperlo», para todo negocio ilícito; la súbita riqueza da el «haiga» por el poseedor del coche grande que llegó antes a poseer billetes que gramática.

* * *

«Se trata de una de esas muchachas que ahora se estilan tanto, que toman baños de sol, nadan, gastan boina, leen a Freud y se pasan el resto del día encaramadas en un auto... Les sabe la boca a neumático y convierten el amor en una carrera de las XII horas.[96]

En la sociedad española se habla de algo tan misterioso como excitante. Las nuevas teorías freudianas.

Carlos: *Los sueños*
son cajitas de sorpresa
más que teatro. Y advierte
que el preguntarte en que sueñas
no fue de curioso, sino
de médico a la moderna.
Sí, ya los sueños pasaron
de manos de los poetas
a las del médico: ahora
ya no es culto, sino guerra
a los sueños. Hoy se tratan,
se estudian y hasta se operan,
llegado el caso.
...Hay una
erotemática nueva,
un arte de partear
espíritus, que es mayéutica
más útil que la del sabio
Sócrates, sino tan bella,
y consiste en alumbrar
no las divinas ideas,
esas verdades de todos
y nadie —sino las nuestras,
las que cada cual al fondo
sin fondo del alma lleva.
En zonas del alma donde
el candil de la ciencia
—o antorcha o sol si te place—
no luce ya o luce apenas,
donde el poeta imagina
el trajinar de colmena
de un mundo creador, nosotros
pensamos que está la negra
mansión de los sueños malos
o el antro donde se engendran
deseos que no han podido
cumplirse, tristes y feas
visiones: un mundo inválido
de fracasos y miserias.
Toda una flora malsana,
toda una fauna perversa:

cuanto tachó el rojo lápiz
de la moral, o la excelsa
luz de los sagrados tópicos
de la razón se avergüenza
allí está, azorado, inquieto,
emboscado entre maleza.
Nuestra misión es sacarlo
a la luz...[97]

...El español ha empezado a asomarse a su interior...

BIBLIOGRAFIA DEL SIGLO XX

(1) *La Esfera,* Madrid, 29-1-1921.
(2) *Blanco y Negro,* 7-VII-1918.
(3) Palacio Valdés, Armando: *Tristán o el pesimismo.* Madrid, 1906.
(4) Mata, Pedro: *Corazones sin rumbo,* 1916.
(5) *Album Salón,* 1900, p. 177.
(6) Arniches, Carlos: *El último mono,* 1926, I-1.
(7) Jardiel Poncela, Enrique: *Tres comedias con un solo ensayo,* (ed. 1929). p. 222.
(8) Arniches, Carlos: *Me casó mi madre,* II-5.
(9) *La Esfera,* 1923.
(10) *Blanco y Negro,* 22-IX-1918.
(11) *Album Salón,* 11-1900.
(12) Dicenta, J.: *El crimen de ayer,* 1908, II-2.
(13) *Blanco y Negro,* 8-VIII-1903.
(14) Arniches, Carlos: *La risa de Juana,* 1924, I-3.
(15) *ABC* 3-VIII-1909.
(16) *Blanco y Negro,* 21-VII-1918.
(17) *Nuevo Mundo,* 10-1-1907.
(18) *Blanco y Negro* 14-XII-1913.
(19) Muñoz Seca, Pedro: *El alfiler,* I.
(20) Machado, A. y M.: *Las adelfas,* 1928, II-1.
(21) Muñoz Seca, Pedro: *El chanchullo,* III.
(22) Blasco Ibánez, E.: *Sangre y Arena.*
(23) Herrero, Melchor: *Curso abreviado de higiene doméstica, economía, puericultura y educación.* Madrid, 1911, p. 50, 51.
(24) Jardiel Poncela, Enrique: *Amor se escribe sin hache,* 1929.
(25) *ABC,* 16-VIII-1906.
(26) Benavente: *No quiero, no quiero,* 1928, I-4.
(27) Idem: *La comida de las fieras,* 1901.
(28) Dicenta, J.: *Aurora,* 1902, I-7.
(29) Benavente: *Una pobre mujer,* 1920.
(30) Idem: *Alfilerazos,* 1925, I-9.
(31) *Blanco y Negro,* 10-XI-1918.

(32) *La Esfera*, 6-11-1923.
(33) Arniches, Carlos: *Mecachis que guapo soy*, II-9-1926.
(34) Cuenca, Carlos Luis de: *Blanco y Negro*, 7-IV-1918.
(35) Jardiel Poncela, Enrique: *Amor se escribe sin hache.*
(36) Muñoz Seca, Pedro: *Lo que Dios dispone*, I.
(37) Benavente: *Memorias de un madrileño*, III-4.
(38) *Blanco y Negro*, 13-1-1918.
(39) Benavente: *No juguéis con estas cosas*, 1935, II-1.
(40) Idem: *Pepa Doncel*, II-7-1928.
(41) Arniches, Carlos: *La condesa está triste*, II-7-1930.
(42) Benavente: *Ni al amor ni al mar*, I-1-1927.
(43) *Blanco y Negro*, 31-III-1918.
(44) Benavente: *No quiero, no quiero*, I-10.
(45) Muñoz Seca, Pedro: *Sola*, II.
(46) *Blanco y Negro*, 22-11-1903.
(47) Linares A. G. de: *La Esfera*, 8-1-1921.
(48) Alvarez Quintero, S. y J.: *Pepita Reyes*, II-1903.
(49) *Nuevo Mundo*, 14-1-1909.
(50) Arniches, Carlos: *La cruz de Pepita*, II-8.
(51) Martínez Sierra, Gregorio: *Mama*, II.
(52) Benavente: *La propia estimación*, I-8-1916.
(53) Muñoz Seca, Pedro: *El Alfiler*, II-1-1928.
(54) Idem: *Sola*, I.
(55) Alas, Leopoldo (Clarín): *La Regente*. Madrid, 1900.
(56) Benavente: *El pan comido en la mano*, II-1-1934.
(57) Jardiel Poncela, Enrique: *Margarita, Armando y su padre*, IV- 1931.
(58) *Blanco y Negro*, 24-111, 1912.
(58 bis) Benavente: *Lo cursi*, I-4 y I-9 (1901).
(58 tris) Arniches, Carlos: *La condesa está triste*, I-3-1930.
(59) *Nuestras costumbres*, 1900, 267.
(60) *Blanco y Negro*, 2-V-1905.
(61) *ABC*, 14-VIII-1906.
(62) Benavente: *El marido de su viuda*. Acto único. 1908.
(63) Arniches, Carlos: *La señorita de Trevélez*, III-1-1916.
(64) Benavente: *Pepa doncel*, III-8-1928.
(65) «Alejandro Miquis», Seudónimo de Alselmo González. *Nuevo Mundo*, 11-XI-1909.
(66) *Blanco y Negro*: 20-11-1916.
(67) Camba, Julio: *Nuevo Mundo*, 25-VIII-1907.
(68) *Blanco y Negro*, 20-VII-1913.
(69) Muñoz Seca, Pedro: *El ardid*, III-1921.
(70) Martínez Sierra, Gregorio: *El corazón ciego*, I-1-1922.
(71) Benavente: *No quiero, no quiero*, II-2.
(72) Insúa, Alberto: *El negro que tenía el alma blanca*, 1921.
(73) Arniches, Carlos: *El señor Adrián el primo*, IV-3 (1927).
(74) Jardiel Poncela, Enrique: *El cadáver del señor García*, 1930.
(75) *Album Salón*, 1903, p. 136.

(76) Cuento en *Blanco y Negro,* 24-III-1912.
(77) *La Esfera,* 5-V-1923.
(78) *ABC,* 16-VIII-1906.
(79) *Nuevo Mundo*: 29-IV-1909.
(80) Unamuno, Miguel de: Obras Completas.
(81) Machado, A. y M.: *La Lola se va a los puertos,* II-1-1929.
(82) *El Imparcial,* Madrid, 25-VII-1906.
(83) Val, Luis de: *Dos virtudes.* «Album Salón.» Madrid, 1900.
(84) Nelken, Margarita: *La condición social de la mujer en España,* Barcelona, 1921, p. 57.
(85) Arniches, Carlos: *La condesa está triste,* I-10-1930.
(86) Benavente: *De muy buena familia,* I-7-1931.
(87) Arniches, Carlos: *La casa de Quirós,* II-9-1918.
(88) Idem.: *La hora mala,* I-16-1922.
(89) Linares Rivas: *Frente a la vida,* 1921.
(90) Martínez Sierra, Gregorio: *Feminismo.* Madrid, 1920, p. 125 y 129.
(91) Benavente: *Abuela y nieta.* Acto único. 1-1907.
(92) Idem: Campo de armiño, III-2.
(93) Muñoz Seca, Pedro: *El ardid,* II-1921.
(94) Benavente: *De muy buena familia,* I-6-1931.
(95) Idem: *Abdicación.* 1948.
(96) Jardiel Poncela, Enrique: *Usted tiene ojos de mujer fatal,* 1-1932.
(97) Machado, A. y M.: *Las adelfas,* I-3.

OBRAS DEL AUTOR

ANTOLOGÍA HISTÓRICA

La Historia de España en sus Documentos:

El siglo XIX. Madrid, 1954.
El siglo XVIII. Madrid, 1955.
El siglo XVII. Madrid, 1957.
El siglo XVI. Madrid, 1958.
El siglo XX. (1900-1923). Madrid, 1960.
El siglo XX. (1923-1936). Madrid, 1965.
El siglo XX. (1936-1939). Madrid, 1963.

La Guerra. 2.ª ed. Barcelona, 1966.
La historia en la poesía española. Barcelona, 1946.
Verso y prosa de la historia española. Madrid, 1958. (Agotado).

ANTOLOGÍA LITERARIA:

La muerte en la poesía española. Madrid, 1952.
Teatro Español de hoy. (1939-1958). Madrid, 1959 (agotado). 2.ª ed. ampliada. Madrid, 1967.
El amor en las letras españolas. Madrid, 1963.
Antología del Romanticismo Español. Madrid, 1960 (agotado).

BIOGRAFÍA:

Teresa Cabarrús, una española en la Revolución Francesa. 2.ª ed. Barcelona, 1957 (agotado).
Guzmán «el malo». Barcelona, 1963.
Cuando los grandes hombres eran niños... Barcelona, 1958, (6.ª ed.).

COSTUMBRES:

La vida española en el siglo XVIII. Barcelona, 1946.

La vida española en el siglo XIX. Madrid, 1952, (agotado).

La sociedad española (desde 1500 a nuestros días). Puerto Rico. Barcelona, 1967.

ENSAYO:

La vida norteamericana. Madrid, 1955.

El español y los siete pecados capitales. Madrid, 1966.

ESTUDIOS:

Ejército Imperial. Barcelona, 1951.

Griegos y Romanos en la Revolución Francesa. Madrid, 1960.

Historia Universal de la Cultura. Barcelona, 1946. (2.ª ed.).

TRADUCCIONES:

Teatro francés: «*La Reina Muerta*» de H. de Montherlant. Estreno Madrid, 1957. Edición Madrid, 1959.

«*Ondina*» de J. Giraudoux. Est. Barcelona, 1958. Ed. Madrid, 1960.

«*No habrá guerra de Troya*» de J. Giraudoux. Est. 1959, edición 1959.

«*Anfitrión 38*» de J. Giraudoux. Ed. 1965.

Teatro inglés. «*Macbeth*» de W. Shakespeare. Ed. Madrid, 1964.

Teatro alemán. «*La visita de la vieja dama*» de F. Dürrenmatt. Est. Madrid, 1959. Ed. Madrid, 1965.

Teatro italiano. «*Nápoles millonaria*» de E. de Filippo. Edición 1963.

INDICE

La Gorrilla. (Siglo XVI) 7

El Chambergo. (Siglo XVII) 49

El Tricornio. (Siglo XVIII) 93

El Sombrero de Copa. (Siglo XIX) 143

El Flexible. (Siglo XX) 207

Obras del autor 251

Este libro se terminó de imprimir
el día 5 de marzo de 1968,
en los Talleres Gráficos de
MANUEL PAREJA
Barcelona
(España)

Date Due

T. J. BATA FEB 25 1971 LIBRARY	NOV 24 1972	FEB 26 1976	
NOV 6 1980			

DP48 .D5

Diaz-Plaja, Fernando
La sociedad española

DATE	ISSUED TO
	140799

Diaz-Plaja, Fernando

140799

DP 48 .D5
Diaz-Plaja, Fernando. 010101 000
La sociedad espanola : desde 1
0 1163 0201439 8
TRENT UNIVERSITY

PROXIMAS PUBLICACIONES:

TEORÍA DE LA FRONTERA, Jorge Mañach. Ensayos inéditos, escritos para la Universidad de Puerto Rico, en 1961, por el insigne autor de *Martí, el Apóstol*. Estudio preliminar de Concha Meléndez. (En preparación)

ELEGÍA, Juana de Ibarbourou. Edición limitada, que autoriza Juana de América, de su más sentido clamor lírico. (En prensa.)

ÉTICA PARA LA ERA ATÓMICA, Ana María O'Neill. Edición facsimilar limitada de esta obra que al publicarse, en el año 1960, cautivó el interés de la más exigente intelectualidad norteamericana, al señalar las «intangibles fronteras ideológicas» como punto de arranque para el liderato mundial de las democracias. (En prensa.)

POESÍA (1915-1956), Luis Palés Matos. Tercera edición de la obra del mayor poeta negroide del Mundo Hispánico, motivada por la insistencia de sus lectores y admiradores. Estudio preliminar de Federico de Onís. (En prensa.)

RÍO VOLCADO, Evaristo Ribera Chevremont. Decantación lírica de «uno de los poetas mayores de la lengua», a juicio de Federico de Onís. Prólogo de Concha Meléndez. (En prensa.)

Editorial *U.P.R.*
Universidad de Puerto Rico (Apartado X)
San Juan, Puerto Rico 00931